América Latina
Lecturas
Fundamentales

Leopoldo Zea
Escritos de juventud 1933-1942

Guillermo Hurtado
(Editor)

CIALC
Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe

Universidad Nacional Autónoma de México

Rector
Dr. Enrique Luis Graue Wiechers

Secretario General
Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

Secretario de Desarrollo Institucional
Dr. Alberto Ken Oyama Nakagawa

Coordinador de Humanidades
Dr. Alberto Vital Díaz

Centro de Investigaciones
sobre América Latina y el Caribe

Director
Mtro. Rubén Ruiz Guerra

Secretaria Académica
Dra. Laura Hernández Ruiz

Encargado del Departamento de Publicaciones
Gerardo López Luna

Leopoldo Zea.
Escritos de juventud: 1933-1942

Colección
América Latina. Lecturas fundamentales
8

Leopoldo Zea. Escritos de juventud: 1933-1942

Guillermo Hurtado
(editor)

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
MÉXICO 2019

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas

Nombres: Hurtado, Guillermo (Hurtado Pérez), editor.

Título: Leopoldo Zea : escritos de juventud : 1933-1942 / Guillermo Hurtado (editor).

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, 2019. | Serie: Colección América Latina. Lecturas fundamentales ; 8.

Identificadores: LIBRUNAM 2072332 | ISBN 9786073026772.

Temas: Zea, Leopoldo, 1912-2004 – Pensamiento político y social. | Periodismo – Aspectos políticos – México. | Publicaciones periódicas mexicanas – Siglo XX. | Política y prensa – México – Historia – Siglo XX.

Clasificación: LCC B1019.Z41.H87 2019 | DDC 199.72—dc23

Diseño de portada: D.G. Marie-Nicole Brutus H.
Diseño de la colección: D.G. Irma Martínez Hidalgo

Primera edición: noviembre de 2019
Fecha de edición: 27 de noviembre de 2019

D. R. © 2019 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán
C. P. 04510, México, Ciudad de México

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Torre II de Humanidades 8° piso
Ciudad Universitaria, 04510, México, Ciudad de México
Correo electrónico: cialc@unam.mx
http://www.cialc.unam.mx

ISBN 978-607-30-0606-4 (colección)
ISBN 978-607-30-2677-2 (obra)

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

Índice

Introducción: las mocedades de Leopoldo Zea 9

El Hombre Libre 53

Tierra Nueva y otras revistas 381

Hemerografía de Leopoldo Zea 1933-1942 . . 671

Introducción: las mocedades de Leopoldo Zea

Leopoldo Zea fue un hombre longevo. La imagen que nos queda de él es la de un anciano con el pelo blanquísimo y porte de distinguido profesor. Aunque suene a perogrullada, las diferencias entre Zea el viejo y Zea el joven son significativas. Antes de ser uno de los hombres más poderosos de la *intelligentsia* mexicana, fue un adolescente pobre que no podía darse el lujo de ir a la universidad; antes de ser uno de los intelectuales orgánicos del sistema político mexicano, fue un muchacho que arriesgaba la vida publicando artículos feroces en contra del gobierno, y antes de ser un filósofo con una obra mayúscula —aunque reiterativa— fue un joven con un pensamiento original, estimulante e innovador. Mi propósito aquí es recuperar al Zea de sus años mozos a través de sus publicaciones

en periódicos y revistas de aquel periodo. El primer texto examinado fue publicado en diciembre de 1933, cuando apenas contaba con 21 años, y el último, en diciembre de 1942, cuando había alcanzado los 30 años de edad.

1. Un joven vasconcelista

Leopoldo Zea nació en la ciudad de México en 1912. Huérfano, criado por su abuela, creció en la pobreza. Gracias a una beca pudo estudiar en una escuela de lasallistas. En 1924 terminó la primaria y tuvo que suspender los estudios para contribuir al sostén de su familia; sin embargo, ya era un lector empedernido de la serie completa de los clásicos publicados por la Secretaría de Educación Pública. En 1929, el muchacho de diecisiete años simpatizó con la lucha electoral de José Vasconcelos. Vivió entonces "la experiencia del fracaso del maestro que le había hecho conocer a los clásicos".[1] En 1933 consiguió un trabajo en el Servicio de Telégrafos que le permitió retomar, con muchos esfuerzos, sus estudios en la secundaria nocturna y en la Escuela Nacional Preparatoria.

[1] Leopoldo Zea, "Autopercepción intelectual de un proceso histórico", en *Leopoldo Zea (1912-2004). Un proceso intelectual*, México, El Colegio de México, 2012, p. 488.

El padre de Zea fue reportero durante la lucha armada. Desapareció en la vorágine de la guerra y nunca más se supo de él. El hijo siguió los pasos del padre en la prensa. Entre el 8 de diciembre 1933 y el 23 de diciembre de 1935, publicó 81 artículos de opinión en *El Hombre Libre*, periódico de oposición fundado y dirigido por el legendario periodista e historiador revolucionario Diego Arenas Guzmán.[2] Los artículos del joven aparecían firmados con el nombre de "Leopoldo Zea *Jr.*"

El Hombre Libre era un rotativo modesto que aparecía cada tercer día y tenía únicamente cuatro páginas. Su línea editorial era de oposición frontal al gobierno del PNR. Cuando el presidente Cárdenas defenestró a Calles y su grupo, el periódico brindó un apoyo cauteloso al presidente, pero pronto volvió a criticarlo por considerar que no había desmantelado la estructura política del callismo ni ha-

[2] Diego Arenas Guzmán (1892-1974) apoyó la candidatura presidencial de Francisco I. Madero en 1910 y, por ello, fue recluido en la cárcel de Belén. En cuanto pudo, se unió a las filas de la revolución maderista y al triunfo de ésta, en 1911, participó en la creación del Partido Constitucional Progresista, que postuló a Madero en las elecciones de ese mismo año. Después del golpe de Huerta —que Arenas narró en su libro *Radiografía del cuartelazo 1912-1913*— se unió a las fuerzas carrancistas. En ese periodo publicó el folleto "El porqué del conflicto". Fue columnista de *El Universal*, de 1932 a 1953, director del *Diario Oficial* de 1947 a 1956 y director de *El Nacional* de 1956 a 1962.

bía cambiado la orientación ideológica del sistema. Una de las banderas del periódico era el anticomunismo. El mayor peligro de México, según Arenas Guzmán, era convertirse en una tiranía comunista, semejante a la soviética. Sin ser una publicación abiertamente católica, la línea editorial mostraba simpatía por el movimiento de resistencia religiosa. En el plano internacional era antibolchevique y, en ocasiones, incluso antisemita. En política nacional, defendía el legado revolucionario del maderismo y del vasconcelismo. Durante el Maximato, Arenas Guzmán fundó el Partido Social Demócrata Mexicano (PSDM). Esta pequeña agrupación se presentó como una continuación del Partido Nacional Cooperativista de Jorge Prieto Laurens, quien participó en el PSDM a su regreso del exilio. El partido se declaraba anticomunista, antifascista y anticapitalista. Defendía un cooperativismo social, dirigido por el Estado revolucionario, que asumiera todas las reivindicaciones sociales de la Constitución de 1917.[3] En 1940, el PSDM apoyó la fallida candidatura presidencial de Juan Andreu Almazán y posteriormente se disolvió.

Los artículos de Zea son los escritos de un joven indignado por la descomposición moral del régimen, insatisfecho con los magros resultados

[3] Leopoldo Zea, "Los estatutos del PSDM", en *El Hombre Libre*, t. VI, núms. 604, 605, 606, pp. 1, 3 y 4.

sociales de la Revolución e inquieto por la ausencia de canales políticos para la oposición. En el primero de sus artículos en *El Hombre Libre* acusaba a la vieja guardia de estorbar el paso de la juventud revolucionaria.[4] El joven Zea no tenía miedo de atacar de manera directa a Plutarco Elías Calles y las demás figuras del Maximato. Durante el conflicto entre el gobierno y la Universidad, tomó el partido de ésta, acusando al régimen de querer acabar con la libertad de pensamiento para imponer el dogma socialista.[5] Tampoco permaneció impávido ante la ofensiva del gobierno en contra de la Iglesia y defendió el principio de libertad religiosa.[6] Zea no varió su actitud crítica con la llegada de Cárdenas al poder, aunque cuando se presentó el conflicto entre Calles y Cárdenas, tomó partido con el segundo en contra del primero. Sin embargo, muy pronto retomó sus ataques: Cárdenas no era el líder que esperaba la juventud revolucionaria, sino un político como los demás.[7] Zea denunció la

[4] Leopoldo Zea, "No estorbéis el paso de la juventud", en *El Hombre Libre*, t. III, núm. 396, 8 de diciembre, 1933, pp. 1 y 4.

[5] Leopoldo Zea, "La universidad y el gobierno", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 597, 27 de marzo, 1935, pp. 1 y 4.

[6] Leopoldo Zea, "La irreligiosidad y el pueblo", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 483, 2 de julio, 1934, pp. 1 y 4.

[7] Leopoldo Zea, "Lázaro Cárdenas ante la juventud de México", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 409, 10 de enero, 1934, pp. 1 y 4.

radicalización izquierdista de la política oficial y la actuación de las Camisas Rojas y otros grupos violentos tolerados por el Estado.[8] El gobierno de Cárdenas, sostenía Zea, se parecía más al fascismo que al socialismo genuino.[9] En repetidas ocasiones Zea invitó a sus lectores —sobre todo a los jóvenes— a unirse a las filas del PSDM.[10]

La temprana labor periodística de Zea en *El Hombre Libre* merece estudiarse porque aquel joven rebelde se convirtió en uno de los intelectuales más destacados de su tiempo.[11] Cuando se leen sus artículos de mocedad se entiende mejor su desarrollo político posterior: su fe en los fundamentos de la Revolución mexicana pero sus reservas ante el partido oficial, su lucha contra el imperialismo

[8] Leopoldo Zea, "Que desaparezcan los 'encamisados'", en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 615, 10 de mayo, 1935, pp. 1 y 4.

[9] Leopoldo Zea, "Urge organizarse contra la tiranía", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 582, 27 de febrero, 1935, pp. 1 y 4.

[10] Leopoldo Zea, El llamamiento del PSDM a los intelectuales", en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 602, 8 de abril, 1935, pp. 1 y 4.

[11] Felícitas López Portillo ha realizado un examen más detallado de las colaboraciones periodísticas de Zea en *El Hombre Libre* en su artículo "La labor periodística de Leopoldo Zea (1933-1960)", en Adalberto Santana [coord.], *El pensamiento latinoamericano y el centenario de Leopoldo Zea (1912-2012)*, México, UNAM, 2013. En ese mismo estudio, la autora examina algunas de las contribuciones de Zea en el periódico *Novedades* a partir de 1956.

pero su decidido anticomunismo. La ideología de Zea en *El Hombre Libre* era la de los vasconcelistas de la campaña de 1929. Como Vasconcelos, Zea pensaba que nuestro sistema político debía ser la democracia representativa, pero para que México fuera una democracia en sentido pleno, se requería formar a sus ciudadanos. Como Vasconcelos, Zea pensaba que el ambicioso programa social de la Constitución de 1917 debía cumplirse al pie de la letra; sin embargo, afirmaba que ese programa no debía confundirse con la instauración de un régimen comunista. Como Vasconcelos, Zea estaba convencido de que México era una nación enferma de oportunismo, mentira y corrupción y que para salvarlo era preciso redimirlo desde lo más hondo de su realidad moral. Antes de que Zea fuera discípulo directo de José Gaos, lo fue, indirectamente, de José Vasconcelos. No se entiende la obra política, histórica y filosófica de Zea si no se toma eso en cuenta.

El Zea de *El Hombre Libre* es un joven autodidacta que muestra, sin embargo, una incipiente cultura filosófica. En sus artículos cita a autores clásicos como Platón, Aristóteles, Descartes, Hobbes, Kant, Hegel y Marx, y también a otros de su siglo como Rodó, Lenin, Keyserling, Caso, Vasconcelos, Unamuno, Spengler y Scheler. No obstante, hay que señalar que no encontramos en estos artículos reflexiones filosóficas a la altura de las que

luego ofreció, cuando ya contaba con una formación académica en ese campo.

El artículo más importante de Zea en *El Hombre Libre*, el que cambió su vida y la historia de la filosofía, fue "La deficiencia en el servicio de correos y telégrafos", del 19 de agosto de 1935. En ese texto denunció las fallas que había en el servicio. Zea supuso que después de su publicación no podría seguir trabajando en la oficina y envió su renuncia al director. Sin embargo, sucedió algo inesperado. El propio Zea lo contó así, escribiendo en tercera persona:

> El director de Correos y Telégrafos lo hace llamar y le informa que el presidente Lázaro Cárdenas, habiéndose enterado de los abusos, ha puesto término a los mismos otorgando plazas definitivas a los 50 aspirantes. Le dice, igualmente, que no acepta su renuncia y que, por el contrario puede entrar como oficial de reparto a la administración. Es la oportunidad para seguir estudiando. Pide el puesto de despachador nocturno. […] Esto le permite inscribirse en 1936 en la Facultad de Derecho por las mañanas y en la Facultad de Filosofía y Letras por las tardes. Lo primero garantizaría su subsistencia, lo segundo para seguir su vocación que apunta a las letras.[12]

[12] Leopoldo Zea, "La deficiencia en el servicio de correos y telégrafos", en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 658, 19 de agosto, 1935, pp. 1 y 4.

Fue así que, gracias a Cárdenas, Zea recibió su nombramiento como oficial en el Servicio de Correos en el horario nocturno que le permitiría cumplir con su sueño de entrar a la universidad. Semanas después dejó de colaborar en *El Hombre Libre*. No sabemos por qué. ¿Acaso pensó que sus tareas escolares le impedirían seguir cumpliendo con su labor periodística? ¿O abandonó el periódico opositor para no entrar en conflicto con las autoridades que le habían tendido una mano?

El joven Zea soñaba con convertirse en literato, pero en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM descubrió su vocación filosófica. En las clases de Rubén Salazar Mallén y de Samuel Ramos estudió la filosofía de Ortega y Gasset. En aquel entonces, Zea no se podía imaginar que, por causa de la Guerra Civil Española, José Gaos, uno de los discípulos más cercanos de Ortega, se convertiría en su mentor.[13]

En 1939, José Gaos dictó su primer curso en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En una ocasión, el filósofo transterrado pidió un trabajo a sus alumnos y le asombró la calidad de una

[13] Cuenta Zea que cuando estalló la Guerra Civil Española, él quiso incorporarse a un grupo que llevaría armamento a las fuerzas republicanas. No lo aceptaron por no ser un militante conocido. El barco en el viajaron los voluntarios fue detenido por la marina franquista. Leopoldo Zea, "Autopercepción intelectual…", p. 489.

de las entregas. Cuando averiguó que el autor era Zea, muchacho con cara de desvelado, se enteró de que, en efecto, el joven casi no dormía pues estudiaba Derecho durante la mañana, Filosofía durante la tarde y trabajaba durante la noche. Gaos quedó conmovido y le pidió a Alfonso Reyes que le otorgara una beca a Zea en la recién fundada Casa de España para que pudiera dedicarse de tiempo completo a la academia. Aunque no existía un precedente, Reyes accedió y, de esa manera, Zea se convirtió en el primer becario de esa institución.[14] El desempeño académico de Zea fue excelente. El joven era puntual, cumplido, empeñoso. Mientras que no pocos de sus compañeros perdían el tiempo en cafés y cantinas, Zea trabajaba sin parar, como todo un profesional de la academia. Estas virtudes —que lo acompañarían por el resto de su vida— le permitieron distinguirse de otros intelectuales mexicanos —acaso más brillantes— que se perdieron en las penumbras del diletantismo.[15]

Ya como pupilo de Gaos, Zea sigue asistiendo al curso de Introducción Histórica de la Filosofía que impartió su maestro en la Facultad de Filosofía y Letras. Este curso se extendió de 1939 a 1942. En

[14] José Gaos, *Confesiones profesionales*, México, FCE, 1958.

[15] Sobre esta característica personal de Zea, véase Guillermo Hurtado, "Leopoldo Zea, el pionero", en *La Razón*, sábado 24 de noviembre, 2018.

1939 Gaos enseñó la filosofía antigua, en 1940 la filosofía de la Edad Media y en 1941 y 1942, la filosofía moderna.[16] Cuenta el propio Zea que él le pidió a Gaos que lo asesorara para escribir una tesis sobre Heráclito, pero que el maestro lo convenció de que en vez de estudiar la filosofía clásica —de la que se había escrito mucho— hiciera una investigación sobre la historia de la filosofía mexicana y que fue por eso que eligió el tema del positivismo en México. Esta sugerencia se ha interpretado de diversas maneras. Se ha dicho que, dado que Zea no sabía griego, Gaos pensó que su investigación no tendría suficiente profundidad.[17] Conociendo la importancia que Gaos daba al conocimiento de las lenguas para la investigación filosófica profesional, esta versión es muy creíble. Sin embargo, hay otra manera de interpretar este asunto. En esos años, le hubiera resultado mucho más sencillo a Gaos dirigir una tesis sobre Heráclito que una sobre el positivismo mexicano, dado que Gaos conocía la filosofía griega pero, en aquel entonces, no conocía la filosofía mexicana y, en general, la filosofía iberoamericana. Se puede decir que Gaos y Zea entraron a este campo de estudio —en el que luego

[16] Véase Andrés Lira, "Prólogo", en Leopoldo Zea *et al.*, *Del cristianismo a la Edad Media*, edición facsimilar, México, El Colegio de México, 2012.

[17] Esto me lo contó Fernando Salmerón en una conversación privada.

ambos destacarían tanto — al mismo tiempo. Dirigir la tesis de Zea le ayudó a Gaos a empaparse de la historia de la filosofía mexicana. Y lo que Gaos le enseñó a Zea —y le enseñó muy bien— fueron las formas de trabajo riguroso en la historia de las ideas y, además, le proveyó de un marco teórico basado en Ortega, Scheler y Mannheim. Vistas así las cosas, no sería una coincidencia que en 1943 Zea concluyera su tesis y Gaos se atreviera a comenzar su "Seminario para la historia del pensamiento en los países de lengua española".

2. Un joven responsable

Leopoldo Zea pertenece, por edad, a la generación de *Taller*, conocida así por la revista de ese nombre que se publicó entre 1938 y 1941. Los críticos han señalado la diferencia entre el clima intelectual de esta generación con la anterior, la de *Contemporáneos*. Los jóvenes de *Taller* estaban inmersos en las polémicas ideológicas del momento; sin embargo, no rechazaban el legado de profesionalismo y cosmopolitismo de la generación anterior; lo que buscaban era ampliar los intereses de la cultura mexicana movidos por una nueva sensibilidad social y, a fin de cuentas, humana.[18]

[18] Véase Rafael Solana, "*Barandal, Taller Poético, Taller, Tierra Nueva*", en *Las revistas literarias de México*, México, De-

El líder de *Taller* fue la figura más importante de las letras mexicanas en la segunda mitad del siglo XX: Octavio Paz. Otros de sus integrantes fueron Efraín Huerta, Rafael Solana, Efrén Hernández y José Revueltas.

Zea no formó parte de la revista *Taller* sino de otra que apareció en los mismos años, *Tierra Nueva*, publicada, entre enero de 1940 y diciembre de 1942, por la Universidad Nacional Autónoma de México.[19] Esta revista fue la plataforma para que otro grupo de jóvenes se diera a conocer, entre ellos, los poetas Alí Chumacero y Jorge González Durán, y el crítico José Luis Martínez. La idea de la revista fue de González Durán, quien convenció a Mario de la Cueva, generoso secretario de la Universidad, de patrocinar la aventura. Con el padrinazgo de Alfonso Reyes se aprobó la revista. Entonces, cuenta José Luis Martínez:

> Cuando andábamos en las pláticas iniciales para darle forma a *Tierra Nueva*, Jorge advirtió que necesitábamos un filósofo en el cuerpo de redacción, y

---

partamento de Literatura-INBA, 1963, pp. 204 y 205. Manuel Durán, "La revistas *Taller* y *Tierra Nueva*: nueva generación, nuevas inquietudes", en Guillermo Sheridan, *Poeta con paisaje, Ensayos sobre la vida de Octavio Paz*, México, Era, 2013.

[19] La revista fue reimpresa en la colección de *Revistas literarias mexicanas modernas*, del Fondo de Cultura Económica en 1982.

> nos dimos a buscarlo. Asistíamos por entonces a los memorables seminarios del doctor José Gaos, recién llegado a México con los demás maestros de la inmigración española, y en aquellos cursos, que tan honda influencia tendrían en la formación de varias generaciones, comenzaba a destacarse un joven algo sombrío pero capaz de una concentración y una disciplina sin par, Leopoldo Zea. Aprobamos la elección, nos hicimos amigos del incipiente filósofo que soñaba hasta hacía poco con ser poeta y a quien esperaban tantos triunfos intelectuales, y Leopoldo Zea fue desde entonces el filósofo del grupo y quien luego atrajo a la revista a otros jóvenes pensadores: Manuel Cabrera y Juan Manuel Terán.[20]

Los fundadores de la revista no desconfiaban de la inteligencia de Zea, pero les desconcertaba su obstinado mutismo. Sobre ello, Alí Chumacero escribió un artículo simpático y afectuoso en el que cuenta cómo no había manera de hacerle decir esta boca es mía.[21] No obstante, Zea contribuyó en las tareas del grupo con entusiasmo. En la presentación de la revista, los editores proclaman su defensa de la libertad de creación y expresión, pero

[20] José Luis Martínez, "El trato con escritores", en *El trato con escritores*, México, Departamento de Literatura-INBA, 1961, pp. 117 y 118.

[21] Alí Chumacero, "Leopoldo Zea", en *Letras de México*, año IX, vol. V, núm. 109, 1o. de marzo, 1945, pp. 1 y 2.

también del rigor y la disciplina. En los primeros dos números de la revista, Zea publica un ensayo sobre Heráclito —versión del trabajo escolar que había llamado la atención de Gaos— y un par de reseñas. En el tercer número, Zea cambia de registro con el artículo "El sentido de responsabilidad de la filosofía actual". Este importante artículo puede verse como un desarrollo filosófico de sus ideas políticas en *El Hombre Libre* y, a la vez, como un antecedente de la filosofía de lo mexicano del Grupo Hiperión. Zea advierte que el mundo se debate entre dos extremos nocivos. Uno de ellos es el individualismo, la idea de que el hombre es ajeno a sus semejantes: una isla rodeada de otras islas. La función del Estado, de acuerdo con esta filosofía, es la de proteger al individuo de otros individuos: el Estado gendarme. Pero si se lleva esta idea a su consecuencia final, lo que surge es el anarquismo, es decir, la erradicación del Estado. El extremo contrario sostiene que un hombre no es nada sin los demás hombres. El individuo se disuelve en la masa; y, como su nombre lo sugiere, la masa es manipulable. Surge entonces la figura del dictador, del político que se apodera de la masa y le da la forma que él quiere. El hombre-masa transfiere al dictador el sentido de su vida. Así, dice Zea:

> La filosofía de nuestros días busca la salvación en un sentido de responsabilidad. Rechaza todo ab-

> solutismo del pensamiento, todo supuesto que no esté justificado en la vida humana, porque ve en ellos puros instrumentos de dominio de determinados sujetos. Ve en los supuestos metafísicos instrumentos para dominar al hombre. Se quiere que todo hombre sea responsable de sus actos, porque sólo en la responsabilidad se puede encontrar la verdadera libertad. […] Sólo siendo cada hombre responsable de sus actos es como se evita caer en los extremos que hemos señalado; porque tanto la masa como el dictador y el individualista son irresponsables. El dictador no responde ante nadie, es a su vez un instrumento, el instrumento de una idea fija. El individualista rehúye toda responsabilidad, no quiere dar cuenta de sus actos, ni que se la den de los actos de otros.[22]

La posición política de Zea coincide con las de Antonio Caso y Samuel Ramos de aquel periodo: ni el individualismo de las democracias liberales ni el totalitarismo del comunismo o el fascismo.[23] La ruta debía ser intermedia y esa era, precisamente la que podía desarrollarse a partir de la mejor com-

[22] Leopoldo Zea, "El sentido de responsabilidad de la filosofía actual", en *Tierra Nueva*, año 1, núm. 3, mayo-junio de 1940, pp. 143 y 144.

[23] Véase Antonio Caso, *La persona humana y el Estado totalitario*, México, UNAM, 1941.

prensión del sentido de la Revolución mexicana.[24] Aunque Zea critica al hombre-masa, no adopta ni el tono elitista ni las tesis de Ortega en su obra *La rebelión de las masas*. Mucho menos adopta el pesimismo de Ortega sobre las posibilidades de la América, no sólo de la anglosajona sino también de la iberoamericana. Sin embargo, la elaboración filosófica de esta posición política se distingue de las de Caso y Ramos. Las palabras clave de su ensayo, "responsabilidad" y "libertad", forman parte de un nuevo clima intelectual.

La frase "sentido de responsabilidad" estaba presente en el discurso político durante el periodo cardenista. Es más, Zea la usa en varios de sus artículos de *El Hombre Libre*. Por ejemplo, en "Lázaro Cárdenas ante la juventud de México"[25] y en "El nuevo maquiavelismo político", en donde la define como "hacerse cargo de los hechos".[26] El concepto de responsabilidad de Zea se da un aire con el de *engagement*, que se había gestado en Francia a

[24] Sobre la reflexión de Zea acerca de la dimensión existencial y moral de la Revolución mexicana, véase Guillermo Hurtado, "Zea: existencia, moral y revolución", en *Homenaje a Leopoldo Zea*, México, UNAM, 2006.

[25] Leopoldo Zea, "Lázaro Cárdenas ante la juventud de México", en *El Hombre Libre*, 10 de enero, 1934.

[26] Leopoldo Zea, "El nuevo maquiavelismo político", en *El Hombre Libre*, 28 de noviembre, 1934.

principios de los años treinta.[27] Quizá ése sea uno de sus antecedentes. Pero también puede proceder de la recepción española de la obra de Karl Mannheim *Ideología y utopía*, que tuvo un impacto muy fuerte en México cuando fue publicada por el Fondo de Cultura Económica en 1941. Al igual que Mannheim, Zea entiende a la responsabilidad en relación con la libertad. Zea sostiene que un hombre responsable no puede entregar toda su libertad —por ejemplo, a un líder— y tampoco puede, con la excusa de esa libertad, desentenderse de los demás —convertirse en un egoísta—. Ser responsable es saber qué hacer con la libertad, tanto en el plano personal como en el colectivo.[28]

[27] En 1937, Paul Landsberg publicó un artículo en el que extendía el concepto de *engagement* de la acción política de los intelectuales a una condición más amplia de humanización. *Cfr*. "Rèflexions sur l'engagement personnel", en *Esprit. Revue Internationale*, núm. 62, noviembre de 1937, pp. 179-187. ¿Supo Zea de este artículo? Sobre el concepto de *engagement*, véase David L. Schalk, *The Spectrum of Political Engagement. Mounier, Benda, Nizan, Brasillach, Sartre*, Princeton University Press, 1979. Véase Jean Paul Sartre, *El ser y la nada*, parte VI, cap. 1, Buenos Aires, Losada, 1966.

[28] Este concepto de "responsabilidad" luego se enlazaría, en la obra de Zea, con el de "compromiso" en uno de sus trabajos más conocidos: "La filosofía como compromiso", en *Cuadernos Americanos*, año 8, núm. 1, enero-febrero de 1949, pp. 81-100. En ese ensayo, la influencia de Sartre ya es palpable, en específico, por la adopción del concepto de "situación".

La nueva filosofía a la que se refiere Zea —sin mencionar de nombre a ningún autor o a ningún libro en lo específico— parte de la inseguridad en la que viven los seres humanos de su tiempo:

> La filosofía actual ha caído en la cuenta de que el hombre es inseguridad, de que su vida, de que la posibilidad de vivir está precisamente en la inseguridad. Es la inseguridad la que mueve al hombre a actuar, es decir, a vivir. Si el hombre lograse escapar plenamente al mundo como lo desea para su salvación, entonces dejaría de vivir, perdería su vida; porque en un mundo seguro, en un mundo hecho por el hombre, conforme a sus deseos, la acción no era necesaria, no habría contra qué actuar, y no habiendo acción no habría vida.[29]

Para un lector actual, estas líneas de Zea se asemejan al pensamiento de Sartre. Sin embargo, hay que tener en cuenta de que, en 1940, la filosofía de Sartre aún no había adquirido la expresión teórica que alcanzó en 1943 con *El ser y la nada*. Habría que esperar hasta 1948, para que el Grupo Hiperión, azuzado por García Bacca, le diera carta de naturalización al existencialismo francés.[30]

[29] *Ibid.*, p. 140.

[30] El evento fundacional de esa recepción fueron las conferencias impartidas por el Grupo Hiperión en el Insti-

Aunque, por cierto, la tesis de Zea de que el hombre se define por su inseguridad, sería, después, una premisa central de la filosofía de lo mexicano.

El Zea de *Tierra Nueva* no es un precoz seguidor de Sartre, sino un joven existencialista mexicano que coincide con Sartre y con otros intelectuales de su generación —de ambos lados del Atlántico— en una visión del ser humano. ¿Cuál era el caldo de cultivo de ese posicionamiento? En el caso de Zea, yo diría que una combinación creativa de dos influencias comunes. La primera es un heideggerianismo que ya flotaba en el ambiente cultural mexicano de aquellos años.[31] De ahí viene la idea

---

tuto Francés para América Latina en 1948. Los trabajos presentados en aquella ocasión, en los que se habló de Sartre, Merleau-Ponty y Marcel, se publicaron en la revista *Filosofía y Letras*, vol. XV, núm. 30, abril-junio de 1948.

[31]En su nota "La metafísica de Heidegger", en *Letras de México*, año V, vol. 3, núm. 17, 15 de mayo, 1942, p. 1, Alberto T. Arai declaraba con total confianza que: "La obra del filósofo contemporáneo alemán Martin Heidegger […] es ya cosa conocida y discutida en nuestro medio." Arai ofrecía dos datos: la publicación en México de la traducción de Xavier Zubiri de *¿Qué es metafísica?* por la editorial Séneca en 1941 y el curso sobre Heidegger que había dictado García Bacca en la Facultad de Filosofía y Letras en ese mismo año. En aquellos años, fue García Bacca y no Gaos el divulgador de la filosofía de Heidegger en México. Por ejemplo, el 15 de octubre de 1942, García Bacca publicó en *Letras de México* el artículo "El 'dasein' en la filosofía de Heidegger", en donde proponía como traducción de dicho concepto la frase española "ser que está". Pero hay que señalar que antes de la llegada

de que el hombre es un *ser angustiado*. Y la segunda, una asimilación original —diferente de la de Gaos— del circunstancialismo orteguiano. De ahí viene la idea de que el hombre es un *ser que tiene que habérselas con el mundo*. Es menester subrayar el carácter revolucionario de su propuesta en "El sentido de responsabilidad de la filosofía actual". Zea declara que la filosofía de su tiempo repudia las construcciones ideales y la metafísica trascendente para prestar atención a las condiciones del ser humano concreto. Esta afirmación puede leerse como una crítica contra la fenomenología, la axiología objetivista, el neokantismo y neotomismo cultivados por los catedráticos mexicanos de la generación anterior, es decir, por Samuel Ramos, Eduardo García Máynez, Francisco Larroyo y Oswaldo Robles. En esos años, Vasconcelos rechazaba todas estas construcciones teóricas por su excesivo racionalismo.[32] Zea las critica, en cambio, por su olvido de la realidad concreta del hombre y, sobre todo, por su desvinculación con la práctica responsable. Aquí también podríamos encontrar un eco de Mannheim, que en *Ideología y utopía* ha-

---

del exilio español, algunos mexicanos ya habían discutido la obra del filósofo de la Selva Negra. Por ejemplo, además del propio Arai, contaríamos a Adolfo Menéndez Samará, que había publicado *Dos ensayos sobre Heidegger*, México, Letras de México, 1939.

[32] Véase, por ejemplo, su *Ética*, Madrid, Aguilar, 1932.

bía criticado a la teoría desvinculada de la práctica y la había señalado como una de las causas de la crisis europea.

Zea publicó varias reseñas en *Tierra Nueva*: del libro de Caso sobre Meyerson, del ensayo de Ortega sobre ensimismamiento y alteración, del estudio de Gebhardt sobre Spinoza traducido al español, de la obra de Ramos *Hacia un nuevo humanismo*, del libro de Gómez Robledo *Política de Vitoria*, de la traducción de *Ideología y utopía* de Manheim y de *Historia e historiadores en el siglo XIX*, de Gooch. En estas reseñas se aprecia el interés de Zea por comprender el fenómeno humano desde una perspectiva en la que se integre lo individual con lo colectivo y lo existencial con lo histórico. Aunque se pueda decir que Zea sigue los pasos de Ortega, lo hace consciente de que su circunstancia es otra y de que le toca a él descubrirla.

En el último número de la revista, de diciembre de 1942, publicó un pequeño artículo llamado "El sentido judío de la muerte". Zea afirma que el mundo secularizado ha perdido la solución cristiana al problema de la muerte.[33] El ser humano deja de ser un ser para la vida para convertirse en un ser para la muerte, como afirmaba Heidegger. Según Zea, esa era la situación existencial de los

[33] Leopoldo Zea, "El sentido judío de la muerte", en *Tierra Nueva*, año 3, núm. 15, pp. 131-137.

judíos antes de la llegada de Cristo. Demostrando un conocimiento detallado del Antiguo Testamento, Zea describe la concepción judía de la muerte. El hombre es polvo y en polvo se convertirá. El sentido de la vida del judío consiste en cumplir con su misión: tener hijos y hacienda. Aunque Zea no exprese su conclusión de manera explícita, lo que se sugiere —de manera irónica, dado el antisemitismo heideggeriano— es que el *Sein zum Tode* puede encontrar en el judaísmo un sentido de su existencia. El artículo de Zea tiene una curiosidad adicional. En algún momento afirma que, para el judaísmo, el ser humano es *accidental*, carece de sustancia. Esta tesis sería luego elaborada por Emilio Uranga en su *Análisis del ser del mexicano*, atribuyéndola no al judío sino al mexicano.[34]

Zea no fue el único filósofo que publicó en *Tierra Nueva*. En sus páginas Manuel Cabrera —promesa de la filosofía que optó por una carrera diplomática— publicó varios textos, uno de ellos, una crítica despiadada de la fenomenología husserliana.[35]

[34] Emilio Uranga, *Análisis del ser del mexicano*, México, Porrúa y Obregón, 1952.

[35] Cabrera sostiene que el idealismo fenomenológico de Husserl no es una filosofía rigurosa, ya que está basado en supuestos debatibles. Cabrera afirma que el idealismo fenomenológico se basa en dos premisas falsas: que el único dato que se ofrece de modo originario a un sujeto es su propio yo y que los yos ajenos se ofrecen originariamente sólo como cuerpos. Según Cabrera, la fenomenología es una expresión de la crisis

Otros autores que publicaron textos filosóficos en *Tierra Nueva* fueron: Juan Manuel Terán y José Fuentes Mares. *Tierra Nueva* abrió generosamente sus puertas a los autores de *Taller*, como Octavio Paz, Efraín Huerta y José Revueltas, y a distinguidos filósofos y escritores españoles, como Joaquín Xirau, José Gaos, Juan David García Bacca, Emilio Prados, José Moreno Villa y León Felipe.[36]

Tierra Nueva se publicó hasta finales de 1942. En la Facultad de Filosofía y Letras se había crea-

---

de la modernidad. Cabrera concluye: "El sistema monadológico de Husserl es la expresión de un individualismo en quiebra. De un individualismo pesimista. El sistema husserliano es un solipsismo político. Las mónadas de Husserl viven en constante angustia." *Cfr*. Manuel Cabrera, "Los supuestos del idealismo fenomenológico", en *Tierra Nueva*, año 1, núms. 4-5, p. 216.

[36] Un ensayo de Octavio Paz en *Tierra Nueva* llamado "Vigilias" (año 2, núms. 7-8, p. 42) merecería incluirse en un recuento de la filosofía en esa revista. Ese texto, escrito a la manera de anotaciones de un diario, se plantea la pregunta sobre la existencia de Dios y la posibilidad de tener fe en el mundo moderno. Paz considera las ideas de Schopenhauer, Nietzsche y Unamuno. En un momento, el poeta declara: "Dios existe. Y si no existe debería existir. Existe en cada uno de nosotros como aspiración, como necesidad y, también, como último fondo, intocable de nuestro ser." Sin embargo, este ensayo primerizo de Paz, quedó opacado por su deslumbrante poema *Bajo tu clara sombra*, que apareció como suplemento del número 9-10 de la revista. Sobre la serie de publicaciones tempranas de Paz con este mismo título, véase Anthony Stanton, "El Paz joven: primeros ensayos y primer poema", en *Tierra adentro*. El texto de Paz está incluido en *Obras completas*, vol. 8. Misceláneas.

do, a mediados de 1939, una revista más académica, también impulsada por Mario de la Cueva: *Revista de Estudios Universitarios*. Esta revista se suspendió en 1940. Para reemplazarla, se fundó, en 1941, *Filosofía y Letras*. Esta publicación, con periodicidad trimestral, apareció hasta 1958 y fue la más importante de la filosofía en lengua española de ese periodo. En uno de los primeros números de esa revista, Zea publicó una reseña de la traducción al castellano de las *Meditaciones cartesianas* de Edmund Husserl. Como sabemos, no era la fenomenología la que ofrecía un horizonte para Zea. Su filosofar iba por un sendero diferente. En sus colaboraciones en otras revistas, Zea despliega su pensamiento con un aplomo asombroso para un pensador tan joven.

3. Un joven americano

Letras de México. Gaceta literaria y artística mensual fue una espléndida revista publicada por Octavio G. Barreda en la que aparecían artículos, notas, ficciones breves, poemas y reseñas sobre temas diversos.[37] La presencia de la filosofía en *Letras de*

[37] *Letras de México* fue reimpresa en 1984 en la colección de revistas literarias mexicanas modernas del Fondo de Cultura Económica. Sobre la historia de la revista, véase Octa-

México es rica, constante y variada. Por sus páginas desfila una legión de mexicanos y españoles que escriben sobre temas filosóficos, aunque no todos ellos hayan quedado incluidos en las historias de nuestra filosofía.

Durante el periodo que nos ocupa, Zea publicó varias recensiones en *Letras de México*, en las que se muestra como un lector voraz que había alcanzado solidez intelectual y agudeza crítica admirables. Zea comenta la *Sociología, teoría y técnica* de Medina Echeverría, la *Teoría de los sentimientos morales* de Adam Smith, los *Principios de sociología* de Ferdinand Toennies y un libro de Coviello sobre Hans Driesch. Zea también publicó el artículo "La producción filosófica mexicana en 1941" en el que hace un informe de lo que se había publicado ese año en el país.

En "Hacia una democracia responsable", Zea retoma el concepto de responsabilidad, ahora sí, a partir del concepto de Karl Mannheim de una *democracia responsable*.[38] En su libro *Libertad y planificación*, Mannheim sostiene que la democracia ya no puede seguir encerrada en el liberalismo individua-

---

vio Barreda, "Gladios, San-ev-ank, Letras de México, El hijo pródigo", en *Las revistas literarias de México*, México, INBA, 1963. Véase también el índice comentado de la revista y el estudio introductorio de María de Lourdes Franco publicado por la UNAM en 1981.

[38] Karl Mannheim, *Libertad y planificación social*, México, FCE, 1942.

lista del siglo XIX. Para poder ofrecer una opción al totalitarismo comunista y fascista, la democracia debe adquirir un sentido de responsabilidad que complemente su defensa de la libertad. En la nueva democracia, la libertad debe hacerse responsable. Eso significa que debe asumir un nuevo racionalismo práctico que permita la construcción de una sociedad planificada que, sin renunciar a la libertad, sea capaz de resolver los problemas sociales.

El 10 de mayo de 1941 Alemania invadió Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo. La temida confrontación europea se hacía realidad. Desde tiempo atrás, cuando era evidente que estallaría una guerra mundial, había un tema flotando en el ambiente cultural mexicano. El tema había sido tratado con anterioridad por Antonio Caso,[39] Samuel Ramos,[40] Alfonso Reyes[41] y, desde ultramar, por Paul Valéry.[42] La trama es la siguiente: Europa, sede de la

[39] Antonio Caso, *La persona humana y el Estado totalitario* (en especial el capítulo VIII), México, UNAM, 1941.

[40] Samuel Ramos, "La civilización europea en peligro de muerte", en *Hoy*, núm. 73, 16 de julio, 1938, p. 31. "América ante la guerra", en *Hoy*, núm. 135, 23 de septiembre, 1939, p. 41. "La hora de América", en *Hoy*, núm. 211, 8 de marzo, 1941, p. 42.

[41] Alfonso Reyes, "Notas sobre la inteligencia americana", en *Sur*, año VI, Buenos Aires, septiembre de 1936, pp. 7-15.

[42] Véase Alfonso Reyes, "Paul Valéry contempla América", en *Obras completas*, vol. XI, pp. 103-105. El artículo de Va-

cultura occidental, se destruiría a sí misma en una guerra salvaje. Era probable que no sobreviviera la civilización en el viejo continente. Por ello, los pensadores americanos ya no podían seguir dependiendo de las ideas que llegaran de Europa y tenían que asumir algo que se había gestado desde antes de la guerra: su autosuficiencia intelectual.[43]

La historia oficial de la filosofía mexicana da a entender que Zea fue el primero que formuló, en México, la pregunta sobre cómo plantear una filosofía americana frente la destrucción europea, pero antes de él, otros filósofos mexicanos como Samuel Ramos y Alberto T. Arai ya se habían hecho esa interrogante y la habían contestado a su manera.

El 15 de junio de 1941, Zea publicó en *Letras de México* una reseña del libro *El logicismo autónomo* del reconocido arquitecto —pero olvidado filósofo— Alberto T. Arai.[44] En ese opúsculo, publicado en

---

léry que comenta Reyes es "L'Amérique, projection de l'esprit européen", en *Regards sur le monde actuel et autres essais*, París, Gallimard, 1945.

[43] El argumento era curiosamente semejante al que se había planteado en Hispanoamérica tras la invasión napoleónica de España: la crisis de la metrópoli nos obligaba a asumir las riendas de nuestra propia existencia.

[44] Alberto T. Arai, *El logicismo autónomo. Estudio filosófico*, México, Letras de México, 1941. Arai (1915-1959) es el creador de una de las obras maestras del funcionalismo nacionalista: los frontones de la Ciudad Universitaria. Además, fue

1941, Arai sostiene que la cultura europea está en peligro de desaparecer y que, en consecuencia, América debe continuar con la tradición filosófica occidental. La filosofía americana tendrá que partir de una crítica de tres filósofos alemanes: Husserl, Scheler y Heidegger. Arai sostiene que la filosofía de Heidegger no es una continuación sino una ruptura de la línea de Husserl y Scheler, ya que pretende incorporar a los valores dentro del mundo de lo humano. Según Arai, esto es un craso error que comparte con el raciovitalismo de Ortega. La nueva filosofía americana debe ir más allá de Heidegger y de Ortega y refundarse como un logicismo autónomo que sea una teoría de orden superior que integre todos los saberes particulares. Zea critica a Arai por su falta de rigor. Pero su crítica de fondo consiste en que su formalismo lleva al desastre. Dice así: "¿Qué es esto?; lo que se propone como esbozo de pensamiento original para América no es sino un idealismo absoluto, en el cual no cuenta el hombre, pues éste no vale sino como un instrumento de la Teoría de la Teoría que aquí se le llama *Logicismo Autónomo* […]. Las consecuencias de un radicalismo parecido las está

---

autor de numerosos ensayos sobre arquitectura, arqueología y cine. La filosofía fue otro de sus intereses, sin embargo, por no haber sido un filósofo profesional ha quedado relegado de las historias de la filosofía del siglo XX.

padeciendo Europa".[45] Zea da a entender que la filosofía americana no puede renegar de Heidegger y mucho menos de Ortega. Y que, por eso mismo, no podía conformarse con ofrecer un pálido matiz local a esa nueva reflexión.

Un mes después, el 15 de julio, Zea publica en *Letras de México* "Ortega y la historia". Zea comienza por hacer una exposición de las ideas de Ortega sobre la historia para desembocar en el tema de la filosofía americana. En este punto Zea retoma un artículo de Ramos publicado en 1938 y que llevaba el título de "Ortega y Gasset y la América española".[46] Ramos se preguntaba por qué los americanos no habíamos hecho un pensamiento propio, por qué seguíamos imitando a Europa. Su respuesta es que nuestro sentimiento de inferioridad nos lo ha impedido. Pero hay una justificación filosófica de esa actitud. Si se supone que el conocimiento es impersonal, da lo mismo en dónde se llega a la verdad. La lección de Ortega, sostiene Ramos, es que todos los caminos llevan a la verdad a través de una perspectiva. Si nos inspiramos en Ortega, los americanos podremos formular un pensamiento propio. Zea retoma la palabra en su artículo y

[45] Leopoldo Zea, "El logicismo autónomo de Alberto T. Arai", en *Letras de México*, año V, vol. 3, núm. 6, 15 de junio, 1941, p. 6.

[46] Samuel Ramos, "Ortega Gasset y la América española", en *Hoy*, México, núm. 96, 24 de diciembre, 1938.

sostiene que tocaba a los americanos desplegar su propio logos. Había que hacer una filosofía hispanoamericana. Y según Zea, Ramos era, en México, quien nos había enseñado cómo hacerlo. Cabe señalar que el Ramos que distingue Zea es el de *El perfil del hombre y la cultura en México*, no el de *Hacia un nuevo humanismo*. Describir a Ramos como un filósofo orteguiano no era algo habitual. A Ramos se le conocía, en aquel entonces, como un defensor de la axiología objetivista.[47] Al elegir al Ramos orteguiano, Zea lo rescata, ya que él había llegado a la conclusión de que las corrientes de moda en la filosofía académica mexicana —la fenomenología, el neokantismo y la axiología objetivista— no eran opciones para la nueva filosofía americana.

Zea vuelve al tema de la filosofía americana en "América y su posible filosofía". Éste es el artículo que marca el comienzo de su larga trayectoria como americanista. En palabras de Zea, este escrito fue la: "gota de agua sobre un estanque cuyas ondas se fueron extendiendo como una reflexión recurrente pero no repetitiva".[48] La metáfora es justa. Se podría decir que el núcleo de todo lo que

[47] Véase por ejemplo, el artículo de Menéndez Samará, "Apuntes sobre la filosofía en México. Siglo XX", en *Letras de México*, vol. 3, núm. 1, 15 de enero, 1941, p. 2, en donde describe a Ramos como un firme defensor de la axiología objetivista en México.

[48] Leopoldo Zea, "Autopercepción intelectual…", p. 496.

escribió después sobre el tema —que fue mucho— está capturado en ese pequeño texto. A diferencia de quienes pensaban que la filosofía americana debía ser una continuación de la filosofía europea, Zea considera —siguiendo a Ortega— que debía ser una reflexión fundada en su circunstancia. Los filósofos americanos tienen una tierra firme en su tierra nueva. Como primer paso tienen que plantear una pregunta que sirva como fundamento a ese nuevo filosofar: ¿es posible hablar de una filosofía americana? Zea responde que no sólo es posible sino inevitable. La filosofía siempre es filosofía situada. Más allá de una ubicación espacial y temporal se trata, sobre todo, de la circunstancia integral de los seres humanos. Por otra parte, Zea no acepta la concepción de la filosofía como una teoría desvinculada de su circunstancia. La filosofía no puede ignorar los problemas del "hombre de la calle". La teoría, nos dice, no es sino el fundamento de la práctica. La teoría tiene que estar orientada a la práctica. De ahí que una filosofía americana tenga que ser una filosofía que se ocupe de los problemas de los americanos. Uno de esos problemas es el de cómo ordenar la convivencia del hombre. Estas líneas, escritas en 1941, llevaban un mensaje que salía del continente americano. Los europeos, enfrascados en una guerra salvaje, no sabían cómo convivir. La contribución de los mexicanos a la filosofía política tendría, en

ese momento, una validez universal. En palabras de Zea: "Y así lo que es un problema particular, un problema americano, será al resolverse solución parcialmente generalizada a toda la Humanidad, y esta generalización estará en lo que de humano tiene el hombre de este continente".[49]

Zea no dejó de pensar sobre ese tema de actualidad. En "Sobre la posibilidad de una filosofía americana" —dedicado a Francisco Romero— Zea amplía la propuesta esbozada en "América y su posible filosofía". En ese texto, publicado en Cuba, Zea sostiene que los americanos habían vivido cómodamente a la sombra de la cultura europea, pero que ante la destrucción de la guerra mundial, se veían en la necesidad de construir una cultura propia. Si América no había tenido antes una filosofía propia, decía Zea, es porque no la había necesitado en verdad. Quienes habían intentado hacer filosofía desde América la habían hecho para mostrar *que era posible*, pero eso no bastaba para que fuera filosofía americana genuina. Este es un juicio durísimo porque reduce a ejercicios intelectuales —"juegos deportivos"—[50] la obra filosófica de todos los filósofos americanos del pa-

[49] Leopoldo Zea, "América y su posible filosofía", en *Letras de México*, año V, vol. III, núm. 11, 15 de noviembre, 1941, p. 2.

[50] Leopoldo Zea, "Sobre la posibilidad de una filosofía americana", en *Universidad de La Habana*, núms. 40-42, La Habana, enero-junio de 1942, p. 108.

sado, desde Bartolomé de las Casas y Alonso de la Veracruz hasta Samuel Ramos y Francisco Romero. Zea nunca más volvería a repetir semejante barbaridad, pero debemos tener en cuenta que en aquel entonces no era un experto en la historia del pensamiento americano. El joven Zea todavía no había estudiado a fondo a los autores de ese impresionante repertorio de pensadores americanos que él mismo se encargaría de reunir en un *corpus* disciplinario.[51] Lo que a Zea le preocupaba en 1941 era la posibilidad de una filosofía americana por venir. Zea repite la idea de que la filosofía que hagan los americanos será expresión de la circunstancia americana, pero eso no significa que no sea también universal, como cualquier otra filosofía hecha por los seres humanos a lo largo de la historia. Sin embargo, el filósofo americano no puede conformarse con lo americano, sino ir más allá, hacia lo que es humano en todos los pueblos. Tal como lo planteaba, Zea considera que para que los americanos pudieran hacer filosofía, no deberían distraerse con los problemas exclusivamente americanos, y deberían alcanzar, lo más pronto posible, los problemas compartidos con el resto de la humanidad. Aquí encontramos el origen de una tensión creativa entre los polos del concepto

[51] Véase por ejemplo, Leopoldo Zea [comp.], *Fuentes de la cultura latinoamericana*, México, FCE, 1993.

de *filosofía americana* que está presente a lo largo de su obra: o se subraya lo primero, lo filosófico, o lo segundo, lo americano.[52]

Es evidente que Zea no quedó satisfecho con su aproximación al tema en "Sobre la posibilidad de una filosofía americana". Esto explica que retomara el asunto, con mayor claridad y hondura, en "En torno a una filosofía americana", ensayo que casi de inmediato se convirtió en un clásico de nuestro pensamiento. Este artículo fue el resumen de un ciclo de tres conferencias que impartió en Morelia en enero de 1942.[53] En dicho ensayo, Zea plantea tres tareas para la nueva filosofía americana.

La primera es continuar la tradición de pensamiento de la filosofía europea. Los temas de esa filosofía —que han sido considerados como universales: el Ser, Dios, el tiempo, la muerte— ahora serán examinados desde la circunstancia del hombre americano. No hay excusa que valga para no hacer esta reflexión filosófica situada. ¿Acaso no es así como siempre han filosofado los europeos? Por eso —como ya había dicho Vasconcelos— no existe la filosofía universal —puesta así, en singular—

[52] Se puede decir que todavía en *La filosofía americana como filosofía sin más* (México, Siglo XXI, 1969), Zea seguía batallando con esta tensión.

[53] En 1945, el Centro de Estudios Sociales del Colegio de México publicó el texto completo de las conferencias en un libro homónimo.

sino una miríada de filosofías, como la griega o la cristiana o la francesa.

La segunda tarea de la filosofía americana es tratar los temas propios de su circunstancia. A diferencia de lo que se sugería en "Sobre la posibilidad de una filosofía americana", el hecho de que esos problemas fueran estrictamente americanos no significaba que no pudieran abordarse de manera filosófica. Uno de ellos es el de la filosofía de la historia de América y de su compleja relación con la historia europea, tema del que ya habían escrito antes autores como Samuel Ramos y Francisco Romero. Zea sostiene que lo propiamente americano ya no está en la cultura precolombina; pero frente a la cultura europea, los americanos tampoco la consideramos nuestra, sino que "nos sentimos imitadores de ella".[54] Según Zea, ese sentimiento de atracción y rechazo frente a lo europeo define lo propiamente americano. Para romper con el *impasse*, los americanos deben dejar de empeñarse en realizar la utopía europea —esta es una idea de Reyes—[55] y hacer una filosofía propia que parta de su realidad. Esta es la única manera de dejar atrás el sentimiento de inferioridad de la

[54] Leopoldo Zea, "En torno a una filosofía americana", en *Cuadernos Americanos*, vol. III, año I, núm. 3, mayo-junio de 1942, p. 67.

[55] *Cfr*. Alfonso Reyes, "El presagio de América", en *Última Tule*, México, Imprenta Universitaria, 1942.

cultura de los americanos del norte y del sur. Zea sostiene que los americanos deben reemplazar ese sentimiento de inferioridad por uno de responsabilidad. Llama la atención la manera en la que Zea adopta la tesis de Ramos del sentimiento de inferioridad del mexicano para proyectarlo a todos los americanos.[56]

La tercera tarea de la filosofía americana es la de asumir su responsabilidad histórica frente a la autodestrucción europea y convertirse, sin temores ni dudas, en la filosofía del futuro. Dice Zea: "Una filosofía americana deberá iniciar esta su tarea que consiste en buscar los valores que sirvan de base a un futuro tipo de cultura. Y esta su labor tendrá como finalidad la de salvaguardar la esencia humana, aquello por lo cual un hombre es un hombre."[57] A una tarea así no se le puede soslayar universalidad. Dice Zea: "Esa tarea de tipo universal y no simplemente americano, tendrá que ser el supremo afán de nuestra posible filosofía. Esta nuestra filosofía no debe limitarse a los problemas propiamente americanos, a los de su circunstancia, sino a los de esa circunstancia más amplia en la

[56] Zea retomaría esta tesis psicológica en *América como conciencia*, México, UNAM, 1943, aunque después la dejaría a un lado para adoptar otros conceptos provenientes de la sociología, la teoría política y la economía; por ejemplo, el de dependencia.

[57] *Ibid*. p. 77.

cual también estamos insertos como hombres que somos, llamada Humanidad".[58]

No se puede soslayar la extraordinaria ambición de esta última tarea ni, mucho menos, su significado para la historia de la filosofía. Podría decirse que en este ensayo Zea define un nuevo horizonte para la filosofía —adopto aquí la noción de "horizonte" de Zubiri, misma que retomaría Zea en su curso de introducción a la filosofía de 1944—.[59] La misión que Zea se dio a sí mismo —y que realizó hasta el último de sus días— fue la de explorar el ancho territorio abarcado por ese horizonte descubierto.

Es imposible obviar la significación de que "En torno a la filosofía americana" apareciera en el tercer número de *Cuadernos Americanos*. Las propuestas del artículo de Zea y los fines de la revista embonaban a la perfección.[60] En su primer número, la publicación se presentaba así: "En los actuales días

[58] *Ibid*. p. 78.

[59] El curso de 1944 fue publicado por la UNAM hasta 1953 con el título de *La conciencia del hombre en la filosofía. Introducción a la filosofía*.

[60] Sobre la larga y decisiva participación de Zea en la revista, véase Adalberto Santana, "Leopoldo Zea en *Cuadernos Americanos*", en Adalberto Santana [comp.], *El pensamiento latinoamericano y el centenario de Leopoldo Zea (1912-2912)*, México, UNAM, 2013. Para una historia de la fundación de la revista y de su contexto histórico, véase Ana González Neira, "*Cuadernos Americanos* y el exilio español: nacimiento de una

críticos un grupo de intelectuales mexicanos y españoles, resueltos a enfrentarse con los problemas que plantea la continuidad de la cultura, se ha sentido obligado a publicar *Cuadernos Americanos*".[61] Este imperativo de velar por la "continuidad de la cultura" era una de las tareas que asignaba Zea a la nueva filosofía americana. El primer director de la revista fue Jesús Silva Herzog y el secretario Juan Larrea. Sin embargo, era indiscutible que la principal figura intelectual detrás de la fundación de *Cuadernos Americanos* era Reyes.[62] "En torno a una filosofía americana" es un ensayo que le debe mucho a Ramos —y, de manera lejana, a Caso y Vasconcelos— pero, en aquel momento, le debía, sobre todo, a la visión de Reyes. De la misma manera en la que no se puede entender el desarrollo del joven Zea sin el magisterio de Gaos, tampoco se le puede entender sin el ascendiente cultural —civilizador, diríase— de Reyes.

Zea publicó otras dos notas en el primer año de *Cuadernos Americanos*: ambas sobre filosofía de la historia. La primera es una reseña crítica sobre la

revista universal (1942-1949), en *Cuadernos Americanos*, núm. 127, 2009, pp. 11-30.

[61] *Cuadernos Americanos*, vol. I, núm. 1, enero-febrero de 1942, p. 3.

[62] Véase Alfonso Reyes, "América y los *Cuadernos Americanos*", en *Cuadernos Americanos*, vol. 1, núm. 2, marzo-abril de 1942.

traducción de la *Ciencia nueva* de Vico.[63] La segunda es una reflexión sobre el historicismo a partir de la obra de Croce.[64] Encontramos en esta nota una defensa de la idea de la filosofía como un instrumento de la vida y, sobre todo, como un instrumento para realizar la libertad. Un hombre libre, dice Zea, debe tener *su* verdad, es decir, una verdad que no sea la verdad impuesta por *otro* que lo quiera dominar.

La revisión que hemos hecho de las publicaciones del joven Zea nos ha permitido constatar el florecimiento de la cultura en México durante los primeros años del avilacamachismo. Brotan por doquier editoriales, revistas e instituciones académicas. En todas ellas, la filosofía está presente.

La Comisión Mexicana de Cooperación Intelectual era una filial de la Comisión Internacional de Cooperación Intelectual de la Liga de Naciones, fundada por Bergson en 1922 y que dependía de la Secretaría de Educación Pública.[65] En 1942, su

[63] Leopoldo Zea, "Una aventura en la metahistoria", en *Cuadernos Americanos*, año I, vol. II, núm. 2, marzo-abril de 1942, pp. 114-118.

[64] Leopoldo Zea, "La filosofía como historicismo", en *Cuadernos Americanos*, vol. V, año I, núm. 5, septiembre-octubre de 1942, pp. 107-110.

[65] El ingreso de México a la Comisión de Cooperación Internacional se debe a Alfonso Reyes, quien convenció al gobierno de México de las ventajas de formar parte de dicha asociación antecedente de la UNESCO. Véase Fabián Herrera León, "México y el Instituto Internacional de Cooperación In-

presidente era Samuel Ramos y su secretario era Juan Hernández Luna. Durante ese año, dicha comisión editó cuatro números de una revista de existencia efímera llamada *La cultura en México*. Ahí Zea publicó una breve reseña de la reciente traducción al español de la *Paideia* de Werner Jaeger.[66] Zea afirma que no debemos buscar en Grecia un sitio en donde se forjaron valores eternos, sino un sitio en donde se construyeron valores humanos que precisamente por eso, por ser humanos, pueden interpelarnos de manera provechosa. Pero la contribución más interesante de Zea en *La cultura en México* es un pequeño artículo, "Panorama de la filosofía mexicana contemporánea", que podría compararse con "América y su posible filosofía" por su carácter seminal. Zea escribió después mucho sobre la historia de la filosofía mexicana, no sólo desde un punto de vista histórico, sino filosófico, es

telectual 1926-1939", en *Tzinzun*, núm. 49, Morelia, enero-junio de 2009. En el gobierno de Ávila Camacho, Samuel Ramos fue nombrado jefe del Departamento de Cooperación Intelectual. En esa función, asistió a la Segunda Conferencia Americana de Comisiones Nacionales de Cooperación Intelectual celebrado en La Habana en 1941. En esa reunión se fortaleció la red de cooperación cultural panamericana, patrocinada por los Estados Unidos, que luego le permitiría a Zea viajar a dicha nación y después a Sudamérica, con una beca Guggenheim.

[66] Leopoldo Zea, "Grecia y el hombre", en *La Cultura en México*. Boletín de la Comisión Mexicana de Cooperación Intelectual, año I, núm. 4, julio-diciembre de 1942, pp. 7-10.

decir, como una filosofía de la historia de la filosofía en México. La tesis de Zea en "Panorama de la filosofía mexicana contemporánea" sería incorporada a su estudio sobre el positivismo y, posteriormente, a otras obras, no sólo sobre México sino sobre América Latina. Existe una filosofía mexicana, sostiene Zea, porque aunque esa filosofía no siempre se haya inventado en México —como el liberalismo o el positivismo— ha sido usada por los mexicanos para resolver los problemas a los que se han enfrentado en su marcha histórica. La filosofía mexicana contemporánea nace con la Revolución mexicana. Es una filosofía consciente de su realidad y de su papel social. Sus fundadores son Caso y Vasconcelos. Aunque se adoptan distintos instrumentales teóricos, en todos sus cultivadores está presente el interés en los temas de la realidad mexicana.

Aquí termina nuestro examen del pensamiento del joven Zea. Lo que vino después de 1942 fue una historia ininterrumpida de éxitos académicos y reconocimientos públicos. En 1943, Zea concluyó su tesis de maestría sobre el positivismo en México. El estudio, que marcó un hito en la historia de las ideas en Iberoamérica, fue publicado ese mismo año.[67] Con esta obra, Zea alcanzó un súbito prestigio académico que le permitió reemplazar

[67] Leopoldo Zea, *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia*, México, El Colegio de México, 1943.

—sin examen de oposición de por medio— a Antonio Caso en la cátedra de filosofía de la historia de la Facultad de Filosofía y Letras.[68] En 1943, Francisco Giner de los Ríos publicó un hermoso artículo en el que después de describir al muchacho modesto, hierático, mudo, que había conocido en 1939, lo llena de elogios y asegura que esa joven promesa que había destacado por sus artículos en las revistas más prestigiosas ya era uno de los "más firmes valores con los que cuenta el pensamiento en lengua española contemporáneo".[69] Leopoldo Zea había dejado atrás sus mocedades.[70]

GUILLERMO HURTADO

[68] Sobre la recepción del primer libro de Zea, véase Aurelia Valero, "José Gaos, Edmundo O'Gorman, Leopoldo Zea y el seminario para el estudio del pensamiento en los países de lengua española", en *Historia Mexicana*, vol. LXIIII, núm. 4, abril-junio de 2014. A la lista que ofrece Valero habría que añadir un texto de Reyes de 1943, "La dignificación de la historia mexicana", incluido en el vol. IX de sus *Obras completas*, México, FCE, 1959, pp. 278-279, y otro de García Bacca, "El positivismo en México", en *El Hijo Pródigo*, México, núm. 22, enero de 1945, pp. 21-23.

[69] Francisco Giner de los Ríos, "Leopoldo Zea y su primer libro", *Letras de México*, año VII, vol. I, núm. 9, 15 de septiembre de 1943, p. 4.

[70] Agradezco a la maestra Tania Ortiz por localizar en diversas hemerotecas los artículos reunidos en la hemerografía de Zea que se ofrece a continuación. Esta investigación se realizó con el apoyo del Seminario de Investigación sobre Historia y Memoria Nacionales de la UNAM.

El hombre libre

NO ESTORBÉIS
EL PASO DE LA JUVENTUD*

Es a los enemigos de la juventud a quienes me dirijo; ante todo una pregunta me hago. ¿Acaso no han sido jóvenes? Seguro es que no, tan sólo pertenecieron a esa parte de la humanidad fracasada, a una juventud sin ideales, a esa que es lastre de los pueblos.

Me recuerdan hojas muertas, a las que el torbellino de una Revolución, que pudo ser grande, los elevó, dejándolos sobre los tejados o altos campanarios de un pueblo; revueltos con el lodo se han enraizado y, diluyendo moho amenazan roer estos pedestales; pero no cuentan con que el torbellino que los elevó es eterno y que fácilmente los arrojará de esas alturas.

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. III, núm. 396, 8 de diciembre, 1933, pp. 1 y 4.

Nuestra juventud, a la que atacan, es distinta. Es, como ya dijera González Rubio: la Revolución hecha carne, es el caos anterior a la creación; siempre rebelde; siempre destruyendo, destruye una Cartago, para fundar una Roma, excluye a Platón para elevar a Einstein; es el fuego, otorgado por Prometeo a la humanidad; como éste se rebela en contra del decrépito Zeus quien, fuerte aún, le encadena con falsos dogmatismos, enviando buitres (seres envidiosos, que sólo viven de carroña) a que le devoren las entrañas, pero, como a Prometeo, le vuelven a renacer. Así permanece, hasta que llega el fuerte hijo de "Io", mitad obrero, mitad sabio, que destruye a los buitres y rompe las cadenas.

En nosotros los jóvenes, siempre quieren encontrar severos filósofos que discutan sobre el "Yo pienso, luego soy" de Descartes, o sobre las múltiples razones de Kant o Hegel; y se espantan cuando encuentran caras risueñas que se burlan de tan graves maestros, y que hablan con entusiasmo de Libertad, Vida, Naturaleza; detestando los fríos textos que sólo hablan de razones y de números. Esta juventud —dicen— está podrida, no quiere estudiar. Se equivocan, sí queremos hacerlo; pero siempre con una meta optimista, abandonando los cansados métodos, dignos de hombres que ya no tienen juventud que perder. Nosotros necesitamos arrollar los viejos conocimientos, para entrar en el terreno de lo desconocido.

La labor del verdadero maestro no es la de llevar a sus discípulos por los escabrosos caminos que él recorrió. Su deber es llevarle por el sendero más fácil para ahorrarle energías que necesitará cuando pase los linderos del lugar donde la falta de esas energías le hizo detener su marcha.

Por el contrario, se nos quiere encerrar en círculo que no es dogma ni es nada. "Marxismo" es el nombre que le dan. Si Carl Marx resucitara rompería airado su obra, como otro Moisés, las tablas de la ley.

Yo me pregunto: ¿qué clase de marxismo es éste? ¿Por qué lo apoya un gobierno burócrata? ¿Por qué se persigue a los comunistas?

Luego no es marxismo, tienden sólo a formar ganapanes que se harán llamar líderes, para mejor explotar al pueblo y a su vez obedecer las órdenes de un *pontífice*.

No se crea que la juventud es enemiga de los dogmas; no, todo dogma limpio de la basura que sus falsos apóstoles le arrojaron es una hermosa fantasía, porque la fantasía es un canto de libertad —aunque no sea la libertad— y la juventud busca libertad.

Todos nosotros buscamos un dogma que nos muestre la meta de nuestros anhelos; por eso los católicos, comunistas, fascistas, republicanos, conservadores, en fin, seguimos cada uno una religión, pero vienen y nos dicen:

"Tú no debes ser nada de esto, nada es cierto, no creas en la comunidad de los hombres, ni en la caridad de tus hermanos, tú naciste esclavo, escucha la orden del más fuerte".

Nos quitan todo; matan nuestras fantasías y nos convierten en escépticos, es decir en cadáveres vivientes.

También se dice: los jóvenes se dejan arrastrar por políticos que han perdido su prestigio.

Yo me pregunto: ¿Por qué si tan fácilmente se nos arrastra, no nos atraen nuestros magnánimos defensores? ¿Por qué en sus mítines y fiestas no se escucha la algarabía de los fogosos estudiantes? ¿Será que nos desprecian o que ignoran que la juventud es la savia de los pueblos y que para tener al pueblo hay que tener a su juventud?

Si esos hombres de gastado prestigio, esos fracasados, nos atraen, es porque su fracaso se debió a grandes fantasías; porque cuando nos hablan no son ellos los que hablan, somos nosotros; exponen nuestros mismos sueños. —Son inteligentes vividores— dirán nuestros amables defensores.

Yo les vuelvo a preguntar: ¿por qué no hacen lo mismo para salvarnos? ¿Será que el poeta nace y no se hace?

También tuvieron una brillante idea para formarnos unos verdaderos hombres (según ellos). "El servicio militar obligatorio" (según nosotros,

no). El militarismo haría tan sólo autómatas, ciegos instrumentos, a la vez, de un "jefe máximo".

Nos ponen el ejemplo de Alemania tan grandiosa por su genio militar y científico; hombres de hierro, hombres que inventan el submarino, el dirigible, los gases venenosos y mil infernales máquinas de muerte. Hombres que fueron a la guerra como frías máquinas de matar, que resistían como moles de acero; su único ideal, su Dios y su káiser. Cuán distinto a nuestros hermanos de sangre, el francés que pelea y moría por la gloria.

Esta es la clase de instrucción que no sólo nos haría hombres; haría de nosotros el super-hombre de Nietzsche, ser mecánico sin sentimientos arrollando, con pesado paso, a la humanidad.

A todo sólo nos queda responder como don Quijote al Caballero de la Clara Luna: "Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer, y yo el más desdichado de los caballeros y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero, la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra".

La ilusión es lo más preciado de nosotros, podéis quitarnos la vida, pero nunca la abandonaremos.

No insistáis en hacernos super-hombres porque siempre seremos los apaleados Quijotes.

México en el futuro*

Remontémonos por unos minutos hacia el futuro México, después de ser un hecho el "plan sexenal" y que la "guerra contra Dios" haya sido un triunfo (?) para los formidables paladines de los derechos del pueblo (?).

Recorren nuestras calles, una multitud de seres, mejor dicho, de maquinarias humanas, les llamo así porque no me parece que haya otro nombre más adecuado.

Observemos el resultado de su educación "racional-socialista". Será maravillosa, tendremos a nuestro lado una enciclopedia científica. Si le presentamos una flor para que admire su color y aroma, nos dirá inmediatamente si es una orquídea; nos explicará su funcionamiento, sin importarle ni aroma ni color. Que es un ave de vistosas plumas y

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. III, núm. 399, 15 de diciembre, 1933, pp. 1 y 2.

dulces trinos; también nos hablará sobre su especie y sus distintas divisiones. Mostrémosle un hermoso arroyuelo; nos dirá exactamente su largo, la cantidad de agua que contiene en metros cúbicos. Si vemos al cielo sabremos el nombre de todos los planetas y constelaciones, el tamaño más o menos preciso de la luna, que su existencia se debe a un acto fisiológico, y nos hará una detallada anatomía de su cuerpo. ¿Que por qué existe? Muy sencillo: "por que nació". Que si tiene alguna aspiración, nos mirará perplejo y explicará la raíz de esta palabra y su significado entre griegos y latinos.

Cuando algún niño de estas grandes escuelas "nacional-socialistas", en un momento de lucidez o curiosidad, pregunte al maestro "¿Quién hizo todo lo que me habéis enseñado?" Ante tal pregunta contestará tartamudeando —"Pues fue hecho por un decreto en una convención, en no sé qué estado".

Y si recordando a su madre que alguna vez le haya hablado de Dios le pregunta "Maestro, ¿qué es Dios?" —contestará— "¡Dios!, ¡ah!, sí, es un pobre hombre que vivía del dinero del pueblo, pero un decreto de esa misma convención lo expulsó del país".

Ahora pasemos a observar a nuestros futuros profesionistas que, aunque por hoy la Universidad es autónoma y tiene cátedra libre, para entonces, debido a la instrucción socialista que se impartirá

en las primarias, los jóvenes que vayan a la Universidad serán socialistas pese a la juventud que luchó contra esta aberración.

Pues bien, nuestros intelectuales convertidos en "líderes" dirigiéndose a la sufrida clase proletaria les dirán: "compañeros, henos aquí, hemos triunfado en nuestra ardua carrera, para que al fin podamos ser útiles a ustedes y al mismo tiempo bien es que sepan que sus derechos, según la teoría de Marx, de Engels o Lenin, son éstos y estos otros, que nosotros acabaremos con toda plusvalía, que repartiremos el capital". La clase oprimida, entusiasmada, les aclamará y, como es natural, preguntará qué debe hacer para el logro de tan faustas promesas. A esto, nuestros señores "líderes" les darán una tarjeta donde se indica su nombre y dirección y, a renglón seguido, con letras claras "consultas de diez pesos en adelante".

Toda esta multitud, insensible y escéptica, habrá de creer y estar sometida a algo; este algo será el "hombre Estado" título recibido por herencia. El dominio de este nuevo monarca será más terrible que el ejercido por los señores feudales de la Edad Media; éstos sometían al pueblo por medio de grilletes y suplicios corporales.

En cambio, el otro los esclavizará con dogmas obscuros, basados en leyes y códigos que les mostrarán que el Estado lo es todo y entre más quieran comprenderlo más esclavos se encontrarán. Y ¿el

gobernante se sentirá acaso un Dios? —No— a su vez también será esclavo de los parásitos que le rodean, y si alguna vez se siente cansado de gobernar un cementerio e intenta dejar el poder, le será imposible; no podrá abandonarlo, porque significaría el derrumbe del pedestal donde se sostienen los huesos que le rodean, los cuales lo sacrificarán antes que permitir que los abandone.

Sin embargo, todo hombre busca un ser que pueda lograr lo que a él le es imposible; al no existir, lo forma en su fantasía y hace un fetiche. Así los hombres que ya no tuvieran el ideal supremo de Dios, tendrían que escoger entre el suicidio o volver a deificar sus más bajas pasiones en un nuevo Moloch y, por lo tanto, volverían a rendir culto a Baco, a la impúdica Venus, y ofrecerían nuevos manes a la violencia y el terror levantando un pedestal a Marte, despedazándose unos a otros, pues ya no tendrían razón de ser.

Cuando esto haya sucedido, cuando los hombres que hagan la "Guerra contra Dios" hayan gastado la saliva en inútiles escupitinas al cielo y, con el rostro bañado de ellas, comprendan que no han sido sino simples instrumentos del combatido para la marcha del universo, y se cumpla esa ley fatal que hace iguales a todos los seres: la muerte, ante la cual todo su alarde de combatientes quede como un cuerpo convertido en polvo y todo el oro sangriento que acumularon sólo sirva como base a

nuevas contiendas entre sus nuevos precursores; para entonces, el universo seguirá regido por las mismas leyes, los mundos naciendo y otros muriendo, y la fuerza eterna que osamos combatir seguirá impávida su carrera.

Nuestro Abraham Lincoln*

El ilustre sabio sociólogo americano *Mr*. Frank Tannenbaum declaró enfáticamente ante el no menos ilustre redactor de *El Nacional*, que la obra del general Calles es más grande que la de Abraham Lincoln; ya que como redentor de los oprimidos libertó más indios que la guerra civil de Estados Unidos liberara negros. Tomando en cuenta la sabiduría del prestigiado sociólogo así como la liberalidad del mencionado diario, hay que creerlo cierto. Estas declaraciones nos han hecho alborozar, pues al fin un sabio del mismísimo país del norte declara a uno de nuestros prohombres superior al más digno y noble de sus presidentes (nuestros primos no ignoran la satisfacción que sentimos cuando logramos superarlos en algo).

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 401, 20 de diciembre, 1933, pp. 1 y 4.

Pensando en los negros libertados por Lincoln recordé al pobre incinerado por la turba enfurecida, de un estado de Norteamérica, por el simple hecho de haberle demostrado a una rubia *miss* que también ellos son hombres.

Al recordarlo se me ocurre que algún patriotero de ese país, al no comprender bien las declaraciones del señor Tannenbaum, y desconociendo la brillantísima obra de nuestro máximo libertador, quiera aplicarle por irrespetuoso a la historia de su país el mismo procedimiento que al negro, lo que causaría una enorme pérdida a la ciencia; y para evitarlo me propongo ayudar, en lo poco que sé, al ilustre sociólogo.

En efecto: nuestro "Lincoln", ha libertado millares de indios tanto en lo económico como en lo político y en lo social. Ha contribuido sobremanera en su cultura física y moral: ejemplo claro lo podrá encontrar el ilustre sabio en la persona de un exsecretario y hoy gran jugador de polo (que según dicen habla francés e inglés); lo mismo se podrá decir de otros varios redimidos que ahora cooperan con su libertador.

Otro gran ejemplo lo encontramos observando lo mucho que se ha hecho a favor de nuestros bravos "juanes". Desde luego tienen un magnífico sueldo (1.40) tan magnífico que les alcanza para dar "voluntariamente" un día de haber para obsequiar en su santo a sus cariñosos jefes, otro para la

formación de su madrina, otro para que les "den", a los damnificados de un desgraciado estado, una taza de café y un insubstancial plato de arroz con frijoles, otro día de sueldo más para levantar un monumento a la revolución que los redimió, y todavía les alcanza el miliunanochesco sueldo para comer opíparamente y hacer sus ahorros.

A cambio de este fabuloso sueldo el trabajo que desempeñan es descansado y sencillo: cuando no están en campaña, los utilizan en levantar sus propios cuarteles, en la construcción de carreteras, escuelas, parques deportivos, campos de aterrizaje y de concentración; reconstruyen los poblados azotados por los ciclones; algunos de ellos mueren en estos trabajos; pero es fácil comprender que sus familiares no sufrirán privaciones, ya que tienen algunos ahorros.

¿Verdad que están bien compensados?

En cuanto a los indios del campo, también se encuentran a las mil maravillas; todos cuentan con sus tierritas obtenidas en un equitativo reparto agrario, recibidas con muy poca diferencia en parcelas, desde nuestro humilde campesino máximo hasta el último de los peones.

Haciendas como las del feudalismo porfirista, ni qué pensarlo; a pesar de que el mismo señor Tannenbaum dice haberlas encontrado durante su larga permanencia entre los mayas, otomíes, huicholes, chamulas, tarascos, etcétera.

El sabio sociólogo también nos dice: México tiene 70 000 poblados rurales, y es en ellos donde se sustenta el futuro México, y cuando llegue el día en que cada jefe de familia tenga un modo de vivir y una escuela en cada uno de estos centros, la revolución habrá cumplido su promesa a los campesinos, y se podrá formar un país libre y grande.

Esto ya no hay que decirlo, Mr. Tannenbaum, porque a la fecha existen millares de escuelas tanto rurales como citadinas, atendidas por competentes maestros, bien y puntualmente pagados. Todos nuestros campesinos y obreros conocen muy bien sus deberes cívicos, de manera que dan su voto legal y libremente al candidato que su redentor les ha escogido, con un acierto extraordinario.

Si *Mr*. Tannenbaum quiere saber más sobre el campesino (que considero inútil, ya que tiene ocho años de tratarlos) pregunte a uno de ellos, al señor Graciano Sánchez que le merecerá confianza, y le dirá lo mismo que dijo en la "Real" convención de Querétaro.

Señor Frank Tannenbaum, esto no es todo; he aquí la superioridad de nuestro "Lincoln". Así como redimió al indio, también ha redimido a los criollos, mestizos [...] es decir a todo el país.

En lo económico, a pesar de ser como todos nosotros, una víctima de la rapacidad del capital español (según nos dice el cultísimo señor Andrés Fernández, nuevo insurgente de una nueva inde-

pendencia, en una carta abierta, dirigida al señor Arenas Guzmán, carta con un hermoso estilo de literatura epistolar, que se puede admirar en los postes y esquinas de la ciudad) lo poco que logró arrebatar a ella, lo mismo que a los capitalistas judíos y *yankees*, lo ha puesto en manos de la honrada "familia revolucionaria" que con él coopera. Han formado cooperativas que se encargan del azúcar, sal, leche, ferrocarriles… de carreteras, presas, edificios… y avenidas con todo y monumentos. Como se ve, así se salva parte de nuestro capital, a la ya mencionada rapacidad de los españoles, judíos, *yankees*.

Hecho esto se suscitó un nuevo problema: ¿dónde guardar el capital recuperado? ¿Quién podría defender y responder por este capital? nosotros no poseemos armamentos para defenderlo. ¡Pero, oh maravilla! Una brillante idea llega a nuestro consejero; la rubia Albión, con sus flotas, cañones y ejércitos, ¿qué mejor defensora? ¿Qué mejor banquero que John Bull?... y nuestro capital se fue; nos lo guarda el inspector de Scotland Yard.

¿A Lincoln se le hubiera ocurrido esto?

Una cosa que preocupó mucho al patricio americano fue la desunión de los estados; a nuestro jefe no le preocupó nada, la resolvió de una plumada. Encontró que el noventa por ciento de la población era católica, y el resto de ideas liberales;

esto mostraba una gran discordancia en el pueblo, ¿cómo arreglarle? Muy sencillo: haciendo que ese noventa por ciento de ideas católicas, las trocase en ideas pseudobolcheviques. Así resultaba un ciento por ciento de ideologías afines. Otra idea que jamás se le ocurrió a Lincoln.

También en lo político supo unificarnos. Conociendo al pueblo tanto como el señor Tannenbaum, encontró fácilmente al candidato que llenara sus aspiraciones, ya representadas en el plan sexenal. Es por este candidato como ya "libre y espontáneamente" irá a las casillas electorales donde será bien recibido (se obsequiarán tacos de barbacoa y el dulce néctar de la reina Xóchitl). Pero tengan cuidado los malos ciudadanos, que se abstengan de votar por el reconocido "candidato del pueblo", siguiendo los pérfidos consejos de los políticos fracasados; pues a éstos tal vez les espere algún discípulo del "cariñoso" esbirro de los estudiantes, ¡perdón!, amigo de los estudiantes, futuro embajador en Bélgica.

Por esto *Mr*. Frank Tannenbaum verá que no es desatinada su comparación y que la apología que ha hecho del señor Calles es acertada.

Espero que después de tan arduo descubrimiento, se retire o pida que lo jubilen; porque de seguir investigando, nos va a resultar que encuentra a Cristo disfrazado de hitlerista.

"Jefe máximo" no es sino fetiche al servicio de una oligarquía*

El "jefe máximo" es el nombre que dan al falso ídolo que se ha levantado para detener la marcha del pueblo. Se le considera como amo y señor de los destinos del mismo. México le sirve como tablero de ajedrez, en el cual las piezas están formadas por generales, gobernadores y representantes del pueblo, que quita y pone a su antojo. Internacionalmente hablando debe ser superior a Mussolini, Stalin o Hitler; porque si es cierto que éstos imponen su voluntad, pocas veces es antagónica a las necesidades del pueblo. El llamado jefe máximo es distinto, él impone su voluntad ciento por ciento

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 406, 1o. de enero, 1934, pp. 1 y 4.

contraria a la del pueblo; y esto tan sólo para que se den cuenta de que es amo y señor de sus destinos.

Un hombre de esta naturaleza, capaz de enfrentarse a un pueblo y arrastrarlo en pos de sus ambiciones personales merecía admiración, ¡pero este hombre no existe!

Sin apasionamiento de ninguna especie, tratemos de observar al coloso que se levanta ante nosotros; analizándolo nos encontramos con que es una pequeña figura sostenida por una amalgama de politicastros advenedizos y vividores que se sostienen de la miseria del pueblo y que al no tener el suficiente valor para responder de sus actos, utilizan a un hombre mediocre que se hace cargo de sus casos, haciéndolo aparecer como director responsable de éstos.

Por eso es que vemos que fingen consultarle como a una sibila y le llaman el abanderado de su revolución, engrandeciéndolo en una forma escandalosa.

Cuando presienten que alguno de sus correligionarios puede utilizar en demasía el poder que le han conferido, y que puede llegar a serles perjudicial, entonces lo sustituyen y colocan en su lugar al "jefe máximo". Así lo vemos pasar por distintas secretarías; lo mismo está en Guerra, en Hacienda, Ferrocarriles, Banco de México o en cualquier otro lugar, donde existe un conato de peligro para la plutocracia.

Contando con individuos de esta especie, no es extraño que formulen planes sexenales que al fin y al cabo fracasan y a cuyo fracaso el "jefe máximo" contesta que se debió a la falta de material humano.

Mientras tanto el pueblo, harto ya de ser esclavo, se enaltece y lanza sus golpes al fetiche cuando los politicastros que lo sostienen continúan aumentando el dolor y la miseria, riéndose del pueblo, diciéndole con sarcasmo si éste los llama a cuentas: "Es orden del 'jefe máximo'".

Este grupo es el que se llama la familia revolucionaria, que acciona igual que los señores feudales de la Edad Media, cada cual en sus territorios o en sus dependencias oficiales, imponiendo su voluntad.

Observemos cómo el señor Bassols, irritado por el hecho de que un grupo numeroso de maestros le pida escuelas y útiles para los hijos del pueblo, los amenaza con procesarlos y encarcelarlos, como si eso fuera un grave delito.

También tenemos al genio constructor de la revolución gastándose algunos millones en obras públicas, para que los señores turistas se puedan pasear en México. Vemos cómo quita el último reducto a los comerciantes mexicanos, que es la calle, por el hecho de que no molesten a los turistas (con especialidad a los judíos, árabes y polacos, como si México fuera lugar de recreo para los extranjeros y no para que vivan los mexicanos). Este

señor también se disgusta con un gobernador y lo hace caer porque tal vez no le permitió asfaltar algún barrio o construir alguna presa.

Por este estilo se pueden encontrar numerosos consultores del "jefe máximo", que hacen su voluntad diciendo al pueblo que el "jefe" lo hace para su bienestar.

Estos señores, en su afán de imponer órdenes, llegan a lo ridículo, como es el caso que, al no contar con partidarios en el pueblo, hacen una leva de empleados oficiales obligándoles a que escojan: o morirse de hambre o pertenecer a su partido con sus respectivos descuentos, y después declaran que es para tener dentro de ellos a incondicionales, como si el dejarlos comer no fuera una condición.

Para afirmar más que no es el famoso "máximo" quien hace y deshace en el pobre pueblo mexicano, citamos las bofetadas sin mano que le dan a nuestro pueblo. En su famosa convención de Querétaro escarnecen a la juventud haciéndola presidir por un masacrador de estudiantes, en unión de un Gonzalo N. Santos, y del enemigo de la escuela, Osornio. Ahí mismo el sr. Pérez H., quien no sabe qué decir en la tal convención, se pone a hojear una *Mitología griega* y propone reanudar la guerra de los titanes, diciendo que Dios no existe y que hay que hacerle la guerra (contradicción que nos indica la cultura del tal señor) y para lograrlo propone idiotizar a la niñez. Los señores convencio-

nistas, a sabiendas de que el noventa por ciento del pueblo es católico, lo apoyan.

¡Después nos salen con la nueva de que un delincuente irá a Bélgica a ser representante de la cultura del pueblo mexicano!

Como se ve, todas estas ideas, para ser de un hombre, necesitaban ser de un loco, porque solamente un loco puede burlarse y befar en tal forma a un pueblo: pero la verdad es que ellas son nacidas de un grupo de incultos individuos, que ignoran qué es patria y que no creen que existe una masa llamada pueblo que les tomará cuenta de sus actos.

Así, pues, vuelvo a insistir en que derrumbemos al falso ídolo que se levanta amenazante sobre nuestras cabezas; es ridículo que un filósofo como Vasconcelos se haya preocupado por tan pequeña figura. La obligación de los nuevos líderes del pueblo, el cual les ha dado toda su confianza, es la de mostrar a éste sus derechos, educarlo, darle la verdadera bandera de la revolución.

Es inútil que se pida al Estado el destierro del general Calles, éste no podría hacerlo, no se lo permitirían, la caída de Calles significaría la completa derrota de la "familia" revolucionaria que se ha apoderado del gobierno.

Tampoco nos extrañe que el seudo jefe máximo dé la razón a un Allende y a un Gonzalo N. Santos; lo mismo le daría si se pasase por las armas

a toda la juventud de México o que se nombrara como embajador de Inglaterra o Alemania a un Nájera. Esto y más lo aprobará puesto que es la única labor que tiene encomendada. Razón tienen los oligarcas en llamarlo su bandera; debemos destruir ese fenómeno óptico y mirarlo tal como es. Cuando se le haya dado su verdadero valor veremos si aún es capaz de estorbar a un pueblo.

Lázaro Cárdenas ante la juventud de México*

En uno de los brillantes y preparados discursos del general Cárdenas en su gira política son dignas de tomarse en cuenta las palabras que dirigió a la juventud:

> La juventud debe preocuparse fundamentalmente por los problemas sociales de que es teatro la República, evitando la agitación estéril y la indisciplina, para adquirir una conciencia de responsabilidad de masas y unirse en la lucha con las clases obreras y campesinas en bien del país.

Las anteriores palabras unidas a las excitativas que hace la prensa penerreana y los orado-

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 409, 10 de enero, 1934, pp. 1 y 4.

res cardenistas, en el sentido de que la juventud debe seguir a Lázaro Cárdenas, ya que a éste por su edad se le debe considerar como a un genuino representante de aquélla, nos trae a las mientes las palabras dichas por Muñoz Cota, uno de sus flamantes oradores: "La juventud está ya compenetrada del sentido de responsabilidad" y por lo tanto nos preocupamos por los problemas sociales de la patria, y siendo el pueblo de México la antítesis de las ideologías que persigue el partido que dirige a Cárdenas; compenetrados de una consciente responsabilidad de masas, nos unimos al pueblo para el bienestar del país.

En cuanto a que el general Cárdenas sea el genuino representante de la juventud mexicana, lo consideramos como el mayor absurdo, a pesar de que su vida es una "vida ejemplar", según nos dice su preceptor, el ilustre exrector licenciado García Téllez; a pesar de su biografía, digna de la pluma de Zweig, Ludwig o Romain Rolland; a pesar de que en la misma oposición es considerado como un completo caballero, correcto, de costumbres morales, distinto de los bruscos militares, asiduos parroquianos de cabarets y cantinas. Digo que, a pesar de esto, pues tal cúmulo de perfecciones nos hace pensar en los "hijos de familia" todos corrección y obediencia. Un "hijo de familia" es lo que hacía falta al PNR y a su fetiche, un hombre obediente incapaz de accionar por sí mismo.

Sus palabras afirman más su aspecto de niño obediente y educado. Cuando quiere jugar a don Quijote, nos dice que la lucha electoral será una lucha leal, lucha entre caballeros; y sus partidarios dan fe a sus palabras, mostrando espectáculos, como el del Politeama, Monterrey, Puebla y Torreón.

Si en verdad quiere luchar como caballero ¿por qué no exige al partido que lo sostiene deje en libertad a la oposición? ¿Por qué no reta a ésta a controversias públicas, ya que si tiene la razón debe forzosamente vencer?

Un hombre incapaz de esto, incapaz de sacudir el yugo de la oligarquía que le utilizará como un pelele, ¿puede considerarse entre la juventud y esperar a que ésta lo siga?

"Las juventudes que no vayan a la acción son juventudes muertas", palabras con que se ahogan y ahoga al hombre que pretende ayudar, el orador Muñoz Cota; a continuación yo les digo: Los jóvenes no son hombres que necesitan de programas que les muestren un término, sino ideales que les indiquen un camino.

La verdadera juventud nunca dice haré, sino hago; ignora la esclavitud de la rutina y nunca soportaría la coyunda del absolutismo. En cambio, Cárdenas y los pocos jóvenes que lo siguen son hombres que aunque vivan en el presente, obedecen al pasado, y todo para conseguir una sa-

tisfacción fácil e inmediata que los conduce a la domesticidad. Seres así son débiles, tristes resignados, acatando todas las órdenes provenientes de una ley de fatalidad; son hombres sin voluntad que cuando intentan volar sólo saben arrastrarse; que se consuelan confiando en los consejos de alguien, puesto que no tienen confianza en sus propias fuerzas. Ellos son de éstos ya que han tomado el camino fácil de la servidumbre lucrativa, declinando su libertad.

A la juventud que pretenden guiar la han traicionado al preferir la dádiva, al fundar su ventura en la protección de los poderosos, destrozando su personalidad. Cárdenas, al aceptar un puesto en la burocracia, se ha unido al pasado, y la juventud no pertenece al pasado. Pretende regir una nación unido a una casta de politicastros carentes de méritos y cargados de recomendaciones, los que, convertidos en funcionarios públicos, fundarán su ideal en un lucrativo sueldo, y su futuro en la jubilación. Pretende regirla ayudado de un determinado partido; bien están las andaderas para un niño que no sepa andar, pero en un adulto sólo indican que es un inválido.

General Cárdenas, si quiere contar con la juventud y con el pueblo, aplique su vida a sus propios ideales y no a la servidumbre; no tenga miedo a perder su rango y a exponerse al odio y los golpes de los serviles, que ello le indicará que ha sal-

vado su dignidad. Si quiere honrar a la juventud a que pertenece, no reciba nada que sea como un favor ajeno, obténgalo con su propio esfuerzo. Usted tiene ante sí dos caminos: uno fácil y cómodo pero ignominioso y oscuro; el otro escabroso y difícil, pero brillante. En el primero lo seguirán los zánganos de los pueblos que° se esconderán tras de su personalidad para mejor luchar. En el segundo tendrá a una juventud viril y ansiosa de renovaciones, y con ella una multitud sedienta de libertad: *el pueblo*.

Nueva forma de estafar al público que simpatiza con la oposición*

"Manrique muerto", "Manrique asesinado", eran los gritos de los voceadores que corrían por las calles en tropel

En efecto, en el encabezamiento de una gacetilla decía con grandes letras "Manrique muerto". Como es de suponer, esta noticia causó expectación entre los numerosos transeúntes, por ser ampliamente conocida la brillante labor del líder oposicionista Aurelio Manrique (*jr.*), aumentada esta popularidad por los atentados de que ha sido víctima. Por esta causa, el que tenía una moneda se apresuraba a comprar la gacetilla, en todos los

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 414, 22 de enero, 1934, pp. 1 y 4.

rostros se notaba en seguida la indignación, unida al pesar que esta noticia causaba. Sin embargo, al enterarse de que era sólo una "vil estafa" con base en el sentimiento público, aquel pesar desaparecía y sólo quedaba la indignación hacia la clase dictatorial y hacia sus lacayos, pues no dejaban de notar la forma tan torpe y sucia con que se atacaba a las personalidades más puras de la oposición, utilizando un lenguaje que hace honor a un "eco" de revolucionarios, como Osornio, Santos y otros.

Ante la imposibilidad de ser tomados en cuenta por un público que sabe ya de antemano las maniobras de los pagados precisamente para eso, recurren a medios indignos de verdaderos periodistas.

Aun en el caso de que fuese verdad... desgraciadamente verdad, se sabría perfectamente de dónde provenía un atentado. Los señores del "eco", ante lo imposibilidad de decir algo que interese realmente al pueblo, sólo se dedican a insultar en la forma más baja a la prensa que se ocupa de los problemas sociales y políticos con una actitud viril y franca, que pone sus columnas al servicio del pueblo, desde las cuales éste expone sus quejas sin ninguna cortapisa. Toda su rabia la descargan sobre el señor Arenas Guzmán a quien titulan director del eunuco encadenado y sobre Zelim Almanzor, colaborador de *El Hombre Libre*, llamándole perro hidrófobo. Exponen al mismo tiempo

que el valor civil anda escaso en este periódico. Yo les pregunto, ¿a qué llaman valor civil?

¿Se llama valor civil el estar contra el pueblo? ¿Se llama valor civil el halagar a una oligarquía? ¿Se llama valor civil el colaborar con la fuerza bruta? ¿Se llama valor civil el utilizar los nombres de los jefes de la oposición para estafar al público? ¿Se llama valor civil el soltar andanadas de improperios?

En cambio, ¿es falta de valor civil el atacar a los poderosos, el decir la verdad clara y escuetamente, el estar con el pueblo y esperar como recompensa la persecución, la cárcel, el destierro?

Es fácil hacer carrera arrastrándose ante los pomposos fetiches, nulificando la personalidad individual, es fácil frecuentar antesalas mendigando favores y perfeccionándose en el arte de ser rastrero.

Yo aconsejaría a estos paladines de la pluma que si no pueden hablar con dignidad, mejor se nulifiquen, pues sólo hacen el ridículo.

Sin embargo, sus groseros ataques en vez de perjudicar a la oposición la enaltecen, porque toda obra meritoria y que lleva en sí un ideal de mejoramiento para los demás seres está rodeada de adversarios, la no existencia de éstos sólo sería un testimonio de insignificancia.

Todo sendero que se asciende sin protectores es áspero, por eso de hacer, como si el mérito les ofendiese.

Es que los que no pueden subirlo conspiran contra el que lo pue [*sic* – párrafo incompleto en su inicio y su final].

En todas las épocas, los que sobresalen por el camino de la verdad y la justicia no se resignan cuando el mérito los desengaña. Admirar a otros es un suplicio para los que en vano quieren ser admirados; todo individuo incapaz de crear se dedica a destruir y se convierte en criticastro, bufón o loco, haciéndose enemigo de toda obra, destruyéndola por el simple hecho de no poder construirla.

Estos individuos son de los que dicen que el numen de los oposicionistas está imposibilitado para nada grande y digno. Los pobres, en su ignorancia, confunden el mármol con la cal y llaman grande y digno el rendir pleitesía y honores a una tiranía que está a base de explotación del pueblo y que sólo sirve para enriquecer a los magnates.

Es la desesperación de sus fracasos lo que les hace gritar de esa manera.

Estos gritos, lejos de molestar, son el laurel que obtienen los hombres puros que tratan de llevar a efecto un noble ideal.

Gacetilleros anodinos viven sólo para para mancillar a los que persiguen la verdad; soñando en su exterminio, prorrumpen en sonoras majaderías y calumnias.

En su ceguedad, producida por la abdicación voluntaria de sus derechos de hombre, sólo ven un peligro en cada movimiento en que no se escucha sonar de cadenas. Tiemblan cuando saben que aún existen hombres que dicen la verdad, que atacan sin miedo a los falsos libertadores; el terror les hace llamarlos eunucos y charlatanes con otra serie de insultos y epítetos que por un efecto de espejismo ven sus propios defectos en los contrincantes.

¡Pobres individuos! El único nombre que les valdría es el de "roedores del mérito".

No seré yo quien termine diciendo que el odio es estéril y que se les perdona porque no saben lo que hacen; porque sencillamente ni odian ni hacen nada. Ningún enfermo es responsable de su dolencia y sería absurdo pedirle que no se queje. El servilismo es una enfermedad y por lo tanto tienen el perfecto derecho de lamentarse. Así tendrán dos tormentos: el de sus males y el de los bienes que no pueden obtener; su existencia es muy necesaria para diferenciar la esclavitud de la libertad.

¿No hay prácticamente imposición en México?*

Podríamos considerar al ingeniero Palavicini como un genuino presentante de las medianías conformistas de que nos habla José Ingenieros. Como a buen burgués, poco le puede importar que sea un Díaz, un Ortiz Rubio o un Cárdenas el que dirija los destinos del pueblo, mientras él (Palavicini) pueda disfrutar cómodamente de sus plusvalías. Mas ésta no es razón para que se considere portavoz de los sentimientos del pueblo queriéndole dar la misma actitud conformista que él padece.

Cuando el señor Palavicini declaró que la oposición quiere derrumbar el Popocatépetl a cabezazos o, lo que es lo mismo, cuando el pueblo quiere derrumbar al PNR al que considera fuerte como un

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 417, 29 de enero, 1934, pp. 1 y 4.

volcán parece, más que un periodista independiente, un interesado propagandista del partido oficial.

Pregunto al señor Palavicini: ¿En qué consiste la volcánica fuerza del supradicho partido? ¿Quiénes integran dicho partido? No lo creo tan necio que me conteste que las masas obreras y campesinas.

En mi pobre entender, el partido está formado por un pequeño grupo de vividores, llámense Riva Palacio, Luis León o Treviño; sostenido por otro pequeño grupo de latifundistas, los Calles, los Sáenz, etc., etc. En cuanto a sus demás miembros, son los empleados oficiales a los que con la amenaza de quitarles el empleo los han hecho adherir espontánea y libremente (¿?) y por algunos obreros y campesinos engañados vilmente por los falsos líderes que sostiene el PNR.

Respecto a la oposición, el señor Palavicini (como su colega Luis L. León) no la encuentra, pues la que existe no es prácticamente oposición. El hombre que conoce a fondo los problemas y la voluntad del pueblo mexicano sabe perfectamente que basta una chispa de cualquiera magnitud que venga a exasperar los sentimientos populares para que la revolución sea inminente y para que éste ofrezca generosamente su sangre en aras del ideal que siempre ha perseguido.

Palavicini encuentra a las masas escépticas y conformes porque, según él, ya nadie le puede

ofrecer más de lo que el gobierno actual le ha dado y prometido.

¿Quién puede competir con los buenos deseos del general Rodríguez, que espera que un día el obrero pueda tener un sueldo de cuatro pesos diarios?

En mil novecientos diez —nos dice don Félix— el enemigo lo tenía todo, pero ahora ¿qué?

¿Qué pueden prometer? Y, sobre todo, ¿quién puede creerles? Estas palabras aumentan la creencia de que se trata de un emisario del callismo pues, según ellas, en 1910 el Estado lo tenía todo; ahora es el pueblo quien lo debe de tener y a tal grado que ya nada se le puede prometer y puesto que él quisiera tal cosa ¿cómo iba a realizar lo que estaba realizado? Gran conocedor de las necesidades del pueblo ¿verdad?

Sin embargo el pueblo, tal vez por analfabetismo, no soporta que el buen Estado enseñe a sus hijos las funciones de su sexo para que, sin peligro, se abandone a la sensualidad. El mismo pueblo de analfabetas no soporta que sus letrados gobernantes eduquen a sus hijos en las teorías de Hegel, Marx o Engels y que les digan que su Guadalupana es vil trapo; que su Dios es un conjunto de leyes resueltas en las fórmulas de Einstein o en las teorías de Max Scheler, señor Palavicini. Este pueblo inculto, carente de inteligencia, indigno de la democracia, lleva con sus absurdos fanatismos

un vientre que sus gobernantes han querido llenar con sus buenos deseos mientras ellos construyen casinos, presas, carreteras, monumentos. Quizá usted no ignore de lo que es capaz un vientre vacío, vientre de que no carecen los analfabetas.

El vientre es el que inventó la agricultura, para obtener el grano que lo alimentó, inventó el arte militar con todos sus horrores para proteger ese grano; la medicina, las matemáticas para guardarlo del tiempo.

Inventó asimismo el carro, el navío, el avión para transportarlo cuando en sus comarcas faltara. Inventó las cárceles, las Bastillas para encerrar a los que les roban su grano, y cuando las bastillas servían para esconder su grano, inventó el fuego y la pólvora para derrumbarlas.

Por fin, inventó la guillotina para los acaparadores de su grano.

Siempre han sido pueblos de analfabetas hambrientos los que han cercenado a un Calígula antes de que éste pudiera reunirlos en una sola cabeza; los que han destrozado Bastillas y llevado al cadalso a sus cultos amos y los que dieron el espectáculo de una noche roja en octubre de 1917.

En México se encuentra una juventud que ya no es la decepcionada de 1910, otra nueva que aún no sabe de fracasos, tal vez inculta, pero soñadora y rebelde como todas las juventudes. Juventud a la que se le han querido imponer las cadenas del

dogmatismo; a la que se castiga por su rebeldía arrojándola de la Universidad, pues se le arroja al robarle el subsidio que paga el pueblo. Convirtiendo el ateneo de la ciencia en un cubil de futuros explotadores, pues no pueden ser otra cosa los burócratas que son los que podrán educarse en ella. A un pueblo hambriento de pan y a una juventud hambrienta de libertad, el señor Palavicini tiene la ocurrencia de no considerarla prácticamente oposición.

El hombre nuevo*

Las declaraciones del licenciado Luis Cabrera en el sentido de que no aceptaría su postulación para presidente de la República ha hecho comprender la necesidad de buscar hombres nuevos. La generación pasada fue una generación que aprendió mucho pero no enseñó nada; poco podemos esperar de ella. Es el mismo licenciado Cabrera el que hace hincapié en la necesidad de buscar hombres nuevos, que hagan una nueva revolución cambiando todos los métodos existentes hasta hoy para acomodar nuestra Constitución y nuestras leyes a la realidad de nuestro medio social.

En mi concepto lo que se llama Revolución de 1910 no fue revolución, puesto que sus resultados fueron en beneficio de una minoría de burócratas pomposamente llamados "Jefes de la Revolución",

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 423, 12 de febrero, 1934, pp. 1 y 4.

sean éstos Obregón o Calles. A pesar de que la sangre del elemento proletario corrió en abundancia, los resultados obtenidos por esta clase fueron enteramente nulos y sin ninguna recompensa para aquellos que se lanzaron brava y noblemente a la lucha persiguiendo el mejoramiento social: después de la lucha cruenta, sólo promesas y más promesas.

Más que revolución parecía batalla de "gangsters": los ladrones del partido de los científicos arrojados por los del PNR.

Cierto que existieron los Flores Magón, Aquiles Serdán, Madero y tantos otros, pero también es cierto que casi todos ellos perecieron a manos de asesinos sin escrúpulos.

La generación pasada, como decía antes, fue una generación que aprendió mucho y no enseñó nada; ¿fue una generación de egoístas?, ¿de qué nos han servido tantas lumbreras en el terreno de las ciencias y de la filosofía? Como no sea para gastar toda su sabiduría en cátedras para burgueses torpes que todo lo poseen, mientras la mayoría de las masas continúan en la miserable condición de tiempos coloniales.

Es doloroso que jurisconsultos como Herrasti pierdan el tiempo en buscar el origen de la palabra Celedonio, y filósofos de la talla del maestro Caso el origen del "Yo" y demás nimiedades de la epistemología, en vez de estudiar las necesidades

de nuestro pueblo para remediarlas de una manera directa y rápida, lo más rápida posible.

Así como estos señores, podemos encontrar lo más granado de la intelectualidad que en la tribuna de México discuten infinidad de problemas, sólo para obtener recíprocos aplausos. Esto me hace recordar a un joven pasante de leyes llamado Baltasar Dromundo, el cual en estas discusiones truena contra las injusticias cometidas al trabajador atacando al actual gobierno y defendiendo las doctrinas de Marx y Lenin, y tratando de convertir a un grupo de egoístas burgueses en comunistas de la internacional.

Y todo ¿para qué? para obtener aplausos de las personas que asisten a estas discusiones.

La actitud del joven Dromundo es la actitud seguida por varios líderes de la oposición: pura demagogia de salón, discusiones entre quien tiene más o menos partidarios; quién es mejor o quién es peor. Como si los partidarios que se les adhieren lo hicieran por sus personalidades y no por estar hartos de la oligarquía que los oprime. ¿Por qué no se acercan al pueblo? No basta con invitaciones. Nuestro pueblo es apático y no se contenta con discusiones de salón. Hay que irle a buscar en donde se encuentre: en las plazas, calles, fábricas, campos, etc. A excepción hecha del profesor Aurelio Manrique, ningún otro líder se ha ocupado

de acercarse al pueblo, se han concretado a hablar dentro de los salones de sus partidos.

Ya dije antes que nuestro pueblo era apático, pero también es patriotero; cuando vea que algún hombre se acerca a ellos y les diga "México es vuestro, es de los trabajadores" lo seguirán ¿Cómo va a creer en promesas si sólo con promesas se le ha querido alimentar? Es necesario que vea hechos y no divisiones personalistas entre las filas de los que le prometen libertad y trabajo. La oposición necesita hombres que puedan guiarnos hacia un futuro grande y glorioso. Todos los pueblos han tenido su día, gracias a un hombre que ha sabido guiarles, tal vez no sean perfectos (nadie es perfecto); pero sí han sabido darle esplendor a su patria. Los pueblos han sido grandes cuando cuentan con un Napoleón, un Lenin, un Mussolini o un Hitler.

México no ha tenido el suyo; pero a fuerza de pasar por falsos jefes máximos, tendrá al fin su verdadero guía. ¿Está cerca? ¿Está lejano? qué importa; no pensemos como Lombardo Toledano, que hay que esperar el momento biológico. Por el contrario, unificados cortemos la cizaña y escarbemos el estiércol de que han cubierto a nuestra patria; si el hombre nuevo no existe lo formaremos, iremos a las factorías, a los campos, a todos los centros de miseria y de trabajo, haremos que despierte nuestro México de su largo letargo.

Debemos hacer la verdadera Revolución: la del pueblo, para el pueblo, y no para la mediocracia; necesitamos una revolución que garantice el pan y libertad de nuestros trabajadores. Cuando la hayamos hecho, cuando el camino esté limpio, podemos aspirar como la raza judaica a un Mesías que no sea ni luz que deslumbra y ciega, ni martillo que destruya pero no edifica. Necesitamos el cincel constructor que golpee el duro mármol de nuestro México moldeándolo con la figura de los pueblos libres y fuertes.

La oposición debe acercarse al pueblo para unificar su criterio*

La acción directa aconsejada por el licenciado Cabrera en sus últimas declaraciones, esta vez viriles y dignas de un viejo luchador, será de suma utilidad si se recurre a ella en la próxima batalla electoral. Mas para ello la oposición debe acercarse a los interesados en su triunfo, al pueblo.

Vamos por un momento a imaginarnos que se llega a las casillas, se deposita el voto y se hace el chanchullo. ¿Qué se va hacer después? Desde luego es de suponerse que esta vez no se tendrá la actitud pasiva, tomada en otras ocasiones sino, por el contrario, se recurrirá a la acción directa que puede consistir en huelgas de contribuyentes, huelga

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 429, 26 de febrero, 1934, pp. 1 y 4.

general de trabajadores y de campesinos. ¿Pero, quién va a hacer estas huelgas? ¿Serán acaso los obreros engatusados por Toledano, Morones o Pérez Medina? ¿Acaso no todo el nervio del pueblo se encuentra a merced de un grupo de vividores, que hacen el juego al Estado? Aparentemente parecen encontrarse divididos; pero en realidad los únicos divididos son los obreros, pues sus líderes tienen la consigna de "Divide y vencerás".

En cuanto a los campesinos, tiene razón el licenciado Cabrera cuando nos dice que ni él ni el licenciado Soto y Gama ni ninguno de los jefes de la oposición es conocido por éstos; que poco les interesa que haya cambio de diputados o de presidente. Que lo único que les interesaría sería una roza de fuego que acabara con todas las alimañas.

¿Qué debemos hacer? Desde luego dejarse de democráticas promesas, de las cuales el trabajador desconfía considerándolas como artimaña de burgueses. Dejar sus luchas personalistas y acercarse a las masas de trabajadores incitándolos a romper con sus falsos redentores y líderes, convertir la lucha aparentemente electoral en lo que en realidad es: lucha clasista, lucha entre explotados y explotadores, entre los que acaparan el pan y los que tienen [*sic* - ¿qué no tienen?]. En cuanto a los campesinos, si no les importa el cambio de hombre en el poder, sí les interesa que no haya comités que los exploten, ni agraristas ni nada; que los dejen trabajar.

El señor Arenas Guzmán no encuentra práctico predicar la acción directa, puesto que esto daría lugar a la aplicación "rigurosa" de la ley, que terminaría prontamente con el que tal hiciera. Más yo le pregunto ¿quiénes son los que creen aún en las luchas democráticas? ¿Desde cuándo el actual gobierno es demócrata? ¿Quiénes pueden esperar que éste obre democráticamente? Se nos dan ejemplos de democracia en Alemania, España y Francia; pero, ¿cómo vamos a comparar a pueblos conscientes de sus derechos y obligaciones con el nuestro, en el que sólo es una minoría la que sabe de ellas, debido al estado de ignorancia en que se le ha sumido en provecho de sus gobernantes?

México puede ser considerado como el pueblo ruso, también a éste se le había encerrado en un círculo de ignorancia, para que no pudiera darse cuenta de su explotación; pero no pudieron eliminarle el conocimiento que tuvo de que su estómago estaba vacío mientras el de sus verdugos, lleno. Así, nuestro pueblo no sabrá de democracia; pero en cambio sí sabe de sus necesidades elementales, como son trabajar para comer.

Con todos estos mal enlazados pensamientos, no quiero llegar más que a una conclusión: que se abandonen los viejos métodos de lucha basados sólo en quijotescos ideales, y en los cuales nadie cree o nadie entiende y, por el contrario, se utilicen otros, nuevos y efectivos.

A los viejos luchadores de la Revolución*

Viejos espartanos: os llamo espartanos, pues como de tales parecen los gestos heroicos que os distinguieron en las luchas de 10, 13 y 17, que tendían a una revolución, pero que resultó una farsa. Me dirijo a vosotros, porque sois los que en vez de llevar a la juventud que os cree y sigue por el camino que conduce al triunfo (camino que el fracaso y el tiempo os debe haber hecho conocer), por el contrario, como las clásicas diosas del Olimpo, os ponéis a injuriaros por obtener la manzana de Paris, desbaratando al mismo tiempo las que deberían ser apretadas filas de la oposición. Es grande la desilusión que sentimos los jóvenes cuando pensamos que son hechos por hombres de la talla de un

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 434, 7 de marzo, 1934, pp. 1.

Manrique o un Soto y Gama, a los que llamamos maestros, por causas que no podemos creer y por personalismos, los que luchan por una patria mejor, y queremos creer que así son ellos, repudiarían tales métodos.

Maestros, vosotros no ignoráis cuán terrible es la apatía de nuestro pueblo, apatía que nos está envenenando como el opio, y que amenaza con hacernos perder todo lo que diferencia al hombre de la bestia: libertad, religión y la misma risa, que se va trocando en una mueca de animal insatisfecho. Nuestra apatía me hace recordar al estoico que nos pinta Jaime Balmes: la familia perece, los amigos mueren, la patria se hunde, el mundo se desploma; y el hombre continúa sereno. Así parece nuestro pueblo: le ultrajan, le roban, golpean a sus madres o hermanas, prostituyen a sus hijas, y él impasible. Así, pues, maestros, ¿por qué no ayudáis a la juventud a despertar a nuestro pueblo? Las obras grandes y eternas sólo pueden ser llevadas a cabo por una masa mecanizada, movida por un intelecto director, capaz de comprender las metas humanas. Este pensamiento es de un revolucionario cuyo nombre callo, pues no ha sido comprendido; pensamiento que nos enseña la forma de hacer una patria grande; de esa clase de intelectos podéis ser vosotros, si abandonando toda clase de egoístas personalismos os ponéis a trabajar por una verdadera revolución; no por la revolución también

definida por Napoleón, como una idea que ha encontrado bayonetas, por el contrario, una que nulifique la desastrosa actuación de éstas, que nos devuelva nuestra dignidad de hombres, nuestra patria, religión, y nuestro derecho de vivir.

Yo y la juventud conmigo os conminamos para que nos digáis, si queréis que os sigamos llamando "nuestros maestros" o, por el contrario, preferís que os llamen "el grande, el noble y desinteresado, elocuente o talentoso" y demás epítetos, a cambio de que abandonéis a un pueblo que confía en vosotros, sacrificándolo tal vez en aras de una noble amistad; pero que en nuestro caso resulta un egoísmo. ¡Maestros vosotros tenéis la palabra! La derrota o el triunfo, al frente de la juventud, o la más vergonzosa deserción en unión de los retrogradistas.

El lastre de los pueblos*

"El más fuerte nunca lo es bastante para dominar siempre, para esto necesita mudar la fuerza en derecho, y la obediencia en una obligación"; esta es la verdad, y si padecemos una esclavitud, culpa es de los que se consideran esclavos; es a éstos a quienes me voy a referir, individuos a quienes la fuerza o las circunstancias los esclavizaron, y su cobardía los sigue encadenando.

Un pletórico conjunto de "hombres lastre", fue el reunido en un congreso llamado de profesionistas; era de esperarse que se discutieran temas vitales, temas en los cuales se tratase de sacar avante a nuestra patria, a nuestro pueblo; verse la forma de conducirlo por caminos menos trillados, hacia una etapa progresiva; pero todo fue ilusorio; en vez de tales discusiones, se llegó a lo más vil, y vergonzo-

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 445, 4 de abril, 1934, pp. 1 y 4.

so, con gritos caninos se pedía reparto de "huesos"; ¡Que no haya intelectuales que les quiten la clientela! ¡Una sociedad que se encargue de explotar más al pueblo! y ¡claro! tienen razón, no en balde habían pasado por la fábrica de lastre, por la Universidad. ¿Tanto estudiar y hacer acordeones para que un hombre con menos estudio y más inteligencia les quitara la clientela?

Las mediocracias formadas por estos tipos son las causantes de la miseria del pueblo; son éstos los que convierten la ciencia política en una profesión; lo que antes fuera signo de cobardía, en astucia. Lo que en una patria es vergüenza, lo ensalzan dándole títulos honoríficos. Las luchas electorales las convierten en mercadería y pugilatos y son los mismos, cuando se enriquecen y obtienen su diploma de explotación, que pretenden convertirse en tutores del pueblo, para conseguirlo se unen a los esclavos del partido oficial principiando a arrastrarse a los pies del amo. Como es de suponerse, el amo los convierte en tutores de la Patria, pues a él no le convienen talentos, lo que necesita son siervos titulados, que se unzan a su carro, dispuestos a palmotear cuando él hable, y a votar según la consigna. Todos los tiranos escogen su servidumbre dentro de este ergástulo.

No sólo adulan a su señor, sino también pretenden adular al pueblo con mentiras, y esto es verdad, con mentiras, porque la verdad dicha al

pueblo es algo imposible, pues éste no les puede dar puestos públicos, ni embajadas. Le engañan diciéndole que su tirano es su mejor amigo, que su situación no es crítica, que en otras naciones están peor (el consuelo de los tontos). Estos señores también se convierten en Plutarcos y escriben las vidas ejemplares de sus amos y de los más fervientes y obedientes discípulos del mismo.

Tanta inmundicia parece que quiere ahogar a nuestra patria; pero no perdamos la fe; casualmente, para los rebaños se hicieron los pastores, y éstos no siempre han de ser tiranos, sino que también existen hombres constructivos, originales, regeneradores, capaces de llevarnos a una meta superhumana.

El pueblo y las revoluciones*

Como emulación eterna al Sancho y al Quijote, marchan a través de la historia, el pueblo y el apóstol. Ambos, el pueblo y el apóstol, causan risa, la despiadada risa de los mixtificadores. El pueblo es engañado y el apóstol vapuleado y escarnecido. No obstante el pueblo tiene algo que sus burladores no pueden arrancarle: su alma creyente, la cual constituye la savia de la raza. Mas hay tiranos que se creen lo suficientemente capaces para hacerlo y aquí es donde encuentran fin las tiranías.

En el mismo momento en que el tirano trata de inmiscuirse en la vida privada del pueblo, éste escucha a los apóstoles que le muestran el camino de su redención; por un momento parece que se sor-

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 446, 6 de abril, 1934, pp. 1 y 4.

prende, y sonríe con escepticismo; la semilla queda como muerta, pero no es cierto; de repente empujada por la fecundación brota, atravesando por entre el lodo o estiércol que pretendía ahogarla.

La electricidad acumulada produce las tempestades; entre el pueblo, la acumulación de injusticias lo hace estallar, el resultante es la revolución; quizá no obtenga un bien mediato, puesto que una revolución no es sino el caos que antecede a la creación.

Es risible que ante esta ley biológica, la oligarquía plutocrática que gobierna se muestre incrédula, y continúe sus actos de lesa soberanía. Pero no hay tal cosa, ellos no hacen sino lo que los niños en la oscuridad; este gobierno en la realidad está siempre inquieto, es el miedo que lo hace cruel, para tranquilizarse aprieta cada vez más las riendas. Tiene el miedo del avaro, temblando por el tesoro que le ha despojado al pueblo. Por todas partes ve ladrones y conspiraciones. Así lo vemos amontonar leyes sobre leyes, penas sobre penas, imitando al avaro que aumenta los cerrojos.

La plutocracia que nos gobierna es nacida del pueblo; pero a pesar de esto lo odia y por esto es que se recrea en su miseria, pues además de recrearle vive de ella. Es por esto que su fin es más terrible cuando el pueblo, harto de soportar, estalla.

En nuestro México este movimiento de indignación crece día a día, cada vez aumentan los

núcleos de oposición, no importa que se llamen valenzuelistas, villarrealistas, tejedistas o comunistas. Aunque aparentemente antagónicos, llevan la misma ideología: destrozar a la oligarquía explotadora. Esta antítesis en la oposición en vez de perjudicarla la robustece; el callismo, con toda la fuerza que posea, es estéril ante cuatro núcleos dispuestos a combatirlo en todos los planos.

¿De ser un gobierno socialista? Ahí está Laborde para desmentirlo. ¿De ser un gobierno para los campesinos? Tejeda, Villarreal... podían contestarle. ¿De ser liberal? Valenzuela y el pueblo entero lo desmienten. Sólo le queda declararse lo que es: una mafia de profesionales políticos que, faltos de inteligencia constructiva, convertidos en gusanos se arrastran alrededor de otro que les parece grande, aunque en realidad éste es tan pequeño como ellos, y juntos viven del sudor del pueblo que gobiernan, pero que no olviden que el hombre que se arrastra pierde el derecho de protestar cuando lo aplasten.

El porqué del fracaso del sufragio*

La teoría del sufragio, que consiste en que en determinado tiempo se reúnan todos los ciudadanos, igualmente sabios e instruidos, para delegar el poder a aquel o aquellos ciudadanos a los cuales consideren capaces de ejercerlo, es, al parecer, la más democrática. Sin embargo, ahí está principalmente el mal: en que no todos los ciudadanos son igualmente cultos e instruidos. Por el contrario, unos son más cultos, otros menos. Los primeros, quizá por ser más instruidos, son más personalistas, interésales más el agio y las prebendas que puedan obtener, que el bienestar del resto del pueblo, aunque para ello se conviertan en moluscos. Así, vemos a esta parte de la sociedad que, por medrar, se adap-

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 447, 9 de abril, 1934, pp. 1 y 4.

ta al servilismo. Se construye así una mentalidad doméstica.

Existen algunos de estos siervos voluntarios, que alguna vez suelen rebelarse y hasta alcanzar dignidades, pero cuando lo hacen ya es tarde, porque su rebeldía ya no es la del hombre libre a quien se pretende encadenar, sino que es la del can hambriento que sólo quiere comer, y su éxito sólo se deberá a la complicidad con sus amos. Como es de esperarse, con el poder sólo tratan de olvidar su domesticidad, ultrajando los ideales y libertad del pueblo, o persiguiendo a los hombres libres capaces de declararlo.

Así vemos cómo alrededor de cada funcionario se forman rebaños dispuestos a secundarlo en todas sus trampas políticas, a cambio de vivir del erario, aunque para ello arrastren su dignidad, si es que la tienen.

En cuanto a los menos ilustrados, como es de suponerse, no están capacitados para escoger a los hombres que los rijan, de ahí que sea excelente la idea de no permitir el voto a quienes no justifiquen que al menos saben leer. El poco conocimiento de la cosa pública hace que escuchen la demagogia de los vividores que quieren lucrar en ellos, los cuales les presentan maravillas, como el famoso plan sexenal. Les presentan candidatos máximos, o nacionales, a los que no les faltan sus brillantes biografías, escritas por los individuos del primer tipo

que ya hemos visto. Hay, a veces, tanta blancura en las ejemplares vidas de tales candidatos, que hacen pensar como piensan las amas de casa cuando el amo compra una camisa de inmaculada blancura: "¡El trabajo que va a costar limpiarla, cuando se ensucie!". Es por medio de mil subterfugios como las gavillas que se titulan de partidos tratan de burlar el sufragio, y lo peor es que lo logran. Lo que da por resultado es que cualquiera puede ejercer puestos públicos, todos se sienten capaces de gobernar, aunque es, por el contrario, que desgobiernan; lo que es más, como no pueden ser lo bastantes valerosos para responder de sus abusos, inventan un jefe máximo que sea el responsable, el cual a su vez se convierte en irresponsable.

Para terminar, en mi concepto, más que fiar en el sufragio, debemos fiar en nuestras propias energías y en los pocos hombres que aún se atrevan a declararse libres sin ninguna cortapisa; y unidos a ellos ir despojando a nuestro pueblo de falsos prejuicios e indicándole cuál es su grado de responsabilidad ante la historia y el futuro.

La juventud por sus fueros*

El sublime manchego, encarnado siempre por las juventudes de todos los tiempos, ha hecho su última salida en defensa de mujeres desvalidas y niños indefensos. Esta juventud, la misma que ha sido calumniada de indócil, libertina, desaplicada, poco galante, etc., ha demostrado a sus calumniadores que sabe estar a la altura de su deber, que conoce sus obligaciones tanto como sus derechos, y que está dispuesta a hacerlos respetar, lo mismo los suyos, como los del pueblo.

Ahora se le trata de arrancar su mérito, mostrando su acción desde un punto de vista egoísta, al decirse que sólo lo hicieron en defensa de sus aulas. Yo podría asegurar que lo mismo lo hubieran

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 449, 13 de abril, 1934, pp. 1 y 4.

hecho lejos de estas aulas, si hubiesen encontrado a brutales esbirros, golpeando a mujeres y niños.

El pueblo debe sentirse satisfecho al ver que aún tiene hijos jóvenes, y no digo jóvenes solamente en el sentido literal, pues los jóvenes no se caracterizan por la edad sino por sus hechos. Llámanse jóvenes los que tienen un alma que es capaz de vibrar con toda su fuerza ante los grandes ideales, de un carácter épico sin temor a la aventura, impetuosos, siempre rebeldes, como las tempestades, o desbordamientos, alma ciclónica, dispuesta a arrasar con toda la inmundicia que cubre la faz de un pueblo.

Carriedo tiene razón cuando nos habla del pueblo sin ideales, pero qué importa, Sancho y Don Quijote no hubieran existido uno sin el otro.

Nuestro pueblo tal vez se asemeje al Sancho; pero nosotros, la juventud ¿no se asemeja acaso al Quijote?: ¡idealistas, cuantas veces no hemos idealizado una Patria libre, grande, culta!, ¿por qué la juventud estuvo con Vasconcelos? ¿Por qué es oposicionista? Sólo porque ya no quiere más tiranos, porque quiere un México libre, sin jefes máximos, ni familias revolucionarias.

¿Por qué no satisfacer los ideales, que falten al pueblo? —Así como el Quijote a Sancho, podemos guiar al pueblo, no prometiéndole, sino dándole una ínsula, donde pueda gozar de libertad. Esta vez el pueblo no podrá hacerse el sordo, no podrá

mantener su pasividad, si ve a sus hijas y esposas laceradas por el sable del esbirro, o el cuerpecito de sus pequeños magullado por los cascos de los que fueran nobles brutos. Ni tampoco creo espere el resultado de la experiencia que intentan hacer los "cultos" miembros de la sociedad eugenésica, autores de la educación sexual que convierta a sus hijas en prostitutas, y a los jóvenes en degenerados.

Tampoco esperará a que, por sorpresa, lo arrebaten del taller o del campo para convertirlo en carne de cañón.

El pueblo debe escucharnos, no está solo, con él está una juventud; y la juventud es sinónimo de idealismo; en ella no existe el egoísmo, por lo que puede sentirse seguro con ella.

A su vez la juventud debe de ligarse al pueblo, y estar siempre con él, lo mismo en las aulas que en las calles, o en la barriada si a ella fuera el pueblo.

Los tránsfugas de la juventud*

Un grupo de jóvenes caducos ha formado un partido en Puebla, llamado "Juventud Revolucionaria" que, como distintivo usa camisas rojas, divididos en brigadas, siendo una de ellas la llamada "Plutarco E. Calles". Como se puede observar, no es sino otra tentativa del agonizante régimen, para desorientar al pueblo, haciéndolo creer que la juventud está con él. Estos oportunistas, pues no merecen el nombre de jóvenes, pretenden (según ellos), orientar a las masas; la orientación es fácil de conocer: que el régimen actual es del pueblo, que el general Calles es el máximo libertador del proletariado y del campesinaje de la América, que el PNR lucha contra los explotadores y latifundis-

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 453, 23 de abril, 1934, pp. 1.

tas, que el general Cárdenas es el mesías del pueblo mexicano, que frente a Bassols, las personalidades de Justo Sierra, Altamirano y Vasconcelos se empequeñecen..., etc., etc., ésta y no otra será la traidora labor de tales jovenzuelos.

Rodó, el más grande pensador de la América Latina, dedicó un *Ariel* a la juventud de esta América. A una juventud tal vez utopista, pero no rastrera, juventud que, como el flechador del cielo, pretende apagar las estrellas; nunca lo logrará, pero en cambio llegará más alto que los que besan las botas del tirano, pretendiendo subir como los gusanos. Hacen bien en hacer hincapié en el hecho de ser rojos; pero de los otros, de no pertenecer a los Quijotes, sino a los Sanchos, de no pertenecer a los que, llámense comunistas o católicos, sólo pretenden una humanidad mejor; no, ellos son de los que saben vivir su vida (la de las ostras), los que más tarde podrán aspirar al título de jefes máximos o cuando menos a una pensión vitalicia.

En cuanto a nosotros, poco nos da el color de la camisa, lo importante es la acción que se pueda desarrollar en provecho de una mayoría, aunque se sacrifique a la minoría, y sintiéndose lo necesariamente jóvenes, no podemos aceptar como director a un Plutarco Elías Calles, por ser demasiado fósil, ni a un Lázaro Cárdenas, por ser demasiado infantil.

El PNR podrá seguir seduciendo a inexpertos niños, con brillantes promesas para el porvenir,

pero al pueblo es ya inútil que pretenda engañarlo, esto es sólo debido a haber olvidado o desconocido que a las masas primero hay que convencerlas y después obligarlas; ellos, por el contrario, han querido obligar sin convencerlas, han pensado que tratan yuntas en vez de hombres; han pretendido imponer sus caprichos sobre las necesidades del pueblo; el resultado de todo esto pronto habrán de conocerlo, pese a la coloreada juventud que los acompaña. Existe un hermoso lema que dice: "Por mi raza hablará el espíritu". El espíritu de una raza es su juventud, ella tiene la palabra.

Renovación o esclavitud*

"Renovarse o morir" decían en un tiempo los doctrinarios de Renan; renovarse o morir, deben decir los hombres de todos los tiempos, esta es la fórmula de los que aspiren a un porvenir mejor que el pasado. La renovación es prueba de que existe una juventud funcional, libre de los encadenamientos que causa la rutina. La inquietud renovadora es la fuerza motriz que, al inyectarse en las sociedades, las conduce hacia su mejoramiento.

La inquietud antes dicha la sienten todos los hombres, pero en especial un pequeño pero activo grupo en el que toma forma real; a este grupo, paradójicamente, se le tilda de reaccionario, por el hecho de pretender destruir un orden caduco. Tales epítetos le son dados por individuos que viven al margen de la sociedad y por ignorantes que, al

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 468, 28 de mayo, 1934, pp. 1 y 4.

desconocer el mecanismo de la revolución que es evolución y renovación, la convierten en sinónimo de estancamiento y, lo que es más, con un cerebelo primitivo, incapaz de imaginar nada ideal, imitando a los primeros hombres de la historia, materializan este ideal en la persona de un anciano.

Cuando se gobierna al pueblo como en México, sacrificando a una parte en beneficio de otra; cuando se obstruye su camino ante un fetiche, al que se dan prerrogativas de santón o deidad, y cuando éste a su vez concede privilegios a una partida a una acción o a un grupo en contra de los intereses del pueblo que les dio el poder, se hace necesaria la renovación. La renovación se obtiene de dos modos, contestando la violencia con la violencia u organizándose.

El primer camino es como lo ve inteligentemente el señor Arenas Guzmán, el que desearía la imposición para justificar una matanza e imponer a su candidato libremente. Además, en este momento cualquier movimiento fracasaría y no pasaría de ser un "borlote" con un gran derroche de sangre. Esto no quiere decir que la imposición va a dejar el poder cívicamente; pero ella misma acumulará las causas que produzcan la crisis y dará las armas que la destruyan. Este momento es bien descrito por Harold Lasky cuando nos dice "en el desarrollo de todo sistema social se alcanza un punto en que los hombres se niegan a seguir por

más tiempo soportando un peso que encuentran demasiado insoportable; y en este momento, si no lo pueden mitigar, se limitan a destruir". Tal momento lo están apresurando con su afán dictatorial los opresores; pues no se han limitado a una dictadura material, sino también intentan imponerla en el reino de la inteligencia y del espíritu, y es éste el escollo en donde todas las dictaduras se estrellan.

Sólo nos queda el segundo camino: la organización, el camino que aconseja el señor Arenas Guzmán, y para el cual, según él mismo nos dice, se deben eliminar los personalismos, causa principal del pasado cisma, y unificados esperar a que el cáncer destruya los tejidos del actual régimen; pero ésta no será una espera pasiva sino, por el contrario, activa, consiste en una desobediencia civil y en protestas que tendrán la particularidad de mostrar las partes cancerosas y avivar este cáncer, hasta el momento en que todo el pueblo, consciente de su fuerza y de la del enemigo, lo aplaste.

Los senderos de la libertad. Democracia*

Es de suma importancia conocer en qué consiste la democracia en una época que, como la presente, la llaman democrática. Se afirma que su influencia ha alcanzado no sólo a la política sino también a las artes como en la literatura lo mismo en el comercio o en la religión. La observaremos en la teoría y en la práctica.

En teoría pura, en la democracia todos los hombres son iguales, lo mismo el pobre que el rico, el instruido que el ignorante; ejercen la soberanía directa o por medio de sus representantes (A. Posada). Etimológicamente quiere decir "el gobierno del pueblo". El padre de la política, Aristóteles,

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 470, 1o. de junio, 1934, pp. 1 y 4.

nos da otra magnífica concepción de la democracia: la libertad es el objeto que persigue la democracia. Pues bien, uno de los caracteres esenciales de la libertad es que todos los ciudadanos, por turno, manden y obedezcan: el derecho o la justicia en un Estado popular consiste en la igualdad para todos sin ajustarla al mérito. Según esta concepción de la justicia, es forzoso que la soberanía esté en la masa, y que lo que decrete sea definitivo como inapelable y justo. De esto resulta que en la democracia, puesto que todos los ciudadanos son iguales en derechos, tienen más autoridad los pobres que los ricos, por ser en mayor número y sus decisiones tienen fuerza de ley (*La Política*, Libro VII). En teoría son muchas las bellezas que se le pueden encontrar, pero es la realidad la que nos interesa. Debemos ver las cosas como son, y como queremos que sean.

La moderna democracia tiene su raíz en J. J. Rousseau, en la afirmación hecha de que el ignorante que afecto cuando sale de manos del autor de la naturaleza [*sic*]; lo cual hace suponer que el pueblo, por ignorante que sea, hace bien las cosas, puesto que las hace por instinto. Esto demuestra que la democracia ignora la verdad, por lo cual se abandona su descubrimiento al sufragio de la mayoría. El peligro principal consiste en que el pueblo no sigue su naturaleza sino, por el contrario, obedece a las indicaciones que les señalan un

grupo de vividores, con gritos demagógicos, con barbacoa y pulque, y es sólo una minoría consiente la que se enfrenta a una mayoría sin conciencia de sus derechos.

Busquemos ahora la democracia, una vez puesto en el poder el grupo demagógico. ¿Existe ésta? ¿Habrá una porción de derecho que haga que un ignorante campesino sea equiparado a un Aarón Sáenz?

La mayoría tiene, en efecto, el derecho de solicitar respeto a sus derechos, pero con la condición de que no los ejercite. Un ejemplo: nuestra constitución garantiza la libertad de pensamiento, pero el correo viola la correspondencia y la policía viola esta libertad cuando "se supone que es contra el orden". Otro más: ante la junta de conciliación y arbitraje, es raro el caso en que a un obrero su igualdad (de pobres y ricos) le dé un fallo favorable.

En fin, por democrático que sea un país, no dejan de existir cláusulas o límites que garanticen al grupo en el poder su seguridad, como es la posibilidad de enviar tropas o policía, o de decretar la ley marcial, cuando el "orden público se altere" o, lo que es lo mismo, cuando el pueblo, cansado de su servidumbre, proteste.

Estoy con Arenas Guzmán cuando ha dicho que no está con persona alguna sino con los principios. En mi entender uno de estos principios es la resolución del problema educacional. Cuando

todo nuestro pueblo sea consciente de sus deberes tanto como de sus derechos (lo que sólo puede ser por medio de la educación), entonces podremos aspirar a una verdadera DEMOCRACIA; mientras tanto luchemos con los hombres que nos garanticen estos principios.

La violencia sienta sus reales en los cementerios*

De ella hay que esperar la salvación de México

Los gobiernos, incapaces de sostenerse por medios democráticos, recurren a la violencia o, lo que es lo mismo, recurren a la sumisión física. Actos de violencia espantosos los conocemos por la historia, en la época del terror de la Revolución francesa, lo mismo durante la Comuna de París en su implantación y en la reacción. La *tcheka* rusa fue un instrumento de represión horroroso. Sin embargo, todos han estado acordes en respetar el culto a los muertos, y Rusia, la más violenta en persecuciones

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 473, 8 de junio, 1934, pp. 1 y 4.

religiosas, rinde un culto que llega a lo sagrado a sus grandes muertos; como lo demuestra el mausoleo donde descansa el cuerpo de Lenin.

En México se traspasan los límites de la tiranía, como sucede en el feudo que domina Garrido Canabal. El maestro de un socialismo hidrofóbico, en un afán de locura exterminadora, protegido por el despotismo que inyecta la preferencia que por él siente el jefe máximo, ha dado principio a una persecución de nuevo género: la destrucción de cruces y el bloqueo de cadáveres, para evitar que salgan éstos de una tierra que debe ahogarlos a pesar de haber muerto. El ateo teme, tal vez, que las cruces hagan el milagro de volverlos a la vida, y de que le pidan cuentas de sus aberraciones.

La violencia es justificada cuando lleva como fin la formación de un orden nuevo, pero cuando sólo es debida al capricho de un tiranuelo deja de ser un medio político y se convierte en un delito. Respecto a éste, Edmundo Burke lo explica en una forma convincente cuando nos dice que el empleo exclusivo de la violencia es en sí mismo transitorio. Puede subyugar por un momento pero no suprime la necesidad de volver a imponerse, y no está gobernada una nación a la que constantemente hay que sojuzgar. La segunda objeción se refiere a la incertidumbre de la violencia, pues si fracasa quedan perdidos sus propulsores. Cuando falla la conciliación, queda todavía la violencia, pero cuando

ésta se desploma, no queda esperanza para la conciliación. El poder y la autoridad se consiguen a veces por la bondad, pero nunca pueden ser mendigados por una violencia vencida y desquiciada. Otro de los argumentos contra la violencia es que daña a los objetos por los que combate, porque salen de la lucha rebajados, destruidos y aniquilados.

Necios son los hombres que creen que con la violencia despótica han triunfado e ignoran que en estas luchas intervienen también fuerzas espirituales, que no pueden ser vencidas por decretos ni con golpes.

Estas clases de soluciones son ficticias, porque la sumisión lograda por actos violentos sólo da mayor fuerza a los sojuzgados, y glorifica su causa lo mismo que su conducta. El cristianismo triunfó gracias a la violencia como fue perseguido.

La violencia la justificaba Lenin por la grandeza de los fines; y Mussolini, como una operación quirúrgica en que se debe cortar lo cancerado.

Nuestros gobernantes, ¿cómo podrán justificarla? Los fines no pueden ser más desastrosos. ¿La gangrena? Para esto deberían autoeliminarse. Además, ¿será posible que la reacción y el comunismo hayan llegado hasta las lápidas de los cementerios? ¿Temen acaso que vuelvan para ser nuevamente asesinados los rígidos cuerpos de lo que fuera pueblo tabasqueño? Lo único que hay es que los déspotas, ante la conformidad de nues-

tro pueblo, han pensado que son los ungidos para conducirlo caprichosamente hacia su ruina. Los pueblos callan, pues no pueden perder el tiempo en discusiones inútiles; soportan el látigo para aprender a manejarlo, llenan las cárceles para reventarlas y acumulan piedra a piedra todas las que le arrojan; ¡ay de los vencedores cuando los vencidos levantan la mano y castigan! ¡Cuidado, déspotas, que estáis ofreciendo las armas para vuestra destrucción!

La juventud socialista frente al momento político*

Es notoria y lastimosa la actitud seguida por algunos jóvenes en los momentos de lucha que cada vez se hacen más notorios por la esclavitud o liberación de nuestro México. Jóvenes son a los que no se les podrían negar buenas intenciones respecto al interés que muestran por nuestros problemas sociales, pero bien sabido es que de buenas intenciones está empedrado el camino del infierno. Me refiero a los jóvenes que están sirviendo de comparsas a la farsa electoral que se aproxima; consciente o inconscientemente, han tomado el nombre de jóvenes revolucionarios, con tendencias socialistas (¿?) y apoyan al general Lázaro Cárdenas por haber encontrado que es el "único hombre capaz de librar a los

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 476, 15 de junio, 1934, pp. 1 y 4.

trabajadores", por lo cual han formulado un gran programa en que se promete tanto bien a las clases laborantes como el que ofrece el Plan Sexenal.

Tal actitud nos muestra que estos jóvenes no tienen nada de socialistas, sino que son aprendices de demagogos, futuros componentes y lucradores del partido oficial, jóvenes muertos; incapaces de tener un ideal, han tomado el camino más fácil, el del servilismo. Porque es muy fácil hacer literatura barata desde las páginas de un diario fundado con el despojo de las clases laborantes que dicen importarles; hablar con desplantes poéticos desde las radiodifusoras al servicio de los despojantes, pues sólo una clase más o menos acomodada podrá escucharlos; en fin, mentiras sobre mentiras, de las cuales el pueblo está harto. La juventud con ideales no mendiga la ayuda de un partido político, lucha sola, se abre el camino con dificultad, pero eso sí, una vez abierto, el camino es seguro.

Si en efecto sois socialistas y queréis el bienestar del pueblo, aproximaos a él; haced lo mismo que os aconsejaba uno de vuestros oradores, convivid con él; hay que sufrir todas sus miserias para comprenderlo, pero no hacerlo como lo hace vuestro flamante candidato, que ahora que necesita su apoyo los visita y los inunda con un palabreo de evangelista. No, hay que acercarse a él cuando lo necesita, y no cantarle, sino darle la forma de mejorar su existencia.

Nuestro pueblo lo que más necesita es educación, conciencia de su misión, conocimiento de lo que vale su esfuerzo de trabajador. Ustedes, por el contrario, sólo le dan opio, promesas de su liberación, y lo que es más, una paradoja, los encargados de esta liberación son sus verdugos.

Debe parecer una utopía el pedir que se luche por su propio esfuerzo sin mendigar la ayuda del lobo. ¿Quién podría ofrecer los medios para lucir mejor las facultades, literarias y retóricas? Sólo un partido con el suficiente material económico, aunque sea a base de despojo; y como lo único que importa es el precio de esta traición (beca o empleo oficial), a tal partido hay que servir.

Frente a tal juventud existe, para la salvación de un sufrido pueblo, la juventud que José Ingenieros llamaba romántica-idealista. Esta juventud, al decir del mismo filósofo, es exagerada porque es insaciable. Sueña lo más para realizar lo menos. Esta es la juventud que deberá salvar a nuestro pueblo.

Cuando los pueblos por cobardía o ignorancia callan ante los atropellos de que son víctimas, los idealistas alzan su pujante voz y con lapidarias frases derrotan a los tiranos; no se detienen ante las persecuciones de ningún género y avanzan, lento pero seguro, por el camino de la liberación.

La juventud que tan mal ha equivocado su camino aún tiene tiempo de reaccionar; no quiero

con esto decir que abandonen a un partido y sigan a otro; sino que, si en efecto quieren luchar por el mejoramiento de las clases sociales, lo hagan con su propio esfuerzo; sólo así podrán exigir un resultado satisfactorio.

Humorismo político*

El general José M. Sánchez, presidente del Partido Socialista, nos resulta ser un humorista capaz de superar a los Twain y los Shaw, pues no se puede comprender de otra manera la descabellaba proposición de unir en un solo haz a oposicionistas e imposicionistas, convirtiendo una lucha de un pueblo contra sus opresores en una amigable unión de explotadores actuales con los nuevos explotadores ("pues esta es la figura que tendrían los jefes de la oposición al abandonar la lucha a cambio de los jugosos huesos", que dicho general ofrece con descaro o con candidez).

Es verdaderamente lamentable que existan individuos incapaces de comprender las necesidades de un pueblo, y en esta incomprensión conviertan

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 477, 18 de junio, 1934, pp. 1 y 4.

el problema de libertad en un problema de intereses personales.

El general Sánchez, en un gesto digno de un Hitler por lo teatral, cree encontrar el remedio para terminar los antagonismos políticos, ofreciendo una planilla en la cual por supuesto queda como presidente el general Lázaro Cárdenas (debido a las grandes simpatías que tiene entre el pueblo), al general Villarreal le da Agricultura, al profesor Manrique, Educación; Valenzuela también tiene su "hueso", no faltándole tampoco el suyo al radical Tejeda. A esto yo llamaría abofetear a la oposición; pues trata a sus dirigentes de "cazar huesos". El humorismo del ilustre redentor aparece al ofrecer al coronel Carlos Riva Palacio el Departamento Central, que por cierto le vendría muy bien para su política de mano a mano. Al licenciado Garrido Canabal le ofrece nada menos que Fabriles; no estaría mal para que dejara en paz a los desgraciados habitantes de Tabasco, que podrían volver a rendir culto a sus muertos, pero en cambio, me pregunto, ¿qué sería de los obreros de Fabriles con su manía socialista de destrucción? En cuanto al general Pérez Treviño en Hacienda, no sé qué sería del Tesoro de la Nación. Así por el estilo va ofreciendo nuestro general Sánchez puestos a diestra y siniestra, no extrañándome le ofrezca la Rectoría de la Universidad al culto Gon-

zalo N. Santos, quien haría buenas migas con los estudiantes. Sin embargo, el General, en todo este bien repartido gabinete, tiene un pequeño olvido: el general Plutarco Elías Calles.

No creo en el olvido antes dicho, lo que hay es que es inútil decir que seguiría siendo jefe máximo de la Revolución y del PNR, el cual por simpatía seguiría siendo el partido oficial, y a él por disciplina pertenecerían Villarreal, Valenzuela, Manrique y todos los demás dirigentes de la oposición o, lo que es lo mismo, el pueblo seguiría gimiendo a los pies del máximo jefe.

Felizmente para el pueblo, la oposición no abandona la lucha a pesar de todos los obstáculos que se le ponen, a pesar de la política de mano a mano de Riva Palacio, a pesar de que se le llama descabellada, loca, etc. A pesar de que algunos han tratado de cobardes a los antirreeleccionistas por abstenerse de apoyar otro candidato; como si sólo así se pudiera luchar. Como digo, a pesar de esto, aún existen almas nobles, como es el caso del maestro Manrique, quien no permite que por nuevos personalismos se distancien los hombres que deben estar unidos. Por todo esto, el ilustre salvador de la social-democracia de México podrá observar que pierde su tiempo, y que nunca irían codo con codo un Aurelio Manrique con un Riva Palacio; ni un Valenzuela con un Garrido Canabal, ni un

Villarreal, con Tejeda, ni Arenas Guzmán con Luis L. León. Si el general Sánchez tiene tanto deseo de ser útil a México, es mejor que se abstenga de hacer proposiciones que lo insultan, y se dedique a otra cosa, y no a hacer humorismo político.

Los tiranos como son y como los vemos*

El concepto de tirano es uno de los espejismos que mayores males causa a los pueblos. Tal espejismo tiene su base en esa necesidad innata que siente el hombre ante su debilidad; al no ser capaz de hacer o destruir algo, inventa seres mitológicos que logran lo que a él le sería imposible lograr. Así vemos cómo las más viriles hazañas las atribuye a sus héroes y el poder sobrenatural, para justificar todos los crímenes a los tiranos.

Ejemplos de tan fatal deificación los encontramos a granel en la historia de la humanidad. Nerón, un hombre degenerado y cobarde fue adorado como un dios. Calígula, un maniático que elevó a un caballo a cónsul, era deificado, y ante él, los gla-

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 480, 25 de junio, 1934, pp. 1 y 4.

diadores saludando decían: "Salve, César ¡Los que van a morir te saludan!" —y en efecto morían para divertirlo. Parece cómico, y sin embargo es trágico.

A veces es aún peor. Los tiranos exigen la conservación de su memoria, para lo cual se erigen monumentos a costa de la miseria del pueblo. Así vemos cómo Pedro el Grande se levanta un magnífico castillo sobre el Neva; Luis XIV, los espléndidos palacios de Versalles; y aquí nuestros tiranuelos levantan un monumento a sus rapiñas, al mismo tiempo que una infinidad de garitos, donde brilla el oro bañado en el sudor de los trabajadores, hoy cesantes y sin tener siquiera un bocado para sus hijos. El despilfarro llega también al absurdo. Cleopatra se daba el gusto de beber perlas disueltas en vinagre. Nuestro máximo gusta de llevar su divinidad a probar toda clase de aguas y de aires, y junto con él, su brillante comitiva de paniaguados y adulones, y el pueblo paga los gastos.

A pesar de todo, los pueblos no son capaces de observar el espejismo y consideran el poder de los tiranos como algo sobrenatural, no faltan los timoratos que aconsejan la resignación ante lo que consideran un azote de Dios, como si Dios hubiera de recurrir a tan miserables seres.

¿La realidad, cuál es? Si observamos a los tiranos que han existido y los que existen, por sus retratos y sus palabras frente a los hechos, llegaremos a las siguientes conclusiones: no son, ni más

altos ni más bajos, ni más hermosos ni más feos, ni más inteligentes ni más tontos. Son idénticos a todo el mundo. Su procreación se debió a las mismas causas, y en la misma forma que el más humilde de nuestros obreros y campesinos. Respira oxígeno, come, bebe y tiene las mismas necesidades orgánicas que el hombre más vulgar. En cuanto a enfermedades, hasta me parecen más débiles que nosotros, tanto es que los cuidan como a niño en incubadora. En cuanto a la muerte, la reciben por la misma causa que cualquier vulgar mortal, y que los seres más bajos de nuestra escala biológica.

¿Cuál es, pues, la causa que los engrandece? Ya la dijimos, un fenómeno psicológico de inferioridad que obliga a encontrar las facultades que no se poseen en un mito. A todo esto ayudan los parásitos humanos, los que se dedican a adular y ensalzar a su señor, dándole toda clase de cualidades, hasta hacer creer al tirano en su verdadero origen divino. No es por lo tanto extraño que éstos, los tiranos, se consideren los salvadores de la Patria, y crean necesaria su tiranía para salvar al pueblo. De aquí es que nos resulten profesores o maestros de ética militar, grandes estadistas y revolucionarios de gran conciencia. Pero todo es falso, y como tal debemos mirarlo y recordar que la fuerza la tendrá el déspota hasta el día en que dejemos de dársela.

La irreligiosidad y el pueblo*

Sonora y Tabasco son con especialidad los lugares en donde la persecución religiosa se ha desatado en una forma jacobina; y en ambos lugares se sirven del apotegma lapidario lanzado por Carlos Marx: "La religión es el opio de los pueblos", palabras que los seudosocialistas toman por lo que en verdad no son, y vamos a explicarnos.

Carlos Marx, cuando hablaba de religión, no se refería con especialidad a la católica ni a ninguna otra; se refería a toda idea o dogma cualquiera que sea, que son tomados ciegamente; muchas veces previó el mismo peligro para lo que él llamaba "proceso histórico", o sea lo que hoy se ha convertido en un nuevo opio, la "doctrina marxista"

* Publicado en *El Hombre Libre*, 2 de julio, 1934, t. IV, núm. 483, pp. 1 y 4.

seguida ciegamente como evangelio, sin recordar que Marx advirtió que sus enseñanzas fueran tomadas como meras fórmulas algebraicas, a las que se les darían valor numérico según los pueblos en donde se aplicaran, pero que nunca fueran tomadas como un dogma.

Así, vemos cómo sus necios discípulos son los primeros en caer en el sopor del opio de los pueblos al convirtirse en intransigentes y fanáticos perseguidores de todo lo que no tenga sabor de falso socialismo; pero miente porque no es todo, porque estos flamantes socialistas olvidan lo mejor de Carlos Marx: la plusvalía, basada en el despojo hecho al obrero, para amasar el capital. Estos señores, al tratarse de tal asunto, obran a la inversa del marxismo haciendo grandes capitales, no sólo a base de plusvalía sino de violencia y despojo.

Los pueblos llegan a soportar se les arranque su libertad individual, se les despoje y hasta se les asesine; pero nunca han permitido se les arranque su religión. De la idea religiosa y de los que profesan puede decirse con seguridad que son el elemento más activo; pues no sólo saben que luchan por su propia causa, sino también por la de Dios y con él. Ejemplos de esto los encontramos en todo el mundo; tal es el de Napoleón en Tirol y en España, donde soportaron su opresión y violencia; pero como un solo hombre se lanzaron a la defensa nacional cuando quiso introducir reformas libera-

les, persiguiendo obispos y prohibiendo los cultos de navidad. Estos hombres lucharon con denuedo por su religión, sin necesidad de que el clero y la Iglesia los estimularan. En México ha sido un caso típico; a pesar de ser un pueblo religioso por excelencia, nunca ha dejado de ser al mismo tiempo patriota, y sin abandonar su religión supo luchar por su independencia contra las excomuniones del clero español y, lo que es más, llevando por estandarte una Guadalupana; también supo dar un cinco de Mayo y lanzar del poder a un Porfirio Díaz permaneciendo siempre con su religión.

Pero todo esto parece que no lo comprenden los nuevos fanáticos, para ellos no hay más ley que el materialismo histórico ni más dios que Marx, eso sí, sin conocer ni uno, ni otro y ufanándose de ser amigos del proletariado, ofreciéndole el poder y haciéndole sinnúmero de promesas demagógicas para justificar sus aberraciones.

Sin embargo, toda esta persecución no sólo es por fanatismo, sino en mayor parte por esa política falsa de que son tan adictos los gobiernos caducos, de encontrar un pretexto para degollar todo impulso que tienda a liberar al pueblo, y así es como remueve las cenizas del pasado y descubre problemas religiosos, y quiere justificar sus brutales atentados; llama clericales a los maestros que exigían un aumento a sus sueldos, un aumento de escuelas y útiles para los niños pobres; llama clericales los

movimientos estudiantiles que buscan un mejoramiento en su sistema de enseñanza; clericales son los que se oponían a la prostitución de sus hijos; y clericales son también los que muestran al pueblo las lacras del llamado gobierno de la Revolución; pero todo es cuestión de nombres y el pueblo de cualquier manera seguirá exigiendo sus derechos.

La verdadera lucha ha dado principio después del fraude*

El fraude era algo que solamente los ingenuos no podían esperar; y lo que es más, como bien nos dice Arenas Guzmán, los pocos que se atrevieron a intentar o poner por casualidad un voto a favor de la oposición sólo dieron la oportunidad de decir a los imposicionistas que el triunfo de su candidato fue aplastante. En efecto, lo fue: tuvo un gran triunfo en cuanto al número de votos fraudulento; el único mal que existe en este triunfo es que se tomó la cantidad por la calidad. Vamos a explicarnos. El hecho de que el general Cárdenas haya tenido más de un millón de votos indica que hay dinero para imprimir más de un millón de boletas

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 486, 9 de julio, 1934, pp. 1 y 4.

con firmas apócrifas. También esto indica que hay una pequeña cantidad de hombres que, a pesar de conocer el valor de su voto, lo dan a cambio de que no se les amenace con el fatídico cese. Esaú vendiendo su derecho de primogénito por un plato de lentejas debido a lo hambriento que se encontraba. Un triunfo de esta clase me parece una burla al mismo general Cárdenas.

En cuanto a que la oposición tuvo pocos votos también lo creo; porque el pueblo consciente no tenía fe en esta farsa, no está dispuesto a servir de burla a sus tiranos; y que no se le acuse de cobarde, porque buenas pruebas dio de lo contrario cuando acudía en masa a escuchar a los líderes de la oposición a pesar de los obstáculos que se le oponían. Lo único que hay es que ya no cree en sufragios ni en programas. Sólo quiere hechos, y esa debe ser la labor de la oposición de hoy en adelante. La nulidad de las elecciones estaba prevista desde antes de ellas; el Partido Antirreeleccionista lo había expuesto en este sentido, y por esto se le acusaba de derrotista. La división surgida en la oposición fue perjudicial en el sentido de que disminuyó la fuerza de presión que podía ahogar a los tránsfugas de la Revolución, pero en el sentido de las votaciones hubiera sido lo mismo: aunque todos los ciudadanos hubieran votado por la oposición, habrían aparecido derrotados.

Pero no es este el momento de lamentaciones, sino de continuar la lucha; únicamente los oportunistas, que sólo se arriesgaron por si acaso daban en el clavo, pueden pensar que la lucha terminó con las elecciones, porque es falso: la lucha no dio principio por las elecciones o, lo que es lo mismo, por un simple cambio de hombres, sino por una necesidad angustiosa en nuestro pueblo, la necesidad de cortar la gangrena que lo corroe; y como esto no se ha logrado aún, la lucha no ha terminado.

Ni rebelión armada, ni abstención, he ahí lo que no debe hacerse. Pero tiene otra misión más grande la oposición: la de preparar al pueblo a que tome y sepa mantenerse en el poder. La de hacer que el pueblo sepa exigir y tomar lo que le pertenece, la de hacer que se haga respetar, que sepa lo que pide y lo que le dan, lo que tiene y por qué lo tiene, en fin, que sepa ser un pueblo digno de una democracia que nunca ha tenido.

Para esto es necesario que se unan los hombres que no hayan tomado la campaña política como oportunidad para sus ambiciones sino como una oportunidad para liberar al pueblo del encadenamiento que se remonta hasta la era precortesiana. Es necesaria una unión de hombres de buena voluntad, sin importar su credo político o religioso. Una vez unidos podrán combatir con éxito a la oligarquía reinante, sacrificarse; pero sin sacrificar al pueblo que se quiere libertar. Una rebelión ar-

mada sólo llevaría al sacrificio a millares de las clases más humildes, sin reportarles beneficio alguno. Ejemplo amargo es la Revolución de 1910. Miles de obreros y campesinos sacrificados, y ahora centenares de zánganos lucrando con esta sangre, y en nombre de la Revolución.

LIBELOS Y OPORTUNISTAS*

En tiempos pretéritos, el libelo era el arma con que los pueblos oprimidos combatían a sus tiranos, criticándolos y ridiculizándolos; por este camino se lograba que los individuos perdieran el respeto y consideración que tenían a sus opresores, y pudieran exigir con valor lo que les pertenecía.

Ahora los tiempos han cambiado. Los pasquines sirven de arma a los usurpadores, para insultar y befar al pueblo que se hace escuchar por medio de unos pocos hombres con algún valor.

Como muestras de esta clase de libelos tenemos al *Eco*, del cual, desde que dejó de asesinar periodísticamente a los líderes de la oposición, con sus respectivos extras de escándalo, apenas si se conoce su existencia. Más tarde brotaron el *Iz-*

*Publicado en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 487, 11 de julio, 1934, pp. 1 y 4.

quierdas y otros, con el conocido fin de los libelos que ofenden al pueblo.

Sin embargo, todos éstos tienen una ventaja: mostraron su filiación de pasquines oficiales. Muy distinto es el que se hace llamar "periódico independiente" titulado *La Ráfaga*, cuya literatura es tan original y tan decente que hace recordar *Vida Alegre* y a ellos, que son tan amantes de bautizar a los periódicos de la oposición, bien quisiera darles este nombre; pero temo insultar a los dueños del auténtico *Vida Alegre*. Este maravilloso pasquín está dirigido por el señor Toro que, haciendo honor a su nombre, ataca como tal; hay que leerlo para saborear la bajeza de los aduladores, de los que ofrecen su dignidad a cambio de medro. La aparición de este pasquín es en el último momento, cuando la oposición se ha separado, cuando no hay peligro de que se frustre el chanchullo. Entonces es cuando aparece exclamando: "La verdad dicha con valor"; como si se necesitara valor para adular a los que tienen el poder; valor para insultar con lenguaje de arrabal a los que no tienen más que confianza en un México mejor. De su calaña son las huestes mercenarias que se uncen a los tiranos. Su amorfia estructural los hace eliminarse de una raza, una patria o una bandera, y sólo siguen el distintivo del más fuerte, apuntalando las rutinas y vergüenzas de un pueblo. Siguen la corriente sin nadar para encallar en un lodazal. Como los nema-

telmintos que se adaptan al intestino del hombre; así se adaptan ellos a la estructura social, dirigiendo los sudores del pueblo.

Hacen alarde de orientadores, cuando dicen haber previsto el triunfo de Lázaro Cárdenas, aunque el pueblo lo sabía desde que dieron principio las farsas de la elección. Han previsto la rebelión de Villarreal, de Manrique y Soto y Gama; también pueden predecir su muerte, como la de Serrano y Gómez. Todo esto es orientación.

Su labor de oportunistas se nota en todas las formas de su expresión folletinesca: adulaciones al jefe máximo, a Bassols, a Cárdenas y a Riva Palacio. La forma más fácil para obtener a cambio un buen puesto o un gran diario; como pequeño pasquín principió *El Nacional*, ahora es un moderno diario.

Todo lo dicho tiene sin embargo su justificación: la vulgaridad, ésta los hace serviles basuras que esperan cualquier viento que los levante. La vulgaridad no tiene ideales, por esto es que todo lo ven comercialmente, convirtiendo todos estos ideales en groseras bajezas; el respeto se vuelve servilismo, la patria en caudal de ignominias. Cuando un ideal parece fracasado, los serviles se tornan altaneros e inventan sus "ideales". Descubren superhombres en los que más los oprimen, y los halagan solicitándoles un puesto; a todo esto lo llaman valor civil. Casualmente el pueblo ya no es

el de siempre, ya hay hombres que razonan y saben distinguir entre los que luchan por sus intereses, y los que, por el contrario, los befan y trafican con ellos. Los periodistas aduladores pueden seguir lanzando sus vaticinios, sus procacidades. De cualquier manera, nadie podrá encontrar en ellos "la verdad dicha con todo valor".

La dictadura sobre el espíritu*

"La Revolución debe entrar y apoderarse de la conciencia de niños y jóvenes mexicanos"; estas son las palabras con que el general Plutarco Elías Calles da principio a la dictadura sobre el fuero interno. Es doloroso observar que la pequeña libertad de que se había gozado en los llamados gobiernos democráticos desaparece día a día sobre toda la tierra. Bien está sobre la carcomida Europa, en que el paso por distintos gobiernos ha traído la necesidad de un dictador que vuelva a acicatear el deseo de la libertad de pensar y de hablar; pero que en México, en donde nunca se ha conocido la libertad democrática, se trate de implantar la dictadura sobre el pensamiento es un crimen; y lo es

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 494, 27 de julio, 1934, pp. 1 y 4.

mayor cuando so pretexto de combatir prejuicios de carácter clerical, se imponga en la mente de los niños un nuevo fetiche, el fetiche Estado.

El general Calles nos muestra sin ninguna careta la labor que en lo futuro desarrollará. Su llamada revolución psicológica no será sino la transformación de un cerebro pensante en una máquina de Estado. La sociedad formada por una juventud enseñada a tener obligaciones sin el correlativo de derechos será una juventud de esclavos. Será una sociedad organizada como los colmenares o los hormigueros, en la cual los individuos sólo podrán leer, escribir o pensar lo que sus amos le ordenen y la revolución de que tanto hacen alarde nuestros gobernantes será el estancamiento. Toda nueva idea, todo nuevo intento de reconstrucción, todo invento, arte, en fin toda civilización, está basada en la rebeldía contra las ideas y los hechos de una época; es la antítesis del viejo orden de cosas lo que en verdad se llama revolución. Pero, cuando el individuo sólo esté forjado conforme a las normas que un Estado considera eficaces, cuando sólo pueda pensar conforme al criterio de los hombres que forman este Estado; cuando ningún espíritu sea capaz de rebelarse contra los errores de su época, contra los prejuicios de un falso socialismo, ¿qué será de esta sociedad? Las antiguas tiranías eran preferibles a las de ahora. El antiguo tirano podía sojuzgar el cuerpo de un hombre, pero no

su espíritu. Esclavos ilustres han sido los Esopos y los Epictetos. Mas ahora el asunto cambia, los golpes son especialmente contra la inteligencia. Es ella la que se quiere sojuzgar, y para esto se usa todo lo que fuera fruto de un pensamiento libre: La prensa, las escuelas, la universidad, la literatura y el mismo teatro. Por medio del radio se hace el llamado a las más bajas pasiones de la multitud, las promesas de un vientre lleno a cambio de la esclavitud de su pensamiento.

El general Calles trata de justificarse al decir que sólo quiere arrancar a la juventud de las garras de la clerecía. ¿Y la pone en manos de quién? Los arranca de una doctrina y los pone en otra, en la doctrina del Estado absoluto, de la lealtad ciega a este mito. Esta tiranía no respeta ni el espíritu ni la persona, ni aun su misma sangre. Su sangre ya no es parte de su familia, es ahora de la comunidad, es ahora de la multitud, de una multitud sin carácter de responsabilidad, de la multitud inconsciente que como el ganado sólo come cuando sus amos le dan de comer. Ahora el joven es una arena en un desierto, arrastrada por el torbellino del Estado-dios. La juventud no tendrá derecho a tener ideales. Esto es lo que desea el general Calles hacer de la juventud. Bien es acabar con fanatismos, pero a condición de no inventar otros. La escuela deberá ser el laboratorio en donde se analicen todos los dogmas sin excepción, y no la creadora de nuevos

dogmas. Una juventud analítica podrá distinguir lo que le aproveche, y lo que le dañe, a ella toca decidir su nuevo camino y no a un hombre cercano a la sepultura.

La juventud de México lanza un reto al callismo*

La juventud estudiantil abofetea el rostro del callismo al declarar que en su mayoría es izquierdista y que está dispuesta a demostrarle lo que es en verdad una revolución social. Ahora que lance el jefe máximo sus admoniciones de conductor de las juventudes, de maestro socialista, de altisonante director de la revolución social de México. A la juventud mexicana no se le puede obligar a ser de la Revolución, puesto que es la Revolución hecha carne ni se le puede obligar a ser parte de la comunidad, ya que es la célula vivificadora de ella. ¿Qué es, pues, lo que se pretendía? Tan sólo convertirla en idólatra del callismo. No es la escuela socialista la que se pretende implantar (sería bien recibida)

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 497, 3 de agosto, 1934, pp. 1 y 4.

sino la escuela de la esclavitud y la miseria, la que enseñaría que don Plutarco es dios y Garrido su profeta; la misma escuela de los que ahora abren los templos de Baco y de Birján.

La juventud que repudia el socialismo callista es la juventud de izquierda más sincera, y es izquierdista porque sólo a las juventudes es dado ser rebeldes; y lo son, no por mediación de flamantes maestros ahora socialistas y ayer liberalistas o demócratas; camaleones sociales que cambian según el medio; nuestra juventud lo es por su propio conocimiento, por su propia experiencia, no es apriorista, es investigadora, y siempre está con los más débiles. Por esta misma razón no puede permitir que conviertan su ideal en un medio más de engaño y explotación.

El general Elías Calles quiso con gestos teatrales sorprender a las clases laborantes de México, agitarlas demagógicamente; pero como un eco le contesta un pequeño movimiento contra los explotadores extranjeros, el movimiento contra el alza de la gasolina; y el gobierno de la Revolución, el gobierno del proletariado, lo desbarata a culatazos y tiros, abarrotando las cárceles con los protestantes.

Después en uno de los innumerables gestos de teatralidad de nuestro gobierno, se da el triunfo a los huelguistas, y la gasolina baja un centavo. Con este centavo ya pueden estos desgraciados traba-

jadores considerar que la Revolución ha dado un paso más hacia la reivindicación del proletariado.

Esta es la realidad de los falsos socialistas. Los sacerdotes del callismo, convertidos en rompehuelgas y masacradores del obrero. Frente a estos ejemplos la juventud va a quedar convencida de que debe estudiar su dogma y llevarlo a los confines de la tierra, para castigo de ésta.

Por desgracia para el general Calles y socios, la juventud socialista será la primera en oponerse a la enseñanza callista en las escuelas. Los socialistas sinceros lo son por convicción y no por obligación. No permitirán que la escuela, que debe ser el templo de la verdad, se convierta en un laboratorio de mistificadores.

¿El sumo sacerdote de la nueva religión pretenderá pasar sobre la juventud e imponer su dogma?

¿Podrán mantenerse los nuevos dioses en su pedestal, dioses de clases y de razas; pero sin más virtud que las que tienen sus adoradores?

El jefe máximo sí intentará pasar sobre la juventud, puesto que tiene el poder y la adoración de los burócratas; pero le falta la convicción de la ilegitimidad de sus actos; en cambio, la juventud tiene la certeza de la justicia de sus actos.

En cuanto a los nuevos dioses que se tratan de imponer, es regla natural que el individuo se abandone a aquellos dioses que son más puros y elevados que él mismo; pero que rehúye los mitos cuya

fuerza no basta siquiera para que se sostengan por sí mismos; y esto es lo que sucede con el Estado callista, que es una amalgama de socialismo, fascismo, anarquismo y todas las ideas que campean en nuestra época, sin tener ninguna de las ventajas de los regímenes definidos.

Los senderos de la libertad. Socialismo[*]

Frente a la continua opresión del hombre por el hombre, surge el socialismo en sus distintas formas: comunismo, social-democracia, o sindicalismo; radicales unos, moderados los otros; pero todos hacia un mismo fin: evitar esta explotación o más radicalmente, oprimir a los opresores.

México, poblado por hombres, y como tal con todas las faltas de ellos no podía ser una excepción. En la época precortesiana, oprimido por la nobleza, los *calpulli* y los *calpullali* oprimían a los peones y tamemes. Más tarde sólo cambian de amo, y son explotados por los hijos del sol, el *calpulli* es substituido por el peninsular o el criollo rico.

[*] Publicado en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 498, 6 de agosto, 1934, pp. 1 y 4.

Llega el momento de la independencia, y el pueblo sólo obtiene la libertad de nombre, ahora es explotado por los Iturbide y los Santa Anna. Así Vamos continuando hasta el gobierno del general Díaz.

El gobierno del general Díaz es, para algunos, bueno, para otros, malo. La verdad es que fue bueno para los que explotaban en ese tiempo; y malo para los que eran explotados. Hechos como el de Tomóchic, donde se asesinó a toda la población, los de Cananea y Río Blanco en que se masacró a los obreros y otros muchos, dieron origen a la Revolución de 1910; Revolución llevada a cabo por obreros y campesinos dirigidos por enérgicos revolucionarios como los Flores Magón, Práxedes Guerrero, Antonio I. Villareal, Gutiérrez de Lara y otros.

El resultado ya lo hemos conocido: se glorifica a hombres que sólo fueron oportunistas, y la revolución que por el solo hecho de haber sido llevada a cabo por obreros y campesinos, pues los campos fueron regados con su sangre, debió ser una revolución socialista, y por el contrario sólo se cambió de explotadores.

Para hacer creer al pueblo que lucharía por los postulados de la revolución hecha gobierno, principian por dizque organizar a los obreros en sindicatos, y el encargado es Luis N. Morones, el mayor explotador de la CROM; y cuando al jefe máximo ya no le conviene una organización que se hacía fuerte, la desbarata por mediación de sus

nuevos favoritos: Lombardo Toledano y Pérez Medina, los cuales se encargan de evitar cualquiera tendencia de unión que podía ser fatal para los negociantes de la revolución, llegando a tal grado la desorientación llevada a cabo que no les permiten mezclarse en política, para el mejor logro de las acostumbradas imposiciones.

El actual régimen se hace llamar un régimen socialista, y para corroborarlo haciendo gran pompo trata de volver socialista a la Universidad, que no está abierta a la clase trabajadora. Después piensa en la educación socialista a los niños; otro absurdo, pues ni siquiera puede ofrecer la mala educación que hoy se imparte porque faltan escuelas a millares de niños y a otros tantos adultos; a la fecha existen nueve millones de analfabetas.

La revolución que se apoyará en los trabajadores (al decir del general Lázaro Cárdenas) es la misma que representa el jefe, el general Calles; y este mismo señor es el que como comisario en Sonora reprimió una huelga de mineros brutalmente, el mismo que permitió la masacre de obreros en Lombardía, matanzas de campesinos en toda la República, y un sinnúmero de actos contra los trabajadores.

Es necesario que la oposición despierte al elemento trabajador y le haga ver la realidad, mostrándole la falsía del famoso Plan Sexenal, del salario mínimo y de la falsa educación socialista, y una vez orientado, aquel elemento podrá reclamar sus derechos.

Los camaleones de la política*

Los ricos cada vez más pocos, y los pobres y mendigos, más numerosos. Así viene la guerra y entonces llega la democracia, cuando los pobres han vencido a los ricos, entonces sacrifican a unos, eliminan a otros y acaban por compartir el poder con los que quedan. La suerte es la que dispone de los cargos públicos y bajo tal gobierno cada cual hace lo que se le da la gana. Todo es anarquía y desorden, por fin, tales excesos de libertad fatalmente conducen al desprecio de toda jerarquía y disciplina; entonces los ambiciosos y los demagogos arrebatan la dirección del pueblo y lo empujan a la guerra contra los ricos y sobre tal masa descuella un hombre que resulta jefe conductor de la

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 499, 8 de agosto, 1934, pp. 1 y 4.

muchedumbre. Tales sujetos multiplican las persecuciones judiciales, derraman sangre y destierran; seducen a las multitudes prometiéndoles el reparto de tierras y la abolición de las deudas [...] pero bien pronto a tal hombre no le queda más remedio que convertirse en tirano para no perecer a su vez [...]. No perdona medio para desembarazarse de todas las personas que tienen personalidad e independencia [...] despoja los templos y vende las cosas sagradas porque vive a expensas del pueblo, y si el pueblo resiste, le pega sin piedad. He aquí la tiranía y he aquí el tirano [...] Lo anterior dicho, quizá cause extrañeza, pero lo encontramos en la *República* de Platón. ¿Qué quiere decir esto? Que Platón no era sólo un filósofo, también era un profeta, y que parece que adivinaba la tragedia de nuestro México, mejor dicho, la tragedia de todos los pueblos y de todos los tiempos.

En todas las épocas han existido moluscos que se adhieren a los grandes movimientos para vivir a expensas de ellos. Caso clásico son los numerosos maestros que hoy se llaman socialistas, y abogan por la educación del mismo nombre. A éstos son a los que llamo "camaleones de la política", pues cambian de ideas como de gobiernos; ayer clericales, mañana fascistas; de aquí brotan los demagogos y ambiciosos de que habla Platón. Estos son los caudillos que, en nombre de una doctrina que podía ser en realidad la salvación de un mundo que

se derrumba, explotan la credulidad de las masas ignorantes, y las mantienen en un estado de rebelión, para realizar sus mezquinos propósitos. Luego que estos zánganos logran llegar a un puesto desde el cual roban al pueblo que tan vilmente se dejó engañar y da principio la miseria, se levantan frente al pueblo y le dicen que el mal lo tienen los burgueses, el clero, el maestro que pide libros para los pobres, los hombres que se atreven a combatir al falso régimen, y contra ellos quieren mandar todo el odio de las multitudes hambrientas. Hablan contra la propiedad privada, y se mantienen de la propiedad robada. Atacan a los fanáticos inculcando a las masas un fanatismo destructor. Dicen ser los redentores del proletariado, y lo encarcelan y lo golpean. ¡Abajo la burguesía! ¡Abajo el Capital!, son los gritos de los revolucionarios monopolizadores del azúcar y la leche, de los poseedores de flamantes coches y quintas de invierno o verano. Es gusto ver cómo honorables socialistas dejan en el tapete del Foreign Club verdaderos capitales salidos de quién sabe dónde. Éste es el panorama que ofrecen los social-burgueses.

Las clases trabajadoras deben protestar contra el engaño de que se les quiere hacer víctimas. El socialismo en boca de maestros llena-tripas no será más que un instrumento para batir y acabar con todo lo grande y defensivo que tiene el socialismo para el obrero. Marx en manos de los traidores

de la revolución, de un gobierno de tipo fascista, será despojado de todas las ideas de liberación que encierra, y sólo será el portavoz de la voluntad del tirano. Sólo enseñará que el Estado callista es absoluto.

México callista y Rusia soviética*

El gran parangón puede abrirse entre el México callista que quiere formarse y la Rusia soviética que se está formando. El general Calles, en estado de completa embriaguez de poder, ha querido llevar a cabo lo que ninguno de los grandes hombres de estado, ni aun los déspotas absolutos de todos los tiempos, tan siquiera han intentado: ir contra la imaginación y las costumbres de un pueblo. Bien conocida es la actuación política de Napoleón al dominar algún pueblo; en Egipto se volvía mahometano, en Alemania, protestante, y en la Francia, liberal. Como también es conocida la histórica frase de Enrique VI: "París bien vale una misa".

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 500, 10 de agosto, 1934, pp. 1 y 4.

Para esto el general Calles y sus consejeros políticos han querido tomar como patrón la URSS, en donde, según creencia mundial, bastó la voluntad del Partido Comunista para que se convirtieran en ateos. Paro aquí está el error, los dirigentes del Partido no hicieron sino dar forma a un rencor interior que sentía el pueblo ruso contra sus opresores, que en este caso eran la monarquía y la Iglesia. En segundo lugar, el pueblo ruso no era un creyente de las formas y ceremonias de la Iglesia de las ciudades, en donde sólo habitaban los grandes señores; iglesias que tenían demasiada grandeza para un pueblo sufrido, que prefería orar en los campos, sin ministros y sólo con su alma. El pueblo ruso estaba muy apartado de los sacerdotes de lujosas vestiduras y de los iconos de oro, por los que siempre sintió odio, puesto que eran símbolo de sus opresores. En cambio, su religiosidad iba más lejos, era místico, sentía cariño por sacerdotes nómadas de raídos hábitos que encontramos a menudo leyendo a Tolstoy o Dostoievsky, adoraban a Dios en la naturaleza. Nada tiene de extraño que este pueblo, al vencer en la Revolución, no haya sentido piedad por lo que nunca tuvo cariño.

No sólo se es religioso por adoración, sino también cuando se emplean todos los recursos de la imaginación, toda la voluntad y todos los ardores del fanatismo al servicio de una causa. Este es

otro de los secretos de la Rusia, el secreto por el cual este pueblo soporta la nueva tiranía, porque su sentimiento religioso, antes pasivo, es ahora actividad; este pueblo soporta y aun pide mayor tiranía, porque sabe que un día sus hijos, los hijos de todos, recibirán el premio de sus esfuerzos; ¡y este es un pueblo donde los falsos socialistas dicen que la familia no existe! Y esto no sólo lo esperan para sus hijos, sino para los hijos de todos los países del mundo, se sienten lo que nunca el general Calles hará que nos sintamos nosotros: paladines del mundo.

En México el callismo no ha sabido formar un ideal, la palabra Revolución, signo de grandeza en los pueblos de todo el mundo, es aquí algo odioso; en su nombre se cometen toda clase de atropellos.

El callismo trata de aplastar el sentimiento religioso de nuestro pueblo, sin darle a cambio nada. El fascismo, el comunismo, el anarquismo, todos prometen algo a las multitudes que los siguen; el callismo siempre habla de su triunfo; el pueblo, en cambio, nada ha recibido de él. "Nuestra doctrina —dice Marx— no es un dogma, sino una guía para la acción". Los terribles marxistas contradicen a su maestro, y piden la implantación obligatoria de la enseñanza marxista; un grupo de jóvenes famélicos da destemplados gritos en Tabasco exigiendo la Universidad marxista, y así por este estilo, nuestros socialistas van destrozando punto por punto

la doctrina de la que dicen ser sus profetas. Es necesario que el pueblo de México se dé cuenta de la falsedad y contradicciones del callismo y unido le pida cuentas de sus actos.

El fracaso del callismo*

La idea de que los cambios sociales son realizables mediante la voluntad de un legislador o tirano es falsa pero muy extendida aún. Tanto la Revolución francesa como la Revolución rusa tuvieron de apoyo este punto.

Numerosas y continuas experiencias han demostrado la falsedad de esta quimera. Multitud de filósofos e historiadores han tratado de evidenciar su absurdidad, demostrando que las instituciones son producto de las ideas, sentimientos y costumbres de un pueblo; y que no es la formación de nuevos códigos lo que cambia las costumbres.

Aparentemente es lamentable que esto sea, pues se pensará ¿cómo han evolucionado los pueblos? Sobre esto nos dice Gustavo Le Bon: "Las dos grandes ocupaciones del hombre des-

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 503, 17 de agosto, 1934, pp. 1 y 3.

de que existe han sido primero crear una verdadera red de tradiciones, y después, cuando sus efectos bienhechores han sido utilizados, trata de destruirlas. Sin tradiciones no existe civilización; sin la destrucción de estas tradiciones no hay progreso".

El callismo ha querido destruir por un simple decreto o ley el alma nacional y religiosa del pueblo mexicano y, como es natural, tenía que fracasar. Nuestro pueblo no podía elegir sus instituciones al igual que el individuo no puede elegir su cabello, piel o color de los ojos, sino que van y son acordes con su constitución física. Otros de los errores es querer dar a un pueblo instituciones que posee otro; como si tuvieran el mismo carácter racial y nacional; las mismas tendencias y las mismas dificultades.

México siempre ha sido un país en que cada gobernante o educador ha querido experimentar la educación y legislación de pueblos completamente ajenos a nuestros defectos y cualidades. Esta forma o manía de experimentar ha hecho fracasar la educación con especialidad. Si en Suiza o Francia se da educación sexual, nuestros educadores, sin tomar en cuenta la distinta moralidad de estos pueblos, tratan de implantarla; y como por encanto, maestros que no saben distinguir entre sexualidad y sensualidad, o maestros víctimas de enfermedades que deben a su sensualidad,

aparecen en la palestra y piden la implantación inmediata de esta educación. Rusia, pueblo que aplastó a su burguesía, implanta la educación socialista, o educación de Estado. México, pueblo gobernado por una burguesía arribista, también quiere su educación socialista; y al igual que con la educación sexual, son los explotadores del pueblo los que la piden, dueños de fincas o ingenios, capitalistas y terratenientes. Nuestros maestros, ni qué decirlo, son una maravilla; así como estaban preparados para la educación sexual, lo están ahora para la educación socialista, ningún pueblo del mundo podrá vanagloriarse de tener maestros preparados para todo.

Las ideas libertarias, cuando son puras, se infiltran en los pueblos poco a poco; pero en firme. El razonamiento y la verdad de ellas prepara el terreno en que han de germinar. Las ideas de libertad no necesitan de la fuerza bruta ni de bayonetas para penetrar el corazón de los hombres. El tirano que en nombre de una idea de liberación mata y asesina es el mayor enemigo de esta idea; pues al mismo tiempo estrangula su realización; por esto es que vemos que los primeros en oponerse a él son los creyentes de este idealismo. Todos los pueblos del mundo tienden hacia al socialismo, meta en que esperan encontrar la felicidad las clases siempre esclavas; pero sus enemigos han querido hacer lo que el lobo con la piel de oveja, han

disfrazado sus malévolas tendencias para poder destrozarlos más cómodamente. Este es el caso del callismo, pero su disfraz no le ha servido, ha sido descubierto, y por lo tanto ha fracasado.

La desorientación educacional*

Los ciudadanos diputados encargados de modificar el artículo referente a la educación han declarado, en su necio afán de implantar un socialismo que no conocen, que la educación socialista no es un dogma, sino una ciencia, y que esta medida se toma considerando el fracaso de la actual educación debido, según ellos, al laicismo.

Si comparamos la educación socialista con un método científico podríamos llegar a la conclusión de que un método científico no se implanta a la fuerza ni por medio de persecuciones. Un método científico es la biología y, que sepamos, ésta no se ha convertido en un dogma. Es más, sin hacer alardes de irreligiosa, por medio de la resolución de los

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 507, 27 de agosto, 1934, pp. 1 y 4.

distintos problemas que presenta, ha ido desbaratando numerosos errores de carácter religioso; esto lo ha hecho por medio de la demostración sin negar nada, sin llegar a aquel "Juro por Dios que Dios no existe". Esta ciencia ha desbaratado los prejuicios religiosos; pero no ha destrozado la Religión. El hombre, que conoce las causas y efectos que forman la vida, se maravilla y exclama: "¡Gran Ser el que ha hecho este inmenso mecanismo!"

El materialismo histórico implantado como una ciencia en la enseñanza, como una nueva ciencia, discutido, razonado por los mismos alumnos, comparado con otras ciencias sociológicas sería ideal, pero esto sólo podría ser dentro de la libertad de cátedra, donde libremente se pudiera externar el pro y el contra. En cambio, el socialismo implantado sin discusión, sólo por la voluntad de un gobernante o un fetiche, equivale a la implantación que hacían los mahometanos del Corán, por medio de la cimitarra; y a esto se le llama dogmatismo, muy a pesar de los señores legisladores.

El fracaso escolar se atribuye al laicismo, porque según nuestros revolucionarios, éste se presta a que el clero tenga libertad de infiltrar sus enseñanzas. Cabe preguntar: ¿Por qué los socialistas no aprovecharon a su vez esta libertad para implantar sus ideas? ¿O es que sus ideas tienen tan poco apoyo que no han podido desbaratar a sus antagonistas?

Esta sería la manera de plantear el problema, puesto que con la libertad de cátedra pudieran mostrar la legitimidad de sus ideas y la falsedad de las enemigas; así como el clerical aprovechaba esta libertad para externar sus ideas, el socialista lo podría haber hecho. Sin embargo, para combatir falsedades, tienen que recurrir a la fuerza bruta y la persecución.

El principal error, la llave del fracaso, está en los gobernantes y sus maestros. Hoy como siempre, nuestros pedagogos son de oportunidad. Se habla de que la universidad está dirigida por profesionistas egoístas a quienes sólo les interesa el puesto. ¿La Universidad Socialista, quiénes la formarían? ¿A dónde irían a traer maestros socialistas de convicción? La Universidad Socialista la formarían los hipócritas, los oportunistas que se dirían socialistas mientras a nuestros redentores no se les ocurriera declararse anarquistas o budistas.

El fracaso escolar continuará, lo mismo en la escuela socialista que en la laica, mientras los maestros no sean los orientados, mientras éstos tengan que recurrir al engaño para poder comer. El verdadero socialismo se ha infiltrado en muchos jóvenes, y no se ha infiltrado por medio de cátedras adornadas de sentimentalismo burgués con tintes proletarios sino, por el contrario, nacido de un afán de comparar y encontrar métodos más

humanos. Así es como las ideas encuentran eco y se desarrollan. El social burguesismo que se quiere implantar no tiene ningún eco, porque no tiene bases.

Nuestro gobierno socialista trata de implantar sistemas fascistas*

Uno de los temas puestos a debate en el Congreso Mexicano de Derecho Industrial que se efectuó hace pocos días es el referente a la formación de un sindicato único. Idea nacida, como es de suponerse, de los embaucadores de las masas: Toledano, Pérez Medina y otros más. La formación de este sindicato único será con la supresión de los sindicatos gremiales. De hacerse el sindicato único, se hará por medio de la modificación del artículo 123 o, lo que es lo mismo, el Estado hará obligatorio el pertenecer a un sindicato. Sobre este asunto, ya alguna vez el señor presidente había manifestado el deseo de unificar a la clase obrera, al mismo tiem-

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 508, 29 de agosto, 1934, pp. 1 y 4.

po que mostraba su simpatía a la Cámara de Trabajo que dirige el conocido señor Pérez Medina, por lo que huelgan los comentarios.

Ahora bien, la formación obligatoria de un sindicato único, apadrinado por el Estado, toma el matiz del llamado sistema corporativo o sindical, implantado en Italia por Benito Mussolini; y también aquí, como en el Estado fascista, se pretende que el Estado se sobreponga a las distintas clases sociales y sirva de árbitro en sus dificultades.

Esto, como se ve, no tiene nada del socialismo que predican, porque pretender catalogar al Estado como un sistema ajeno a las luchas sociales es falso, o se pone al lado del proletariado, o al lado del capital. Nuestro Estado se dice que es el de los obreros; en ese caso sale sobrando la Junta de Conciliación y Arbitraje, que también es copia del Tribunal de Trabajo del sistema fascista; y dije que sale sobrando, porque en el Estado obrero no pueden surgir las desavenencias entre propietarios y trabajadores, pues los propietarios no existen.

Ahora, ¿es concebible un Estado desligado socialmente de dos clases antagónicas? y si no lo está, ¿a cuál de ellas pertenece?

Para contestar acudimos a Carlos Marx, pretendiendo que no se le acuse también de reaccionario: Carlos Marx sostiene que todas las instituciones, y con especialidad el Estado, no son más que órga-

nos de la super-estructura del sistema dominante —y en nuestro caso es el sistema capitalista el que gobierna—, por consiguiente todas las manifestaciones políticas o económicas llevan el sello de la clase capitalista. Para pretender que el Estado estuviera sobre todas las clases, era necesario que no estuviera compuesto por hombres, sino por seres mitológicos; pero se da el caso que está compuesto por hombres y cada uno de éstos no ha escalado el poder por la voluntad popular, sino por medio de artimañas y mediante el apoyo de los que tienen qué perder; una vez en el gobierno, todos nuestros gobernantes se han convertido en propietarios, en capitalistas o hacendados. Como ejemplos tenemos a cada uno de los miembros del actual gobierno, desde el jefe máximo, el más grande capitalista de México, siguiendo con Aarón Sáenz, propietario o industrial, hasta nuestros diputados que entran sin nada y terminan como fuertes accionistas de distintas industrias. Como se ve, el Estado no es sino la cabeza del capitalismo, y se le puede clasificar entre los patrones.

La doctrina Rodríguez está llena de magníficas intenciones; pero no pasan de ser intenciones, pudiendo catalogarse entre las doctrinas satirizadas por Marx en su *Manifiesto*, el cual las define de esta manera: una parte de la burguesía busca alcanzar remedio a los males sociales con el propósito de consolidar a la burguesía.

Entre éstos se encuentran los economistas, filántropos, los mejoradores de la suerte de la clase obrera [...].

La implantación de un sindicato único no será por lo tanto en bienestar de la clase obrera sino, por el contrario, los pondrá más fácilmente en manos del Estado, que no es un Estado formado por obreros sino por arribistas convertidos en capitalistas y que por lo tanto no fallarán nunca a favor de las clases laborantes.

La oposición unificada. Pero sin personalismos y sin dogmas políticos*

Después de leer detenidamente el artículo del señor Juan G. Ramírez, en el que se habla de la necesidad de nombrar un jefe máximo de la oposición, me permito externar algunas objeciones y opiniones acerca de él. La pasada lucha electoral nos mostró lo difícil que es encontrar un hombre libre de ambiciones personalistas; al mismo tiempo que supimos de hombres a quienes el pueblo daba su confianza pero que no eran capaces de abandonar la bonanza de una vida mediocre para vencer o sacrificarse en aras de la libertad de esa masa anónima. La lucha electoral, que debió ser una lucha de oprimidos contra sus tiranos, fue una

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 509, 31 de agosto, 1934, pp. 1 y 4.

lucha entre sus mismos dirigentes y, terminado el chanchullo, como si su labor no hubiese sido sino la de meras comparsas, se retiraron del campo; sólo parte del Partido Antirreeleccionista y hombres del temple del director de este periódico han continuado en la palestra.

La idea del señor Ramírez de nombrar un jefe máximo de la oposición que unifique a ésta y la conduzca a la lucha es el anhelo de todo luchador consciente, pero nunca sería un jefe el que pretendiera luchar desde la frontera; pídase un director alejado de todo peligro y éste lo podremos encontrar con facilidad, todos se creerían capaces, y además ¿sería obedecido o sólo serviría para que los ambiciosos se aprovechasen de la lejanía del jefe? El señor Ramírez nos dice que el general Calles es obedecido desde cualquier lugar que se encuentre. Para mí el general Calles no es sino una pieza del material humano que compone el engranaje del partido en el poder, pieza que si desaparece, desbarataría toda la maquinaria, y en el caso de él están todos los dirigentes de la imposición; ninguno permitiría al otro abandonar la maquinaria. El general Calles es obediente, pero él a su vez debe obedecer y halagar a sus esclavos. Calles solo no es nadie; pero tiene valor como mito. Igual que a un mito, se le ha dado el pomposo nombre de "jefe máximo de la Revolución". Al igual que a Mahoma se le llamó el Profeta de Alá. Así como, en el nom-

bre del profeta, se saqueaban y destruían ciudades; ahora en nombre del jefe máximo, se asesina y se ateiza a la niñez y se persigue a la juventud. Esta es la fuerza del general Calles: la mitología.

El jefe que necesita la oposición debe estar entre nosotros, convivir las penas del pueblo que le siga. Nos dice el señor Ramírez: no sería conveniente que éste residiera en la República, porque quien resultara agraciado como jefe de la oposición se vería obligado a renunciar por no tener campo propicio para el desarrollo de sus actividades o en el caso que no renunciara y que tuviera el valor civil para afrontar la situación, será objeto de una enconada persecución.

En primer lugar, el hombre que renunciara no sería el que necesita el pueblo; en cambio, aquel que resistiera la enconada persecución y continuara firme sería el abanderado legítimo de una gran causa porque debemos recordar que los movimientos sociales no se hacen con agua de rosas. Un hombre de éstos no se formaría por votaciones, pues estos hombres nacen, no se hacen. Por votaciones, el pueblo tendría que escoger entre los hombres públicos que se han hecho notables por diversas circunstancias. Como directores desde la barrera, estoy seguro aceptarían; pero como directores activos, en la línea de fuego ¿no sería mucho pedirles?

Para triunfar es necesaria la unificación de todos los que tienen problemas contra la tiranía ac-

tual, sin personalismos ni dogmas. Unificados, más efectiva será la labor del que sea jefe de esta oposición.

Este jefe no es necesario andar buscándolo; en las luchas más difíciles es donde se distinguen los hombres con el valor y la entereza necesarios para ser conductores.

Socialismo aristocrático y feudal*

> Nada se avanza desechando una filosofía como un error intelectual o moral pues en primer término ninguna filosofía pudo nunca afianzarse en las mentes de los hombres sin responder a aspiraciones que no podían satisfacer de otro modo; en segundo lugar, si se someten a un examen crítico, muchos grandes errores en la teoría social contienen en definitiva un índice importantísimo de verdad.

Por las anteriores palabras del profesor Lasky nos damos cuenta de que no es la ideología, por grandes errores que contenga, la que perjudica a la sociedad, porque en definitiva existe una parte de ésta que la acoge por considerarla necesaria a sus

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 512, 7 de septiembre, 1934, pp. 1 y 4.

intereses, y en este caso encontramos el socialismo doctrina necesaria a una multitud, que encuentra en ella la meta de sus aspiraciones. El perjuicio está en los individuos que hacen de las doctrinas un *modus vivendi*.

Al ya desprestigiado grito de Guadalajara, se empeña el partido en el poder en darle forma por todos los medios posibles: artículos, discursos, carteles, y todos los medios imaginables de propaganda, dignos de una película, pero nunca de una doctrina. El resultado lo conocemos; las clases trabajadoras a quienes dicen servir son las primeras en rechazar a los líderes socializantes; en su misma familia el general Cedillo les lanza un reto; la juventud que se declara izquierdista también los rechaza, en fin, el pueblo entero los repudia.

La causa es más que conocida, individuos que han explotado hasta la miseria al pueblo ahora nos resultan arrepentidos socialistas, amigos del pueblo; sus deseos son plausibles: que la niñez y la juventud se eduquen socialmente (?) que aprendan geografía social, botánica social, química, física e historia social (?).

En cambio, los hijos de la clase trabajadora no podrán entrar en una escuela superior, porque la revolución ha decretado no sostener la educación superior.

Así es como tenemos que las escuelas secundarias nocturnas tienen las mismas cuotas y mayores

exigencias que las diurnas por el gracioso hecho de que los que vienen a estas escuelas nocturnas son trabajadores que pueden pagar toda la clase de gastos. La Universidad tampoco es un lugar para trabajadores; puesto que las cuotas que en ella se cobran no son para que acudan a ella los hijos de los trabajadores; en fin, que la enseñanza socialista se pretende dar a los hijos de los líderes y jefes de nuestra magna Revolución, pues sólo a ellos está permitido entrar a los sociales planteles de la ciencia.

Este es el socialismo que predica nuestro "Máximo". Todo para la nueva aristocracia de los "Revolucionarios" y nada para la clase que los ha elevado al poder. El general Calles podía darnos un gran ejemplo de socialismo efectivo socializando los medios de producción. Sería maravilloso ver las maquinarias de la FYUSA en manos de los trabajadores; trabajando ahora para sí mismos. Los alambiques y demás maquinarias del "mante", en la misma forma. El reparto de las tierras de nuestros flamantes revolucionarnos, a esto sí se le llamaría socialismo; dentro de un Estado así, sí se haría necesaria una educación socialista. Pero todo esto es una utopía; en realidad la educación que lleva el pomposo nombre de socialista no es sino para evitar que los obreros se den cuenta de que son esclavos y esta esclavitud la afianzan sus explotadores cuando engañan al obrero diciéndole que es el amo.

No es, pues, extraño el fracaso del "grito de Guadalajara". A pesar de todos los pataleos no pueden seguir engañando al pueblo; éste se ha dado al fin cuenta de la falsedad de sus redentores y los rechaza. Estos mismos preparan su caída.

Un ejemplo de libertad humana*

Con gran sorpresa para radicales y moderados, la prensa de hace unos cuantos días nos informa que en la Rusia de los Soviets, pueblo que se había distinguido por lo radical de sus leyes y por la tiranía ejercida sobre el espíritu humano, habrá libertad de pensamiento por orden del dictador Stalin, quien invita a los escritores para que expongan sus opiniones sin cortapisa alguna; al mismo tiempo que se dice que en adelante se terminará con el sistema de desterrar o ajusticiar sin previo juicio. Esta nueva orientación que toma Rusia, la explica Stalin como una necesidad de que el pueblo del proletariado se diferencie de los pueblos en donde existe el fascismo, el cual se apoya en la elimina-

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 515, 14 de septiembre, 1934, pp. 1 y 4.

ción de toda libertad humana o espiritual; de esta forma, un pueblo que luchó contra la tiranía zarista y burguesa, por contraposición, debe implantar un régimen libertario.

Este ejemplo viene a demostrar una vez más que las doctrinas no necesitan de la tiranía para ser acogidas. Que una doctrina que predica igualdad y libertad en favor de una parte de la especie humana, siempre esclava, no se implanta atacando esa misma libertad y haciendo esclavos del dogma.

El terror que hasta hace poco sabíamos existía en Rusia se podía explicar como se explica el hecho de cortar una pierna o un brazo cuando éste se encuentra gangrenado, como la necesidad de oponer al terror blanco el terror rojo, pero cuando el peligro ha desaparecido, cuando la gangrena ya no existe, el terror es la más vil tiranía. Este ha sido el caso de Rusia: el pueblo es consciente de la doctrina que le conviene, así pues es innecesaria la tiranía y por lo tanto es eliminada. ¡Cuánto tiene que aprender el máximo jefe de la familia oficial del jefe soviético, al que con tanto empeño trata de imitar; pero al que sólo es capaz de imitar en lo que sea destructivo! Frente a su "fobia" que se demuestra en un afán de exterminar la libertad en donde quiera que se encuentre, asaltándola en la misma mente de los niños, el patrón que intenta imitar declara ser necesaria la libertad para diferenciarse de los pueblos en que gobierna la burguesía con-

vertida en dictadura (fascismo) y yo agregaría: en los que se titulan demócratas. Cuando nuestro revolucionario gobierno aplica la ley fuga y envía a las Islas Marías a nuestros ciudadanos sin previo juicio, tan sólo basándose en la acusación de conspiradores sin demostración alguna de su realidad, el gobierno de que trata de ser espejo declara necesario que en adelante toda ejecución o destierro no se efectúe sin escuchar al acusado en un juicio hecho por personas competentes, únicos jueces que podrán dictar la sentencia de muerte o destierro.

La libertad de pensar, o sea la libertad de creer, reanuda su ya larga cadena de triunfos, y es natural, ¿qué sería del mundo sin esta libertad? La libertad de pensar da nacimiento a la rebeldía, una rebeldía que destruye lo inútil y origina lo útil. Las conquistas de la humanidad se basan en esta libertad propia del hombre: la de pensar, y ante ella se estrellan todas las tiranías —y ¿cómo iban a triunfar? — pretenderlo es pretender detener al mundo.

Prometeo es eterno, pese a Júpiter o pese a Plutarco Elías Calles y a toda su corte de paniaguados; son inútiles todas las cadenas que se forjen, e inútiles los picotazos de los buitres (maestros y líderes de filiación callista). Prometeo será el mismo rebelde mientras existan hombres y los hombres piensen. El hombre será un ser pensante mientras haya problemas que resolver y a su vez los problemas son interminables.

Nuestro México como todos los pueblos también tiene derecho a ser libre, y lo será. Si hay hombres con alma de esclavos que han vendido su libertad y la de sus hijos a cambio de un problemático bienestar, también los hay capaces de aguantar los epítetos de reaccionarios y las respectivas persecuciones en la lucha por la libertad.

Es urgente la formación de un nuevo partido de oposición*

La conclusión a que se puede llegar después de seguir el cauce tomado por la iniciativa de formar un nuevo partido de oposición es que, tanto los colaboradores de este periódico como el director del mismo y el pueblo en general propugnen por la formación de dicho partido, siendo por tanto urgente su formación.

En mi concepto, este partido debe formarse de una coalición de los distintos sectores que repudian al actual gobierno, sin ponerse trabas de carácter personalista o dogmático. Con especialidad lo primero, que fue la causa principal del pasado fracaso, que debió ser un triunfo.

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 516, 17 de septiembre, 1934, pp. 1 y 4.

El nombre del nuevo partido sería cosa secundaria, pero me parece muy buena la idea del señor José María Rodríguez de llamarle social-demócrata, ya que este partido debe ser de un carácter de sinceridad social; y por medios dignos, para mostrar al pueblo el antisocialismo del señor Calles y sus huestes, laborar dentro del verdadero socialismo, sin tampoco llegar al utopismo de querer terminar con las luchas entre el capital y el trabajo haciendo llamados de concordia. Para estos casos debemos repetir con Disraeli "Soy conservador para salvar todo lo bueno que tiene nuestra constitución, y radical para suprimir todo lo malo que encierra"; en una palabra, situarnos en un socialismo justo, pero con la justicia más inclinada hacia los que nunca han sabido qué es esta palabra.

He dicho de inclinarnos hacia la clase menos privilegiada, porque es esta clase a la que pertenece el pueblo y a la que nos debemos sentir más ligados. En México siempre se ha hablado sobre los derechos que tiene lo que en terminología moderna se llama burguesía; pero en nuestro pueblo no existe esta clase, a excepción hecha de los vividores de la Revolución, que son los únicos con las características de esta clase; porque los padres que luchan porque no les sea arrebatado el derecho de tales, son de la clase desposeída, de los que no tienen más propiedad que sus propios hijos, los cuales la nueva burguesía trata de arrebatarles.

Tampoco me parecen burgueses nuestros pobres comerciantes, los cuales sólo trabajan para el fisco y el pago de alquileres, y que en recibir apenas lo necesario para subsistir. En cambio, los verdaderos burgueses se encuentran arriba, dueños de todas las tierras, en posesión de todos los medios de producción; en sus manos se encuentran los principales monopolios, y además, como si esto no fuera bastante, dan su apoyo a la burguesía de otros países. El resultado es el mismo de todo el mundo, la existencia de dos clases: una que gobierna mientras se llama socialista y explota miserablemente a este sufrido pueblo; y la otra, dicho pueblo desposeído y ultrajado, al que llaman burgués y reaccionario.

Este es el verdadero panorama que ofrece nuestra sociedad y el cual debe ser puesto al desnudo por la oposición. Creo que ésta debe ser la nueva labor de la oposición, labor orientadora; debe sembrar la semilla que fructifique más tarde.

Por eso creo que no se debe discutir más la formación de un nuevo partido, sino que se vaya a los hechos, que se principien las pláticas para ello. No creo que se vuelvan a repetir los incidentes de hace pocos meses; sino que esta vez se unifiquen todos los hombres de buena voluntad, ya que no se trata de llevar a ningún hombre al poder, sino de devolver este poder al pueblo.

Los nuevos redentores se gratifican*

Gracias a la maravillosa actividad que desarrolla *El Hombre Libre* para poner a sus lectores al tanto de las inmoralidades que se cometen, nos hemos enterado de la última hazaña de nuestros socialistas salvadores. Los ilustres representantes del señor Calles en las Cámaras (vulgarmente llamados representantes populares) conscientes de los titánicos esfuerzos desarrollados para engañar al pueblo y deseosos de resarcirse de los innumerables gastos llevados a cabo para tal fin que en verdad fueron grandes; aunque para cubrirlos habían bastado los descuentos a los empleados públicos, creyeron que tales actividades y energía necesitaban una recompensa, y quién mejor podía recom-

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 520, 26 de septiembre de 1934, pp. 1 y 4.

pensarlos que su amado pueblo. Ese pueblo que con tanto gusto los llevó al poder. Y en efecto, su primera providencia, en desarrollo de sus facultades de representantes populares, ha sido la de autogratificarse con la friolera de tres mil pesos por cabeza, lo que en conjunto —según nos informa *El Hombre Libre*— da la cifra de trescientos mil pesos.

Esto sucede al mismo tiempo que nos informa la prensa de una enfermedad que se ha desarrollado intensamente en el sur de la República y que está dejando ciegos a una innumerable cantidad de hombres. El terrible mal no podrá combatirse, ni siquiera se investigará su causa, debido a la falta de dinero. Los biólogos y especialistas no logran ningún adelanto en sus investigaciones por no tener los aparatos más necesarios para sus laboratorios. Esto sucede mientras los redentores se gratifican y despilfarran el dinero en cabarets, o lo pierden en el Foreign Club. Las víctimas de la oncocercosis son todos campesinos, jóvenes en su mayoría, hijos de los que abonaron la tierra con su sangre en la Revolución; y los hombres que alardean de ser los redentores de las masas campesinas y obreras les niegan su ayuda y los condenan a la vida más horrible, la de las tinieblas; porque el dinero que pertenece al pueblo no basta para satisfacer los apetitos de los líderes.

Bien pronto han demostrado, sin recato alguno, la misión que lleva a los nuevos diputados a la

Cámara. Únicamente el lucro, como ha sido la de los pasados, y acatar y aplaudir todas las iniciativas desrazonadas que tenga el jefe máximo. Su misión, la de los esclavos, obedecer todo lo que mande el amo, servir de tiro en el carro triunfal que lleva al Máximo por sobre la sangre vertida inútilmente desde hace un siglo, para dar libertad a nuestro pueblo. A cambio de tan vil papel, la recompensa: la emoción de perder algunos miles en el tapete verde, deliciosas borracheras en unión de mujerzuelas, la impunidad de poder escabecharse a cualquiera que les caiga mal, en fin, el alma de Fausto a cambio de placeres. Venden su dignidad de hombres al nuevo Mefistófeles; pero con su dignidad, venden la del pueblo mexicano, y esto ya deja de ser una simple tragedia personal, para convertirse en una tragedia de la historia.

Al pueblo toca dar fin a esta tragedia; parece absurdo que sea un simple hombre el causante de todas sus desdichas; al pueblo toca repudiar a un jefe al que nunca ha deseado, exigir el debido cumplimiento de sus deberes a sus representantes en las Cámaras, tomarles cuentas de todos sus actos; esto parece a algunos imposible, pero no lo es, todo consiste en que el pueblo se una, que deje de escuchar las incumplidas promesas de sus redentores, que exija y no pida. La misión del Estado es proveer las necesidades de su pueblo; pero no erigirse en su padrastro y obligarle a realizar de-

terminados actos, o pensar determinadas ideas. El pueblo es un conglomerado de hombres que se unen para satisfacer sus necesidades, no una manada de animales bovinos. Un Estado sin pueblo no es Estado; pero un pueblo sin Estado siempre será un pueblo.

Empleados de Fabriles son víctimas del negrerismo oficial*

Muy a pesar de la buena voluntad que dice mostrar o tener el C. presidente de la república para con las clases trabajadoras y a pesar de su maravilloso plan de dar a los obreros los tres ochos ya conocidos, el mismo C. presidente, en su afán de ver tan lejos, sufre miopía y no se da cuenta de que en su propia casa existen problemas que resolver. Confiado en la sinceridad del obrerismo del señor general Rodríguez me permito poner en su consideración alguno de estos problemas de que tal vez tenga pronto conocimiento por los mismos afectados.

En el Departamento de Fabriles existe la Fábrica de Armas, en la que, por supuesto, traba-

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 524, 5 de octubre, 1934, pp. 1 y 4.

jan obreros; pero hay la circunstancia de que estos obreros no están considerados como tales y la ley general de trabajo los excluye de todo derecho; entonces, pensamos, los obreros serán tenidos como militares; pero esto tampoco es cierto porque como militares tendrían derecho a que se les pagaran todos los días, sólo reciben el pago de los días de trabajo. Esto días, actualmente, son cinco a la semana, y de esos sólo trabajan siete horas, lo que es muy perjudicial para los destajistas. Aparte de esto, no trabajan todos los meses: el año pasado trabajaron únicamente diez meses de los doce que tiene el año. En cuanto a este año, trabajarán nueve meses, y después de éstos algunos centenares de obreros quedarán durante tres meses sin poder llevar un pedazo de pan a sus hijos. La posición que guardan respecto a su categoría no les permite reclamar nada; pues si intentan protestar se les considera como militares y se les castiga como a tales; en cambio, frente al Partido Nacional Revolucionario, cuando necesitó de agrupaciones obreras que se le adhirieran, fueron considerados como obreros. Ahora, referente a los descuentos, son tomados como empleados oficiales. De lo que resulta, que cuando se trata de obtener una mejoría, no tienen personalidad jurídica; pero en tratándose de servir de carnaza, sí tienen la personalidad que conviene a los intereses de los "amigos" del obrero.

La situación antes expresada de dejar a estos trabajadores durante dos o tres meses sin posibilidades para llevar el pan a sus hogares es arbitraria y antisocial; pues ni siquiera tienen posibilidad de ahorrar, ya que el tiempo que trabajan, como se ha dicho antes, sólo es de cinco días a la semana, tras lo que quedan dos días en los cuales no reciben ningún jornal.

Como si esto no fuera bastante, existe una mafia, pues no es otro su nombre, que como se comprende, está formada por los más influyentes de este departamento, quienes, aprovechando las malas circunstancias de los obreros, que no sacan semanalmente lo necesario a sus necesidades, les hacen préstamos con el veinte por ciento de rédito mensual, los cuales son descontados al cobrar, lo que ha dado por resultado que varios de los obreros que serán suspendidos durante los tres meses ya dichos recibirán por toda paga dos o tres pesos. Muchos obreros, ante la imposibilidad de pagar puntualmente, piden prórrogas pagando sus respectivos réditos, y al cabo do algunos meses, con los puros réditos ya pagaron el préstamo, y sin embargo, lo siguen debiendo.

Esto, como se ve, es anticonstitucional, pues la Constitución prohíbe que se hagan directamente descuentos de deudas de carácter personal sobre la paga de los trabajadores. Y lo mismo se puede decir referente a los réditos que se cobran, pues representan un agio que la ley castiga.

Para terminar, nos enteramos que también existe un grupo de aprendices que no reciben sueldo alguno y que permanecen en calidad de tales durante diez o doce meses.

Esperamos que el C. presidente tome en cuenta esta ocasión que se presenta, para demostrar su buena voluntad hacia la clase trabajadora.

El último baluarte de la burguesía callista*

A partir del siglo XX ha principiado para el mundo capitalista una era de desmoronamiento, debido esto a las leyes que rigen el Universo, en las cuales todo lo que se ha creado tiene una misión que cumplir, y una vez cumplida debe desaparecer para dejar campo a una nueva creación que dé nueva vida a este universo. La burguesía, como todo lo creado, tuvo una misión: unificar a los hombres por medio del comercio, unir y dar fuerza a los antiguos esclavos por medio de las fábricas en las cuales éstos se han dado cuenta de su verdadero valor como humanos y como productores de riqueza; pero una vez cumplida esta misión es inútil su existencia. Ya hemos observado en todo el mundo su decaden-

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 528, 15 de octubre, 1934, pp. 1 y 4.

cia. La guerra mundial fue uno de sus más fuertes impulsos para sostenerse a flote, toda la horrible matanza tuvo por motivo la necesidad de obtener más mercados donde vender sus abarrotadas mercancías, o donde obtener medios de producción; el resultado de esto: la crisis.

A pesar de esto, aún pretende sostenerse como fuerza creadora, y para ello ha utilizado la violencia o la falsedad; se explotan todos los sentimientos del hombre. Mussolini trata de hacer creer al pueblo italiano que aún vive en tiempo de los Césares; para ello se vale de gestos teatrales, palabras altisonantes, banderas, música, fanfarrias, colores y brillantes uniformes. Hitler en Alemania hace ya la doctrina del conde de Gobineau: la superioridad nórdica, con esto trata de despertar el orgullo del antiguo prusiano, del bárbaro invasor de la Roma Imperial. En Francia también se explota el chauvinismo o sea el patriotismo exagerado, el amor a la gloria, las jornadas napoleónicas y el odio a los vencedores de Waterloo.

Mientras que en Alemania, Italia y Francia se recurre a estos medios para sostener al caduco capitalismo, pero eso sí, con todo el sentido de responsabilidad; en México sucede lo contrario. El neocapitalismo que se formó de la sangre y cenizas de la Revolución no tiene el valor suficiente para hacerse responsable de sus actos; y para esto recurre a la más cobarde de sus artimañas: a

la deificación del proletariado. Convierten el ideal del desposeído en una palabra de combate, que traducida a su lenguaje se llama negocio; toman el socialismo, el ideal de un pueblo, y con alardes dicen servir al proletariado; pero sólo se sirven de él, para llevar cabo sus propios proyectos; luchan contra la tradición de este pueblo, diciendo que luchan contra sus explotadores, pero es sólo con objeto de ocultar sus propias lacras. Como si esto no fuera bastante, conscientes de su claudicación buscan un abanderado, un hombre que se haga responsable de sus actos, y para esto recurren a un anciano a quien ensalzan y elevan, deificándolo nada menos que como "la Revolución". Y en aras del pasado sacrifican la verdadera Revolución: la juventud. El mismo Máximo se encarga de dar el primer golpe, pidiendo se destroce el último baluarte que tiene esta juventud: la mente. Con adulaciones se ha coreado el grito, sin conocimiento alguno todo el engranaje callista ha pedido la implantación de la educación que no conoce; y a la postre ni siquiera han llegado a un acuerdo. En nombre de la Revolución, del proletariado, de los campesinos y de todos los que explotan, se han apoderado de su bandera, el socialismo, y en su nombre han dado principio a las persecuciones, se han tomado el lujo de ametrallar en masa a los hijos y mujeres de los mismos proletarios.

Cuando un Estado recurre al disfraz, cuando el lobo se viste de oveja, es que no está seguro de las ovejas. Así, cuando el callismo, clase de terratenientes y capitalistas, se titula socialista, es que sus actos han colmado el plato, y no está seguro de sí mismo recurriendo a su último baluarte.

A los obreros y campesinos de la República*

Atendiendo a mi calidad de estudiante y de trabajador, debo poner en conocimiento de mis camaradas la ideología sustentada por la clase estudiantil frente a los actuales movimientos sociales.

Es completamente falso que el estudiantado esté contra los intereses de la clase trabajadora, como se pretende hacer creer; el único fin que se persigue es el de dividir o separar los músculos del cerebro, para en esa forma terminar, esta vez en verdad, con todas las victorias obtenidas por el obrero con gran sacrificio, convirtiéndolo en un ente explotable. Es un verdadero crimen el que se quiere cometer al querer arrojar a obreros y cam-

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 532, 24 de octubre, 1934, pp. 1 y 4.

pesinos contra la clase estudiantil; pero eso está por verse, depende de ellos mismos.

En su mayoría, la clase estudiantil está compuesta por hijos de obreros y yo me precio de que mi madre ha sido una obrera. No se puede esperar que vosotros, obreros y campesinos, creáis que somos capaces de traicionar a los propios padres, a nuestra propia ideología, ¡eso es falso!

También es falso que nos guíen intereses clericales; en su mayoría el estudiantado no profesa por ellos simpatía alguna. Una mayoría se siente atraída por las nuevas ideas sociales y muchos lo son de corazón.

Yo, debo confesar con orgullo, estoy con la izquierda. Los que estamos con la izquierda es por convicción, porque estamos seguros de que en ella está la liberación de la clase oprimida no porque nos lo haya impuesto una ley. Una ley sostenida por las bayonetas puede hacer obedecer a los músculos pero nunca al pensamiento.

Entre los estudiantes en huelga por oponerse a la reforma del artículo 3o. constitucional se encuentran la Secundaria 9 y la Secundaria 5 de obreros y obreras, los cuales declararon esta huelga para impedir se mistifique una ideología pura, haciendo de una doctrina de liberación, un arma de explotación. No creo que nadie de vosotros ignore que la educación es el resultado del sistema de gobierno que impera. ¿Cómo se quiere hacer

creer que en un Estado de latifundistas y capitalistas, se implante una escuela socialista? Nadie puede creer que el dueño de Soledad de la Mota, Santa Bárbara, El Mante, miembro de la Fiusa, y otras asociaciones capitalistas más, sea socialista, y pretenda enseñar a vuestros hijos cómo le pueden arrebatar a él tales bienes.

Tampoco se puede creer que los hombres que han desbaratado vuestras huelgas y masacrado vuestras manifestaciones sean socialistas; que los que pretenden dictar una ley para quitaros el derecho de huelga, según lo declaró el mismo Lombardo Toledano el día 14 del presente mes en el mitin desarrollado en el Teatro Colón, sean socialistas.

Lo que se pretende hacer con vosotros lo han declarado muy bien los diputados en el pasado y escandaloso mitin o asamblea: se pretende hacer con vosotros bandas de combate, para acribillar y destrozar a la juventud que ha alzado la voz para defender vuestros propios intereses. Estas bandas no se diferencian en nada de los fascios de Italia y los nazis de Alemania; ahora son para asesinar jóvenes, mañana lo serán para acribillaros a vosotros mismos. Esto no tiene nada de socialista.

Las bandas de asesinos a sueldo, la formación de un solo partido obrero dependiente directamente del Estado, la no libertad de prensa y la eliminación del derecho de huelga en un país gobernado por capitalistas, se llama fascismo.

De ustedes depende el ser víctimas, al igual que Alemania e Italia, de un capitalismo despiadado. La juventud necesita de vuestras fuerzas; no debéis permitir que se le asesine, porque nadie más podrá poneros sobre aviso.

Para terminar, también debo deciros que entre otras de las falsedades está la de que *El Hombre Libre* es un periódico clerical sino, como lo dice en su encabezado, es un periódico de acción social y política, y lo mismo tienen cabida un artículo católico, como uno socialista, siempre que éstos sean de interés para el pueblo. La pérdida de un periódico así, que sólo atiende a los intereses de la sociedad sin miras personales, será el principio del fin de los derechos del hombre. Y vuelvo a repetiros, de vosotros depende.

Mientras el gobierno alardea de socialismo, en las fabriles son cesados más de doscientos obreros*

En fechas pasadas, *El Hombre Libre* hizo del conocimiento del público las arbitrariedades que se comenten en la Fábrica Nacional de Armas perteneciente al Departamento de Fabriles; más tarde, los obreros de este departamento presentaron un pliego de peticiones al C. presidente de la República, con copia a la Cámara de Diputados; pliego que a continuación transcribimos:

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 534, 29 de octubre, 1934, pp. 1 y 4.

Al C. Presidente de la República.

— Presente.

Los de abajo suscritos, en representación de los obreros de la Fábrica Nacional de Armas, ante usted de la manera más atenta y respetuosa nos permitimos exponer:

I. — Nuestra personalidad jurídica no está definida todavía, pues se ha discutido mucho nuestro carácter de empleados de Gobierno, y como esta situación jurídica está al margen de la ley del trabajo, declaramos previamente que tenemos el mayor respeto por la Institución a que pertenecemos y que no obstante que no nos es aplicable de una manera absoluta la ley citada entendemos nuestra subordinación "sui generis" y estamos dispuestos como siempre a acatar las disposiciones, acuerdos y decretos que pudieran dictar las autoridades superiores en favor de la economía Nacional, pues siempre seremos cooperadores honrados y sinceros del gobierno que nos rige.

II. — Las necesidades por las cuales atravesamos no son convenientes para nosotros, porque de dos años a la fecha las autoridades administrativas han adoptado como sistema suspender las labores dos o tres meses antes de finalizar el año. En el pasado trabajamos ocho horas diarias y seis días a la semana durante diez meses; en el presente hemos trabajado siete horas

diarias (una menos), cinco días a la semana (uno menos), y durante nueve meses solamente (uno menos).

III. — Cuando un obrero "a destajo" (el 75% aproximadamente trabaja en estas condiciones), por alguna circunstancia carece de material o de las herramientas necesarias, debido a una rotura de las mismas durante la labor, no se le abona emolumento alguno sea cual fuere el tiempo que permanezca en estas condiciones.

IV. — Las horas extraordinarias se pagan a un valor inferior al de las ordinarias, y cuando se exige que el obrero las trabaje se le marca siempre más de las tres horas diarias que señala el Código de Trabajo, y se hace que duren más de los tres días consecutivos que como máximo establece el propio Código.

V. — Cuando a un obrero se le cesa no se lo paga indemnización.

VI. — Las vacaciones concedidas a los obreros han sido siempre por un tiempo menor que el señalado en los decretos respectivos expedidos por usted, pagándoseles esos días un promedio sumamente reducido, $1.50 diarios a todos los destajistas en general.

VII. — No se indemniza a los obreros por accidentes de trabajo, por enfermedades profesionales ni se les jubila llegado el caso.

A usted, por lo tanto, nos permitimos suplicar, C. Presidente, se sirva resolver:

I. — Que se nos reconozca una personalidad jurídica dentro de la ley del Trabajo y la del Servicio Civil.

II. —Que se amplíe para el caso concreto del presente año, el presupuesto para la construcción de armas "maüsser", ya sean fusiles o carabinas, puesto que ésta es la única forma por medio de la cual podemos solucionar el problema económico que nos afecta en el año actual; y que para lo sucesivo se nos proporcione trabajo durante los doce meses del año; ocho horas diarias y seis días a la semana.

III. — Que al obrero "destajista" se le pague el tiempo que su paralización le impida trabajar, con un promedio de sueldo apropiado, cuando no sea culpable de esa paralización.

IV. — Que cuando se verifique el trabajo en horas extraordinarias tanto para su pago como para su duración se ajusten tomando como norma lo especificado al respecto por el Código Federal del Trabajo.

V. — Que se pague a los obreros una indemnización cuando sean cesados.

VI. — Que a los destajistas en vacaciones se les pague un sueldo de $4.00 diarios, y a los que no lo sean su sueldo ordinario y que las vacaciones duren el tiempo acordado por usted.

VII. — Que se indemnice a los obreros por accidentes en el trabajo; que a los que adquieren enfermedades profesionales se les pensione de una manera vitalicia y a los antiguos en el trabajo se les jubile tomando como norma lo prevenido sobre el particular por la Ley de Pensiones Civiles de Retiro.

A usted suplicamos respetuosamente C. Presidente de la República, que dada su filiación de protector de las leyes del trabajo, se sirva proveer como lo pedimos.

A continuación algunas firmas.

Como se ve, estas peticiones no podían ser más justas, ni mejor dirigidas, puesto que el C. Presidente ha dicho muchas veces que está con los proletarios. Sin embargo, ignórase la causa de tal descuido, pero ni el señor presidente ni la Cámara de Diputados se han dignado contestar estas peticiones, con lo que están violando el artículo 8 de la Constitución, la cual dice: "A toda petición deberá recaer un acuerdo escrito de la autoridad a quien se haya dirigido, la cual tiene obligación de hacerlo conocer en breve término al peticionario". Lo malo de esto no es tanto la falta de contestación sino que, mientras tanto, la máquina oficial sigue triturando obreros, habiendo sido cesados sin indemnización alguna más de doscientos, y el resto tiene la soga al cuello.

Esto, señores, se comete en el seno de un gobierno que está exigiendo se implanten teorías socialistas, pero que no es capaz de dar un ejemplo práctico de ellas. Al C. presidente le toca demostrar una vez más si son sinceras sus palabras hacia el proletariado.

La manifestación pro-educación socialista se convirtió en protesta contra el callismo*

La manifestación en pro de la educación socialista, preparada por elementos penerreanos y líderes traidores al movimiento proletario se convirtió a la postre en un movimiento de protesta contra las injusticias del partido en el poder, como lo pueden indicar los distintos carteles alusivos, llevados por los obreros: "ÚTILES Y ESCUELAS", "SE PRETENDE MODIFICAR LA LEY DEL TRABAJO PARA MANIATARNOS", "OPONGÁMONOS"; "QUE SE CUMPLAN LAS PETICIONES DE LOS RIELEROS"; "ABAJO EL MONOPOLIO DE LA LECHE, PEDIMOS EL ARTÍCULO 33 PARA LOS MONOPOLIZADORES" y otros

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 535, 31 de octubre, 1934, pp. 1 y 4.

más que no puedo recordar. También desfilaron en son de protesta los doscientos obreros cesados en la Fábrica Nacional de Armas, con un cartel alusivo que pedía justicia; así como los trabajadores del volante, ferrocarrileros y tranviarios quienes protestaban contra el último reglamento que los imposibilita, contra sus intereses, para trabajar.

Otra de las interesantes fases de la protesta fue la actitud de los trabajadores cuando intentó hablar el líder callista de la Cámara de Trabajo: Pérez Medina, el cual fue obligado a guardar silencio en una forma ruidosa; así como las palabras de un camarada ferrocarrilero, quien explicó que apoyan la educación socialista, pero que no estaban con los "barberos" que habían desfilado, sino que lucharían por los amenazados intereses del proletariado.

En cuanto a los demás desfilantes, se veía en sus rostros la inconformidad, y a pesar de los esfuerzos de sus líderes para fingir un estado de conformidad que no existía, a los gritos de alabanza a los generales Calles y Cárdenas, apenas si contestaba un murmullo.

El desfile de empleados oficiales también fue una manifestación pasiva de protesta, pues el hecho de acudir sólo se debió a la amenaza del cese, demostró esto la tiranía en vez de la conformidad, puesto que de haber dejado libres a los empleados para acudir, no habrían asistido muchos. Así como

el bochornoso acto de hacer manifestar a los maestros, constándole al público que la actitud de los maestros siempre ha sido de oposición a la tiranía del callismo.

También desfiló algún grupo de mujeres anticlericales, que se dedicaban a lanzar insultos que ni los mismos hombres se habían atrevido a lanzar, pero lejos de molestar a quienes observaban el espectáculo, les causaba hilaridad.

Otro hecho de importancia fue cuando desfilaban los obreros de fabriles, de quienes ya hablamos otras veces, los cuales desfilaron como todos los empleados públicos, con la amenaza del cese, pero al pasar frente al señor presidente, algunos de ellos alzaron su voz para pedirle justicia por los numerosos ceses y atropellos llevados a cabo en ese Departamento.

Como se ve, la manifestación en pro de la educación callista se convirtió en un acto de protesta, que llegó al grado de tener que retirar el micrófono que funcionaba para escuchar los numerosos elogios que se hacían a la Revolución, a Calles y a Cárdenas, pero que después transmitía las quejas de los obreros, hasta que por fin fue callada "porque personas ajenas a los obreros (Cámara del Trabajo y demás centros de traición de los obreros) estaban utilizando el aparato".

Si esta es la fuerza que respalda al callismo, no le aseguro un brillante porvenir; en verdad es

lamentable que nuestros gobernantes se engañen a sí mismos, haciendo desfiles que nada tienen de espontáneos ni de sinceros. Manifestantes conducidos a la fuerza, mañana, cuando ellos tengan la fuerza, les podrán demostrar su error a los gobernantes.

La educación socialista frente a la educación callista*

Tal vez cause extrañeza que se encuentren enormes diferencias entre la llamada educación socialista del callismo y la educación socialista que se imparte bajo el Soviet. Para exponer estas diferencias recurrimos al doctor Albert P. Pinkevitch, presidente de la segunda Universidad del Estado de Moscú, quien da informes más o menos oficiales de la nueva educación que se imparte en Rusia. Esperamos que nuestros socialistas no crean que se trata de un reaccionario.

Pinkevitch nos dice en uno de los pasajes de su libro *La nueva educación en la República de los Soviets*:

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 537, 5 de noviembre, 1934, pp. 1 y 4.

> La aspiración da la crianza y la instrucción general de la Rusia de los Soviets es la de ayudar para que se desarrolle completamente un hombre sano, fuerte, valiente, activo y que piense independientemente enterado de las muchas faces de la cultura contemporánea, un creador y un guerrero en los intereses del proletariado y por lo tanto en los intereses de la humanidad.

Como se puede observar por las declaraciones del maestro ruso, una de las bases para la instrucción es la de pensar independientemente, enterándose de las distintas faces de la cultura contemporánea, y entre estas faces se encuentran la religión y la familia, así como otras formas sociales del mundo burgués, que deben ser conocidas e interpretadas independientemente por el educando. Algo muy diverso sucede en nuestra actual educación de tipo callista, en la cual se quiere borrar radicalmente todo lo que tenga un sabor que no vaya de acuerdo con el callismo. Los más radicales entre los callistas son los representantes del pueblo (?), a muchos de los cuales cabría preguntarles si saben qué es educación, qué es socialismo y religión, con la seguridad de que no sabrán contestar.

Otro de los rasgos más importantes de la escuela rusa es la que a continuación explica nuestro ilustrador, el doctor Pinkevitch: "Mientras se considere el trabajo como algo utilitario o valioso

desde punto de vista del adiestramiento móvil, no tendremos una escuela que merezca el nombre de socialista o comunista. Nuestro alumno debe sentirse un miembro y un operario de una sociedad esforzada".

¿Qué podrían explicar nuestros jefes máximos y camaradas diputados y senadores, cuando han hecho de un puesto en que se debía dar un ejemplo de socialismo, cooperando con la sociedad que les ha dado su confianza, un algo utilitario? ¿Cómo podrían justificar los señores diputados que, al llegar a una curul, lo primero que hacen es gratificarse? Malamente podremos tener una escuela socialista, cuando los que la piden dan un ejemplo de individualismo utilitarista.

Algo que también debe sorprender a nuestros educadores es la actitud de los soviets con referencia al sexo, la que está muy lejos del radicalismo del camarada Bassols. "El deber del maestro y del padre dice —Pinkevitch— es resguardar al niño de los estímulos indebidos de interés sexual". "X. La educación del joven debe ser dirigida hacia la cultura física, deportes atléticos, actividad intelectual y toda clase de trabajos sociales que requieran una gran suma de poder físico, porque si se desarrollan estas fuerzas en esta dirección no quedará fuerza para el desarrollo de los impulsos sexuales. La información sobre temas sexuales no debe ser

excesiva dado que si se hace así, el resultado sólo puede ser la estimulación malsana sobre el sexo".

Se puede observar por estos pocos datos tomados del doctor Pinkevitch que existe una enorme diferencia entre la educación socialista y la educación callista. Mientras en una se busca que el individuo sea un ser útil a la sociedad, haciendo del trabajo un medio de relación y cooperación entre los formantes de la sociedad, en la otra sólo se busca la utilidad y bienestar de una nueva clase la burocrática, que se alimente de los cadáveres que dejó la revolución. La relación en nuestra sociedad será el trabajo de la mayoría en bien de la minoría.

El terror sobrecoge al callismo*

En un artículo anterior hacíamos un análisis del carácter infantilista del callismo. Ahora estamos siendo testigos de su terror también infantil. El terror de los niños cuando al jugar con objetos que les son prohibidos, los destruyen o descomponen, y ante la imposibilidad de arreglarlos y el temor de ser castigados, inventan disculpas y culpan a todo lo que los rodea.

Igualmente sucede con el callismo. Después de alardear de fuerza, radicalismo y violencia, después de provocar a la opinión pública, de burlarse del pueblo, de entrometerse en la vida privada de los ciudadanos, la fatal consecuencia de sus actos los ha espantado. Frente a la opinión pública

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 543, 19 de noviembre, 1934, pp. 1 y 4.

que le pide la justificación de tales actos, el terror lo invade y es incapaz de dar cuenta de ellos.

Por esto es que recurre a pantomimas: manifestaciones, actos de solidaridad, mítines, pretendiendo cubrir la realidad con todo este oropel; pero sus procedimientos son demasiado vulgares para volver a engañar al pueblo. Otro camino que ha tratado de seguir es el de la violencia que otras veces ha surtido efectos; para esto ha lanzado innumerables provocaciones: cierre de templos, expulsión de sacerdotes, aprehensiones de padres de familia. Sus provocaciones han llegado hasta pedir el fusilamiento de todos los ministros católicos. Pero todo ha sido en vano, todos sus juegos son conocidos. ¡Qué oportunidad tan grande para el callismo, si pudiera victimar legalmente! Otro de sus últimos recursos ha sido el de inventar lo que no ha podido lograr. Así es como casi a diario nos enteramos de fracasados complots para derrocar al callismo. Complots que sólo el terror le hace encontrar por doquier: cateos, aprehensiones y toda la maquinaria policíaca en movimiento. Tenemos el caso del último complot de carácter religioso, que tan afanosamente estudia el ilustre procurador, Emilio Portes Gil, quien ha tenido que recurrir a la historia de las religiones, llevando su investigación por los obscuros terrenos de la Compañía de Jesús y sus famosas conspiraciones, así como al

examen de la fuerza de la Iglesia dentro del Estado en tiempos pretéritos.

El callismo necesita algo que justifique la fobia anticlerical y antisocial de que se encuentra poseído. Al no encontrarla está perdido. Para esto aún recurrirá a innumerable serie de tentativas; preparará una serie de provocaciones, de agitaciones y de toda clase de artimañas, pero la opinión pública ya está prevenida; sólo a quien falte el seso podrá hacer el juego al callismo.

Todas las soluciones llevadas a cabo por la violencia son ficticias, y quien cree dominar por medio de la violencia está en el mayor error, porque la sumisión del individuo por medios violentos lo único que logra es reforzar sus reacciones espirituales y prestar mayores energías a su causa y su conducta. Quien no lo observe así sólo demuestra que aún vive con recuerdos históricos en épocas en que la violencia tenía éxito, pero no en una época en que los factores espirituales tienen la elasticidad y la fuerza que hoy tienen. En tiempos pasados, la superioridad de la fuerza podía aniquilar a su enemigo, pero en nuestros días en que existe un mayor equilibrio tanto cultural como espiritual en todos los ámbitos de la sociedad, esto es ficticio. En una época en que el socialismo, tomado no en el sentido político sino en su sentido filosófico, ha logrado traspasar todas las fronteras.

Basta la acusación pública virilmente lanzada para debilitar las fuerzas opresoras. Ya no estamos en épocas en que los gritos de justicia se perdían en el vacío, los lazos intersociales son los conductores de estos gritos. El callismo los está sintiendo como azote en el rostro. Es su punto débil.

Los hijos de la Revolución*

20 de noviembre, un aniversario más de una Revolución que fue. Ha surgido una nueva generación, hija de aquella que quedó tendida en el gigantesco cuerno de la abundancia que semeja nuestra República. Muchos de ellos nacidos entre el fragor y gritos de los combatientes. ¡Cuántos de ellos sintieron la falta de néctar materno! La madre debía de buscar el alimento cotidiano para sostener al pequeño, mientras el padre combatía o moría, para que un día ese hijo pudiese disfrutar del bienestar que él nunca conoció.

La fanfarria de la Revolución debía despertar en esa nueva juventud una primavera; lo imposible debía ser realizable. Esa libertad por la que se

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 545, 23 de noviembre, 1934, pp. 1 y 4.

sacrificara su padre debía respirarla a plenos pulmones. La tierra debía ser el botín del trabajador audaz. La hora de la juventud era llegada. Los fósiles, los científicos, los eruditos, los acomodaticios, los viejos y los calmosos maestros de una juventud estéril y pacífica habían pasado a la historia. Ya era tiempo de que el campo perteneciera a una juventud audaz, pasionable e impaciente. Tal juventud debía forjar un nuevo pueblo.

Pero tales sueños no son ciertos. Cierto es que millares de osamentas blanquean las fértiles tierras mexicanas. Osamentas que pertenecieron a otros tantos millares de hombres ansiosos de justicia. Cierto también que el espectro escuálido del hambre había hecho presa en niños, mujeres y ancianos. Pero la juventud no había heredado ni libertad ni justicia.

Mientras los hombres se mataban, los arcaicos enemigos de la juventud se ocultaban temerosos, al mismo tiempo que preparaban sus redes. La lucha que era por la justicia se convirtió en combate entre bandoleros. Los hombres que abandonaran su hogar e hijos se hallaban sin bandera, seguían al caudillo que les ofrecía mayor probabilidad de pillajes. Los caudillos brotaban de la tierra, uno a otro se odiaban, y en adelante los hombres se mataban por satisfacer al caudillo. De esta manera, en vez de que una juventud heredara al pueblo, era el más fuerte, el más brutal y sanguinario, el que

se erigía en conductor a la vez que amo y señor del pueblo. Con él se alzaban al mismo tiempo los oportunistas, los que se ocultaban cuando la sangre corría. Así como surgieron caudillos, surgieron ahora los "revolucionarios". Antiguos senadores y diputados porfiristas o huertistas aparecen como limpios revolucionarios (limpios porque no tragaron tierra ni se salpicaron de sangre, como los que fueron a la Revolución). En cambio, los pocos que sobrevivieron a la matanza son desterrados, encarcelados y perseguidos, acusados de reaccionarios.

En tanto nuestra juventud se asfixia alejada de toda acción, también perseguida, acusada también de reaccionaria. La osadía de sus enemigos llegó hasta tratar de quitarle el nombre. "La juventud es reaccionaria y senil, la juventud somos nosotros", nos dicen los que se han vendido al mejor postor, los que han traicionado a su familia, a su religión y a sus propias ideologías. Los hombres que tasan la libertad, los que fundan su porvenir en un burocrático empleo, los que vegetan en pos de una miserable pensión. Esos son los que se llaman jóvenes. Esta es la herencia que nos deja la Revolución; pero no culpamos a la Revolución ni a sus hombres, la culpa es nuestra. La juventud debe abandonar todo egoísmo, toda idea que la aparte de su padre el pueblo. En adelante debe reunir todos sus esfuerzos en un haz. Debe aportar todo su

saber a un solo fin: la educación del pueblo. Nuestra juventud debe exigir responsabilidades, y lo hará, a los que jugaron con la Revolución. No con otra Revolución sangrienta, esos tiempos han pasado, sino con el arma del conocimiento. La lucha deberá ser entre el máuser brutal y la inteligencia de los hijos de la Revolución.

El nuevo maquiavelismo político*

El príncipe de los ingenios políticos, Maquiavelo, dejó un sinnúmero de reglas para que los tiranos se pudiesen regir. Reglas a cual más ingeniosas que denotan la psicología de tiranos de la Edad Media; pero en todos ellos se hace notar el espíritu de responsabilidad. Los individuos cometen desmanes, pero son lo suficiente hombres para hacerse cargo de sus hechos. Tal espíritu de responsabilidad se nota en el político Maquiavelo, en sus escritos se encuentra el pensamiento tiránico en toda su desnudez, sin hipocresía alguna.

En nuestros días, el sistema para mantenerse en el poder ha cambiado, la tiranía sigue ejerciéndose, pero sin responsabilidad. Se ejerce en nom-

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. v, núm. 547, 28 de noviembre, 1934, pp. 1 y 4.

bre de falsos ideales, formando mitos. Los nuevos tiranos son incapaces de hacerse responsables de sus actos y se acogen a las bajas pasiones de sus gobernados. En vez de ofrecer a las masas trabajadoras educación para que sean capaces de ser directores, les ofrecen destruir los intelectos directores para que todos sean iguales, es decir, para que todos se encuentren en el mismo plano de ignorancia.

La igualdad de los nuevos socialistas no está en razón directa de una cultura superior; sino en la igualdad en cuanto a su ignorancia. De los individuos sólo se quiere hacer un tipo estándar de máquinas humanas siempre obedientes al resorte del amo. Al pretender una igualdad cerebral basada en números, como es la economía, sólo se intenta forjar calculadoras que den la cantidad exacta de las ganancias o pérdidas del grupo director.

A partir de la Revolución francesa a esta fecha, se ha hecho notar un movimiento aplastante de masas. Este movimiento pretende reaccionar hacia el comunismo primitivo, estado normal de los pueblos primitivos en la aurora de la humanidad. Dicho movimiento tenía un impulso de abajo hacia arriba. Las multitudes pretendían escalar los peldaños que les permitieran tener una superioridad sobre sus antiguos amos. Este impulso es natural en el individuo porque no se sabe de ninguno que haya pretendido descender en vez de ascender.

Por el contrario, en cada uno se encuentra un impulso que los guía a ser superior a otro. Entre las clases más bajas no deja de manifestarse este impulso. Pongamos por ejemplo un cargador: éste tiene como orgullo ser más fuerte que otro y por lo tanto aguantar más.

Ahora bien, los individuos que dicen ser los realizadores de los ideales de los de abajo, en vez de conducirlos hacia la meta por ellos deseada, sólo toman lo que encuentra en un grado más alto y lo arrojan al fondo. Tenemos el caso de nuestra Universidad, en vez de hacer que esté al alcance de los trabajadores, la destruyen al no permitir que las clases laborantes puedan tener una mayor cultura que una primaria dogmática.

Este es el aspecto del nuevo maquiavelismo; si antes se tenía a las masas en una completa ignorancia, hoy se les enseña a servir al amo; para esto se da un dogma a la educación. En cuanto a los centros culturales que han defendido su soberanía, pueden existir, pero en forma tal que nunca entren a ellos los esclavos.

Y todo esto, como decíamos antes, está hecho basándose en el engaño, diciendo a los perjudicados que lo hacen por su propio bienestar. Han hecho del trabajador un ídolo, que al igual que los ídolos babilónicos sirven para engañar a los incautos, alimentando y llenando los bolsillos de sus sacerdotes. En nombre del trabajador se destruye

la religión del trabajador, en su nombre también se le persigue; en su nombre se le arrebatan todos sus derechos y en su nombre se le esclaviza día a día más y más. Este es el nuevo maquiavelismo, que a su propio autor tal vez nunca se le ocurriera. Un maquiavelismo sin responsabilidad, basado en la hipocresía.

La juventud mexicana, último baluarte de la libertad*

El siglo XX parece haber sido una era de decadencia en las juventudes de diversos países del mundo. El hecho de que en Italia, Alemania y otras naciones los jóvenes estén de acuerdo con las dictaduras, ya sean fascistas, nazistas o comunistas, prestándose a ser uniformados y conducidos por un dictador, es señal bien clara de que se está perdiendo el sentido de responsabilidad, característico de una juventud viril. En vez de tal sentido, el joven se abandona como las mujeres al hombre fuerte que sepa subyugarla, al decir del mismo Mussolini, refiriéndose a las multitudes.

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 548, 30 de noviembre, 1934, pp. 1 y 4.

Este fenómeno no ha tenido repercusión en nuestro México, salvo ligeros incidentes, excepciones que nunca faltan. Nuestra juventud, por el contrario, no ha sabido amoldarse a un dictador, no ha cedido a las bellas promesas, ni a las más brutales amenazas. Por el contrario, a imitación de lo que dice Juan Montalvo, en sus "Catilinarias". "Ha desollado verdugos, ha desollado pícaros, ha desollado ladrones, ha desollado agiotistas, ha desollado indignos, ha desollado viles, ha desollado tontos mal intencionados y ha desollado ingratos", aunque también han desollado todos estos viles a la juventud persiguiéndola y acosándola como fiera.

En nuestro México no puede ningún Mussolini vanagloriarse de haber conquistado a la juventud como a una mujerzuela. Porque en México, hasta las mismas mujeres dan cátedra de virilidad a algunos hombres. El "hombre fuerte", de la Revolución, el guía, el Máximo… esclavizador no ha podido, con todo lo maravilloso de su fuerza (gases, sables, máuser, duchas y otros juguetes más), someter a nuestros jóvenes defensores de las libertades.

Al magno estadista (?) le han fallado también todas sus argucias (cierre de universidades, acusación de reaccionarios, cristeros y demás) para atemorizarla.

Ante la acusación que se hace a la juventud de "reaccionaria", ésta no tiene por qué afrentarse del

título, porque en efecto ha reaccionado contra la tiranía, ha reaccionado contra los falseadores de la Revolución, en fin, ha reaccionado contra todo lo que es vileza y degradación del pueblo.

A la juventud mexicana no se le conquista como a las mujeres, pero sí se le puede conquistar como a los hombres dignos, con dignidad.

La juventud universitaria acaba de lanzar un manifiesto al pueblo de México, en el que expone las razones por las cuales abandonó su actitud bélica contra la falsa educación socialista, cuyo principal motivo fue lo estéril de una matanza de jóvenes desarmados por una banda organizada, que cuenta con todos los medios de represión.

En este mismo manifiesto también es de notar la esperanza que se tiene en el general Cárdenas, de que sepa ponerse a la altura de su deber, sacudiendo el yugo y demostrando que no necesita de andaderas para gobernar; lo mismo que la juventud esperan todas las fuerzas vivas del país, todos los sectores de trabajo. Todos en general tienen un problema que resolver. Al general Cárdenas toca resolverlos.

EI general Cárdenas tiene la oportunidad de conquistar a la juventud y al pueblo en general, ya dijimos cómo, con dignidad. Si se tienen esperanzas en él, es porque es uno de los presidentes más jóvenes que ha tenido México, y es de su juventud que se espera todo: porque los jóvenes han sido

siempre acción. Nunca han sido espíritus pasivos, seres conformistas, que todo lo esperan de los ancianos sino que, por el contrario, siempre han salido a la palestra a conquistar lo que les pertenece; y al general Cárdenas le pertenece un nombre en la historia de nuestro sufrido México. En la historia hay siempre dos clases de libres: los que se han abandonado a la suerte, por ser incapaces de luchar contra ella, y los que han luchado contra ella y han terminado por vencer. El general Cárdenas puede escoger.

Plutarco Elías Calles debe abandonar el país*

Después de las irrefutables pruebas presentadas por nuestro viril director, demostrando el sabotaje de que fue víctima el general Cárdenas de parte del Máximo y su pandilla, complotismo que resulta más condenable cuanto que se juega con la vida y los intereses del pueblo de México, todo ello para sostener la ambición implacable del caudillo y su corte.

Estamos siendo testigos de la decadencia de una tiranía al estilo medieval neronesco, en el cual los tiranos no dejan de recurrir a todos los medios, por repugnantes que sean, para sostenerse en el poder. Al igual que un Nerón que incendió Roma para divertirse, culpando después a los pacíficos cristianos, Calles enciende los ánimos, provocan-

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. v, núm. 549, 3 de diciembre, 1934, pp. 1 y 4.

do disturbios en los que corre la sangre; todo para tener un día más el poder. Y de todo esto, siempre, los culpables son los católicos o los comunistas. No para mientes en provocar la indignación del pueblo entero, al insultar sus creencias y pisotear su dignidad, porque esta indignación hace juego a sus intereses, debilitando la fuerza del nuevo presidente, al que encuentra demasiado peligroso.

Ahora, el elemento obrero podrá darse cuenta de la indignidad con que se jugaba con sus intereses, que la ya famosa educación socialista, así como la sexual, no tenían por fin el vigilar sus intereses; que la oposición presentada por el estudiantado y los elementos sinceramente radicales a estas farsas era justificada; que todo no era más que un simple plan de batalla del máximo Maquiavelo. Plan en el que se arrojaría al pueblo trabajador contra la juventud estudiantil; porque esa sangre servía para sostener los intereses del Máximo de la Revolución. Así podrá darse cuenta el proletariado del engaño de que siempre ha sido víctima por parte de sus líderes, que también han sido elementos indispensables en la gigantesca trama callista, en la que se encuentran envueltos todos los valores de nuestra patria, desde el inocente infante que nada comprende, pero que también ha sido parte de la trama, hasta el alto funcionario que ha obedecido los hilos directores ante la imposibilidad de romperlos.

De la mayor parte de los obreros es conocido lo que dijo el líder Lombardo Toledano en el mitin proeducación socialista celebrado en el teatro Fábregas, en el sentido de que el señor general Abelardo Rodríguez fue el primero en oponerse a la implantación de la educación socialista. Su sinceridad de Revolucionario le impedía hacer un juego tan vil. Para esto se puso en el tablado a los líderes que el mismo calificó de tenebrosos, para que simularan ser los portavoces del sentir obrero y ahogar sus escrúpulos justificados.

Toda la mafia de caza huesos a sueldo del Máximo, también bautizados como ultraradicales, no cesó un día de agitar los ánimos con mil descabelladas proposiciones, que no eran más que insultos al pueblo, y cada cual quería opacar al otro, como si alguien hubiera ofrecido un premio al que mayor indignación causara.

Después de todo esto, después de haber dado pasos tan torcidos, el general Calles debe por propia dignidad abandonar el país. Ya debe estar satisfecho. Tiene el suficiente dinero para vivir varias vidas cómodamente. Fama no le falta. ¿Qué espera pues? Ahora aunque sea un poco tarde, aunque no tan tarde como para que el pueblo no deje de agradecérselo, debe cumplir por una vez en su vida una promesa: alejarse definitivamente de la política y dejar el paso a los jóvenes. Aún puede salir con un poco de dignidad. Del pueblo

ya no puede esperar nada, lo repudia. A él también le quedan dos caminos. El de salir con dignidad ofendida con su fracasado material humano o el de ser arrojado. A los que dejan el poder cuando aún tienen fuerza en la historia se llaman grandes hombres. Los que son arrojados, tiranos fracasados.

El general Cárdenas debe romper a tiempo el círculo de hierro callista*

No ha sido una sorpresa el conocer los nuevos jefes de gabinete que colaborarán con el general Cárdenas en su periodo presidencial. En la mayoría se observa el sello del Máximo. Bien vigilado y enredado en la tela del callismo se encuentra el nuevo presidente, pero de él mismo depende continuar o no en esta forma. Sólo depende de un acto de energía, basta con que demuestre el deseo de gobernar, en la extensión de la palabra, como dice en ironía, un lema que se encuentra en el Departamento Central: "Gobernar es servir al pueblo".

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. v, núm. 550, 5 de diciembre, 1934, pp. 1 y 4.

Cuando el general Cárdenas demuestre este deseo no se encontrará solo, con él se encontrará el pueblo todo. Un pueblo que desea intensamente ser gobernado, ser conducido rectamente; este pueblo siempre ha tenido fe. Ahora la tiene en el general Cárdenas, espera mucho de su vigor juvenil. No creo que estas esperanzas sean fallidas. Si esto llega a suceder nuestro pueblo perderá la fe, y con ello todo sentido de nación. Difícilmente volverá a creer en las bellas promesas que a la postre son humo. Un pueblo que pierde la fe en sus gobernantes, que sabe que la justicia es un mito, que no espera nada de nadie, deja de ser un pueblo y se convierte en hojarasca que el viento arroja y desparpaja a su capricho.

LIoyd George, popular caudillo inglés, tan popular como hábil político, decía, ante la impaciencia del partido que sostenía, poniendo el ejemplo de un chofer que recorriese un camino difícil y poco acostumbrado, en el que hubiese de poner toda su atención y controlar sus nervios para llegar buen fin y que se sintiera acosado por los golpes, empujones y voces de sus acompañantes: "Dejen al chofer en libertad de movimientos", o también recordaba la antigua orden que se solía fijar en los barcos: "No habléis al timonel; él es quien debe conducir". Así, el general Cárdenas debe ser el timonel que por sí solo se encargue de llevar a buen puerto el porvenir de la nación. Único responsable

de la inmensa nave, sin recurrir a consejos de nadie y menos de los galeotes empeñados en la catástrofe que les permita repartirse el botín.

Ya es tiempo de que un hombre responsable sea el conductor; un hombre que deje de consultar a la máxima sibila y a todos los oráculos de Tehuacán, Las Palmas o Cuernavaca. Lo que necesitamos es un hombre que consulte únicamente su conciencia y la voluntad de sus gobernados.

El general Cárdenas ha hecho un gran recorrido hasta los lugares más apartados de la República para compenetrarse de las necesidades de nuestro pueblo, y ha observado la miseria que encierra, la multitud de llagas que lo corrompen y ha prometido curar su mal. El germen tampoco debe ignorarlo, para curarlo tiene que ser un buen cirujano; sereno, impasible, que corte con firmeza donde haya que cortar. Dichas operaciones son dolorosas, pero sanan. Nuestro pueblo sabrá agradecérselo, no creo que valga más el agradecimiento de un amo que el de un pueblo.

Esperamos que el general Cárdenas dé cumplimiento a sus promesas, y que no resulten como las de otros, promesas vanas. Que ahora que dice haberse compenetrado de las necesidades de todos los sectores de trabajo, sepa impartirles una verdadera ayuda, algo efectivo, no como la acostumbran sus radicales representantes: gritos demagógicos, destrucción de imágenes, petición de ceses y toda

una serie de locuras, en vez de abaratarles la vida, ofrecerles mayores probabilidades de bienestar, facilidades para superar su educación.

Todo esto lo puede volver una realidad con sólo quererlo, esperemos que reaccione y sepa sacudir el lazo que se le ha tendido, que rompa la telaraña en que se le ha envuelto, que con la ayuda de los pocos hombres leales que ha logrado poner como colaboradores pueda imponerse a todas las artimañas del callismo. Ahora se encuentra en el puesto de las responsabilidades y nadie más que él puede responder de sus actos. De sus errores sólo a él se le demandará.

El Comité de Salud Pública debe desaparecer*

Una de las medidas urgentes que debe aplicar el C. presidente de la República es la disolución del Comité de Salud Pública, por estar invadiendo las facultades del Poder Ejecutivo. Siendo una de las facultades de éste la de nombrar a sus colaboradores, es decir, todos los empleados públicos, sólo a él incumbe removerlos, no a cualquier organización. Sin embargo, es el Comité de Salud Pública el que, sin tomar en cuenta al Ejecutivo, prepara y dicta los ceses de los empleados que no van de acuerdo con las peregrinas ideas de un hombre que constitucionalmente está al margen de la máquina gubernamental.

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 555, 17 de diciembre, 1934, pp. 1 y 4.

He buscado y rebuscado en nuestra Constitución, así como en todos los Códigos que rigen en nuestro país hasta la fecha, para conocer las facultades del "Jefe Máximo"; pero todo ha sido inútil. Se habla de las facultades del Congreso, del Poder Ejecutivo y el Poder Judicial, pero al Jefe Máximo ni siquiera se le nombra. No puedo entender cómo es que las facultades de este poder que desconoce nuestra Constitución son lo suficientemente valorativas como para ser aprobadas sin discusión por el Poder Legislativo y puestas en vigor sobre las facultades del Ejecutivo.

Nuestro régimen político, en teoría jurídica, tiene su origen en la Constitución que se dio la República francesa, durante la Revolución de 89. Dicha Constitución se basa en la teoría del Barón de Montesquieu, llamada *de frenos y balanzas*. Lleva tal nombre por el hecho de dividir los poderes en tres sistemas que ya conocemos: Legislativo, Ejecutivo y Judicial, cada uno con distintas facultades que no pueden ser invadidas por ningún otro poder, para que en esta forma se establezca un equilibrio, a la vez que un freno contra el despotismo de cualquiera de los poderes. Tal equilibrio queda roto en nuestro caso al crearse un nuevo poder, que tiene por nacimiento el egoísmo y el lucro de un pequeño grupo de agiotistas. Este nuevo poder encarnado en el Jefe Máximo de la Revolución (Revolución que ni siquiera hizo él), como decíamos antes,

rompe el equilibrio así como los frenos, al invadir las facultades de los tres poderes constitucionales haciendo ley cualquiera de sus caprichos y dando por resultado que el despotismo haya sustituido al régimen institucional. Como se ve, nuestra Constitución pierde su validez al desaparecer sus propios ejecutores, que a tanto monta su subordinación al poder extralegal del general Calles.

De tal desacato han sido culpables nuestros gobernantes, al cambiar sus facultades por un plato de lentejas. El Poder Legislativo ha sido el primero en nulificarse al hacer leyes los caprichos de un individuo ajeno a la función gubernativa, y no sólo permitió invadir sus facultades, sino que también permitió se invadieran las del Ejecutivo.

Ahora depende del presidente que no se sigan invadiendo sus facultades. Él se encuentra perfectamente autorizado para disolver el Comité de Salud Pública, por no ser más que un obstáculo puesto por el callismo para eliminar a todos los colaboradores que sean leales al Ejecutivo.

Lo mismo que se dice del Comité de Salud Pública se puede decir de las numerosas agrupaciones con caracteres policiales o militares como es el caso de las falanges garridistas, así como de otras que se han formado dizque para combatir a la reacción y hacerse justicia por su propia mano, con lo que también se invaden hasta las facultades del Poder Judicial.

Tales grupos son imitaciones del fascismo, por medio del cual se puede eliminar todos los poderes, dejando éstos en las manos de un dictador, quien mueve todo.

Al Presidente le toca decidir si quiere gobernar o ser gobernado. Si quiere lo primero, es urgente que dé una muestra eliminando todos los obstáculos que la ha puesto el callismo.

La violencia puede comprometer al gobierno del general Cárdenas*

El domingo que se llevó a cabo la manifestación de los ferrocarrileros, fuimos testigos de uno de los bochornosos actos que se prodigaron bajo el gobierno del general Abelardo Rodríguez y que no era de esperar se repitiesen bajo la presidencia del general Cárdenas, quien varias veces ha hecho profesión de fe obrerista. Como otras veces, la policía trató de disolver la manifestación al mismo tiempo que detener a algunos de los oradores, lo cual, como es de suponer, causó el disturbio consiguiente, con algunos heridos y el trágico desenlace de que nos enteró la prensa diaria: la muerte de uno de los agentes,

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, 556, 19 de septiembre, 1934, pp. 1 y 4.

quien de seguro perdió la vida por obedecer una orden inconsciente y criminal. También nos enteramos de que tal orden no partió de las autoridades superiores y que, por el contrario, dichas autoridades tenían indicado no se molestase a los manifestantes, sin embargo sucedió todo lo contrario.

Todo esto viene a justificar el criterio sostenido por *El Hombre Libre*, en el sentido de que hay una fuerza interesada en malquistar al gobierno del general Cárdenas con el pueblo. Un estado bastante caótico fue el que se abandonó en sus manos y, sin embargo, frente a la actitud serena y justiciera con que ha principiado su gobierno el general Cárdenas, entre tal caos, se ha principiado a vislumbrar una era de mayor justicia. Pero volvemos a repetirlo, hay una mano interesada en que continúe el malestar, y para esto recurre a actos como el de que hablamos. Dicho acto causó muy mala impresión en el elemento proletario, tanto más que el mismo día se notificaba que los Telégrafos Nacionales tenían orden de transmitir francos, durante una hora diaria, los mensajes de quejas o protestas, contra la mala administración o injusticias que fueran cometidas. ¿Cómo iba a ser posible que quien ofrecía tales medios para hacerse oír, habría de ordenar que fuese disuelta una manifestación que tenía por objeto hacerse escuchar del señor presidente?

Felizmente la opinión pública supo comprender que el golpe no había partido de las autori-

dades dependientes del señor presidente, pero al mismo tiempo espera que se deslinden responsabilidades, para que de este modo sepa quiénes son los agitadores interesados en el fracaso del actual gobierno.

Sólo un gobierno físicamente débil es el que utiliza la violencia ante la imposibilidad de recurrir a medios morales por carecer de ellos, es decir, que recurre a la sumisión corporal, en vez de a la persuasión. Hoy en día parecen estar de moda tales medios en todas partes del mundo, indicándonos con esto que los valores morales de la humanidad han sufrido un grave descenso.

Ya sabemos que la violencia ha sido la base del caduco callismo, porque no posee ninguna base moral con qué sostenerse. El resultado lo conocemos: en vez de subyugar enciende más los ánimos, pues el hombre se da mejor cuenta de que es un ser libre cuando ve amenazada su libertad, ésta es la causa del fracaso del callismo. Ahora que un nuevo gobierno se eleva tratando de desligarse del lastre callista y parece dispuesto a adoptar una serie de medidas drásticas para cortar las garras del callismo, natural es que esta facción trate de sostenerse recurriendo a actos reprobables cuya responsabilidad caiga apartemente sobre el gobierno. Ya conocemos bastante la táctica: cuando más apurado se encuentra el Estado debido a las intrigas de una baja política, aparece el salvador:

el Jefe Máximo, quien lo mismo se encarga de la Secretaría de Guerra, como de la de Hacienda, así se nos muestra excelente estadista que maestro de ética militar o socialista radical y pedagogo. No nos extrañaría que después de que sabotease a conciencia al general Cárdenas, se nos volviese a aparecer cual nuevo quijote para enderezar los entuertos de que él mismo fuese el causante, y así eliminar al general Cárdenas.

Una vez más, la imprevisión de unos y la abyección de otros habían renovado los cimientos del despotismo.

El socialismo y la fobia antirreligiosa*

Aún no se ponen de acuerdo los educadores.
Un discurso del "Jefe Máximo" logra lo que no se ha conseguido desde Platón hasta Einstein
Palabras de Lenin para fustigar a los anticlericales de espíritu burgués

Nos encontramos en vísperas de que se dé principio a la educación socialista y, a pesar de lo pomposo de su nombre, aún no se pone de acuerdo ninguno de los neosocialistas en lo referente a la clase de socialismo que se desea implantar. Unos hablan de un socialismo típico mexicano, según Toledano: socialismo para madres de familia, pero que en mi concepto no tiene nada de familiar, sal-

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 561, 31 de diciembre, 1934, pp. 1 y 4.

vo el caso de que se trate de beneficiar a la familia revolucionaria. Si es este el caso ya conocemos tal clase de socialismo: las haciendas e ingenios del Máximo de la familia, así como los brillantes negocios de la conocida compañía llamada FYUSA y otras cositas más ilustran sobre el socialismo típico mexicano.

Según indica uno de los incisos de la reforma al artículo tercero de la Constitución, la reforma tendrá como fin dar a "la juventud un concepto racional y exacto del universo y de la vida social". Esta última forma de interpretar la educación socialista tiene un verdadero aspecto de necia pedantería ¡"Dar un concepto exacto del universo"!. Un ilustre maestro universitario me decía, comentando este punto: — "¿Quién tiene un concepto exacto del universo?". Los ilusos reformadores han querido hacer del Estado un mito infalible, basta con que el Estado decrete una ley para que el maestro, hasta ayer ignorante y confuso, adquiera como por encanto todo el conocimiento necesario para dar un concepto exacto.

Todo lo que la humanidad ha tardado siglos y más siglos sin obtener. Todo lo que se ha elaborado desde Platón y Pitágoras, hasta Max Scheler y Einstein, intentando buscar tal concepto, sin lograrlo, lo logra el maestro oportunista y pedante, por obra y gracia de un discurso demagógico del todopoderoso Máximo de la Revolución. Este es

el concepto que nuestros legisladores tienen de la educación socialista y del socialismo en sí. Causa verdadera sorpresa saber que contamos con tan grandes lumbreras.

Para consuelo de los filósofos que han perdido el tiempo buscando lo que tan fácilmente ha sido hallado por los revolucionarios maestros de México, diremos que el llamado "concepto exacto del universo y de la vida social" se está dando a los maestros que no lo conocen (todos), en cursos rápidos de un mes.

Aparte del socialismo típico mexicano y del científico y exacto de que ya hablaremos, existe otro más: el antireligioso. Éste, como su nombre lo indica, se basa en las persecuciones religiosas. Todos los errores, latrocinios, estafas y crímenes, los achaca a la religión. Al no poder justificar el mal uso del poder, culpa a la religión. La religión es culpable de que los indios no tengan tierras, lógicamente se puede pensar que el Máximo y sus secuaces deben ser religiosos, pero es mala lógica. Ellos, en efecto, poseen las tierras que pertenecen a los indios, pero ellos representan a la revolución, y la revolución se hizo para que los indios recuperaran sus tierras, luego es justo que la Revolución sea dueña de esas tierras. La religión es culpable de la crisis; los obreros son lanzados a la calle por culpa de la religión. Los monopolios del pan, la leche, el azúcar, no quieren decir nada, porque

también representan a la Revolución. Se roba al pueblo encareciendo el pan para llenar el bolsillo de los revolucionarios; se derrumba una imagen porque la religión es culpable. Como remedio a la miseria en que se tiene al pueblo, se cesa a todo aquel que no se hace partícipe de la fobia antirreligiosa. Todos los conflictos obreros se resuelven con catilinarias contra la religión.

Para terminar, recordaremos algunas palabras de un hombre al que espero no se acuse de reaccionario, Lenin. Al comentar una ley antireligiosa de Bismarck, pone en primer término las divisiones religiosas en lugar de las divisiones políticas, como medio de distraer la "atención" de ciertos elementos obreros y demócratas en la lucha de clases [… parte ilegible] Revolución; para concentrarla en el anticlericalismo superficial y [… parte ilegible] burgués.

La juventud estudiantil se enfrenta al crimen*

Nuevamente sale a los campos de Montiel nuestro eterno Quijote, el estudiantado de México. No podía permanecer inactivo cuando se asesinaba una vez más y se vejaba a nuestro pueblo. No trato de hacer una apología de nuestra juventud, porque sencillamente no la necesita. Ahora las apologías se dedican a los criminales, para justificarlos; patéticos ejemplos nos han dado de ello individuos como los Pérez H. y los Trinidad Malpica H. con otros más (perdonad que hable de ello; pero recordemos que el Dante, para llegar a las alturas, hubo antes de referirse a las simas) haciendo del más vil de los crímenes un motivo de aplauso y regocijo, llegando su osadía a mancillar el nombre

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 566, 14 de enero, 1935, pp. 1 y 4.

de los aguiluchos de Chapultepec, al comparar su heroísmo con la asquerosa hazaña de los quebrantahuesos de Tabasco. Mientras las víctimas eran recibidas en el seno de la tierra, los apologistas protestaban por la detención de inocentes criminales obligando a grupos de señoritas empleadas de la Secretaría de Agricultura a ir a protestar a la prensa porque se castigaba el crimen.

Al final de cuentas la justicia se concretó a unos cuantos miles de pesos que, por supuesto, ha pagado el mismo pueblo ofendido para liberar a los asesinos. Los criminales libertados han continuado sus provocaciones, como nos consta por informaciones de toda la prensa. El crimen fue ovacionado en el último sábado rojo o, lo que es lo mismo, la justicia, la moral y la dignidad de nuestro pueblo dejaron de ser.

Después de esto, lo único que se podía esperar era un reinado de violencia y terror; si no fuera porque nunca nos ha fallado nuestra juventud llamada por los contra-revolucionarios: "reaccionaria". Haciendo eco a las protestas de algunas agrupaciones dignas, que hicieron a un lado sus puntos de vista doctrinales y se unieron frente al crimen, la juventud estudiantil alzó su protesta en un mitin que resultó gigantesco.

En él se vieron unidos por primera vez diversas agrupaciones y jóvenes de distintos credos, todos presentaron razones aplastantes para exigir el

castigo del crimen, tanto en los asesinos materiales como intelectuales. Tras de este grandioso mitin, se organizó una manifestación que despertó a los durmientes habitantes de la ciudad de México, haciéndoles ver que esta vieja ciudad no es una ínsula donde se puede provocar y matar impunemente, que sus jóvenes no se venden por un "hueso" y, como dijo uno de los oradores, en vez de buscar un hueso, arriesgaban sus propios huesos. Y la ciudad supo contestar dignamente. Aplausos y vivas llenas de entusiasmo indicaban el paso de la raza. Esto lo debían de haber visto los vendidos o engañados jóvenes tabasqueños; esto sí pudo llamarse una apología nacida espontáneamente de nuestro sufrido pueblo.

El fin de esto lo conocemos: una vez más los inocentes "camisas rojas" contestaban a balas las protestas del estudiantado. Volvió a correr sangre juvenil, se convirtió en una lucha desigual: jóvenes desarmados resistían las balas de individuos inmunes a todas las leyes. Sin embargo, como trofeo se llevaban la bandera que se había enrojecido en Coyoacán.

Las garantías que faltaron a los desgraciados vecinos de la Villa de Coyoacán, no faltaron a los garridistas, en cuyo favor acudieron los bomberos y la policía cargando contra los estudiantes. Una vez que éstos se hubieron retirado y marcharon hacia los periódicos, las autoridades se dedicaron

a darles caza, originando distintos encuentros, en golpear brutalmente a varios jóvenes.

Esta es la justicia en México: se protege al crimen y se persigue a quienes piden vuelvan la justicia, moral y dignidad, que han hecho desaparecer de nuestro país, ¿Qué dice de esto el general Cárdenas? ¿Dónde están las brillantes promesas de justicia hechas a nuestro México?

La dictadura del proletariado por socialistas burgueses[*]

Rebuscando entre la literatura tan trillada y utilizada con fines demagógicos por los charlatanes del socialismo, encontramos en un escrito de Nicolás Lenin, algo que viene al pelo a nuestros redentores; pero ante lo cual se han hecho de la vista gorda. "Hay socialistas y socialistas —nos dice Lenin—. Unos sirven a la burguesía, otros al proletariado. Unos son socialistas imperialistas; otros marxistas revolucionarios".

Y en otra parte, como si adivinara o viviese en México en nuestros días, nos habla de la siguiente forma:

[*] Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 572, 28 de enero, 1935, pp. 1 y 4.

Las doctrinas de Marx corren hoy la misma suerte que ha cabido en la historia a las de otros pensadores revolucionarios y caudillos del movimiento libertador de las clases oprimidas.

Los grandes revolucionarios son objeto durante su vida de grandes y constantes persecuciones por parte de las clases opresoras; sus enseñanzas provocan una rabia y un odio furiosos y ataques interrumpidos en los cuales desempeñan un papel principal, la falsedad y la calumnia. Después de su muerte, se hacen tentativas para convertirlos en mansos corderos, para decirlo así, canonizarlos; para rodear de gloria sus nombres con objeto de consolar a los oprimidos y engañarlos. En efecto, el fin que con ellos se persigue no es otro que desnaturalizar la esencia real de las teorías y el de mellar el filo de las armas revolucionarias.

Eso es —continúa diciéndonos Lenin— justamente lo que hoy vemos con respecto al marxismo, a cuya adulteración se consagran los burgueses y oportunistas del movimiento obrero. Se omite, se altera, se deforma el aspecto revolucionario de la doctrina —su alma revolucionaria— para poner únicamente de relieve y ensalzar lo que es o parece aceptable para la burguesía" (Lenin, *El Estado y la Revolución*, 1917).

Esta es la realidad vista por un hombre al que no se atreverán a acusar de reaccionario. La burla

más sangrienta que se puede hacer a un pueblo es la que se nos está haciendo. Otros tiranos tienen un rasgo de lealtad cuando persiguen, destrozan o asesinan diciendo "es mi voluntad, Yo soy el hombre fuerte"; porque todo se puede esperar de ellos, tratándose de males. "El pueblo sabe a qué atenerse; pero los que quieren cobardemente ocultar sus fechorías, hablando de la manera más hipócrita como lo están haciendo muchos de nuestros revolucionarios", ocultando sus verdaderos fines, tomando, como nos dice Lenin, lo que les conviene de una doctrina que hasta ayer era sólo de los trabajadores.

Lo que se refiere netamente al sistema económico —que a nuestros socialistas no conviene, pues son ellos los capitalistas y latifundistas más grandes de México— se pasa por alto limitándose a banales polémicas. Pero ahora se han encontrado con el mejor sistema para mantenerse en el poder, *la dictadura del proletariado*, uno de los más grandes errores de Marx, quien no contó con las pasiones humanas, y la cual consiste en la dictadura de un gobierno formado —requisito indispensable— por obreros, campesinos y soldados, el cual será el paso de transición de la sociedad capitalista a la sociedad sin clases; pero es el caso que ni los obreros ni los campesinos ni los soldados están capacitados para ello y se encuentran obligados a entregarse al primer vivo que se presente.

Ahora bien, nuestro gobierno, que se dice compuesto por elementos "revolucionarios"; ¿es el más indicado para ser el paso de transición a la sociedad sin clases, es decir, para que forme la dictadura del proletariado que será sobre el proletariado? Porque es lógico que al existir un gobierno interesado por los trabajadores, las huelgas, los boicots y todas las defensas del obrero salen sobrando. Además, los latifundios, capitales y monopolios se encontrarán en manos de los próceres de la dictadura del proletariado. No nos extrañaría que el paso de transición a la sociedad sin clases durase algunos milenios, pues entonces se encargarían de que nunca los trabajadores fueran capaces de tomar por sí las riendas del poder.

Casos concretos los estamos viendo en estos momentos en la huelga de los gasolineros; el amable gobierno proletario sabotea la huelga vendiendo gasolina salida de los tanques de la compañía contra la que se ha hecho la huelga.

Los "rojos" incitan a los gobernadores a una rebelión*

Quieren que violen artículos fundamentales de la Carta Magna

Una circular subversiva —el artículo 9° de la Constitución reducido a cero— maniobra para vigorizar al nuevo "Jefe Máximo"

He obtenido una copia de las circulares que los elementos garridistas están enviando a los diversos gobernadores de estados, para que sean hostilizados los elementos estudiantiles. Todo esto burlándose de nuestra Constitución, que otorga toda clase de garantías, sin señalar ningún credo

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 577, 8 de febrero, 1935, pp. 1 y 3.

para ello, y con menoscabo del Poder Ejecutivo, al declararse árbitros supremos.

A manera de marbete la circular dice:

> Confederación de Estudiantes Socialistas de México. Oficinas: Edificio Rule despachos números 415 y 416—México, D. F.
> Asunto: —Invitándole para que no patrocine Congreso pretenden verificar elementos estudiantiles reaccionarios.
> Al C. Gobernador Constitucional del Estado (aquí ponen el nombre del gobernador que se trate).
> En el Diario *El Universal* de fecha 15 de diciembre del año próximo pasado, apareció la noticia relativa a la reunión de un "congreso nacional constituyente de estudiantes" a que convocará cualesquiera de las agrupaciones clericales estudiantiles denominadas Confederación Nacional de Estudiantes (CNE), tanto la presidida por Daniel Kuri Breña y Clicerio Cardos Eguiluz, como la que preside José Riveras AIbarrán y Raúl Vega Córdova, o bien por la llamada Federación Estudiantil Universitaria (FEU), presidida por Efrén Rubén Beltrán.
>
> Posteriormente a la aparición de la noticia a que nos referimos, el Comité Ejecutivo Nacional de esta Confederación de Estudiantes Socialistas de México, formada en el congreso de estudiantes socialistas reunido el pasado año en la ciudad y puerto de Álvaro Obregón, estado de Tabasco,

pudo confirmar de modo exacto el intento de estos grupos de filiación reaccionaria de reunirse en un Congreso, habiendo empezado ya a hacerse gestiones con tal fin. En esta virtud hemos considerado necesario dirigirnos a los gobiernos de los Estados denunciando dicha maniobra y poniéndolos al tanto de los antecedentes de estas facciones estudiantiles y de sus dirigentes, a efecto de evitar sean sorprendidos los gobiernos de todas las entidades del país, invitando al mismo tiempo, a los señores gobernadores para que, llegado el caso, no acepten patrocinar, ni tan siquiera que se verifique en sus respectivos territorios lo que llaman "Congreso Nacional Constituyente de Estudiantes"; pues de llevarse a cabo, en cierta forma se protegería a estos grupos de oposición para continuar su labor que han venido desarrollando en contra de las instituciones dimanadas de la Revolución. Adjuntamos a usted una exposición de hechos, que pone de relieve la contextura ideológica y moral de los grupos en cuestión y de sus propios dirigentes, con objeto de que el gobierno a su digno cargo norme su criterio a este respecto.

Por todo lo expuesto nos dirigimos atentamente a usted, señor gobernador, apelando al revolucionarismo de que ha dado muestras en diversas ocasiones, con el fin de que, caso dado de que los grupos a que hemos venido refiriéndonos, solicitaran del Ejecutivo a su digno cargo ayuda económica

o moral para reunirse, se les niegue toda cooperación, en atención a su marcada filiación derechista.

La Juventud Revolucionaria agrupada en torno de esta Confederación confía plenamente en que el alto criterio de usted sabrá interpretar en su justo y cabal sentido, nuestros propósitos, inspirados en el pensamiento vigoroso de la Revolución, negando a los jóvenes reaccionarios mencionados su patrocinio para la verificación de la asamblea aludida.

Por la atención que le merezcan nuestros puntos de vista y la invitación que le formulamos, nos es grato anticiparles nuestros agradecimientos y las seguridades de nuestra distinguida consideración.

Ciudad de México, a 20 de enero de 1935.

Por el Comité Ejecutivo Nacional de la Confederación de Estudiantes Socialistas de México.

Secretario General. J. Agapito Domínguez, Secretario de Acuerdos, Eduardo Cruz Colín.

A continuación de esta circular viene lo que ellos llaman Relación de Hechos, donde la clase estudiantil aparece con las lacras de reaccionaria y burguesa, así como integrada por peligrosos agitadores.

Como se puede ver, se trata de evitar que la juventud que no se ha corrompido se pueda reunir y llegue a acuerdos que perjudiquen los intereses de los demagogos. Para esto es que se ordena que ni siquiera se verifique el Congreso y a continuación

se hace una amenaza a los que la permitan, como protectores de grupos de oposición que están contra las instituciones dimanadas de la "Revolución". Con lo cual de hecho, la República está controlada por el nuevo Jefe Máximo, el licenciado Garrido Canabal.

Invitación a la juventud mexicana*

Como hombre libre, a la vez que joven consciente de mis actos, invito a toda la juventud, también libre y consciente, a organizarse, para hacer más fructífera la lucha contra la tiranía que nos agobia.

La lucha emprendida por la juventud mexicana es una lucha desigual en todos los terrenos. Nuestra lucha no es como las luchas que se desarrollan en los pueblos en donde impera la democracia, en los cuales tienen gran influencia las críticas y protestas populares. Tenemos el caso de Inglaterra y Gandhi, basta que éste se declare en huelga de hambre para obtener para su pueblo lo que no han conseguido sangrientas insurrecciones; pero es que allí la acción crítica es bastante para obligar

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 578, 11 de febrero, 1935, pp. 1 y 4.

al gobierno inglés a respetar la vida de un hombre, que amenaza perderla si no conceden a su pueblo lo que pide justamente. En México el caso cambia, ya sabemos que la vida no tiene valor alguno, toda protesta es barrida por los mismos encargados de dar garantías a los ciudadanos.

Por esta razón es que nuestra lucha resulta estéril. No bastan abnegados y patéticos discursos, manifestaciones callejeras y *mueras* a los tiranos. Como tampoco bastan brillantes artículos ni manifiestos; papel y palabras se las lleva el viento. En Coyoacán se hicieron cinco víctimas y los victimarios gozan de libertad y garantías, todo esto a pesar de los fogosos discursos estudiantiles, de las protestas y las manifestaciones. Como se ve, nuestra lucha es desigual, no tenemos más armas que la razón contra la tiranía organizada y con todos los medios de represión. Se ha dicho que la razón siempre triunfa, en efecto, pero debe ser una razón organizada. Sólo la razón organizada puede vencer a la sinrazón también organizada.

La juventud organizada, trabajando en común con todos los hombres libres, puede obtener verdaderos triunfos.

Ahora ha partido una iniciativa de hombres libres, a quienes no se puede acusar de personalistas, como son Arenas Guzmán y el licenciado Barrón, para formar un partido de oposición sincera; muy distinto a los partidos de oposición que hemos

conocido, los cuales sólo sirven para elevar personalidades y, cuando no lo logran, desaparecen. El Partido Socialista Demócrata Mexicano, como ya lo ha explicado varias veces *El Hombre Libre*, no tiende a elevar personalidades, sino ha de luchar cívicamente por la reconquista de nuestros derechos. Los directores de este partido no son determinadas personas; serán aquellos en los cuales el pueblo consciente deposite su confianza.

Por eso es que invito a la juventud a organizarse, la invitación ha partido de viejos luchadores, a nosotros los jóvenes toca responder a ella en una forma activa. La formación del partido debe ser labor de los jóvenes, a nosotros toca salvar la Revolución hecha por nuestros padres.

Organizados podremos exigir por todos los medios cívicos a nuestro alcance el respeto a nuestras ideas e instituciones, y si no somos escuchados podremos usar la acción directa. Unidos a todas las fuerzas vivas de nuestro país, nuestra acción cívica o directa tendrá un valor efectivo.

Por tratarse de una lucha por la reconquista de nuestros derechos, no existe ninguna razón para que nuestra juventud siga dividiéndose por llevar distintas ideologías, la razón o sinrazón de ellas se deslinda en las tribunas o con la pluma, pero no atacándose o insultándose frente al enemigo común, el que intenta quitarles el derecho de exponer sus razones. Por esto es que, haciéndose a un

lado todos los credos, deben unificarse y luchar en común contra la tiranía.

Una vez más vuelvo a invitar a toda la juventud a formar el Partido Social Demócrata Mexicano las adhesiones deben enviarlas a las oficinas de *El Hombre Libre*, o al apartado postal 2321, proponiendo tres personas para la dirección del partido y tres sustitutos, así como el nombre y dirección del remitente y la cuota que está dispuesto a dar para sostener al partido. En el sobre las iniciales bien visibles PSDM para que el sobre sea abierto el día señalado para hacer el cómputo de votos y conocer las personas que se han adherido al partido.

El pueblo de México espera mucho de la juventud, a ésta toca hacerse digna de su confianza, dándole lo que espera.

HOMBRES LOBOS Y HOMBRES CORDEROS*

Solamente la organización podrá salvarnos

LAS FILOSOFÍAS PESIMISTAS – LA ANTÍTESIS DE UNAMUNO – LA RAZÓN DE NUESTRA ESCLAVITUD – HAY QUE VENCER NUESTRA PROPIA DESCONFIANZA

"El hombre es el lobo del hombre", de Hobbes, es la base con que se justifican las tiranías de toda especie. A esto se añade la nueva justificación salida de la pluma del pesimista Oswald Spengler, al expresar "El hombre es un ave de rapiña". Este pensador nos habla del hombre como un animal que vive de otros animales. Su labor es luchar, vencer y aniquilar; hacer botín y presa. El mundo es su presa. Pero existe una contradicción en

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 579, 13 de febrero, 1935, pp. 1 y 4.

este escrito, pues no es propiamente el hombre en general; sino determinados hombres. En cambio, a juicio de Spengler, existe otro grupo de los herbívoros, cuyo destino es ser víctima y presa; es en vano que este grupo intente sustraerse a tal fatalidad mediante la huida sin lucha, huya o luche, será víctima. Mientras los hombres de rapiña tienen una perspectiva lejana, siempre al frente; los herbívoros carecen de perspectiva, en ellos no reside la idea de dominio. Éstas son las conclusiones fatalistas del filósofo. El hombre está condenado a ser víctima del primer audaz, la lucha resulta inútil, el hombre debe de contentarse con su cautividad y su esclavitud, como los herbívoros, los más útiles animales domésticos. Este fatalismo parece haberse extendido por toda la tierra, los hombres abandonan sus más caros derechos: su familia, su religión, su pensamiento, todo en fin, hasta su propia vida, al hombre que tiene la osadía de azotarlo.

Pero no podía faltar la voz del hombre que se siente hombre, y da un sonoro bofetón a los pesimistas. El ilustre escritor español Miguel de Unamuno da esa bofetada diciendo: "El hombre es el cordero del hombre" y, en efecto, si hay hombres lobos y hombres aves de rapiña, es porque hay hombres que se prestan a ser corderos; hombres que se entregan incondicionalmente. Esto no es por fatalismo, sino por tibiedad, por apatía. Su enfermedad es simple egolatrismo, no les interesa lo

que se haga o se diga; sólo les importa vivir lo más cómodamente; pero no son capaces de buscar esa comodidad; en ese afán de vivir sin molestarse es cuando se convierten en herbívoros. Se ofrecen al que se compromete a darles pasto.

Esta es la razón por la que nosotros los mexicanos hemos siempre sido esclavos. Ayer del porfirismo, hoy del callismo, y mañana de cualquiera. Nosotros hemos abandonado todos nuestros derechos. El derecho a votar es nulo porque nunca hemos hecho respetar el voto. El derecho a pensar y expresar nuestros pensamientos lo es porque tememos hacerlo. Ahora estamos abandonando el derecho que los animales tienen por instinto: el de vivir. Las vidas humanas valen un comino.

Cuantos grupos de hombres sienten gran indignación frente a las brutalidades que se cometen en nuestro pueblo ¿qué es lo que hacen? Compran el periódico, leen los artículos de protesta, acuden a los mítines y aplauden a rabiar las fogosas frases de los protestantes porque es lo mismo que ellos piensan pero no se atreven a expresarlo. En cambio, no son capaces de organizarse, de romper su apatía. Esto es lo único que puede libertarlos.

Creo deber de todos los buenos mexicanos que terminen con esa desconfianza. Que tengan confianza en sí mismos. La fuerza del enemigo la componen ustedes mismos. Nuestra apatía y desconfianza son las cadenas que nos esclavizan. Se

ha invitado a los hombres libres a formar un partido de oposición. Yo creo que todos los mexicanos lo son, pero no quieren creer en ello. Los invito una vez más a organizarse y reconquistar el hombre de hombres. No más lobos ni más corderos, hombres es lo que hace falta. Debemos romper el encantamiento de la eterna Circe y tomar nuestra verdadera figura. La solución de nuestro problema está en la organización. En formar un verdadero partido socialista, que busque el bienestar de la colectividad, y no el de unos cuantos. El Partido Social Demócrata Mexicano espera vuestra adhesión.

URGE ORGANIZARSE CONTRA LA TIRANÍA*

O EL CÍRCULO SE IRÁ CERRANDO HASTA CONVERTIRNOS EN ILOTAS
FACHISMO EN SUS PEORES MANIFESTACIONES —LA DICTADURA IRRESPONSABLE—. LA ABOLICIÓN DE LAS LIBERTADES

Las numerosas arbitrariedades cometidas por el cardenismo manejado por el callismo emboscado están haciendo ver la necesidad, más que urgente, de que hombres conscientes se organicen y presenten una resistencia efectiva a los numerosos actos violatorios a nuestra Constitución. Ahora fue a la prensa libre a la que se restringió con pretextos irrisorios, como es el hecho de que el correo sostenido por nuestro revolucionario gobierno no

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 585, 27 de febrero, 1935, pp. 1 y 4.

puede servir de vehículo para que se haga de éste una crítica justa; como si en efecto el correo fuera sostenido con las dietas de nuestros representantes en el Congreso, o fuera sostenido por los capitales de nuestros flamantes redentores (Calles y compañía). Por el contrario, esta oficina, como todas las controladas por los seudorevolucionarios, están pagadas por el pueblo y, a pesar de esto, sí se permite el curso de correspondencia que ofende al pueblo como son todos los pasquines garridistas y penerreanos. Estos pasquines ofenden sin consideración alguna al espíritu de nuestro pueblo, atacándolo en sus creencias y sus ideales; tienen su pase al correo, por ser editados por voluntad del todopoderoso Plutarco Elías Calles.

El gobierno de los trabajadores no para mientes al dejar sin trabajo a hombres que de él viven, por el hecho de que no halagan sus ocurrencias. A la crítica le llaman insulto y a sus insultos les llaman crítica revolucionaria.

Ya se había dicho varias veces que el flamante gobierno socialista no es sino un fachismo enmascarado, y cada uno de sus actos nos lo está demostrando. Con la diferencia de que las dictaduras fachistas hasta hoy implantadas han sido dictaduras francas, con dictadores responsables, sin ocultarse, ni ocultar sus intenciones, pero en nuestro caso tenemos un dictador sin responsabilidades legales.

En las dictaduras fachistas se persigue a los comunistas, al mismo tiempo que se declaran socialistas, como es el caso del nacional socialismo de Hitler. En México se envía a los comunistas a las Islas Marías al mismo tiempo que se habla de la implantación de la dictadura del proletariado. En el fascismo alemán se persigue a las religiones y se habla de una religión de Estado. En México se persigue a la religión católica, que es la de la mayoría del pueblo, y se implanta la región social-callista. En el fascismo no existe el derecho de huelga. En México se tiende a lo mismo en la reforma a la Ley Federal del Trabajo, así como se rompen éstas para que el Estado, con pretexto de utilidad pública, llene las funciones de los trabajadores en la huelga (caso huelga de gasolineras), o se vale de sus líderes para que las saboteen (caso huelga de choferes). En el fascismo se organiza a las juventudes y niños; en México el PNR intenta hacer lo mismo y, por fin, en el fascismo no existe la libertad de prensa; en México esta libertad también se trata de suprimirla, tampoco las organizaciones armadas de las dictaduras fachistas, camisas negras o cafés, en México las conocidas camisas rojas.

El que esta dictadura siga mostrándose cada vez más descontrolada depende de nosotros. Si ante todos estos actos permanecemos con un gesto de indiferencia, por el hecho de que no nos alcance directamente, el círculo se irá cerrando hasta

convertirnos en ilotas. No existe otro medio que la organización cívica para combatir por todos los medios los avances del fascismo callista. *El Hombre Libre* ha hecho una invitación para esta organización; ésta debe llevarse a cabo a cualquier costa. Lo que se ha hecho para evitar la circulación del periódico no puede ser un obstáculo para llevar a cabo lo que se ha propuesto; por el contrario, debe servir para incitar a los ciudadanos que aún se muestran tímidos o recelosos a que se organicen antes que sea demasiado tarde.

Cultura y demagogia*

El más vergonzante espectáculo que puede presentar un pueblo lo está presentando México, por obra y gracia de un grupo de especuladores de la Revolución. Parece como si en él estuviesen acampadas las hordas de Atila y Genghis Khan, enemigos de toda cultura, avorazados buscadores de riquezas y amantes verdugos del hombre. Castigos de Dios se harían llamar, o azotes, como Atila, si no fueran también enemigos de esta palabra que ha dado la base a toda cultura.

Al igual que las hordas bárbaras, destruyen y asuelan a nombre de un fetiche, que en nuestro caso se le llama "proletariado" y que nada tiene que ver con el verdadero proletariado, clase siempre explotada y perseguida tan duramente con los gobiernos burgueses como con los gobiernos

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 590, 11 de marzo, 1935, pp. 1 y 4.

de los trabajadores. Tras del nuevo fetiche se esconden los más ricos capitalistas y terratenientes, enriquecidos con la patente de corso de revolucionarios, buscadores de disturbios que llenen más aún sus arcas. A nombre de la clase trabajadora, que es siempre la que resulta explotada, se están cometiendo los graves desmanes, mientras los trabajadores permanecen inconscientes de los atropellos que se cometen en su nombre.

De una campaña al principio llamada de desfanatización, en la que sólo se hirieron los sentimientos del pueblo, se ha pasado a una campaña contra la cultura. Ya no es contra el sacerdote, a quien se hacen cargos de la explotación de la Colonia. Ahora es contra los centros exponentes de la cultura mexicana. La formación de médicos encargados de aliviar los males físicos, de jurisconsultos que interpreten las leyes para que no sean burladas, de sociólogos que investiguen la causa de los males sociales y por lo tanto su remedio, en fin, a todo mejoramiento cultural, se le llama enemigo del trabajador, se le anatematiza y, lo que es más, se le persigue con saña. A esto los oscuros exponentes de la escuela socialista, llaman dar un concepto exacto del Universo.

Mientras se han aplaudido a rabiar las hazañas de los "camisas rojas" bien conocidas por todos, a la petición de libertad de cátedra para formar hombres desligados de todo dogmatismo, se ha contes-

tado con fuego de ametralladoras, asesinando sin conciencia alguna a maestros como a obreros, que han hecho causa común en la defensa del único y verdadero recurso de liberación de clase, la única que hace igual al rico que al pobre, la cultura.

En la ciudad, a la iniciativa hecha por el rector de la Universidad de México de formar profesionales que den un fruto real a la sociedad en que viven, se ha contestado con los más burdos insultos, indignos de un periódico que se hace llamar exponente de la cultura revolucionaria. A la iniciativa de formar hombres conscientes de sus actos y no demagogos, se ha contestado con amenazas. Y, lo que es peor, individuos que se hacen llamar representantes de los trabajadores se han solidarizado con estas declaraciones demagógicas, sin consultar antes el sentir de los trabajadores que dicen representar, y de los cuales nunca tendrían apoyo.

Los ilustres representantes del proletariado mexicano, en vez de luchar por la transformación del medio económico, combatiendo a los revolucionarios que se han hecho millonarios por haber robado al pueblo, señalando uno a uno a todos los enemigos del trabajador, se entretienen o, mejor dicho, entretienen la acción combativa del trabajador en luchas religiosas y contra la cultura. A hombres a quienes se ha mantenido en la ignorancia, ahora, en vez de elevarlos al nivel de sus opresores por medio del estudio, se les hace perseguir toda

iniciativa de carácter cultural. Pero tal juego, que tiende a continuar la explotación, no podrá tener éxito. En sus continuas luchas, el trabajador ha aprendido; sus continuos movimientos de carácter revolucionario, a pesar de las acechanzas de sus falsos líderes, nos lo están demostrando. El trabajador ha comprendido lo que es cultura y lo que es demagogia.

El divisionismo está remachando nuestra cadenas*

Mientras los oprimidos se destrozan entre sí, los opresores consolidan su tiranía

"Nos están matando. Acaban con nosotros". Fueron estas las duras pero ciertas palabras que arrojó el licenciado González Rubio a todos los oyentes, en la protesta contra la brutal matanza de Guadalajara. Tales matanzas, tales crímenes, no tienen como fondo más que la sorda lucha que se desarrolla entre los "hombres fuertes" del Estado. Sólo

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 592, 15 de marzo, 1935, pp. 1 y 4.

se trata de exasperar al pueblo en su provecho. El pueblo en este caso es un miserable instrumento, útil para guardarles o arrancarles el poder.

La lucha entre "los hombres fuertes de la Revolución" no es con base en soldados, cañones y ametralladoras emplazados en el campo de batalla; son lo bastante inteligentes para no arriesgarse abiertamente. Su lucha es una lucha desde los retiros o desde los gabinetes; no se utilizan las balas y la metralla, se utiliza a la masa, sembrando el odio y la destrucción, provocándola para que se arroje sobre el contrincante.

La masa no puede evitar ser víctima de este pasatiempo de los "hombres fuertes", porque le falta cohesión, sabe quiénes la están destruyendo, pero no se une para combatirlos porque se pierde en un marasmo compuesto de palabras. Nacionalistas, comunistas, católicos, socialistas, libre-pensadores, todos se pierden en este caos de palabras. Si tuvieran el suficiente sentido común las analizarían y encontrarían una gran homogeneidad entre ellas; todas tienden a la felicidad del individuo, lo mismo en su ser personal que en la comunidad. Pero el pueblo no le comprende así, todo se refiere a una lucha de nomenclaturas; ¿cuántos de los que se dicen comunistas o católicos saben qué es comunismo o catolicismo? y sin embargo existe un fuerte antagonismo, que llega hasta el odio. Mientras unos u otros tratan de convencer de la bondad

de su ideal y la maldad del contrincante, los que no tienen más ideal que su propio bienestar a base de la miseria del pueblo, los asesinan y persiguen sin distinción de credos; los sótanos de la policía, como las Islas Marías, han servido para encerrar lo mismo católicos que comunistas. Tenemos un ejemplo muy inmediato, el de la censura a la prensa; así como se prohibió la circulación de *El Hombre Libre*, periódico libre, sin filiación dogmática, se prohibió la circulación de *El Machete*, periódico ultra-rojo, de filiación sinceramente comunista, y esto último con la agravante de la promesa del C. presidente de la República hecha al Partido Comunista, de legalizar la circulación del periódico de izquierda, y a pesar de encontrarse en el poder hombres que se hacen llamar marxistas puros y que preparan la dictadura del proletariado (?).

El pueblo debe eliminar estos odios estériles que lo están destruyendo para beneficio de hombres sin ninguna conciencia, a los que les importan un bledo todas las doctrinas del mundo. El primer derecho del hombre en cualquiera dogma es el respeto a la vida, y ese derecho se ha perdido. Es necesario que nos unifiquemos por la recuperación de este derecho sin el cual son inútiles todas las bondades que encierran en sí todas las doctrinas.

A la juventud estudiantil, por ser ésta la que tiene el encargo de encauzar los destinos de México por un buen sendero, la vuelvo a invitar a que

se unifique y destruya las barreras que la dividen y que sólo se basan en simples palabras. Los vuelvo a invitar a que engrosen las filas del Partido Social Demócrata Mexicano. Sólo la organización puede darnos el triunfo, evitando que la masa siga siendo instrumento de políticos, que deje de ser amorfa e inconsistente, que por el contrario sea fuerte, lo suficientemente fuerte para exigir responsabilidades y alzarse como fiscal, haciendo cargos a los que pisoteen la Revolución.

El concepto de autoridad en México*

Cómo entienden la ciencia de gobernar nuestros opresores

El concepto "Gobernar es servir al pueblo", que data desde la Revolución francesa, vislumbrada a través de las teorías de los Derechos del Hombre, por J. J. Rousseau y Montesquieu hasta nuestros días, por los más eminentes sociólogos y jurisconsultos, tiene en nuestra patria la validez de un bello mito. Nuestro concepto es "Gobernar es servirse del pueblo". Gobernar es el más eficaz medio de hacer ciertos todos los sueños de ambiciones, venganzas y orgías. Gobernar es imponer

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 595, 22 de marzo, 1935, pp. 1 y 4.

la voluntad sobre los gobernados. Gobernar es ultrajarlos y exterminarlos si es necesario, sólo para que los gobernados sepan quién es el que gobierna. El conde de Keyserling, uno de los más eminentes filósofos modernos, en sus famosas *Meditaciones sudamericanas*, basadas en la observación de los pueblos latinoamericanos, nos habla frecuentemente de la "gana", palabra que encierra toda la filosofía de nuestros actos. Por la "gana" se justifican todas las acciones de nuestros pueblos, y es natural que el principal exponente de ella sea el gobierno. Gobiernan porque les da "la gana". Se dan leyes porque les da "la gana". Se persigue, se mata y ultraja por la misma razón, porque les da "la gana". Cosa extraordinaria, la misma "gana" obra en los gobernados, pero en razón inversa. Estos se dejan gobernar contra sus intereses, se dejan ultrajar, asesinar y perseguir, porque no tienen "gana" para evitarlo. Cuando tienen "gana" hacen revoluciones y derrocan al tirano, pero cuando esta "gana" se acaba, un nuevo tirano impone su "gana" cometiendo brutalidades mayores que el anterior.

No nos extrañe, pues, que en autoridad, desde el uniformado gendarme hasta el más alto gobernante impongan su voluntad sobre los gobernados. No es extraño que cualquier capricho de gobernante se convierta en draconiana ley, y se imponga sobre cualquiera razón, castigándose con la pena de muerte cualquiera protesta (Guadalajara). El

deber de todo ciudadano es acatar la ley sea cual sea. La más leve resistencia se califica de insubordinación, falta de respeto y rebeldía, con su respectiva pena. La falta de espíritu cívico de nuestro pueblo es el que ha permitido la insolente actitud de los que gobiernan, dotando a éstos de una sutileza sin límites para extorsionar al pueblo, hasta llegar al "sadismo político" de que nos habla don Eduardo Pallares. Individuos que ante una masa amorfa y dúctil encuentran que es susceptible de alteraciones y modificaciones al gusto, haciendo de esta masa un animal de laboratorio; pero en esta masa de experimentación no opera el médico inteligente, el sabio que investiga causas para dar razones; es el ignorante que sólo busca las emociones morbosas que despiertan los cuerpos martirizados. Como los chiquillos que se entretienen en arrancar las patas a las moscas o la cola a las lagartijas. El gobernante inconsciente arranca una a una todas las libertades al pueblo, lo encadena y le clava, a modo de punzantes cuñas en el cerebro, dogmas y leyes que él mismo no comprende; pero que sí "ve" que martirizan al pueblo. La sutileza de su sadismo va más lejos aún, lo conduce al tantalismo. A las clases más explotadas, a las más martirizadas, les muestra con diabólica alegría caminos de redención, de liberación; les habla de igualdad al mismo tiempo que hace sentir más brutal el látigo de la explotación. Muestra a los explotados cómo

los explota, indicándoles por este medio su impotencia. Sarcásticamente, a nombre de la libertad de los oprimidos arranca a éstos hasta el derecho de pensar en una vida donde no exista la explotación, idea que, falsa o verdadera, ha sido el último consuelo de los desamparados.

La insolencia del gobernante llega hasta querer explicar, sólo por el hecho de ser gobernante, la ciencia. Lo que no han logrado siglos de estudios y sacrificio, lo logra la omnipotente voluntad del gobernante. Individuos en su mayoría carentes de cultura, a quienes el azar les dio el poder, hablan de dar arrogantemente "un concepto exacto del Universo". Con la misma facilidad que se viola la libertad de prensa, con una simple plumada se intenta explicar el Universo. Se persigue toda cultura que no tenga el punto de vista oficial, y de otro plumazo se vuelve a violar la Constitución y se implantan decretos con carácter de obligatoriedad que tiendan a exterminar toda cultura que no sea elaborada con fines demagógicos.

La universidad y el gobierno*

La clase estudiantil ha visto con agrado las declaraciones últimas del C. presidente de la República, dirigidas a la juventud universitaria. Dicho manifiesto es un llamado a la juventud estudiantil para que coopere con el gobierno a la "redención" de las clases proletarias. Sin embargo, no carece dicho manifiesto de varios errores. Parece como si el señor presidente no estuviese muy al tanto de las actividades estudiantiles, así como de la posición económica de la mayoría de los estudiantes.

El señor presidente nos dice en su manifiesto: "Los jóvenes intelectuales no podrán olvidarse de los hijos de los trabajadores del campo y de la ciudad para quienes el medio y los tiempos han sido

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 597, 27 de marzo, 1935, pp. 1 y 4.

desfavorables, hay una juventud mexicana que carece de recursos materiales y de oportunidades para cultivarse". Aquí el señor presidente olvida a quienes forman el 90 por ciento del estudiantado; pero si se tomase más interés, sabría que lo forman jóvenes trabajadores y empleados o, en su defecto, los hijos de los mismos, los cuales en efecto carecen de toda clase de recursos y los estudios los hacen a base de grandes sacrificios, por el hecho de que el medio y los tiempos les han sido desfavorables. En otras palabras, porque han tenido la desgracia de existir en una época de "redentores", quienes como en los tiempos de Torquemada miran la ciencia y la cultura como un peligro.

"El sector universitario no debe estar divorciado de la realidad económica y social mexicana", dice el señor presidente, y es porque no ha tenido en cuenta que el sector universitario que está empapado en la realidad económica y social de México se ocupa en combatir a los demagogos que engañan a las masas obreras dividiéndolas y destrozándolas para lucrar a su costa.

"Por otra parte los hombres de ciencia saben hasta qué punto la ignorancia y las supersticiones han hecho un daño secular a nuestro pueblo". En efecto, los hombres de ciencia saben los males que causan las supersticiones y es por esto que se han opuesto a la implantación de una escuela dogmática, encargada de tomar nuevos mitos y supers-

ticiones, y luchan, por el contrario, por la escuela que permita el libre razonamiento del educando.

"Los funcionarios de la administración no tenemos prejuicios en contra de la alta cultura", continúa diciéndonos el señor presidente; pero es lamentable que tan buenas intenciones las desmientan individuos que debieran ser sus subordinados. Al siguiente día de estas declaraciones leemos en una cabeza de periódico "En definitiva no habrá en Guadalajara universidad"; así como no la hay en Monterrey, Zacatecas y Puebla; todo esto sumado a los ataques e insultos que se han hecho a la Universidad de México por medio de la prensa y las radiodifusoras oficiales. A no ser que por alta cultura se tenga un nuevo y revolucionario concepto como es la brillante literatura de Muñoz Cota y los releídos (sólo así se entienden) discursos filosóficos de los neo-materialistas. Hablando como siempre de los trabajadores nos dice: "es urgente que se les dé oportunidad de incorporarse a la vida civilizada; aspiramos a una civilización en que estén distribuidos justamente los bienes y los beneficios de la cultura". Es extraño que sólo se contente con una aspiración; así como se firman decretos sin estudiar sus consecuencias, se podían hacer otros que arrancasen a los piratas de la Revolución los bienes de que han despojado a las clases trabajadoras; y con otro de-

creto, poner la alta cultura al alcance de las clases oprimidas, pero esto parece utópico.

"No llevamos ningún plan de ataque para los que profesan algún credo religioso, cuando éstos se mantienen respetuosos de la ley y de las instituciones revolucionarias, ni para los representantes universitarios". Estas declaraciones son completamente contradictorias con los hechos, porque, por el contrario, se ve el plan existente de agitar al pueblo dando leyes absurdas que, se sabe muy bien, no se podrán respetar (que es lo que se desea); ya que dichas agitaciones no tienen otro fin que el de distraer la atención de los trabajadores en luchas de carácter religioso o cultural para que no fijen su atención en el problema económico que es el que les importa que se resuelva.

"La Revolución ha otorgado a la Universidad su autonomía para que se mantenga alejada de las contingencias políticas. Si lealmente desea cumplir su misión, necesita vivir dentro de la ley". Es claro, como se teme a la crítica de la Universidad, se le concedió una autonomía relativa, pues falta de medios económicos fatalmente se vería precisada a desaparecer, desapareciendo con ella el dedo que señala a los vividores de la Revolución; sólo así se le podía alejar de las contingencias políticas. En cuanto a que la Universidad vive fuera de la ley, creo que es otra pequeña equivocación.

La juventud universitaria ha dado una viril respuesta al señor presidente, el general Lázaro Cárdenas. La juventud universitaria ha demostrado al señor presidente que asume su responsabilidad histórica y que vive dentro de esta responsabilidad, pero también la juventud tiene derecho a preguntarle al señor general Cárdenas ¿cuándo piensa el gobierno asumir su responsabilidad histórica?

El llamamiento del PSDM a los intelectuales*

Cómo llegar al gobierno de los trabajadores sin dictaduras ultrajantes

Papel de la clase estudiantil en la gran obra

Ha sido dado a conocer al pueblo en general el Manifiesto que muestra la actitud tomada por el Partido Social Demócrata Mexicano en los problemas nacionales. Uno de los puntos más interesantes tratados en el Manifiesto es el relativo a la actitud que tomará el Partido en el caso que se llegase al gobierno de los trabajadores.

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 602, 8 de abril, 1935, pp. 1 y 4.

Desde luego se entiende por "gobierno de los trabajadores" el que es ejercido en una forma directa por éstos y no por medio de grupos que se autonombran representantes de dicha clase, pero, para que sea una realidad, el gobierno directo de los trabajadores es necesario que éstos tengan la suficiente preparación, tanto social como técnica, para que se basten a sí mismos sin recurrir a medianeros. Dicha preparación, como es de suponer, no se las van a dar las clases en el poder, porque éstas son las más interesadas en que no se realice un gobierno legítimo de trabajadores. La demagogia oficial no tiende sino a la centralización de la enseñanza, lo que permitirá desviar todo conocimiento favorable a la clase trabajadora contra fantasmones que se hacen resurgir de la época colonial.

Es por esto que el PSDM hace un llamamiento a los intelectuales y con especialidad a la clase estudiantil, para que sean los encargados de dar a los trabajadores una verdadera conciencia de clase. A encauzar sus energías por terrenos prácticos. Algunos tal vez encuentren difícil que los intelectuales cooperen a ello; pero es que existe una equivocación al considerar como intelectuales a la clase acomodada, cierto que es ésta la clase que tiene mayores probabilidades de cultivarse, pero también es cierto que ésta es la clase que sólo da hombres cultos o cultivados, pero que en nada se parecen a los intelectuales. La clase acomodada

tiene la cultura a manera de apéndice, pero el intelectual está formado por individuos que han tenido que luchar para educarse y que por lo tanto saben el valor de la cultura; esta clase intelectual sólo se forma dentro de las clases oprimidas con hombres que luchan por vencer los obstáculos que les ponen las clases altas. Son éstos los intelectuales que deben ayudar al proletariado a encauzar su lucha por terrenos prácticos.

La clase estudiantil es especialmente la más indicada para ello; pues en la juventud es desconocida la semilla del utilitarismo al ser esencialmente romántica e idealista. La juventud tiene un terreno ilimitado y real donde sembrar sus ideales para que sean fructíferos.

Las grandes revoluciones que han transformado al mundo en sus cimientos han sido obra de jóvenes intelectuales. Desde Camilo Desmoulins, que con un golpe de pluma hace saltar La Bastilla, y el joven raquítico de Arras llamado Robespierre, que hace temblar a los reyes con sus fulminantes decretos, hasta un Andrea Chenier que es guillotinado por intentar una época de nuevo helenismo. Son, pues, jóvenes intelectuales los que también en México deben hacerse cargo de una lucha que se prolonga sin ventajas para los oprimidos.

Un gobierno de trabajadores consciente de sus actos es muy distinto de "la dictadura del proletariado" ejercida sobre el proletariado mismo; no se

necesita encadenar la prensa, la palabra o el pensamiento, pues sólo cuando no se está seguro de sí mismo se teme escuchar al antagónico, por temor a que éste nos convenza. El fanatismo sólo puede desaparecer por medio de la educación. La democracia no es un mito; puede ser una realidad entre nosotros; pero sólo a condición de una preparación de ciudadanos conscientes, y a eso tiende el Partido Social Demócrata Mexicano.

El cardenismo reacciona*

Muestra mal disimulada alarma ante el desorden provocado por sus propios colaboradores

"El desorden. He ahí el enemigo del Pueblo". — Con estas palabras de Kippling, da principio el licenciado Ezequiel Padilla al relato de su primera entrevista con el jefe del Ejecutivo. En efecto, el enemigo es el desorden, resultante de una agitación estéril que no ha tenido más fin que mantener una oligarquía en el mando público. El desorden provocado por los individuos que están en el poder, ahora los amenaza y, como es natural, la reacción ante el peligro no tardó en hacerse sentir.

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 607, 19 de abril, 1935, pp. 1 y 4.

Antagónicamente a las fulminantes declaraciones que hiciese una vez el C. secretario de Educación Pública, en el sentido de que la misión del gobierno era conducir y preparar al proletariado para la toma del poder, llevarlo a la dictadura del proletariado; ahora el señor presidente de la República declara que: "El comunismo no es la doctrina de la administración actual". Frente a las declaraciones del Máximo de la Revolución en Guadalajara, en el sentido de arrebatar a los niños y los jóvenes a la familia y al hogar mexicano, el presidente Cárdenas dice mostrarse respetuoso del hogar y de la familia mexicana. Después de los ataques de palabra y de hecho contra la religión profesada por el pueblo, se nos dice que no se ha pretendido atacar la conciencia religiosa sino el fanatismo. Todo esto nos está mostrando que la alarma ha empezado a apoderarse de los hombres que representan al Estado.

Toda la demagogia oficial no ha tenido más resultado que desatar pasiones; ha hecho que la masa, a la que sólo se quería tener como instrumento, haya principiado a tomar posiciones para realizar lo que los demagogos habían prometido con el fin de engatuzarlos. Para nadie ha pasado inadvertido el hecho de que el comunismo está tomando gran fuerza entre el proletariado de México; el comunismo, que en un principio no tenía importancia alguna entre los trabajadores, ante

la demagogia de los comunistas burgueses, se va adueñando de la conciencia de los trabajadores y éstos se han interesado por conocerlo. Lo que sólo era un fantasma se está convirtiendo en una realidad. La agitación sin medida que se ha desarrollado entre la clase obrera y que tanto espanta ahora al gobierno ha sido únicamente obra del callismo, que ha querido jugar con los destinos del pueblo, para saciar sus ambiciones; pero nadie ha jugado impunemente con los pueblos; todos han pagado su osadía. Esto es lo que actualmente sucede en México, la clase obrera ha principiado a hacer uso de su poder, de ese poder que tanto halagaron y glorificaron los seudosocialistas, mientras no era utilizado por los mismos que lo poseen. Ahora el caso cambia, la fuerza del obrero se está mostrando como una fuerte pesadilla, una racha de huelgas que causan el desorden; amenazas de huelgas generales y revolucionarias por solidaridad. Muchas ciudades han quedado en tinieblas, así como en alguna se ha sentido la paralización total. El "gobierno de los trabajadores ha tenido que recurrir a severos fallos contra las huelgas de solidaridad; ha amenazado con la fuerza armada en caso de resistencia". Ante el peligro no previsto, el Estado retrocede y como camaleón cambia de política. El comunismo preconizado por García Téllez y Garrido Canabal pasa a ser un utopismo, y resulta exótico en nuestro país. Los gritos de muerte de la

juventud roja contra el capitalismo se cambian en alabanzas; hasta ahora se descubre que tanto el capital como el trabajo son necesarios; que el capital necesita amplias garantías, el capital que garantice buenos salarios y cumpla con los derechos esenciales de los trabajadores es el que merece plenas garantías y el estímulo del gobierno. Parece que del socialismo rojo de Marx y Lenin pasamos al socialismo de un León XIII.

El Hombre Libre ha incitado muchas veces al señor presidente a que cambie una política que está conduciendo al precipicio, tanto a su gobierno como al pueblo; a que detenga el amenazante desorden con que sus enemigos pretenden fundirlo; pero parecía que todo era inútil, que podían más las fuerzas destructoras de los cortesanos; al fin la realidad se está mostrando con su brutal desnudez. Esperamos que esta realidad haga que el señor presidente cambie la falsa ruta.

Quienes violan la ley*

Gozando de impunidad que no cuadra con los propósitos del señor presidente

"Nadie podrá impunemente violar la ley bajo mi gobierno". Son estas las palabras dichas tal vez en un gesto que podría parecer enérgico, si no lo contradijera la realidad, con que se da término a las declaraciones del presidente de la República, y las cuales pudimos conocer por conducto del licenciado Padilla. Como hasta ahora, las declaraciones presidenciales forman toda una cadena de contradicciones, es de creerse que en ellas se encierre la buena voluntad que tiene el señor presidente para con el pueblo de México; pero no pasan de ser buena voluntad, porque la realidad es comple-

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 609, 26 de abril, 1935, pp. 1 y 4.

tamente otra, debido a la fuerza del callismo que estorba todo acto que vaya contra sus intereses.

En contradicción a la muy buena voluntad del señor presidente de castigar a quien burle la ley, nos encontramos que su gobierno es el primero en violarla, y las violaciones no sólo son contra simples leyes reglamentarias, sino contra lo que se llama ley suprema, la que se encuentra en nuestra magna Constitución. Violación contra la Constitución ha sido el decreto que no permite la libre circulación de la prensa independiente, alegando como único delito de ésta el no servir de instrumento a la demagogia oficial ni servir de portavoz a las lisonjas de los revolucionarios oportunistas. Violación contra la Constitución ha sido otro decreto que pretende hacer obligatoria la enseñanza superior de orientación seudosocialista a todo individuo que intente ahogar una profesión liberal, dándose con tal decreto un golpe de muerte a la cultura de nuestro país al quedar ésta en manos de individuos que sólo buscan oportunidades para llenar sus bolsillos, sin importarles lo mínimo todo aspecto cultural.

Violación contra la ley es la persecución religiosa que se lleva a cabo muy a pesar de todas las negativas que se hagan, y no obstante que la Constitución respeta la libertad de creer y de pensar.

Violación a la ley son los asesinatos cometidos por los bloques armados que campean en toda la

República y que, sin embargo, han permanecido impunes por el hecho de estar bajo la protección del heredero del Jefe Máximo. Tales bloques se encuentran fuera de la ley; en todos los sentidos son hordas armadas y uniformadas, con bandera, jefe y un régimen militar. El uniforme no se identifica con el del ejército y la policía, únicos, según la ley, que pueden tener uniforme, armas y vivir bajo un régimen militar; la bandera no es la reconocida por la ley como nacional, así como el jefe no es ningún responsable funcionario público que tenga autoridad legal. Violación contra la ley es la forma de hacer las aprehensiones de los sospechosos contra el gobierno.

Señor presidente, son innumerables las violaciones que se hacen a la ley, y sin embargo, la impunidad las acompaña. Es por esta razón que causan sorpresa declaraciones que hablan de castigar a los violadores de la ley. A no ser que se siga entendiendo por violación a la ley el hecho de que el pueblo reclame sus derechos. Porque según el concepto que parece haber sido adoptado, el individuo que se atreve a pedir la libertad en cualquiera de sus formas (de escribir, pensar o hablar) se hace reo de la violación a la ley. Dentro de este concepto, todos los mexicanos de espíritu libre pueden considerarse fuera de la ley, y estar seguros de no permanecer impunes en sus terribles fechorías. Pronto veríamos salir las cuerdas de es-

tudiantes y maestros universitarios, por el terrible delito de pedir la libertad de cátedra, así como volverían a abrirse las tinajas de San Juan de Ulúa para periodistas independientes que no lisonjeen al Máximo de la Revolución. Tal vez entonces se pueda hablar de que la ley callista no ha permanecido impune a los ataques del pueblo sino que éste ha sido castigado por su osadía.

El general Cárdenas y la Universidad*

Un acuerdo sincero y cordial que beneficie nuestro patrimonio de cultura

Después del manifiesto que el señor presidente de la República dirigió a la clase estudiantil y en el que invita a la juventud a colaborar en la obra de la Revolución, lo que dio por resultado las pláticas que actualmente sostienen la Universidad y el Estado, la opinión pública ha seguido con sumo interés el resultado de tales pláticas; pues se espera que en ellas la buena voluntad que dice tener el señor presidente para la cultura se demuestre en hechos. Se espera que, sin hacer caso a la multi-

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 611, 1o. de mayo, 1935, pp. 1 y 4.

tud de falsos líderes maestros, que preconizan un socialismo de arrabal, dé a la Universidad el lugar que merece como vanguardia de la cultura.

Gracias a las acusaciones de grupos de profesionistas que nunca supieron aprovechar la cultura que se les brindó, la Universidad ha sido relegada y perseguida, acusada de reaccionaria por el hecho de no aceptar ningún dogma. Los espíritus realmente reaccionarios se opusieron con todos los esfuerzos más sañudos a la libertad de cátedra, considerándola enemiga de la Revolución como si la Revolución no hubiese combatido los prejuicios y no hubiese prometido la libertad. Se acusó a la juventud estudiantil de intratable y poco estudiosa. Se quería una juventud encastillada, ajena a las vejaciones que se cometen al pueblo; no querían sentir el índice de la juventud. El gran pecado de ésta fue rebelarse contra la actitud egoísta de la prudente y asustadiza burguesía. Quiso tener voz y voto en los destinos del país y es claro que esto no convenía a los intereses de los logreros de la Revolución. Dichos logreros, unidos a los científicos de la prerevolución, se dedicaron a la tarea de calumniar y perseguir la casa de estudios de la rebelde juventud; pero todos sus esfuerzos se estrellaron al querérsele arrebatar su libertad de estudio; se consiguió dejarla en la mayor miseria arrojándole un mezquino subsidio; quizá esperando que se rindiera por falta de recursos; pero sucedió lo inespera-

do: maestros y alumnos, unificados por un mismo ideal, la salvación de la cultura, hicieron titánicos esfuerzos para sostener la Universidad, dándose bellos ejemplos entre sinceros maestros que redujeron sus sueldos y algunos dan su clase sin recibir más recompensa que el adelanto de sus alumnos, así como los alumnos ayudaron pagando cuotas de acuerdo con su posición. La pobreza de recursos no fue, por lo tanto, ningún obstáculo para hacer de la Universidad un verdadero centro de estudio atento a los problemas de nuestro país.

Los reaccionarios, enemigos de la cultura, no cejaron en sus propósitos y, a raíz de la agitación causada por los enemigos del general Cárdenas por medio de la ya famosa escuela socialista; un nuevo orden que se quiso imponer a los estudios de la Universidad para el mejor logro de la preparación de los futuros profesionistas; bastó esto para que se la volviera a acusar de reaccionaria y enemiga de la Revolución, y se quiso hacer del señor presidente un instrumento para el logro de maquiavélicos proyectos consiguiendo que dictase uno de sus desacertados decretos, con la consiguiente agitación estudiantil, hasta que en un momento de lucidez el señor presidente trató de investigar los hechos, porque no podía dar crédito, como él mismo nos dice en su manifiesto, a que la juventud fuese un instrumento de la reacción. Esto ha dado lugar a un acercamiento entre la Univer-

sidad y el Estado que se espera redunde en que el Estado se muestre en el lugar que le corresponde, dando a la Universidad la libertad que merece y los medios necesarios para su subsistencia y para que pueda hacer una verdadera labor social.

Rusia, a pesar de todo su radicalismo, ha sabido proteger la cultura, dando todo el apoyo necesario a los hombres de ciencia, muchos de los cuales tienen ideas contrarias al régimen, como es el caso del gran biólogo Pavlov y que, sin embargo, son sostenidos por el Soviet. México, país en que, se dice, impera la democracia, no puede ser enemigo de la cultura.

El desprestigiado moronismo trata de rehacerse*

Luis N. Morones, el desprestigiado líder de lo que fue la gran CROM, ha reaparecido con motivo de la conmemoración del primero de mayo. Su reaparición tuvo que ser con base en un llamativo programa, como fue el hecho de celebrarse en el Palacio de Bellas Artes y con un programa ruidoso y musical; y en el cual de todo se habló menos de la conmemoración a que se invitaba.

Luis N. Morones reaparece convertido en un paladín del orden obrero, combate la actitud bélica que los trabajadores están demostrando en estos últimos días; lanza anatema contra las huelgas revolucionarias; hace ver la necesidad de que los traba-

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 613, 6 de mayo, 1935, pp. 1 y 4.

jadores se sometan al arbitraje. Explica la necesidad existente de colaboración con el actual gobierno que tan obrerista se muestra, lo inútil de acumularle problemas de carácter obrero y hasta prevé la implantación de una dictadura por el actual gobierno, ya que los trabajadores no han sabido corresponder a la buena voluntad que éste les demuestra; dictadura que será necesaria para imponer el orden perdido. Después de esto se dedica a sacarles sus trapitos al sol a Lombardo Toledano y a Rosendo Salazar; calificándolos con los epítetos de traidores, oportunistas, agitadores y demás culpas habidas y por haber; todo lo cual me ha hecho recordar las inolvidables palabras de Cristo: "El que sea limpio de culpa que arroje la primera piedra".

Todo esto no es sino la continuación de las declaraciones que hiciera el general Cárdenas al licenciado Ezequiel Padilla, en el sentido de restablecer el orden amenazado por las agitaciones obreras, a pesar de que el desorden fue provocado por los mismos que hoy se espantan de él, causado por una actitud demagógica e incinera discursos y juegos de palabras; radicalismo de boca, que sólo se desbordaba con asesinato de indefensos creyentes y experimentos pedagógicos. Radicalismo contra la religión y la educación; pero sin tocar el factor económico; socialismo a la mexicana.

El cantado socialismo nos está resultando ahora el socialismo de un Comte y un Spencer. La

Escuela Positivista, basada en la necesidad existente de que los individuos colaboren entre sí en el sentido social; pero la clase obrera no lo entendió así, se jugó tanto con el materialismo histórico y con Marx, que entendió por socialismo la transformación radical de todo el orden económico actual, que nos conduciría fatalmente a la sociedad sin clases, o sea al socialismo preconizado por la escuela marxista. Por esto es que no se logró engañar con actitudes iconoclastas, ni con la escuela socialista. Sabía por Marx, del que tanto hablaban los demagogos, que la religión y la educación no eran sino resultados del régimen económico en que se vivía y que, para dar una educación de carácter socialista, había antes que transformar radicalmente el sistema económico. Aquí estaba la llaga, cuando el trabajador empezó a exigir mayores ventajas económicas, la social-burguesía en el poder puso el grito en el cielo y se empezaron a hacer aclaraciones, quedando la futura Dictadura del Proletariado como un bello mito del que se habló para entretener las conciencias de los trabajadores.

Ahora nos presentan nuevamente a Luis N. Morones para que se encargue de restablecer el orden, para que convenza a los ilusos de que todo lo que se decía era con buena intención hacia ellos; pero que con todo el dolor de su corazón, la realidad se sobrepone y que hay que cumplir devotamente con la ley.

QUE DESAPAREZCAN LOS "ENCAMISADOS"*

ESTA ES LA VOLUNTAD MANIFIESTA DE LOS TRABAJADORES

El primero de mayo las autoridades hubieron de tener conocimiento de la voluntad de los trabajadores de que desaparezcan toda clase de grupos que, emulando a Hitler y Mussolini, tratan de implantar un gobierno basado en el terror y la fuerza bruta. La mayor parte de las leyendas de los cartelones llevadas por los trabajadores, así como sus gritos, eran en contra de toda clase de encamisados. *El Hombre Libre*, en edición reciente, dio una reseña de lo acontecido frente al cuartel de los Camisas Rojas, que pudo tener un resultado fatal;

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 615, 10 de mayo, 1935, pp. 1 y 4.

pues los pistoleros no iban a detenerse en respetar vidas, aunque éstas fueran de trabajadores, de los que se dicen representantes.

Por la noche del mismo día primero de mayo me tocó ser testigo de un escándalo provocado por otra clase de encamisados, de los que la opinión pública se ha descuidado, tal vez fiada de la aparente oposición que hicieron a los "camisas rojas" a raíz de los asesinatos de Coyoacán. En forma semejante a como los rojos recibieron a los creyentes en Coyoacán al salir del templo, el grupo llamado Camisas Doradas recibió a los que salían del mitin que para celebrar el primero de mayo, celebraron los obreros del Frente Único; palos, pedradas y balazos desde los balcones del cuartel de los Dorados, que por causas que ahora se comprenden, está situado frente al Anfiteatro Bolívar, donde siempre celebran sus mítines los trabajadores de izquierda. Los golpes eran dirigidos contra cualquiera que salía de ese lugar sin excepción de persona; el resultado, la prensa diaria se encargó de darlo a conocer: varios heridos entre los que se encontraba una señora.

Como se ve, la táctica usada no se diferencia entre unos y otros encamisados; hago constar todo esto porque no creo leal callarse cuando se es testigo de violencias, aunque ésta, las cometan individuos que simulan condenar la violencia sólo cuando ésta no es cometida por ellos.

El hecho de que el mitin fuese organizado por agrupaciones izquierdistas, no quita el que éstas sean formadas por trabajadores y merezcan respeto. Pero aquí se ve clara la complicidad de ciertas autoridades, pues en los casos de violencia provocados por los dos grupos de encamisados, Rojos y Dorados, han quedado impunes. Los asesinos de Coyoacán y los que en fecha aún cercana asaltaron a la luz pública y en calle céntrica las oficinas de un partido izquierdista, destrozando y quemando los muebles, no han sido penados.

La labor social y la labor patriótica no se hacen a base de camisas; se hacen a base de actos que conduzcan a los fines perseguidos. El Estado está haciéndose a sí mismo un gran mal al tolerar agrupaciones armadas, aunque éstas estén protegidas por un alto ministro de Estado. La autoridad se pierde y se relaja cuando se permite que agrupaciones particulares busquen a sangre y fuego a sus contrincantes en ideas. Esto equivale a volver a la edad de la fuerza bruta, en que los particulares se hacían justicia por su propia mano; a la época feudalista en que cada señor imponía sus leyes por medio de sus hordas.

El señor presidente debe recordar sus últimas declaraciones en el sentido de hacer respetar la ley; por lo tanto, no puede seguir permitiendo que se burle ésta. Que no se hable de tolerancia democrática, porque hasta hace muy poco las Islas Ma-

rías servían para desterrar a los que profesaban ideas izquierdistas o ideas religiosas; sin que por ello tuvieran crimen alguno en su conciencia. En cambio, ahora se toleran el crimen y la violencia. Es necesario que los mexicanos sepan si hay autoridad o hay que formarla. Si el pueblo ha delegado sus facultades a un Estado capaz de salvaguardar sus intereses o si, por el contrario, es sólo trofeo del más fuerte.

El soviet reconoce a la familia*

El callismo, su mal imitador, persiste en negarla

Uno de los diarios de México acaba de dar a conocer una noticia llegada del más radical de los pueblos: Rusia. Noticia que va a dar qué pensar a nuestros radicales de ocasión. Se nos informa nada menos que el Soviet reconoce que la familia es la base moral de la sociedad. El dictador rojo, José Stalin, ha subrayado tres puntos interesantes en sus últimas declaraciones, que son las siguientes:

1. La existencia de la familia debe ser reconocida y atendida.

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 616, 13 de mayo, 1935, pp. 1 y 4.

2. Los buenos bolcheviques tienen derecho a recibir favores, ya sean miembros del Partido Comunista, ya no lo sean.
3. Hay que pensar más en los seres humanos como individuos... Como se ve, es uno de los mayores triunfos que puede obtener la causa de la libertad; así como es un golpe para los farsantes que sólo tratan de imitar lo que convenga a sus intereses, alardeando que también lo hacen por el bienestar de los trabajadores.

El primer punto del manifiesto nos demuestra que el bienestar de la clase trabajadora no consiste en destruir el concepto de familia sino, por el contrario, en atender y reconocer este lazo que une a los individuos. El comunista desconoce la familia mientras se encuentra en un Estado de sistema burgués, porque dentro de este sistema la familia del trabajador es sólo un mito; el padre y la madre se ven obligados a trabajar para obtener un mísero salario para su sustento; si el hijo es pequeño se le deja abandonado a la bondad de alguna buena vecina; si es mayorcito, debe a su vez prestar sus servicios por una mísera propina. Esta es la familia del trabajador, su hogar no existe, pues, sólo por la noche, después de la agotadora labor se reúne, pero en el estado de masa inerte. Luego, la familia no existe propiamente para el trabajador; pero

esto no implica que no exista de por sí; existe pero no le dan derecho a tenerla. Nuestros socialistas nos dicen que la familia no existe, que es un prejuicio burgués, que hay que arrancar a los niños de las garras de la familia mexicana; que hay que entregarlos a la sociedad; y pretenden desarraigar lo que llaman prejuicios de familia por medio de la escuela socialista; mientras sus hijos son enviados a las burguesas escuelas norteamericanas; y a nuestros socialistas les espera la esposa con los hijos que no están en edad de estudio, en un hogar formado casi siempre por un costoso palacete, con todo el confort necesario; para ellos sí existe la familia. En el segundo punto del manifiesto de Stalin se habla de que todos tienen derecho a recibir favores, aunque no pertenezcan al Partido Comunista. Muy distinto de nuestro partido oficial, el que sólo concede favores a los que se arrastran adulándolo y ensalzando a sus próceres.

El tercer punto es quizá el más interesante. "Hay que pensar más en los seres humanos como individuos". Cuando se toma al individuo como un simple objeto y se le hace carne de laboratorio, se experimenta sobre masas de seres humanos, como si fueran masas de animales y no de individuos; se le segmenta a placer y sabor de cada redentor; se le quitan e implantan ideas al gusto del mismo; se le destroza y aniquila, y después, para explicar el destrozo y el mal resultado obtenido, se da la ex-

plicación de que el material humano no servía. Se pide más material humano, esta vez debe ser carne tierna, niños y jóvenes; se vuelve a experimentar, se vuelve a fracasar, tampoco el material servía y el pueblo mientras tanto es "feliz".

El "feliz" pueblo de México se está dando cuenta, cada vez más, de las infamias que se están cometiendo con él, de la burla de que se le está haciendo objeto. La verdad va apareciendo en forma lenta, pero muy segura. El callismo principia a desdecirse. Para tomar nuevo terreno, empleará nuevas mentiras, nuevos conflictos, pero al pueblo toca no permitirlo.

La enseñanza de la Suprema Corte*

Nos demuestra que el callismo está antes y por encima de la Ley

Se conoce ya la resolución dictada por la Suprema Corte con motivo de la demanda de amparo interpuesta por la Universidad contra el decreto del C. presidente de la República del día 12 de marzo último, por el cual se restringen las facultades de la Universidad en su organización, haciendo obligatoria la educación secundaria a pesar que en nuestra carta magna sólo se indica como obligatoria la educación primaria, sin señalar tales o cuales restricciones para seguir una carrera liberal.

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 621, 24 de mayo, 1935, pp. 1 y 4.

El decreto no es sino un simple capricho del señor secretario de Educación, causante principal del paso dado por la Universidad en la modificación de su plan de estudios. El señor secretario de Educación cometió el error de declarar que la escuela secundaria en adelante sólo serviría para preparar a los alumnos para las carreras técnicas, razón más que suficiente para que la Universidad, si quiere cumplir con la comisión que le encomendara el Estado de formar profesionistas útiles a la sociedad, tenía forzosamente que transformar hondamente su plan de estudios preparatorios. El señor García Téllez arrancó a la buena fe del señor presidente de la República un decreto que cubría su torpeza en perjuicio de la cultura nacional. Después, todo el conflicto no ha sido más que resultado de la obstinación de un señor ministro que hace el juego al callismo, buscando conflictos al presidente.

Prueba de la torpeza del licenciado García Téllez, la tenemos en el resultado de las pláticas habidas entre la Universidad y el Estado; como sabemos, fue el general Cárdenas quien, queriendo hacer justicia a la Universidad, la invitó a sostener aquellas pláticas con uno de sus representantes para allanar todas las dificultades; pero los arreglos no han ido muy lejos, porque el señor García Téllez ha querido exigir a la Universidad acuerdos con los que ésta no puede quedar conforme a pe-

sar de que, entre los representantes universitarios y el representante por el señor presidente, se había llegado a un avenimiento.

Cuando el Consejo Universitario resolvió interponer el amparo, lo propuso a vía de prueba. No se esperaba mucho de él, pero sí se esperaba demostrar, en caso de ser desechado, que la Ley de Amparo no existe. Esto ha quedado palpablemente demostrado por la actitud de los señores magistrados de la Suprema Corte, al negar el amparo por medio de pretextos sutiles. A imitación del secretario de Relaciones, licenciado Emilio Portes Gil, nuestros magistrados se han metido a hacer historia, se ha hecho historia de la educación en el tiempo de la Colonia; parece como si nuestros gobernantes sólo trataran de vengarse de la Colonia, porque sólo en ella encuentran justificación a sus actos. Si en la época colonial se procedió como en el caso educacional en que se imprimía a la instrucción determinada idea dogmática que convenga, al Estado, ¿es lógico que ahora, en el siglo XX, siglo de la ciencia, siglo en que el hombre es más apto para discernir lo que le convenga; se le imprima a la educación un matiz dogmático? Si la historia del pasado justifica toda tiranía, en este caso se justifican todos los crímenes cometidos o por cometer; la historia de la Edad de Piedra nos habla de hombres que no conocían la ley a excepción de la ley del más fuerte; ¿por qué no sustituimos ahora los

códigos por la macana de sílex? La historia nos habla también de los señores feudales que satisfacían todos sus caprichos sobre sus débiles vasallos; pero también la historia nos habla del momento en que los pueblos han castigado a sus tiranos.

El acto de la Suprema Corte nos ha patentizado de una vez por todas que sobre la ley escrita, está otra ley no escrita pero sí observada: la ley del capricho callista. Se nos ha demostrado que no existen jueces ni ley. Que todos no son más que instrumentos de un hombre que ha sido lo bastante osado para burlarse del pueblo y de sus leyes, de Plutarco Elías Calles.

El suicidio de nuestras instituciones*

El callismo ha obligado a los poderes a disolverse

No hace mucho tiempo tuvimos noticias de que el *Duce* Mussolini, dictador de Italia, decretó el "suicidio" de las cámaras, en uno de sus teatrales gestos, consecuente de su poder, y al mismo tiempo en un acto de sinceridad; puesto que resultaba completamente inútil una Cámara que no hacía más que su voluntad; todo esto se podía ahorrar dando el dictador sus órdenes directamente sin aparentar que se hacía por voluntad del pueblo representado; pero esto sucedía en una dictadura, cosa que no debe

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 623, 29 de mayo, 1935, pp. 1 y 4.

de suceder en un pueblo como el de nuestro país, "democrático" y sin dictaduras… responsables.

Cosa extraña, también nuestro México ha resentido esta clase de suicidios, aunque el que los ordena no se presenta aunque sí se presiente quién es. El último y escandaloso de los suicidios morales habidos fue el de la Suprema Corte de Justicia, víctima de una enfermedad llamada callismo. Así como la Suprema Corte, se han suicidado, debido a la misma dolencia, todas nuestras instituciones; en cada una de ellas se siente el hedor de lo muerto e innumerables gusanos y moscas doradas se alimentan a su costa. Sin embargo, no a todos los organismos pudo llegar la plaga corruptora; en alguno de ellos se ha sentido la reacción de la vida. Nos estamos enterando día a día de la reacción sufrida en una parte de la Cámara de Senadores que, encabezada por el senador Federico Medrano, se ha atrevido a hacer una crítica sobre las inmoralidades del foco de infección callista, el PNR, su actitud ha sido respaldada por algunos senadores, que han sentido, tal vez, cuál es su verdadero papel en el Senado; que su papel es el de representantes del pueblo, que sólo los intereses de éste importan; que tienen pleno derecho a hacer cualquiera crítica; que el fuero que da el pueblo es para que sus representantes tengan libertad absoluta para obrar.

El fuero no es la coraza que sirve para cometer crímenes y quedar impunes, sino para alzar la voz

sin temor cuando se cometen estos crímenes. Si el presidente de una nación, si los señores ministros, los diputados y senadores, los jueces encargados de la justicia son miembros de un partido y como tales deben acatar todas las órdenes de dicho partido, de hecho no existen ni el Poder Ejecutivo ni el Poder Legislativo ni el Judicial, sino únicamente el poder del partido cuyo director puede ordenar que se legisle según conveniencia o capricho.

Esto es lo que sucede en nuestra nación; de hecho se han suicidado todas nuestras instituciones, desde el mismo momento en que aceptaron como árbitro y director a un elemento desconocido en nuestra Constitución; cuando se han entregado incondicionalmente a un "Jefe Máximo" sin mérito alguno para ser el amo y señor de nuestro pueblo. Los que se han entregado tan cobardemente han contraído una inmensa responsabilidad que la historia se encargará de purgar.

Sin embargo, la terrible enfermedad que está asesinando nuestras instituciones no lo ha contaminado todo; no hará de nuestro pueblo un cementerio. La Universidad es una de esas instituciones en las que el callismo se ha estrellado sin ventaja alguna; y así como esta persona moral ha resistido el mal corruptor, también existen individuos a los que no ha contaminado: hombres nuevos, jóvenes de todas las edades, hombres libres y conscientes, con cuyo núcleo se hará el antídoto contra el callis-

mo. Estos hombres se han ido organizando en nuevo partido, libre y espontáneamente, en un partido llamado a enfrentarse contra el partido transmisor del mal que nos aqueja. El PSDM contra el PNR. La democracia social contra el socialismo de los millonarios camaradas.

El PSDM es el llamado a poner fin a la racha de suicidios de nuestras instituciones y con ello deben cooperar los buenos mexicanos.

Las fuerzas morales latentes en nuestro pueblo*

La fuerza moral es el eje del eterno devenir de los pueblos; gracias a ella, cada pueblo espera el día en que la dignidad selle su frente y borre todas las ignominias con que los perversos la han manchado. Las fuerzas morales, como nos dice uno de nuestros más grandes filósofos latinoamericanos, José Ingenieros, son plásticas como las costumbres y las instituciones; sin ser tangibles, la humanidad siente su empuje, imantando los corazones y fecundando los ingenios. Ellas son las que dan elocuencia al apóstol aunque no se le escuche y nadie lo siga. Es esta fuerza la que los poderosos temen y la que hace temblar a los tiranos.

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 628, 10 de junio, 1935, pp. 1 y 4.

Hombres poseedores de estas fuerzas se encuentran en nuestro México, han resurgido siempre que la libertad está amenazada, se puede decir que siempre han existido, porque siempre han sido necesarios. Cada hombre de nuestro pueblo es poseedor de dichas fuerzas, cada hombre que se indigna contra las iniquidades de la dictadura callista es un hombre que puede salvar a nuestro México, si tiene confianza en sí mismo y une sus fuerzas a la de todos los mexicanos. La colaboración de todos estos hombres puede salvarnos de la tiranía. Cuando todos y cada uno de los mexicanos se den cuenta de la gran fuerza de que son poseedores, entonces terminarán sus desdichas. Los dueños de estas fuerzas son hombres que tienen un recto sentimiento del deber, sin ser conservadores, quieren la libertad contra las modernas teorías mal interpretadas de esclavizar al hombre como individuo en aras del hombre como masa, de sacrificar todo lo que hay de vital en el hombre ante el mito social, sacrificando al individuo se sacrifica a la masa; la destrucción de todos los átomos hace imposibles las moléculas.

En realidad la nueva moral social, que tanto habla del hombre como masa, que invoca a Marx como profeta y dice sacrificar al individuo ante la masa, es la menos marxista y colectivista que se conoce. Por el contrario, es una teoría reaccionaria; tan vieja como los césares romanos; es la teoría

encarnada en Nietzsche, el superhombre. Se sacrifica al individuo y con él a la colectividad en aras de este superhombre; aplastando al individuo y a la colectividad es como se impone el nuevo tipo de gobernante, Stalin, Mussolini, Hitler y nuestro Máximo de la Revolución. Todos y cada uno de ellos han invocado a la colectividad para justificarse; pero han sabido ponerse en un plano en que no son individuos ni miembros de la colectividad sino árbitros de ella. Se ha inventado un Estado que está sobre lo humano, un Estado que puede disponer del cuerpo y el alma de sus miembros. Pero la realidad ha mostrado la falsía que encierra un Estado compuesto por individuos y, por lo tanto, con las pasiones de éstos. Hemos retrocedido a la era del absolutismo, un absolutismo más cruel porque no tiene siquiera el freno del más allá, un absolutismo sin moral, sin Dios ni ley, el ideal del anarquista, pero en provecho de unos cuantos; en la era del maquinismo los dioses y las leyes se hacen a capricho.

A este estado de cosas sólo pueden poner fin las fuerzas morales de nuestro pueblo, fuerza que ningún tirano, con todo el aparato de su poder, es capaz de destruir. Estas fuerzas, que se encuentran latentes en nuestro pueblo, hay que despertarlas. Es ésta nuestra obligación como periodistas independientes, esforzarnos en el pequeño valer que tiene nuestra pluma, para que despierten nues-

tras juventudes; no podemos más que encauzarlas en nuestras posibilidades, en esperar de los hombres capaces de dirigirlas. Dichoso nuestro pueblo cuando se dé cuenta de que es poseedor de la fuerza moral necesaria para lograr su dignidad y castigar las afrentas que ha sufrido.

Política y policastros*

Lecciones objetivas del PSDM

Política, que es en su etimología sinónimo de construcción, ha sufrido entre nosotros una honda transformación; pues lejos de ser construcción, es su antítesis, destrucción. Los políticos que conocemos ordinariamente, lejos de laborar por la edificación moral y material de un pueblo, se dedican a corromperlo, convirtiendo sus derechos en baratijas vendibles a bajo precio. Un partido político a la usanza mexicana no tiene más fin que el alcanzar el poder para determinado personaje que, a su vez, se haya comprometido a ser útil al partido que le elevó al poder. Los componentes de los partidos políticos son individuos que sólo esperan el reparto de los puestos públicos. Existe un sinnúmero

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 637, 1o. julio, 1935, pp. 1 y 4.

de partidos que se organizan de acuerdo con los vientos que soplan. Multitud de ejemplos tenemos en nuestros días cuando, a raíz de la fiebre rojinegra de los llamados socialistas, con fines clerófobos, multitud de partidos socialistas surgieron en toda nuestra República, muchos de los cuales no tuvieron empacho en solidarizarse más tarde con las declaraciones antiobreristas del general Calles.

También estamos acostumbrados a los partidos que sólo aparecen en las disputas por la presidencia, terminada ésta, el partido vencedor se posesiona de todas las fuentes de riqueza y el vencido se evapora, como si la acción electoral fuese la única labor de un partido político en su verdadero sentido; como si sólo desde el poder se pudiese hacer una labor social; y es que la política sigue siendo interpretada en una forma falsa, se interpreta como simple labor desplazadora. Nuestro modismo "hacer política" es murmurar y desprestigiar al que tiene un puesto más alto que el nuestro.

Al aparecer el Partido Social Demócrata Mexicano, la política volvió a tener su verdadero valor social; aparece en la palestra, no para disputarse los puestos públicos, sino para desarrollar una verdadera campaña cívica y ésta no se desarrolla por medio del libelo o de fogosos discursos al rojo vivo que entusiasman a las multitudes, pero que se pierden al dispersarse éstas. Por el contrario, si algo le ha caracterizado es su parquedad en pro-

mesas, a cambio de hechos reales. La fundación del Centro Maternal de Enseñanza Doméstica es un ejemplo. Como ya he repetido, la verdadera política es construcción; construcción es la que está llevando a cabo el PSDM. Para construir no se necesita estar desde un burocrático puesto oficial, pues en éste pocos recuerdan sus promesas. Para construir sólo hace falta voluntad. Nuestro pueblo tiene necesidades inmediatas, no puede esperar a que los hombres se moralicen y respeten su voluntad; no puede esperar a que un partido alcance el poder. Es absurdo condenarlo a que aguante en la miseria periodos y más periodos de gobierno. El PSDM es todo lo contrario de los acostumbrados partidos; elaborando un programa lejos de las acostumbradas promesas se están llevando a cabo una serie de realizaciones que darán por resultado una verdadera emancipación social e intelectual de nuestro pueblo. ¡Qué mejor oposición puede llevar a cabo un partido que hacer de los ciudadanos individuos conscientes de sus derechos y obligaciones!

Labor patriótica no es la que se hace desde puestos privilegiados, pues este patriotismo es a menudo una ofensa para los oprimidos. Los que no presienten el devenir de un pueblo y colaboran a él sino, por el contrario, lo explotan a nombre de bastardos idealismos, son enemigos del pueblo, como lo son los aduladores, los que hacen de laca-

yos ante los poderosos, que en vez de enseñar al pueblo a erguirse, le enseñan a bajar la frente.

Labor patriótica es la que se hace desde abajo, dentro de los oprimidos, educando, alentando, dignificando, honrando y luchando por el bien del pueblo. El que sólo trabaja para la gloria común del pueblo es verdadero político, no el trabajar para convertirlo en facción de clase o partido, haciéndolo simple instrumento.

Los escépticos pueden convencerse ahora de que el PSDM no es un partido más, sino un partido que está llevando a cabo una campaña de construcción, educando y preparando a nuestro pueblo.

Cultura y dogmatismo*

Imposición que ha tenido funestas consecuencias para el país

En pleno siglo XX, cuando la civilización alcanza elevadas alturas, dominando el hombre elementos que parecían ser inaccesibles a su voluntad, la cultura, por el contrario, retrocede. Retrocede a una nueva Edad Media como dijera Berdief; pero no en su cristiandad sino en su actitud dogmática. La teoría del eterno devenir parece mostrarse como una realidad. De la misma forma que al panhelenismo de la antigüedad siguió la escolástica con sus verdades dogmáticas, a la era de las luces, al racionalismo que dio por resultado el libre examen y la democracia, ha seguido un nuevo dogma, una

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 643, 15 de julio, 1935, pp. 1 y 3.

verdad impuesta, que de otra manera no podría serla; se le ha titulado socialismo y a su rededor se agrupan los tardos de razonar y, en lo alto, los vivos para explotar. Se explota la credulidad de las masas, traficándose con sus dolores, de la misma forma que en la Edad Media se traficó con la escarnecida figura de Cristo.

El espectáculo que presentan los hombres que desconfían de sus fuerzas víctimas de un nuevo dogmatismo es desastroso. "Todos huyen y corren, no en busca de un cultivo del alma, del cultivo que corresponda al propio destino, al peculiar modo de ser y a la seria y objetiva cultura de la época, sino en busca de muy otra cosa: de un amo que les prescriba lo que hay que pensar, hacer, omitir", nos dice Max Scheler al hablar sobre la decadencia de la cultura. Los centros culturales, los ateneos, las universidades, lejos de ser laboratorios donde la razón libre del conocimiento apriorista escoja la senda que le lleve a la verdad, por el contrario, la convierten los nuevos fanáticos en fábricas de modelos standard, de uniformes sentimientos y pensamientos.

Alfonso de Castro, doctor célebre de filosofía en España, nos hace una crítica del escolasticismo de su época; que bien queda en nuestros días a los doctos socialistas teóricos y reformistas: "Confieso que no puedo contener la indignación cuando veo algunos hombres tan apegados a los escritos

de otros, que juzgan impiedad el apartarse de su opinión aun en la cosa más insignificante. Quiera sin duda que los escritos humanos sean acatados como oráculos divinos". Esta misma intolerancia se muestra en nuestros días. Hacen los fanáticos, de un ideal nacido del libre pensamiento, un dogma de inconscientes. El socialismo, dado a luz por cerebros conscientes, cuyo libre pensamiento les hizo rechazar las teorías que esclavizaban al hombre por las máquinas y el patrón, para formar una doctrina que emancipara a estos hombres, se ha convertido en un odioso monopolio de mercaderes y en un tema académico de pedantes.

Cuando se ha luchado por la libertad de cátedra, la libertad de pensamiento, la libertad de imprenta, no se ha luchado por la libertad de enseñanza de las pamplinas y contrasentidos religiosos, como pretende algún escritor. Se ha luchado por la cultura, que sin esas libertades no existe. La libertad de pensar se atiende, en primer lugar, a la razón y a la experiencia y con ésta a la observación, y por último, a las opiniones de los filósofos. La cultura no está entendida como un conjunto de múltiples conocimientos; pues éstos sólo forman eruditos. Ni tampoco como un acopio de leyes naturales, pues éste nos da observadores; es el conocimiento del ser, lo que hombre representa como humanidad, el conocimiento de la estructura personal del individuo, sus deberes y obligaciones, el conocimiento

de los infinitos idealismos, que forjaron mártires y apóstoles que, enlazados unos a otros, forman el estilo personal del individuo, sirviéndole para valorar y sentir el mundo que lo rodea. "La libertad, activa y personal espontaneidad del centro espiritual del hombre [nos vuelve a decir Max Scheler] es la primera y fundamental condición que hace posible la Cultura".

Es esta la razón por la que la Universidad y los hombres libres se han opuesto con energía a la implantación de la enseñanza dogmática, tan dogmática, que sus implantadores no han podido ponerse de acuerdo más que en el nombre. Sin embargo ha sido defendida y atacada con encono, ha agitado y conmovido a la sociedad.

Maestros obedientes sólo a una orden han sido víctimas de la furia popular. Un caprichoso director ha puesto en peligro la cultura de México.

El fin de la monstruosidad canibalista*

La denegación de justicia daría paso a una época de tremenda anarquía

Burlándose una vez más del pueblo de México, Garrido y sus encamisados volvieron a pisotear una de las garantías individuales, la principal, el respeto a la vida. Con todo el cinismo de que tanto alardearon los asesinos dirigidos por Garrido en sus matanzas en México y en otros Estados, se han vuelto a cometer asesinatos.

En esta burla se ve clara la intención de desprestigiar el gobierno del general Cárdenas, pre-

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 646, 22 de julio, 1935, pp. 1 y 4.

tendiendo hacerlo aparecer como impotente para castigar los atentados. Se ve en ello una abierta provocación al gobierno federal; se pretende demostrar que el callismo aún impera con toda la fuerza que impone el terror. Pasando por sobre todo lo que se pudo haber dicho sobre las garantías que se darían a los expedicionarios de Brito Faucher, se les ha sacrificado. Con esto se ha dado a conocer que las autoridades de Tabasco no reciben ni acatan órdenes del jefe del Ejecutivo de La Unión. Es Tabasco una de las ínsulas que el jefe máximo repartió entre sus amados discípulos. Ínsulas autónomas gobernadas por sátrapas, señores de horca y cuchillo, a los que está permitido disponer de la vida, honra y bienes de sus desgraciados habitantes; así como la facultad de asesinar a cualquier visitante que haya pensado que tales ínsulas son estados pertenecientes a la Unión.

La sangre juvenil que acaba de correr en los estados de Tabasco y Nuevo León no puede ser estéril. Esta sangre será la que marque el fin de las carnicerías callistas. Es sangre de juventud que se ha inmolado espontáneamente, todos ellos sabían que iban a ser sacrificados; pero también sabían que de su sangre brotarían nuevas fuerzas que impulsasen a los hombres dignos a continuar su labor. Ningún mexicano ha podido permanecer inerte cuando recibe un heroico ejemplo de su juventud. La indignación ha encendido la sacra cólera del pueblo;

ninguna clase social ha dejado de responder a un grito de liberación ahogado en sangre.

El sacrificio no debe ser motivo de dolor y duelo; sino de regocijo para el pueblo mexicano; porque le demuestra que no es una quimera su ansiada libertad sino que, por el contrario, existen hombres capaces de ofrendarse desinteresadamente por su libertad; en vez de luto, nuevos núcleos que se lancen a la conquista del honor y dignidad de México. Cruzadas a todas las desgraciadas tierras que se ahogan en sangre. Oponer a las máquinas asesinas la máquina de escribir, al puñal traidor, la diáfana palabra que lance al viento la temida verdad. Las Thompson podrán exterminar todos los pechos jóvenes que encuentre su negra boca; pero no podrá detener la verdad impresa o hablada; ésta llega hasta los confines de la tierra haciendo rebasar la indignación de los que aman la libertad; entra en el corazón de los que la escuchan; como fecunda semilla, brota y se esparce en otros hombres, multiplicándolos hasta formar un núcleo capaz de aplastar a la canalla.

El fin del callismo es un hecho; el heroico sacrificio de la expedición ha demostrado la sangrienta verdad; ha hecho ver la clase de canallas con la que se va a luchar. Ha mostrado a las autoridades que si no son ciegas deben de ver uno de los principales focos de la reacción callista, uno de los lugares desde donde se tejen las redes que pretenden

derrocar al general Cárdenas, lugar desde donde se conspira para repetir la decena roja.

Toda la opinión pública espera que el general Cárdenas vuelva a estar a la altura de su deber. Quien dio un ejemplo de gallardía aplastando al callismo oficial debe ahora dar un golpe de muerte al callismo armado, que lo está provocando abiertamente. De otra manera dará fuerzas a la audacia del callismo, que seguirá alardeando de su impunidad, hasta provocar el choque armado del que hablaba el general Calles en su inolvidable mensaje, con detrimento de un gobierno que supo estar a la altura de su destino. De no hacerse justicia, se invitará a la sociedad a que se la haga por sí misma, imperando de hecho la anarquía.

La deficiencia en el servicio de correos y telégrafos*

Después de leer con atención la carta que el señor director de Correos y Telégrafos envió a *El Hombre Libre* a raíz del reportaje que publicase este periódico de acuerdo con las quejas que se recogieron del público sobre las deficiencias que se observan en el ramo telegráfico, se puede estar seguro de que el señor Rubén Mejía tendrá interés en conocer algunas de las causas que han motivado el fracaso en el ramo telegráfico. Por lo tanto me voy a permitir exponérselas.

Lo primero, como es de suponer, es la falta de personal. El Departamento de Distribución a cuyo cargo está el reparto de los mensajes no puede, por

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 658, 19 de agosto, 1935, pp. 1 y 4.

más movimientos y combinaciones que se hagan con el personal existente, darse abasto, y más aún, cuando este Departamento contaba con 200 mensajeros en reparto; hoy día apenas si llega a 75 mensajeros en reparto, pues aunque nominalmente aparezcan más, éstos se encuentran comisionados. Como se ve, los mensajeros son insuficientes, pues deben atender a toda la ciudad y, divididos en tres turnos, arrojan un número raquítico para poder ofrecer un buen servicio.

Otra de las causas es la incapacidad de los empleados del Departamento de Distribución, incapacidad muy natural, pues en vez de depurar el personal, se cesa a los elementos competentes y en su lugar se ponen lo que ha sido una plaga en todas las secretarías: los recomendados. Esto acaba de suceder apenas al principiar el mes; una buena forma de ofrecer un buen servicio, quitar elementos conocedores de éste, puesto que antes de ser empleados han servido varios años como mensajeros, para cambiarlos por jovencitos o señoritas novatos que, como es natural, nada conocen de ello. Me permito opinar que un Departamento de la importancia de éste debería estar a cargo de mensajeros que por su eficiencia y comportamiento se hubiesen distinguido, pues no encuentro muy atractiva la dación de una medalla "el día del cartero", después de treinta años de competente servicio.

Todo esto ha dado origen a una tercer causa, por cierto muy importante y de la que, estoy completamente seguro, no tiene conocimiento el señor Rubén Mejía, pues ya hubiese puesto remedio a ellas; esta es la deficiencia moral del cuerpo de mensajeros motivada por la causa antes dicha y otras más que me voy a permitir exponer.

La falta de personal ha dado como origen el aumento de trabajo para el reducido personal; aumento que no tiene compensación alguna. Tenemos el caso de los llamados días extras. En estos días, el trabajo aumenta de manera abrumadora, estos días son las fechas en que se acostumbra repartir felicitaciones, supongamos el día de San Ramón o el día de San Ignacio; como existen una gran cantidad de personas que llevan estos nombres y a muchas se les acostumbra felicitar, el servicio sufre un gran recargo; como ya sabemos, el personal apenas es suficiente para el acostumbrado; para cubrirlo los mensajeros trabajan "horas extras", el trabajo da principio a las siete de la mañana y termina a las doce de la noche. Lo peor del caso es que esas llamadas "horas extras" nunca se pagan a los mensajeros; esto sucede lo menos cinco a diez veces por mes. Yo creo que se podía pagar este tiempo extra, puesto que si aumenta el trabajo, también aumenta el dinero con que el público paga su servicio.

La misma falta de personal no permite que éste disfrute del día de descanso semanal de que habla la Ley del Trabajo, únicamente se disfruta de un día de descanso cada cinco semanas.

Los sueldos que recibe este sufrido personal son bastante raquíticos y a ello hay que sumar la compra de uniforme; lo que da por resultado que por una temporada se les haga descuentos de cuatro pesos y centavos por quincena. Dichos uniformes, antes de la fusión, se daban a cuenta de la Dirección, en la misma forma que se dan en la policía y en distintas secretarías.

Todo esto, de ser cometido por un patrón particular, se elevaría al nombre de explotación; en el caso oficial no existe nombre. Hace muy poco tiempo, la Dirección de Correos y Telégrafos hacía publicar en algunos diarios el aumento de ganancias que el ramo había obtenido en el presente año; después de ello resulta absurdo que se quiera remediar las deficiencias agotando al personal existente en vez de aumentarlo; así como defraudar a las familias de estos humildes trabajadores, al arrancar una parte de su raquítico sueldo para uniformarlos, lo que debería estar a cargo de la Dirección, pues es la más interesada en la buena presentación de sus empleados. Hacer todo lo contrario es no ir de acuerdo con la buena intención que el general Cárdenas ha mostrado para los trabajadores, es decir, sus palabras que expresan

un amplio deseo de bienestar para los humildes, con hechos que constituyen una de las formas más crueles de explotación. Espero que el señor Rubén Mejía tome en consideración los vicios señalados y ponga fin a ellos, pues así como será en beneficio del público, lo será en el del personal a su cargo.

Cómo se remedian las deficiencias en Telégrafos*

Y se esterilizan los buenos propósitos del señor director

Es lamentable que las sanas intenciones que, con respeto al personal y al servicio telegráfico, muestra el señor Rubén Mejía, director de Correos y Telégrafos, encuentren obstáculos en el complicado engranaje de la administración estatal, haciendo que problemas de urgente resolución tengan que ser rezagados por meses; así como que estas mismas intenciones, salidas de un amplio espíritu de comprensión hacia los humildes trabajadores cuyas penas conoce el señor Mejía —pues él supo

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 665, 4 de septiembre 1935, pp. 1 y 4.

ascender desde ese lugar hasta el que actualmente tiene—, sean neutralizadas por sus propios colaboradores.

Vamos a aclarar algunos puntos de la contestación que en una forma democrática envió el señor Rubén Mejía acerca de un artículo en que se le daban a conocer algunas de las causas que en mi concepto motivaran las deficiencias de los Telégrafos: todos los puntos fueron contestados tomando en cuenta lo que sucede en Correos pero no en Telégrafos. En Correos podemos asegurar que todo marcha perfectamente, ya que es el señor Mejía quien dirige personalmente esa oficina; no así el telégrafo, del cual ignora mucho. Una de las cosas que ignoraba, y por cierto vergonzosa es la explotación que se lleva a cabo en el personal de aspirantes a mensajeros (y fue *El Hombre Libre* quien se lo dio a conocer); explotación más impía que la de la llamada "burguesía". La burguesía siempre se ha aprovechado de tener en sus manos los medios de producción para obligar al trabajador a prestarle sus servicios a cambio de su salario limitado para que sólo subsista; en el telégrafo se va más allá: a cambio de la esperanza de tener este salario, se le explotaba gratuitamente y así se le tenía durante meses y meses. La explotación se hace más vergonzosa cuando ni siquiera se les cumple a los aspirantes la mísera promesa que se les hace; pues los empleos se dan a los recomendados. En el Co-

rreo sí se darán las vacantes a los viejos empleados, pero en el Telégrafo se separó a viejos empleados para dárselas a personas recomendadas, por motivos de compromisos contraídos con determinados personajes políticos. Del ya reducido cuerpo de mensajeros se separaron a varios de éstos para dar empleos a señoritas que, como es de suponer, no van a uniformarse y salir a repartir correspondencia; también se favoreció a varios jovenzuelos que tienen terror al uniforme; todo esto porque se trataba de personas de alta sociedad, según palabras textuales del subdirector de esa oficina. Con esto se perjudica no sólo a los sufridos aspirantes a quienes correspondía el puesto, sino al público que sufre las consecuencias. Haciendo honor a la verdad, cuando el señor Rubén Mejía supo lo referente a la explotación de los aspirantes trató de poner el remedio, ofreciéndoles un nuevo acomodo remunerado y el derecho a las vacantes de mensajero; pero esto también quedó nulificado; pues los aspirantes continúan trabajando gratuitamente y hay que suponer que con cuarenta auxiliares menos, el departamento de distribución no podría darse abasto; y en cuanto a la promesa de las vacantes de mensajero, de las diez que se aumentaron a partir del primero del presente mes, todas se han repartido entre recomendados, personas sin mérito alguno; y a los aspirantes no se les dio una sola plaza.

Referente a las horas extras que trabajan los mensajeros, el señor Rubén Mejía contestó también desde el punto de vista de Correos, pues nos dice que se trata de circunstancias aisladas en las que la imprevisión del exceso de labores las hace necesarias, circunstancias en las cuales los empleados "postales" trabajan espontáneamente. Pero en el Telégrafo no son circunstancias aisladas, son continuas. Como decía antes de este artículo, se suceden hasta diez veces por mes; son bien previstas, pues el calendario las señala; tan lo son que, con anterioridad, se marca el servicio extra, servicio que, como se ha dicho, se hace de las siete de la mañana a las doce de la noche, sin que ese servicio jamás sea recompensado. Si se piensa recompensar por medio de un escalafón se tendría que ascender a todo el personal, puesto que todos los que lo componen están obligados a prestar servicio extraordinario, ninguno lo hace espontáneamente, pues está de por medio el cese. En cuanto al llamado a la abnegación y disciplina que se hace, no creo que baste justificarlo; el hecho de que en ciertos lugares donde se carece de vías de comunicación moderna, donde se tiene que luchar contra los elementos de la naturaleza desencadenada, el sol, las lluvias, la tempestad, los empleados sufran en beneficio de la colectividad, pues si tomamos en cuenta esto, todas las luchas de los trabajadores no tendrían razón de ser, puesto que cada trabajador

está representando un engranaje en la sociedad, y sus patrones podían hacerles un llamado a su abnegación y disciplina, haciéndoles ver que existen partes donde los esclavos se sacrifican por la colectividad y que, por lo tanto, es egoísta no producir más por menos precio. Todos éstos son ejemplos muy peligrosos para un gobierno amigo de los trabajadores, pues justifican la explotación.

Me permito sugerir que para poner remedio a todo esto no había que esperar el otro año, pues el señor presidente de la República puede hacerlo, ya que él tiene facultades extraordinarias en el ramo de Hacienda. No creo que se negase, ya que se trata de beneficiar al público, sostén de todos esos servicios, y de dar un ejemplo de socialismo con sus propios trabajadores.

Otro aspecto de las cuestiones en Correos y Telégrafos*

Medidas adoptadas para corregir las deficiencias señaladas

Con el espíritu democrático que caracteriza al señor Rubén Mejía, personalmente dióme a conocer las medidas que a partir del día primero del presente mes se han tomado para poner fin a las deficiencias en el ramo telegráfico, así como al problema de los aspirantes a mensajeros.

Una de tales medidas consistió en el aumento de personal de mensajeros al agregar cincuenta plazas. Dichas plazas se concedieron a los aspirantes, con lo cual se dio fin a la explotación de

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 667, 9 de septiembre, 1935, pp. 1 y 4.

que hablamos en pasado artículo. Como se ve, al mismo tiempo que se borra una mancha que era vestigio de administraciones ineptas, se pone fin a la explotación característica de las mismas.

En lo referente a lo que decíamos en pasado artículo, sobre las diez plazas que en vez de concederse a los aspirantes se habían concedido a personas extrañas; el señor Rubén Mejía hizo la aclaración de que dichas plazas habían sido concedidas antes que él y el señor subdirector de Correos y Telégrafos tuviesen conocimiento de que existiese el cuerpo de aspirantes, pero que una vez que lo supieron hicieron las gestiones encaminadas a resolver el problema, con el satisfactorio resultado que conocemos.

Acerca de las horas extras que se trabajan en esa oficina, expone el señor Rubén Mejía que no es más que un sacrificio que se pedía a los trabajadores en una forma espontánea, pues sólo así se puede salir avante con la misión del Correo y el Telégrafo, debido a lo exiguo del personal que dejaron las pasadas administraciones, pero que no es un sacrificio estéril, pues tales sacrificios han tenido como resultado que el señor presidente de la República, al conocer la forma en que se ha dado cumplimiento a la misión encomendada a ese ramo —que se tradujo en éxitos positivos expresados en las ganancias que se dieron a conocer en el mensaje presidencial—, acordó que tales ga-

nancias fuesen para los trabajadores de Correos y Telégrafos.

Por lo que se refiere a la remoción de los viejos empleados, nos dice el señor Rubén Mejía que él es quien tiene mayor interés en que éstos no sean removidos más que por causa justificada; el señor secretario de Comunicaciones ha sido quien hizo la recomendación de que no se remueva a ningún empleado del ramo de Correos y Telégrafos.

El señor Mejía hace patente una vez más que está dispuesto a prestar su atención a toda sugestión que tenga como fin el mejoramiento del servicio, así como escuchar cualquier queja de sus trabajadores, y ponerle remedio si ésta es justa. Nos dice que nadie como él puede ser el mejor amigo de sus empleados, así como su enemigo si sólo buscan problemas por pura politiquería.

Con base en los resultados que damos a conocer sobre la forma en que se resolvió el problema de los aspirantes —forma satisfactoria y digna de encomio, al resolverse a la vez lo referente a la falta de personal, así como la forma en que se va a recompensar el trabajo extra de los empleados—, creemos que todas las dificultades que aún puedan subsistir serán remediadas con la misma energía.

He hecho todas estas aclaraciones, porque creo de justicia que, así como se han señalado los errores, se hagan ahora constar las medidas que se llevaron a cabo para remediarlos, más cuando

estas medidas son hechos efectivos y que nos constan. Esperamos que esto sea motivo de satisfacción para el público, que encontrará que sus quejas no han sido estériles; y para los trabajadores de esa dependencia, acostumbrados a sufrir sin esperanza de que se pusiese remedio sus problemas.

Quede esto como un ejemplo para todas las administraciones oficiales; pues la forma más efectiva para resolver los problemas que se presentan es acercándose a los interesados, pues nadie mejor que éstos puede conocer el mal y sus causas.

El resentimiento contra la Universidad[*]

Obra de ignaros, de perezosos, de acomodaticios y demagogos

Nuestro supremo baluarte de la cultura, la Universidad Nacional de México, una vez más está siendo víctima de brutales ataques por parte de sus eternos enemigos, los acomodaticios, y sus propios hijos, los fósiles, los fracasados. De estos últimos es de quienes ha recibido el ataque final, el que amenaza hundirla en el asqueroso lodazal de nuestra política.

Individuos que se ahogan en un resentimiento producto de su incapacidad son los que ahora lanzan anatemas contra la institución a la que deben

[*] Publicado en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 673, 23 de septiembre, 1935, pp. 1 y 4.

el poco criterio que se esconde en sus estrechos cráneos. Como siempre, hacen a las instituciones culpables de sus errores, culpan a la Universidad de formar burgueses, de formar enemigos del trabajador. ¿Se le podrá acaso culpar de que existan profesionistas que se venden en cuerpo y alma al oro de los neocientíficos? ¿O de que existan representantes del pueblo que, olvidando su deber, se conviertan en receptores y transmisores de la voz del amo? De toda esta corrupción no es ni puede ser culpable la Universidad. ¿De qué sirven todos los ideales que la cultura hace nacer en el individuo, si al salir a la palestra no tienen valor alguno? Cuando por el contrario triunfa el falsario, el asesino, el que se arrastra, cuando se transforman los valores morales y al violento se le llama audaz, al que asesina para mantenerse en el poder, estadista y al sumiso y cobarde, revolucionario, ¿acaso es culpable la Universidad de tal profanación a la moral?

Crítica de resentidos, nada de los que se critica se desea arreglarlo, cuando se da fin a un mal, el bien se convierte en otro mal. No se critica el mal para que sea eliminado, sino para desahogar la rabia de la impotencia. Los que agachan cobardemente la cabeza impotente contra la voluntad oficial, los que conocen los males pero se los callan, se descargan en fantasmas ensotanados y con birrete; en sus lucubraciones mentales sienten satisfacción

combatiendo los centros de cultura y culpándolos de impotencia.

La Universidad Nacional de México necesita, en efecto, una radical transformación, y en esto están de acuerdo tanto maestros como estudiantes. Muy cierto es que, hasta ayer, se había encastillado en torre de marfil, alejándose del pueblo; pero también es muy cierto que el Estado era el culpable de ello, pues al abandonar a la Universidad a sus propias fuerzas la alejaba de los hijos del pueblo y la convertía en un instituto en el que sólo el estudiante acomodado podía entrar. Después se acusaba a la Universidad de tal mal.

Ahora se ofrece un subsidio, pero a cambio de la libertad universitaria; en un afán materialista, se materializa la libertad haciéndola un objeto de compraventa. Como estudiante, no soy enemigo de la escuela socialista, como ninguno lo podrá ser; pero sí soy enemigo de la demagogia; de la falsedad que hace de un idealismo un símbolo de explotación. El socialismo se siente, no se traga. El socialismo nace en los talleres, en los campos; brota como remedio contra la injusticia social, contra la desigualdad. El socialismo nunca se imprime con frases huecas y rebuscadas, es natural en los que aman la justicia. Cuando se quiere un ideal, se le defiende. Se defiende contra los embusteros, contra los que tratan de convertirlo en careta de sus ambiciones, contra los que lo convierten en

algo que se aborrece, que tratan de utilizarlo contra los oprimidos.

El verdadero socialismo nace de la libertad de pensamiento. Del dogma, por el contrario, nacen sus peores enemigos. El pensamiento no se puede encasquillar, pues los oprimidos salen rebeldes o hipócritas. La Universidad socialista sólo produciría demagogos preparados para explotar con más técnica al trabajador. Mientras exista burguesía no se puede hacer de los hijos de ésta socialistas que repartan sus bienes. Por el contrario, la libertad universitaria es lo que deslinda los campos y pone frente a frente a explotados y explotadores; se puede hacer el recuento y dar la batalla por un verdadero socialismo.

UN HOMBRE[*]

HERIBERTO BARRÓN, PALADÍN DE TRES GENERACIONES

Raro ejemplo de juvenil virilidad es el que nos ofrece el finado licenciado Heriberto Barrón; ejemplo de una vida siempre juvenil, juventud que se prolonga por tres generaciones. Más raro aún en nuestro tiempo en que la juventud parece que se anquilosa y se pierde en un marasmo de pasiones y egoísmo. Hombres de esta talla, capaces de acumular energías juveniles aun cuando la armazón que las resguarda parezca agotada, son los más dignos ejemplos para la juventud apática y perezosa de nuestros días.

[*] Publicado en *El Hombre Libre*, t. VII, núm. 709, 16 de diciembre, 1935, pp. 1 y 4.

El licenciado Barrón pertenece a esos hombres siempre jóvenes. Su vida pertenece a tres generaciones siempre en lucha contra diversas tiranías. La generación pre-porfirista en la que jóvenes de gran energía se oponen al más brutal militarismo, sin más armas que el verbo y la pluma; las cárceles quedan repletas de estos defensores; si hojeamos documentos de esa titánica lucha encontraremos el nombre de Heriberto Barrón. Después de esta lucha llega otra más cruel, una lucha en que todos están contra todos, en la que cada caudillo trata de cobrarse con creces su apoyo a la Revolución, época en que brota la cizaña que ahogará los ideales de la revolución. En este caos, en que los oportunistas desplazan a los revolucionarios, arrebatan el poder y se llenan los bolsillos, los hombres que iniciaron la Revolución, ahora en la miseria porque han sido puros, vuelven a alzar su voz y a mover la pluma, condenando a los falsarios, sin inmutarles la fuerza bruta. Entre éstos también encontramos a Heriberto Barrón.

Después del caos, con hábil astucia, eliminando maquiavélicamente a sus adversarios, se entroniza una nueva y más brutal tiranía, la de Plutarco Elías Calles. De nuevo se precisan energías juveniles que arranquen este escollo, pero la inercia parece haberse apoderado de la nueva generación; para vergüenza nuestra, nos encontramos una juventud sin ideales, que prefiere llenar su vientre

y sus bolsillos. Juventud acomodaticia. La juventud, en vez de prestarse a la lucha, con pocas excepciones, se vende a los demagogos que agotan sus energías alabando al Máximo de los oportunistas. También se organizan para ametrallar al pueblo, como en Tabasco. Pero he hecho mal en llamar jóvenes a los que no lo son, porque la verdadera juventud se enfrenta a la tiranía. De nuevo volvemos a encontrar a los viejos luchadores de tres generaciones. La pluma vuelve a trabajar y los tiranos vuelven a tambalearse hasta que caen. En esta lucha vuelve brillantemente a distinguirse el licenciado Barrón; no necesitan comentario alguno los valientes artículos que con juvenil energía ametrallaron al decrépito Calles. Los lectores de *El Hombre Libre* conocen toda la virilidad que encierran.

Pero la muerte, única capaz de callar las verdades de un hombre, ha puesto fin a una vida heroica y sencilla; la llamo heroica, porque no es héroe el que gana una batalla asesinando hermanos, sino aquel que sabe ser hombre y dice la verdad cuando la verdad es un delito. No he pretendido hacer un panegírico, pues no me creo capaz para ello ni tampoco un hombre la necesita. El mejor panegírico para el licenciado Barrón es su propia vida.

Calles demócrata (?)*

Será más peligroso fuera que dentro del país

El hombre que siempre se burló de las instituciones, que amordazó la prensa y llenó la República de sangre, nos resulta ahora un respetuoso amigo de las instituciones y lanza una "protesta" contra el presidente de la República, por el hecho de que no se dio publicación a sus manifiestos, alegando que le han sido cerradas todas las fuentes de publicidad, para defenderse aun cuando aquéllas, como todas sus declaraciones, no son más que insidiosas falsedades para agitar la República.

El inocente demócrata se asombra porque son desaforados los senadores y gobernadores amigos suyos, considerando que se aparta esto del respeto

* Publicado en *El Hombre Libre*, t. VII, núm. 712, 23 de diciembre, 1935, pp. 1 y 4.

a los preceptos constitucionales; olvida fácilmente los millares de veces en que él y su régimen atropellaron no sólo los preceptos constitucionales, sino todos los derechos que los pueblos han obtenido en lucha de siglos. Descaradamente llama a los hombres impuestos representantes legítimos y populares.

El hombre que ha cometido una serie de atentados contra los partidos de oposición, que internó en las cárceles y deportó a las Islas Marías (cuando no mandó asesinar), a los que formaban cualquier partido político dentro de la ley y en el campo de la democracia como si se cometiese un delito, este hombre, Plutarco Elías Calles, hace enérgica protesta y nos habla de democracia. Ahora que todo su juego ha sido descubierto, el demócrata Calles nos habla del cumplimiento del deber y el amor a las instituciones. Interpela al Ejército tratando tal vez de encontrar alguien que le defienda, y por el contrario nota que, uno a uno, todos sus amigos, los que le hubiesen rendido pleitesía de resultarle bien el golpe, reniegan de su amistad y no reconocen liga alguna con su régimen pasado. En su protesta interpela al presidente de la República recordándole la época en que militó bajo sus órdenes. Éste es un ejemplo que está entre lo doloroso y lo ridículo; el ejemplo de un hombre al que su ambición le hace olvidar que todos los hombres

tienen su época que es necio detener el curso de la historia y ahogar el ansia de libertad de un pueblo.

Se pide con justificada indignación que el general Calles salga del país, pero en mi concepto creo que éste sería un grave error; Plutarco Elías Calles es un mayor peligro fuera del país. De todos es conocida su destreza como agitador. Cuando él y los suyos se enriquecían, supo crear la agitación religiosa, para, en esta forma, entretener los impulsos de la clase trabajadora, la que, sabía, tendría que pedirle cuenta de sus actos. Cuando el general Cárdenas se convirtió en un peligro a sus intereses provocó la agitación socialista, una serie de huelgas fue el resultado de tal agitación; después quiso aparecer como el hombre de orden condenando las huelgas y declarándose enemigo de la clase trabajadora.

Ahora, que cometió el error de volver a México acompañado de Morones, dando con esto señal de aprobación a la huelga que en el mismo día se desarrollaba, así como a las que le seguirían, ahora no debe permitirse que escape, pues sería un continuo peligro para la estabilidad de la paz en México.

Tierra Nueva
y otras revistas

Meditaciones cartesianas*

Edmundo Husserl, *Meditaciones cartesianas*, trad. y pról. de José Gaos, México, El Colegio de México, 1942.

La ya importante Colección de Textos Clásicos de Filosofía que, en colaboración con El Colegio de México edita el Centro de Estudios Filosóficos, dirigido por el licenciado Eduardo García Máynez, ofrece al público de habla hispana un importante texto, las *Meditaciones cartesianas*, de Edmundo Husserl. Inútil es tratar de mostrar la importancia de este libro para los círculos filosóficos hispanoamericanos, pues en ellos es de sobra conocida. Pocas veces se da el caso de que un gran pensa-

* Reseña bibliográfica de Edmundo Husserl, en *Filosofía y Letras. Revista de la Facultad*, t. IV, núm. 8, octubre-diciembre de 1942, pp. 353-357.

dor filosófico, como lo es el autor de ese trabajo, ofrezca a los interesados en su filosofía una obra de acceso a ella. Este es el caso de Husserl, el cual introduce *su* filosofía con estas meditaciones.

Los estudiosos de la filosofía en Hispanoamérica conocían a Husserl por sus *Investigaciones lógicas*; sin embargo, si bien esta obra se hallaba al alcance de los que estaban dentro de la filosofía, no lo estaba sino mediante mucho esfuerzo al alcance de quienes querían o tenían que entrar en ella, como es el caso de los estudiantes. Entrar en esta filosofía era algo ineludible, pues no se podía saltar sobre una obra que representa uno de los escalones en el difícil ascenso del pensamiento humano. Había que introducir al estudiante en la filosofía de Husserl como se le introduce en la filosofía de Platón, Aristóteles, Descartes, Kant, etc.; sin embargo, esta tarea presentaba dificultades por la extensión de los textos, como son los representados por las investigaciones. No es que faltasen buenas exposiciones sobre el pensador alemán, como las de Antonio Caso o Joaquín Xirau. Ello, no obstante, nadie puede introducir mejor en una determinada filosofía que el autor de esta tal filosofía. Para entrar en la filosofía de Husserl ningún mejor guía que el propio Husserl. El expositor de una filosofía que no es su propia filosofía, tiende a interpretar tal filosofía como su filosofía, por muy imparcial que quiera mostrarse, máxime cuando el

autor de tal exposición es lo que se llama un pensador, es decir, un hombre que tiene ideas, sus ideas. Pedir otra cosa es pedir que un hombre deje de ser quien es y se convierta en otro; es pedir que se arranque la personalidad mientras expone.

De aquí ha surgido la necesidad, en la enseñanza moderna de la filosofía, de recurrir directamente a los textos filosóficos. Hay que pedir a cada filósofo que comparezca, que se presente y diga con sus propias palabras qué es su filosofía. Sólo así es posible entrar en cada filosofía y en la filosofía. Nadie puede nadar sin tirarse al agua; en la misma forma, no se puede entrar auténticamente en la filosofía, si no se entra en sus problemas, los cuales encuentran su expresión en lo dicho por cada pensador; en los textos en que cada pensador ha estampado sus dudas, sus problemas, sus certidumbres y sus soluciones. El estudiante que trata de entrar en la filosofía debe seguir a estos pensadores en el difícil camino que lleva de lo oscuro a lo claro, de lo inseguro a lo seguro, pues tal gimnasia, tal educación, le capacitarán para solucionar los problemas que se le presenten. No serán las soluciones de otros pensadores las que resuelvan los problemas que como hombre se irán presentando al estudiante en su vida, pero sí será el ejercicio, realizado en estas peripecias por caminos de vida ajenos, el que le capacite para mejor resolver los propios. De no ser así, toda filosofía, por el hecho

de ser obra de un determinado individuo, por el hecho de tener un carácter concreto —la individualidad y circunstancias del autor—, no pasaría de ser una curiosidad en sentido banal. Lo hecho por otros hombres, la experiencia histórica, perdería su importancia vital, dejaría de justificarse en la vida de otros; en otras palabras, perdería su justificación como materia educativa. Para justificarse dentro de la educación, la filosofía debe mostrar su capacidad como materia educativa, es decir, debe mostrar que puede capacitar al estudiante para enfrentarse a los problemas que le presenta la vida y para los cuales no ha sido capacitado en sus otros estudios. Capacitación no quiere decir solución de todos los problemas que se le presenten. Sería absurdo suponer que un estudiante, por el hecho de que puede realizar todos los movimientos que se le han enseñado en la clase de gimnasia, está en condiciones de vencer a cualquier individuo que se le enfrente. La enseñanza aquí recibida no le haría un superhombre, sino tan sólo un hombre mejor capacitado para enfrentarse a este tipo de peligros. Igualmente, la filosofía no forma superhombres, es decir, entes que tienen una solución para cada problema, sino hombres capaces de enfrentarse a los problemas que se les plantean. Esta gimnasia espiritual, este ir capacitando al hombre para enfrentarse a circunstancias que le son adversas, se aprende en los textos filosóficos. Aquí el estu-

diante no encontrará soluciones, pero sí aprenderá a enfrentarse a los problemas viendo cómo otros hombres se han enfrentado a sus problemas y los han resuelto.

En los textos nos cuenta cada pensador su aventura, sus peripecias, la forma cómo en un mundo inseguro, hostil, puede encontrarse un mundo seguro y amigo. Cada pensador nos dice cómo ha pasado de un mundo caótico y tenebroso a un mundo ordenado y lleno de luz. La filosofía se presenta en su historia como este estar buscando luz, claridad, en épocas en que esta luz y claridad faltan. Su enseñanza se justifica especialmente en épocas de crisis como la nuestra. La introducción a la filosofía de Edmundo de Husserl tiene su justificación como introducción a una de las rutas, a uno de los caminos, que se han seguido para solucionar los problemas de nuestro tiempo. Husserl, al igual que todo verdadero filósofo, ha querido dar a los problemas de su tiempo, que es ya el nuestro, una solución original, es decir, una solución para este tiempo y no para otro. Y al igual que todo gran filósofo, ha creído encontrar la solución no simplemente de su tiempo, sino del Tiempo, es decir, la solución válida para todo tiempo, aunque las circunstancias sean diversas. Las peripecias de Husserl, en este buscar claridad, nos son más cercanas que las de otros pensadores, por ser peripecias que se asemejan mucho a las que pueda

correr cualquier otro hombre de nuestro tiempo que también quiera encontrar claridad al igual que el maestro alemán. De aquí la importancia de su filosofía, la necesidad de entrar en ella y hacer que el estudiante de filosofía, para su mejor capacitación para la vida, entre en sus múltiples aspectos. Las dificultades para entrar en la obra de Husserl quedan abreviadas con estas sus *Meditaciones cartesianas*. Husserl mismo toma de la mano al neófito y le lleva por los escabrosos caminos que conducen a la luz que ha encontrado. Acaso no sea la luz encontrada por Husserl la que ilumine nuestro camino, pero sí será la experiencia adquirida en este camino la que nos capacite para encontrar la luz que necesitamos, nuestra luz.

Edmundo Husserl expone en estos textos el camino que ha seguido para salir de la oscuridad y entrar en la luz. El pensador alemán se propone realizar la misma operación que en otra época igualmente crítica realizara un pensador francés, Renato Descartes. Al igual que éste, quiere un mundo "claro y distinto". La fenomenología es expuesta por su autor como un neocartesianismo, pero de naturaleza más radical, es decir, pretende desarrollar los motivos cartesianos con más hondura. Husserl trata de ir más allá de las soluciones dejadas por Descartes ahondando más en sus problemas. El título, *Meditaciones cartesianas*, le viene de ser un método que a semejanza del cartesiano

trata de encontrar por negaciones, por dudas, la base para las afirmaciones. Se quiere destruir un mundo inseguro para construir un mundo seguro. Se queman las naves de regreso a un mundo viejo, para encontrarse con un mundo nuevo. Este radical método, aunque utilizado por Descartes, no es considerado por Husserl como de la incumbencia privada de Descartes, sino como un prototipo de toda meditación filosófica en sentido auténtico. Al igual que Descartes, nuestro pensador pone en duda todo lo existente, lo pone entre paréntesis, en *epojé* fenomenológica. Todo lo que no resiste a la duda queda puesto en suspenso en espera del principio que lo afirme. Pero Husserl quiere ir más lejos que Descartes; los principios que éste encontró no bastan a nuestro tiempo. Descartes dio los principios para una nueva ciencia, pero estos principios han caído en nuestros días en la insinceridad. Es menester hacer una nueva crítica cuyos resultados resistan cualquier otra crítica o crisis. La situación en la que se encuentra Husserl es muy semejante a la de Descartes, hay muchos filósofos y muchas filosofías, no hay un solo y verdadero camino, sino muchos. Es menester una nueva base para la ciencia, pero, ¿existe ésta? De hecho no existe, pero lo que sí existe es su idea, la idea de la necesidad de una nueva ciencia, de una nueva base, de una nueva filosofía. De hecho no se tiene la nueva filosofía, pero sí se la tiene como posibilidad.

No se tiene la filosofía, de ella nada se sabe; pero lo que sí se sabe es que se la necesita, que se la quiere. Husserl parte en busca de esta filosofía que quiere, sin otro dato que el de saber que la necesita. En ésta busca el yo filosofante, el yo que quiere la nueva filosofía, se queda al igual que el yo de Descartes, en una aparente soledad. Y digo aparente, porque Husserl no se queda como Descartes en plena soledad. Descartes se ha quedado solo, pero no ha podido soportar la soledad, ha tenido miedo de sus sueños, ha temido que estos sus sueños le engañen, y para salvarse ha recurrido a Dios. Dios ha hecho realidad de aquellos sueños. Husserl no teme quedarse solo, porque de hecho se encuentra con que tal soledad es imposible. Husserl no teme a los sueños, a las fantasías. Esos sueños, esas fantasías son datos con los que se encuentra su conciencia. Qué tipo de realidad sean, es algo que en principio no le importa; basta que estén allí, como datos de su realidad. La soledad no es posible, hay un mundo rico en formas que no deja solo al yo. Hay un mundo de fenómenos con el cual hay que contar, no se puede huir de él, hay que decir algo de este mundo más patente que se ofrece al yo. Husserl hará esto, hablar de los fenómenos con los que se encuentra su conciencia, fenomenología. La soledad es así imposible, nunca está solo el yo, aun cuando reflexione sobre sí mismo, porque en esta reflexión se desdobla y en-

cuentra en diálogo con un yo que no es ya el que está preguntando, el que reflexiona. Acaso sea esta una de las formas de vida del hombre actual a diferencia del hombre moderno. El hombre moderno teme a los sueños, quiere que su vida sea clara y distinta, pero el hombre actual no parece temer al sueño, parece que sólo le importa vivir sin que importe el que esta vida sea sueño o realidad. Parece que dice, ¡si la vida es sueño, vivamos el sueño! ¡No sé si la vida es realidad, lo que sí sé es que es mi vida, un dato inmediato de mi conciencia, mi vivencia! Es sobre estos datos vividos sobre los cuales se hará luz, claridad. Husserl abre un nuevo mundo sobre el cual tiene ahora que trabajar toda filosofía.

Heráclito[*]

Hago patente mi agradecimiento al maestro José Gaos, cuyas ideas —expuestas brillante y afectuosamente en cátedra— sugirieron y dieron base al presente trabajo.

Heráclito de Efeso, he aquí uno de los primeros hombres que practicaron el raro oficio de la filosofía. Heráclito es también uno de los primeros en legarnos un documento de esa extraña actividad humana que es el filosofar. Este documento aparece en primer lugar como un ensayo de explicación de todo lo existente: *Sabio es que quienes oyen, no a mí, sino a la razón, convengan en que todo es uno*.[**] Es

[*] Publicado en *Tierra Nueva. Revista de Letras Universitarias*, año I, núm. 1, UNAM, enero-febrero de 1940, pp. 20-29.

[**] *Los fragmentos de Heráclito*, trad. de José Gaos, México, Editorial Alcancía, 1939.

Sabio, es decir, sabe, aquel que escuchando a la razón, conviene en que todo es *uno*. Esto nos indica que Heráclito se ha preguntado por lo que sea todo lo existente. ¿Pero por qué Heráclito se ha hecho esta pregunta? ¿Qué le ha movido a hacerse esta pregunta? *Entramos y no entramos por los mismos ríos, somos y no somos*. Frente al cambio continuo de la naturaleza —entendiendo por naturaleza todo lo existente, incluyendo al mismo hombre— Heráclito se formula la cuestión. Frente a este cambio en que las cosas son y no son, el hombre Heráclito se siente inseguro, no encuentra dónde apoyarse. Por esta razón se ha preguntado por el ser de todo lo existente, es decir, por aquello que no cambia, por lo que permanece firme dentro de este cambio. Se ha preguntado por lo *uno*, por lo que unifica todo cuanto existe.

Ahora bien, para encontrar este *uno*, para saber qué es lo que en la naturaleza no cambia, hay que conocer a esta naturaleza. Para conocer a la naturaleza hay que convertirla en objeto, hay que ponerla frente a sí y *ver* qué es. Los instrumentos, los medios de que se sirve el hombre para conocer, según Heráclito, son los ojos y los oídos. El hombre, para conocer bien a la naturaleza, debe ver y oír bien. Tiene alma de bárbaro, es decir, balbucea, no entiende ni se da a entender, aquel cuyos ojos no saben ver, ni los oídos oír. Por esta razón, sus ojos y sus oídos son malos testigos. Por

el contrario, es sabio el que sabe ver y el que sabe escuchar. Para Heráclito, es sabio el que oye a la razón, el que sabe escucharla, a diferencia de los demás hombres que aunque la oigan no la entienden porque no saben oír. *Escuchando sin comprender se asemejan a los sordos: de ellos atestigua el proverbio que estando presentes, están ausentes*. Sabio es también el que sabe ver, el que se fija en todo lo que encuentra, a diferencia de *La masa* (que) no se fija en aquello con que se encuentra, ni lo nota cuando se le llama la atención sobre ello aunque se imagine hacerlo.

Así pues, el sabio, para poder captar, para encontrar, para aprehender aquella razón que nos dice que todo es uno, debe estar en continua tensión frente a este todo movible, debe estar alerta a la expectativa, viendo y escuchando con toda atención. Esta situación de espera de lo inesperado es penosa y difícil, pero es la única manera como el hombre puede encontrar aquello que tanto necesita: lo *uno*, lo firme, lo seguro. *Si no esperas lo inesperado, no lo encontrarás, pues es penoso y difícil de encontrar*.

La naturaleza ama el esconderse —nos dice Heráclito— pero como El rey cuyo oráculo está en Delfos ni dice ni calla, sino hace señales. La naturaleza ama el esconderse, oculta su ser, pero sin callar ni decir nada, es decir, siendo, existiendo, comportándose como es, deja escapar algunas se-

ñales de lo que es su verdadero ser. Por esta razón, el sabio debe estar siempre alerta en espera de estas señales. Dadas estas señales, debe interpretarlas a la manera como se interpretaban las señas del oráculo de Delfos. Este interpretar es un razonar, es un decir algo de esas señales.

Ya hemos visto que, para Heráclito, el conocimiento sólo es posible si se sabe ver y oír bien. Los ojos y los oídos son los testigos del mundo, son los que nos dan razón de lo existente. Pero de entre los ojos y los oídos, *los ojos son testigos más exactos que los oídos*. Para Heráclito, es de mayor importancia para el conocimiento el dato directo, el que se da ante nuestros ojos, del cual somos testigos, que el dato indirecto del que sólo se sabe por dicho de otro, porque se ha escuchado a otro. Es más importante para el conocimiento el ver, que el escuchar al que ha visto. Por esto, Heráclito ataca a los que basan su conocimiento en la erudición, a los que conocen por lo que han dicho otros: "El mucho saber no instruye la mente, hubiera instruido a Hesíodo y a Pitágoras, como a Jenófanes y a Hecateo. 'Pitágoras de Mnesarco cultivó la investigación más que todos los demás hombres, y extractando estas obras reclamó para sí una sabiduría, mucho saber de mala arte'".

Para Heráclito, lo propio, lo que tiene valor para la tarea del conocer, es la experiencia directa, la observación, el ver directo del sabio sobre

la naturaleza. Este ver directo sobre la naturaleza es necesario para aprehenderla, porque no calla ni dice nada sino hace señales; es decir, no habla, no se deja oír, sino que se deja ver. La naturaleza está ahí, existiendo, siendo como es, sin importarle que el hombre sepa cómo es o no; y como no le importa no le dice nada; pero por lo mismo que no le importa, tampoco se calla. La naturaleza habla en un lenguaje misterioso y oscuro para el hombre. Y habla así, porque no habla para el hombre, no habla para nadie, su lenguaje es su manera de ser. El hombre debe captar, apresar este lenguaje, esta manera de ser. Este extraño lenguaje se capta viendo cómo se comporta la naturaleza, viendo cómo es la naturaleza. Captados los signos, las señales de tan extraño lenguaje, hay que interpretarlos, hay que decir algo sobre ellos, hay que *hablar* de ellos. Captada la naturaleza, hay que hablar sobre ella, pero en el lenguaje propio del hombre. Este traducir el lenguaje oscuro de la naturaleza al lenguaje del hombre es el razonar. Cuando razona, el hombre está hablando consigo mismo, se está diciendo algo a sí mismo. En el razonar el hombre establece un diálogo en el que él mismo se pregunta y se contesta. El lenguaje de la razón es un lenguaje claro, es el lenguaje propio del hombre; por esto, lo que el hombre se dice a sí mismo lo puede decir a otros hombres, y ser entendido por ellos. Así nos encontramos con que el sabio es el hom-

bre que permanece alerta ante la naturaleza para aprehenderla, para aprehender poco a poco el ser de ésta y, una vez aprehendida, afirmar algo sobre ella; afirmarse en ella diciéndose algo sobre ella, y afirmándola a los demás, diciendo algo sobre ella a los otros hombres.

Ahora nos damos mejor cuenta de por qué Heráclito llama sabio al que oye a la razón. Así como también nos damos cuenta de por qué los ojos y los oídos son los instrumentos del conocimiento, y de por qué los ojos son testigos más exactos que los oídos. El sabio primero ve y luego se dice algo sobre lo que ve; es decir, se escucha a sí mismo, escucha a su razón. La razón es la que dice, la que afirma, algo sobre lo que el hombre ha visto. Para saber qué es lo que se ha visto, hay que escuchar a la razón. Pero la razón no puede hablar si antes no ha visto. Lo visto es la materia del hablar de la razón; pero lo visto, a su vez, sería mudo si la razón no dijese algo sobre ello. Por esta razón, el hombre para poder conocer necesita del ver y del oír, necesita ver a la naturaleza y escuchar lo que la razón diga sobre ella. Esta es la forma que podríamos llamar manera directa del conocer. Pero hay otra forma de conocer, la forma indirecta, la que sólo consiste en oír sin ver, escuchando a los que han visto, escuchando la razón de los demás. Pero para esta forma Heráclito lanza sus más duras críticas, por ser menos exacta.

De esta manera de conocer, que consiste en un ver y luego en un afirmar algo sobre lo visto, va a resultar la polémica de toda la filosofía. La polémica que caracteriza toda la filosofía y da lugar a su historia. La polémica sobre la verdad, polémica en la cual cada filósofo asegura tener la verdad única. Cada filósofo asegurará que su verdad es la única, la verdadera, y que la verdad de los demás es una falsedad, una mentira. Esto resulta de que todo ver supone una perspectiva, un punto desde el cual se sitúa el hombre para ver. Pero este ver no es todo el ver; es decir, el que ve, no ve todo, tan sólo ve una parte de ese todo. Si el filósofo se conformase con describir lo visto, no entraría en pugna con los demás. Encontraría que los demás tan sólo tienen puntos de vista distintos del suyo. Lo visto por los otros espectadores sería tan cierto como lo visto por él. Pero no es así, y este no ser así se debe a que al filósofo no le basta el ver, sino que además debe decir algo sobre ese ver. El filósofo, tal como nos aparece en los fragmentos de Heráclito, no describe, sino afirma. Este afirmar está en la naturaleza misma del quehacer filosófico, ya que lo que el filósofo busca es un punto de apoyo, un punto seguro, firme; por esto hay que afirmar, asegurar. El filósofo pretende conocer todo lo existente; pretende estar situado en un punto tal que le permite ver todo. El sabio, el filósofo, pretende ver todo porque está separado de todo: "De cuantos he escuchado ra-

zones, nadie llega a tanto como a descubrir que *lo sabio está apartado de todo*". Para Heráclito, lo sabio es lo que conoce el pensamiento que lo pilota todo por medio de todo. Es decir, que lo sabio —y esto es lo que pretende ser el filósofo— está sobre todo, está sobre el mismo pensamiento que lo conduce todo; y está sobre este pensamiento porque sólo así puede hablar de él. Y debe ser así, ya que lo que el filósofo busca para la seguridad del hombre es lo *uno*. Busca el ser único de todo lo existente. Busca lo que unifica este todo, lo que manda, lo que dirige todo cuanto existe. Para poder conocer este ser único, hay que verlo, y para verlo hay que situarse sobre él, estar frente a él, convertirlo todo en objeto de conocimiento. Es así como el filósofo se sitúa sobre todo lo existente, o al menos lo pretende, y afirma que lo que ve es lo único, y como único no puede admitir otros puntos de vista.

*

Heráclito, sirviéndose del método que ya hemos descrito para el conocer —viendo primero y luego afirmando algo sobre lo visto— nos ofrece una interpretación de la naturaleza. En la parte de sus fragmentos que se denomina física nos habla del ser de la naturaleza. Lo primero que hace es describirnos esta naturaleza, diciéndonos cómo la ve. Esta aparece a sus ojos como un ser cambiante,

siempre en movimiento. La compara a un fuego que se enciende y se apaga: "Este mundo, el mismo para todos, no lo hizo ninguno de los dioses ni de los hombres, sino que ha sido eternamente y es y será un fuego eternamente viviente que se enciende según medidas y se apaga según medidas". Este fuego sufre una serie de vicisitudes: se convierte en mar; y este mar a su vez se convierte la mitad en tierra y la mitad en tifón. Luego se produce un movimiento a la inversa y todo vuelve a ser fuego: "Cambio del fuego todo y de todo el fuego, como del oro las mercancías y de las mercancías el oro. El fuego vive la muerte del aire, y el aire vive la muerte del fuego. El agua vive la muerte de la tierra, la tierra la del agua".

El mundo se ofrece a los ojos de Heráclito como un fuego que avanza y retrocede, que es al mismo tiempo carencia y saciedad. Este primer aspecto de la tesis de Heráclito sobre la naturaleza es el resultado de un ver ingenuo sobre el mundo. Heráclito ha visto, como cualquier hombre puede ver, ingenuamente cómo el sol avanza sobre el cielo y se vierte sobre el mundo. Ha visto también cómo el sol, al meterse, parece resistir a las sombras que avanzan hasta cubrir todo el cielo. Y ve cómo esto sucede todos los días. Todos los días sus ojos son testigos de una lucha entre las sombras y la luz disputándose el universo. Sus ojos ven cómo el sol, el fuego, avanza sobre la tierra y la vence

inundándola; pero luego ve cómo a su vez avanza la negra tierra y vence al sol cubriendo el universo con su negra capa. Las sombras y la luz, la tierra y el fuego siempre están disputándose, vencedores y vencidos mutuamente. También ha visto cómo el fuego desciende sobre el mar, y lo ha visto descender no como fuego, sino como agua y formar el mar. Ha visto a este mar convertirse una parte en tierra, es decir, en sombras, en oscuridad, y lo ha visto así al confundir la frialdad de la noche con la humedad. Ha visto a otra parte del mar subir hacia el sol y convertirse en tifón, y esto lo ha visto cuando se evapora parte del mar convirtiéndose en nubes. Ha visto a este tifón precipitarse de esas alturas sobre la tierra. De esta ingenua visión de Heráclito sobre la naturaleza, éste va a sacar conclusiones sobre el ser de la misma. Una vez que ha visto, afirmará algo sobre lo visto.

Frente a ese cambio del que son testigos los ojos de Heráclito, éste saca como consecuencia que todo cuanto existe está en perpetuo cambio: "Lo frío es caliente, y lo caliente se enfría; lo húmedo se seca y lo seco se humedece. Se esparce y se recoge, avanza y retrocede". Nos dice que no se puede entrar al mismo río, porque las aguas que fluyen son siempre distintas. Heráclito predica el cambio como un modo de ser de la naturaleza, pero no como el *ser* de la naturaleza. Sobre el *ser* de la naturaleza afirma otra cosa. Ya hemos visto que el

filósofo busca un *ser* donde el hombre pueda apoyarse. Busca un ser firme y seguro, y un ser que cambiase continuamente no ofrecería seguridad alguna. Es a causa de este cambio sentido, visto, por lo que el filósofo se ha lanzado a la búsqueda de lo firme. En medio de este cambio la razón le dice a Heráclito que todo es UNO. En medio de todo este cambio —dice la razón— hay una armonía velada que unifica el todo; lo mismo en la noche y el día, el invierno y el verano, la guerra y la paz. *Bien y mal son una cosa* —nos dice Heráclito— todo lo existente es uno. El sol necesita de la tierra para existir, y por esta razón avanza sobre ella. Pero a su vez la tierra necesita del sol y lo hace retroceder. Pero éste es un avanzar y un retroceder armónico, ninguno puede ser plenamente el otro porque entonces ya no sería. Si el sol fuese toda la noche ya no sería el sol; y si la noche fuese todo el sol ya no sería la noche. Por esta razón ninguno de los contrarios puede rebasar ciertos límites: "El sol no rebasará sus medidas; si no, las Erinias, ministras de la justicia, sabrán encontrarle". Surge en la naturaleza una idea que pertenece a la vida humana, la justicia, que igual que en la vida del hombre, es un querer dar a cada uno lo que es suyo. Surge la justicia como la guardiana de la seguridad de todo cuanto existe. Para explicarse a la naturaleza, Heráclito se sirve de un concepto que pertenece a la experiencia de la convivencia humana. Heráclito hace esto por-

que, para explicarse la naturaleza, para decir con palabras lo que ésta le ha dicho con señales, tiene que servirse del lenguaje de los hombres, su propio lenguaje. Y este lenguaje es un lenguaje hecho para entenderse entre sí, para entenderse en sus relaciones cotidianas. En este lenguaje sacado de la convivencia humana Heráclito tiene que explicarse y explicar a los demás el ser de la naturaleza. Por esta razón, todo cuanto nos dice Heráclito sobre la naturaleza es una transcripción de la vida humana, de la manera como se comportan los hombres, unos frente a otros. Para entender y hacerse entender. Heráclito tiene que explicarse en metáforas, tiene que comparar el mundo físico con el mundo de la vida humana. El mundo del hombre se refleja en el mundo de la naturaleza.

En este lenguaje, Heráclito sigue predicando la unidad del todo, y nos dice que de la discordia se han generado todas las cosas. "La guerra es la madre de todo, la reina de todo, y a los unos los ha revelado dioses, a los otros hombres; a los unos los ha hecho esclavos, a los otros, libres". Pero en medio de esta divergencia todo conviene consigo mismo. Todo es uno, lo que sucede es que los hombres no alcanzan a ver esa unidad. *La naturaleza humana no posee la verdad; la divina es quien la posee*. El hombre sólo ve el cambio porque no es capaz de ver todo; si fuese capaz de ver todo como la divinidad, vería entonces que todo es uno.

"Para el dios, bello todo y bueno y justo; los hombres juzgan lo uno justo lo otro injusto". Aquí se refiere Heráclito a aquel problema que ya hemos visto, el de la perspectiva: los dioses, como ven todo, sólo ven lo único, lo bueno, lo justo. En cambio, los hombres sólo ven una parte de la realidad porque su perspectiva es limitada. Además, como seres limitados que son, están necesitados, y esta necesidad los constriñe a tal grado que sólo ven aquello que necesitan. Por esta razón, lo que para unos hombres es bueno, para otros hombres es malo. Lo que para unos hombres es justo, para otros hombres es injusto. Lo que para unos hombres es bello, para otros hombres es feo. Heráclito nos da una serie de ejemplos para mostrarnos cómo la naturaleza al ser una es a la vez muchas cosas, en sí mismas contradictorias, según sean las necesidades que satisface: "Los asnos prefieren la paja al oro. Los bueyes son felices cuando encuentran arvejas que comer". "La mar es el agua más pura y más impura, para los peces potable y saludable, para los hombres impotable y mortal. Los cerdos se lavan en el cieno, las aves de corral en el polvo y la ceniza". La naturaleza divina, como no necesita de nada, alcanza a ver todo. La naturaleza humana como necesitada que es, sólo alcanza a ver aquello que más necesita. Este necesitar la obliga a estimar, a escoger dentro de lo que en el mundo hay. Este estimar es un valorar. El hombre valora,

ve valores en el mundo que lo circunda. Los valores sólo existen para el hombre, sólo el hombre intuye valores. Al estimar, el hombre divide todo lo existente en dos grandes campos: el campo de los valores positivos y el campo de los valores negativos. Por la existencia de unos se ha dado cuenta de la existencia de los otros. Nos dice Heráclito: "Para los hombres no es mejor cuanto quieren: la enfermedad ha hecho grata la salud, el mal el bien, el hambre la hartura, el trabajo, el descanso". Todo es uno. "Bien y mal son una cosa", pero el hombre, al valorar, ha dividido el mundo, lo ha puesto en pugna, lo ha puesto en guerra, en lucha consigo mismo. El cambio, lo diferente en el mundo es el resultado de las necesidades del hombre. Imaginemos a un hombre sin necesidades: estoy seguro que éste no sentiría el cambio; pero también estoy seguro de que no existiría, puesto que no se daría cuenta de nada. Por eso, sólo para una naturaleza divina —no necesitada, situada por encima de todas las cosas, ajena a ellas— existe lo *uno*. Los dioses, como seres no necesitados de nada, verán sólo un mundo no necesitado de nada, único. El hombre, como ser necesitado que es, ve en el mundo reflejada su vida. El hombre, como ser que se está haciendo, que actúa, que quiere ser; al explicarse el universo se proyecta e imagina un mundo que actúa, que se está haciendo como él se hace. El hombre Heráclito, lleno de necesidades, dota a la

naturaleza de necesidades. La naturaleza se mueve, camina, porque necesita de su contrario: "El fuego eterno es indigencia y hartura" en su pugna con la tierra, necesita y a la vez es necesitado. Pero fuera de este sentir, de este ver la naturaleza desde una perspectiva humana, está la unidad, lo firme, lo seguro, que sólo la razón sabe encontrar y decir.

*

Veamos ahora cómo ve Heráclito al hombre. En la misma naturaleza del hombre encuentra Heráclito la inquietud, el actuar, la necesidad del cambio: "Fatiga es penar y ser mandado por los mismos. Cambiando reposa. Hasta la cerveza se descompone si no se mueve". El hombre es un ser que se está haciendo, en su misma naturaleza está el que no sea algo firme; por esta razón se fatiga cuando continuamente repite un acto. Y es que se mecaniza, se convierte en cosa, se afirma. Tropezamos aquí con una paradoja. Hemos dicho que el hombre necesita afirmarse, que necesita seguridad; que anda a la busca de algo en qué apoyarse. Hemos dicho que es un ser que se mueve de aquí para allá porque no encuentra dicho apoyo. Ahora decimos que no está en su ser el afirmarse. Y es que el apoyo que busca no es un apoyo sobre el cual se inmovilice. Al contrario, busca un apoyo donde puede moverse libremente. Busca un apo-

yo que le permita moverse en todos sentidos, ser libre en todos sentidos. El apoyo que busca no se reduce a cualquier cosa. Aquello en lo cual quiere apoyarse ha de ser suficiente, ha de ser completo. Y cada cosa no vale para el hombre aisladamente, sino que vale en relación con las otras cosas. Cada cosa completa su ser en otra, y ésta en otra y otra en un encadenamiento que abarca todo lo existente. Por esta razón el hombre busca su apoyo, no en una cosa aislada, incompleta, sino en una cosa completa, y esta cosa completa es todo lo existente. El hombre busca su apoyo en el universo. Sobre el universo es donde se siente seguro. Sobre todo el universo es donde puede moverse a su antojo. Sobre el universo es donde encuentra su máxima libertad. Sólo en ese punto puede reposar cambiando. Lo que intenta el hombre es escapar a la realidad. Quiere escapar de lo que le aprisiona, de lo que estorba su libertad. Quiere dejar de ser una cosa entre tantas cosas del mundo. Heráclito siente un gran desprecio por el hombre inanimado, por el hombre que es sólo una cosa. Siente desprecio por los cadáveres, por la materia que aprisiona al hombre. "Vale más arrojar cadáveres que estiércol". Es que siente horror, no quiere ser cosa, sino un ser que se dé cuenta de las cosas, que hable de las cosas; quiere ser la razón de todo.

Heráclito nos dice que son "una misma cosa en nosotros lo vivo y lo muerto, lo despierto y lo dor-

mido, lo joven y lo viejo: lo uno movido de su lugar, es lo otro, y lo otro a su lugar devuelto, lo uno". Es la misma persona la que vive y la que muere, la que está despierta y la que está dormida, la que es joven y la que es vieja; pero a pesar de que es la misma persona, ésta camina, y cambia porque el tiempo es el que mueve lo vivo a lo muerto, lo despierto a lo dormido, lo joven a lo viejo; y los mueve como si estuviera jugando al ajedrez. Heráclito ve al tiempo como un principio y un fin del hombre. Nos dice que el hombre se enciende y apaga como una luz de noche. El tiempo es el que lleva al hombre desde que nace hacia su muerte. Nos dice Heráclito que los hombres, "cuando nacen desean vivir y sufrir su destino —o más bien gozar del reposo, y dejan tras ellos hijos para que sufran a su vez su destino".

El hombre —según Heráclito— nace para vivir, para actuar y para sufrir su destino. Este su destino es su muerte adonde dice el tiempo; pero Heráclito agrega: "o más bien gozar del reposo". Pero ya hemos visto que para Heráclito el reposo es cambio. El hombre en su muerte quiere gozar de un reposo que consiste en cambiar, en un seguir siendo, en un seguir existiendo. Pero no todos los hombres logran esta muerte. Heráclito nos habla de una muerte hacia arriba —que es la muerte de los héroes—. Las almas de los héroes son almas ígneas que escapan a los hombres. Pero también

hay una muerte hacia abajo, la muerte por agua. Esta muerte la reciben los que no pueden luchar contra las pasiones. Estos hombres, a cambio del placer que reciben pierden su alma: "Difícil luchar contra el deseo: lo que quiere, lo compra con el alma". Como ejemplo de viciosos nos ofrece Heráclito al borracho. Del borracho nos dice que cuando se embriaga, es arrastrado por un mozalbete, vacilante, sin comprender a dónde va por tener húmeda el alma. El que bebe humedece su alma, y cuando muere la pierde en esa humedad. Se queda abajo, se convierte en cosa. Esta visión de cosa nos la ofrece en el retrato que hace del borracho. En el borracho nos ofrece la impresión de cosa inerte, que se mueve mecánicamente. Desde abajo, perdido entre las cosas, el hombre deja de existir, pierde su alma, se pierde a sí mismo. En cambio, el que tiene el alma seca se salva. El alma seca es la más sabia y mejor. El alma seca es la que se va hacia arriba, la que se sitúa sobre todo, la que ve todo, la que conoce todo.

Ideas parecidas nos ofrece Heráclito al referirse a los que están despiertos y a los que duermen: "Los que están despiertos tienen un mundo común, pero los que duermen se vuelven cada uno a su mundo particular". Los que están despiertos son los que ven, y los que ven, ya lo hemos dicho, piensan sobre lo que han visto. Este pensar sobre las cosas es común a todos los hombres: *Común es*

a todos el pensar. En cambio, los que duermen no ven y por consiguiente tampoco pueden pensar. Por eso queda cada durmiente en su mundo particular. No tiene nada que decir, no tiene nada que comunicar, porque nada ha visto, no sabe de nada. El que duerme se convierte en una cosa, se vuelve una de las múltiples cosas que hay en el mundo. Se convierte en una cosa más, desunida, desarticulada de todo cuanto existe.

*

Heráclito nos ha dicho que es común a todos el pensar, y luego agrega: "Menester es que quienes hablan con mente se hagan fuertes en lo común a todos, como la ciudad en la ley, y mucho más fuertemente aún. Pues todas las leyes humanas son alimentadas por la divina única, que impera tanto cuanto quiere, y basta a todo, y de todo redunda". Ya al principio de los fragmentos Heráclito nos ha dicho que sabio es el que escucha a la razón. También nos ha dicho que no todos los hombres saben escuchar, que para aprehender el pensamiento que rige el universo, hay que saber ver y escuchar; pero que es tan difícil esto, que sólo pocos hombres lo logran. Los hombres que logran esto son los sabios. Ahora nos dice que es menester que esos hombres que han logrado conocer la naturaleza, venciendo las dificultades que ofrecía este

conocimiento, fortifiquen lo común. Es decir, que enseñen a los demás hombres a pensar. Lo común vendrá a ser como la ley que vale para todos por igual, que rige a todos. Y así como se obedece a la ley, hay que obedecer a lo común. Surge aquí el filósofo como un consejero de los demás. Surge aquí como director de los demás hombres, como gobernante. Hay que obedecer al que sabe: "Ley también, obedecer al consejo de uno". Este uno si es el mejor vale por diez mil, nos dice Heráclito. Es más, Heráclito impreca duramente a los que se niegan a obedecer al sabio. Nos dice que el sabio, a diferencia de la masa, lo da todo por obtener la fama entre los mortales; en cambio, la masa se atiborra como bestia. La masa está compuesta por los ignorantes, por los que no conocen; por esta razón, al igual que los perros, ladran al que no conocen.

Después de esto, nos damos cuenta de lo que pretendía Heráclito cuando hablaba de las dificultades del conocimiento. Lo mismo que cuando hablaba de que en medio de todo el movimiento, de todo el cambio de la naturaleza, había algo que permanecía firme, rigiendo sobre todo el universo; armonizando, haciendo justicia. Este algo era un pensamiento, una razón que lo pilota todo por medio de todo. Este algo, este pensamiento, lo llama Heráclito lo *sabio*. Y este *sabio*, nos decía también Heráclito, está separado de todo, sobre todo. Al hablar de todo eso, Heráclito preparaba la jus-

tificación de su deseo de mandar. Si lo sabio estaba sobre todo, aun sobre el pensamiento que lo pilota todo; era de ley, de razón, que el sabio mandase sobre todos los hombres, que los gobernase, que los dirigiese. El mundo está en perpetuo cambio, en eterna lucha; pero en medio de este cambio hay una razón firme y segura, la razón de ese cambio. Apoyándose sobre esta razón que no cambia, es como el hombre puede obtener su seguridad. Ahora bien, esta razón sólo la conoce, sólo la posee el que ha sabido escucharla. El único que ha sabido escucharla es el sabio. Más concretamente, el que dice todo eso, el autor de los fragmentos, Heráclito. Heráclito ofrece la anhelada seguridad a los hombres, pero a cambio de ello pide que le obedezcan.

MEYERSON
Y LA FÍSICA MODERNA*

ANTONIO CASO, *Meyerson y la física moderna*. La Casa de España en México. 1939.

El maestro Caso, incansable buscador de la verdad, a cuya búsqueda ha dedicado toda una vida, su vida, en este brillante ensayo nos hace partícipes de la callada tragedia que implica la búsqueda de esa inalcanzable verdad. La obra del ilustre filósofo francés Emile Meyerson, *Identité et realité*, da al maestro Caso el tema, su tema, de la aprehensión de la verdad. ¿Cuándo tenemos la verdad? ¿Cuándo alcanzamos la verdad? La verdad la tenemos, la verdad la alcanzamos, cuando nos explicamos la realidad, cuando identificamos

* Publicado en *Tierra Nueva. Revista de Letras Universitarias*, año I, núm. 1, UNAM, enero-febrero de 1940, pp. 53-54.

esta realidad con nuestros conceptos. La verdad es nuestra cuando encerramos todo cuanto existe en la palabra, en nuestra palabra, en el "logos", en nuestro logos. Es nuestra la verdad cuando suprimimos toda diversidad, todo desconcierto, cuando todo está en orden, reducido a la unidad. Alcanzar la unidad de todo cuanto existe es el anhelo mayor del hombre, porque el hombre necesita esa unidad para asentarse en ella, para apoyarse firmemente. El mundo de Heráclito es una amenaza para la seguridad del hombre; frente a este mundo se ha levantado el hombre Parménides, con su mundo firme, seguro, único, pero éste es un mundo en que se ha rebanado la realidad; la realidad estorba y se corta; pero a pesar de esa amputación la realidad existe, y hay que contar con ella. El maestro Caso cuenta con esta realidad, se enfrenta con ella, sabe que el hombre necesita la verdad, pero la Verdad con mayúscula, la Verdad que abarque a la misma realidad por escapadiza y rebelde que sea. Y es lo que hace el maestro. Lejos de amputar la realidad, cuenta con ella. Rechaza el cómodo cerrar los ojos a lo real, y señala tarea, una tarea infinita, la tarea de enfrentarse con la realidad y conquistarla palmo a palmo. El doctor Caso sabe que siempre quedará un fondo de irracionalidad, que cada conquista de la razón señalará nuevas zonas de irracionalidad, pero de eso es de lo que se trata precisamente, de tener tarea, de tener un quehacer, de renovarse

continuamente, y sólo se renueva el insatisfecho, el que sabe que hay siempre algo más allá. El maestro Caso sabe de ese espíritu de nuestro tiempo, tan doloroso por insatisfecho, sabe de esta época en que "palpita un espíritu de indagación, de insatisfacción, que nos sitúa transidos de asombro, ante el portento del Universo". El asombro, he ahí una característica de juventud, de espíritu de renovación. El asombro también nos explica esa simpatía que posee el maestro Caso, que ha sido maestro de varias generaciones, y lo seguirá siendo mientras viva, porque sabe asombrar. El joven insatisfecho que acude a su cátedra siempre ha salido satisfecho de ella, siempre ha encontrado allí lo que él necesita: materia para crear; se ha encontrado con que en el mundo siempre hay algo de qué asombrarse, algo nuevo. Y es que el mismo Caso va siempre de asombro en asombro, por esto siempre ha tenido algo qué decirnos. Siempre lo hemos encontrado atento, alerta, captando las más leves señales de la verdad. Siempre nos ha parecido verlo en actitud de asombro frente al mundo, transmitiendo este asombro a sus discípulos. Este último libro del maestro es eso, una invitación a un infinito asombro, a una infinita indagación, a un preguntarse siempre. ¿Qué es eso?, ¿y eso? Frente a posturas filosóficas que dicen poseer la verdad, que dicen tener un concepto exacto del Universo, el joven, el estudiante, queda anonada-

do, pues su vida resulta inútil, ya no queda nada que hacer, ya todo está hecho, no queda otra cosa que repetir, y la repetición es mecánica, inhumana, nos aleja de nuestro ser hombres. Pero frente a un mundo en que es todo distinto, frente a un mundo del cual a medida que más se sabe, aumenta nuestra ignorancia, la cosa es distinta, el mundo de las posibilidades aumenta, la vida adquiere un sentido. Hay labor, hay quehacer para todos, y decir quehacer es decir vida.

Ensimismamiento y alteración*

José Ortega y Gasset, *Ensimismamiento y alteración*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, Argentina, 1939.

Desprendidas, sueltas por el mundo, van una serie de ideas y conceptos equívocos. Desprendidos del hombre, porque nada le dicen y carecen de sentido. Sin embargo, a pesar de no decir nada al hombre, y de carecer de sentido, influyen sobre éste, le mueven en una u otra dirección, le agitan, le sacan de sí, en una palabra, *le alteran*. ¿Cuáles son estos conceptos que sin decir nada al hombre, son capaces de alterarle? Ortega se refiere a ellos, son los conceptos de lo social, que no obstan-

*Publicado en *Tierra Nueva. Revista de Letras Universitarias*, año I, núm. 2, UNAM, marzo-abril de 1940, pp. 118-120.

te el objeto a que se refieren, nada expresan acerca de él. A pesar de que el hombre no los entiende se preocupa por ellos, porque pertenecen a una de las dimensiones más cercanas a su humanidad, a su comercio con los demás, con los otros. El hombre se encuentra inserto en el mundo, en su mundo, rodeado de múltiples cosas entre las cuales tiene que vivir, tiene que convivir; entre estas cosas están sus semejantes, los otros hombres. El hombre para vivir tiene que hacer su vida con los medios que le ofrece el mundo en el cual se encuentra; comprende que hay otros individuos semejantes a él, que tienen igualmente que hacer su vida, con lo que el mundo les ofrece; pero este mundo del que tanto necesitan los hombres no necesita nada de ellos, los hombres le son ajenos, por eso no les da nada, sólo se deja tomar, y esto únicamente en lo que es, en lo que tiene, sin importarle que el hombre necesite más de lo que tiene. El mundo resulta insuficiente para los hombres, que desesperadamente se apresuran a tomar lo más posible sin detenerse ante las necesidades de los demás, surge la violencia, y con ésta el estado de inseguridad. Ahora bien, no es en estado de violencia, de *alteración*, como el hombre puede realizarse y hacer su vida. Ortega nos dice cómo el hombre es distinto del animal en que el primero, a diferencia del animal que siempre está alterado, es un ser que se *ensimisma*. Mientras el animal encuentra su apoyo

en el exterior, en el mundo que le rodea, frente al cual está siempre alerta para no perder el apoyo; el hombre se apoya en sí mismo, tiende a reconcentrarse, a salirse del mundo, y sólo se sale del exterior entrando en sí, y tal es lo que el hombre hace para ser hombre, entrar en sí mismo, apoyarse en sí mismo. Pero en el estado de violencia esto no es posible. Cada hombre altera a su semejante, se convierte en un peligro, tiene que estar alerta, vigilar los movimientos del otro, para atacar o defenderse.

El hombre para poder existir se encuentra con que no sólo tiene que vivir, sino también que *convivir*. Se encuentra con que no sólo vive para sí, sino que también vive para otros, que es en sí mismo una amenaza o una ayuda para los otros, igual que ellos lo son para él. Ya no se trata de vivir y obtener del mundo todo lo que éste sea capaz de darle, sino que también tiene que contar con sus semejantes, tiene que limitarse a lo más necesario para que los otros hagan lo mismo y de amenaza se conviertan en ayuda. La sociedad es así una necesidad humana, el hombre sólo puede vivir en sociedad. Sólo la vida social puede darle la base para realizarse. Sólo en la sociedad puede encontrar la seguridad. Por esto es que lo social le interesa, le preocupa. Sin embargo, por una serie de fenómenos, lo social, los conceptos que a ello se refieren, a la sociedad, han sido escamoteados, y

lejos de servir al hombre para que busque su apoyo, su base, le han sido substraídos y se han sacado hacia fuera, y desde afuera le excitan, le provocan, le alteran. Lo social que es algo que pertenece a la esencia misma del hombre, ya que en último término el hombre no viviría sin un testigo de este su vivir, se ha escapado de su ser, se le ha desprendido, ha perdido su sentido, no sabe qué es eso que anda por ahí, no puede explicárselo, sin embargo, y esto es lo más grave, eso que anda por ahí influye sobre él, le tiraniza, le obliga a actuar, le pone a la defensiva. ¿Defensiva contra quién? Defensiva contra los otros, contra el sentido que cada hombre quiere dar a esos conceptos, porque ahora, faltos de su sentido original son objeto de múltiples concepciones equívocas; frente a esta multiplicidad en que nada se sabe de lo que es preciso saber el hombre vuelve a sentir la inseguridad, vuelve a la defensiva, vuelve en busca de apoyo. Falto de apoyo es fácil presa del demagogo que se encarga de que no vuelva en sí, de que permanezca alterado, para lo cual se sirve de los conceptos que tan íntimamente estaban ligados a la vida del hombre, de los conceptos que se refieren a lo social. Estos conceptos han perdido su primitivo sentido, y no tienen otro que el que quiera darles el demagogo. El hombre fuera de sí grita y se mata sin saber por qué lo hace, pues cree hacerlo por una cosa que resulta ser otra, dándose espectáculos como el de

nuestros días en que se barajan las ideas, se las escamotea, se las transforma, apareciendo una cosa y resultando otra en las diestras manos del hábil prestidigitador que es el demagogo. Para salvarse, al hombre no le queda otro remedio que el volver a sí mismo, atrapando esas ideas desprendidas y colocadas en su verdadero lugar, que es el del hombre mismo. Hay que ver lo social desde el punto de vista humano, desde el hombre. Esto es lo que ha intentado el pensador español en su *Seis lecciones sobre el hombre y la gente*, una de cuyas lecciones es ésta, titulada *Ensimismamiento y alteración*, a modo de prólogo del problema central antes dicho. Ojalá y la prensa nos dé pronto a conocer el resto de las lecciones ya que no hemos sido tan afortunados de escucharlas de viva voz del maestro Ortega y Gasset.

El sentido de responsabilidad en la filosofía actual*

Toda filosofía trata de contestar a una serie de problemas, de *aporías*, de dificultades, con que el hombre tropieza en su mundo. Estas dificultades no son nunca las mismas: en cada época, en cada generación, en cada hombre, se van planteando nuevas dificultades. Cada generación se encuentra con la necesidad de resolver una serie de problemas que no se planteaban a las generaciones anteriores. Lo que sucede es que cada hombre, al modificar su circunstancia, hace de sus modificaciones problemas para los demás hombres. Lo que son soluciones para unos, son problemas para otros. La leyenda del "pecado original" da buena

* Publicado en *Tierra Nueva. Revista de Letras Universitarias*, año I, núm. 3, UNAM, mayo-junio de 1940, pp. 136-146.

idea de esto. La acción personal de la primera pareja humana se hace problema para la salvación de todo el género humano.

El hombre tropieza en su circunstancia con dos clases de obstáculos: los *naturales* y los *humanos*. Respecto a la solución de los primeros no se encuentran grandes dificultades, ya que todos los hombres pueden ponerse de acuerdo en los medios para solucionarlos y cooperar a ello; por lo que respecta a los segundos no sucede lo mismo: aquí cada hombre trata de realizar lo que le es propio, lo que concuerda con su personalidad. Cada hombre tiene su punto de vista propio, su personalidad, y es de acuerdo con ella que se enfrentará y modificará su circunstancia; pero dentro de esta circunstancia hay otros hombres que también intentan realizar su personalidad. El resultado es el choque, la continua polémica con una circunstancia siempre cambiante por obra de los hombres que en ella *conviven*. De esta forma, cada generación tendrá que enfrentarse a problemas que tienen su origen en lo que fueran soluciones para otras.

Por esta razón, la filosofía que trata de contestar a las interrogantes que el hombre se hace frente a las dificultades que se le plantean, tendrá que ser una filosofía circunstancial. El hombre se planteará los problemas que encuentra en su circunstancia, los que serán siempre distintos, aunque nominalmente parezcan ser los mismos. Los

problemas eternos no lo son sino nominalmente; para cada hombre estos problemas serán personales, únicos, y la solución será también personal, de acuerdo con sus circunstancias. El no ver esto es lo que da origen a que la filosofía aparezca en su historia como una serie de contradicciones, en la que cada pensador asegura tener la razón, poseer la verdad. Lo que sucede es que cada pensador ofrece las soluciones que son menester a los problemas que le urgen, a los de su circunstancia. El querer dar las mismas soluciones a problemas que no tienen otra cosa de común que el nombre conduce al fracaso, ya que no se adaptan a las circunstancias. El filósofo debe buscar soluciones adecuadas a los problemas que se le plantean.

Muchas de las soluciones dadas en otras épocas cristalizan y pasan a formar parte de circunstancias subsecuentes. Estas soluciones adquieren una fuerza tal que se imponen a los individuos, se imponen a sus vidas. El hombre, en vez de buscar soluciones para su vida, hace su vida de acuerdo con las soluciones. Las soluciones, en vez de resolver sus problemas, se hacen problemas para resolver. Se trata de soluciones que pretenden imponerse a la realidad porque ya no concuerdan con ella. Se trata de soluciones que fueron buenas en otra época en que concordaban con su circunstancia, a las que se sigue suponiendo su bondad en circunstancias que ya no concuerdan. En vez

de que las soluciones concuerden con su circunstancia, se quiere que ésta concuerde con las soluciones. Hay una verdadera disociación entre los problemas y las soluciones. La filosofía se encuentra con estas soluciones cristalizadas en forma de problemas a resolver. Se presentan como obstáculos a las soluciones que en un momento histórico son menester dar.

Este cristalizar de soluciones dadas en la vida humana se debe al carácter histórico que posee esta vida. La vida humana es historia: el hombre para vivir necesita de sus semejantes, recurre a la vida de éstos, a sus experiencias. La vida, la experiencia de los hombres, se recordará por otros para servirse de ella; este recordar de los demás es lo que forma la historia. El hombre recurre a la historia en busca de medios con que enfrentarse más eficazmente a su circunstancia. En la historia van cristalizando las formas de vida de los hombres, en ella cristalizan las soluciones que han dado a sus problemas. El hombre necesita resolver sus problemas lo más pronto posible, y esto sólo lo logra confiándose a los demás, confiando en las soluciones que los otros han dado a sus problemas. El hombre busca en la historia los medios más adecuados, las mejores soluciones. Las mejores soluciones las encontrará ahí donde las circunstancias sean más parecidas; de donde resultan los paralelismos históricos, la simpatía por ciertas épocas.

No es extraño que en nuestros días se hable de una vuelta a la Edad Media, ya que algunos pensadores encuentran semejanzas de dicha Edad con la nuestra, y se supone que nuestros problemas se pueden resolver en la forma como el hombre medieval resolvió los suyos. Pero en la realidad no se resuelven los problemas en la misma forma como otras épocas han resuelto los suyos. El hombre necesita de las experiencias de los demás, pero también necesita adaptar éstas a las nuevas circunstancias. El hombre no inventará nuevos instrumentos pero sí los adaptará, los transformará. Las soluciones dadas tendrán que cambiar como cambian las circunstancias.

La filosofía recurre a su historia y busca las soluciones más adecuadas a sus problemas. Estas soluciones las encuentra en diversos pensadores, según los problemas que se plantea. Las soluciones de un Platón, de un Aristóteles, de un San Agustín, de un Kant o un Hegel son adoptadas para ciertos problemas; pero si se observa bien, se verá que las soluciones son transformadas de acuerdo con los problemas planteados, de acuerdo con las circunstancias y los individuos que las utilizan. Cada filósofo hará de los pensadores que utiliza, instrumentos para resolver sus propios fines. De aquí que nos encontramos a un Heráclito sirviendo a la tesis hegeliana del devenir histórico; pero no se trata del original Heráclito, sino de un Heráclito

visto por Hegel, sirviendo a los problemas que Hegel se plantea y no a los problemas que Heráclito debió haberse planteado; se trata de un Heráclito modelado por Hegel. De igual forma nos encontramos con Aristóteles escolástico o un Platón neokantiano. Es que cada pensador no hace sino plantearse los problemas que le son inmediatos, los de su mundo, los de su vida, y para resolverlos se ayudará de las soluciones dadas, pero transformándolas, adaptándolas. Cada problema y su solución serán algo personal, único, de quien los ha tropezado; serán experiencia para otros pero no solución.

*

Hay épocas históricas en que el hombre llevado de una inercia se abandona a las soluciones dadas por los demás. En vez de hacer su vida trata de acomodarse a vidas hechas. Hace su vida conforme a ciertos patrones que ha encontrado hechos. Es en estas épocas en que el pasado histórico en vez de ayudar a la realización de lo que es propio al hombre se convierte en obstáculo, estrecha la vida del hombre, lo modela, le quita su libertad. Nuestra época es de éstas. El pasado histórico pesa en extremo sobre el hombre actual. Cada día que pasa, la relativa libertad de que el hombre goza en su circunstancia, se va estrechando. El hombre se

encuentra con un sinnúmero de dificultades, no sabe qué hacer con toda la historia que sobre él pesa. El hombre se encuentra con una multitud de experiencias cristalizadas, de soluciones dadas que ya no concuerdan con los problemas que se le plantean; pero no sabe qué hacer con ellas, están en su circunstancia y le estorban. La historia se convierte en un problema urgente para el hombre actual; lo hecho por otras generaciones sigue pesando sobre él, le hace tomar determinaciones, obrar en forma que carece de sentido para su propia vida. El hombre actual se ha tropezado con la vida de otros hombres que obstaculizan la suya. Los demás hombres al realizar su vida de acuerdo con ellos mismos han cerrado la circunstancia del hombre actual. Al hombre no le quedan sino dos caminos: conformarse y continuar viviendo una vida que le es ajena o enfrentarse a su circunstancia y buscar sus propias soluciones, hacer su propia vida.

La filosofía actual es la del hombre que se enfrenta a su amenazante circunstancia, la del hombre que trata de salvar su libertad, su individualidad. El hombre que trata de salvarse ve cómo le van fallando uno a uno los medios de salvación que encuentra en la historia; antes más bien encuentra que esos medios son ahora verdaderos obstáculos. Los medios, los instrumentos que se tratan de imponer al hombre como salvadores, ca-

recen de sentido; y carecen de sentido porque le son ajenos, porque no son los que necesita para salvarse. Hay una confusión entre los problemas y su solución, por eso no se adecúan. Se necesita aclarar, despejar, poner cada cosa en su lugar, sólo así se podrá dar las soluciones adecuadas a los problemas que se presenten. Esta es la labor que se da la filosofía. La filosofía actual se lanza a este problema de despejamiento, buscando sentido a la multitud de obstáculos que se le presentan.

La filosofía actual, como toda filosofía, empieza por buscarse un punto de partida, una verdad; pero una verdad única y segura, una última verdad que no suponga ninguna otra, una verdad sobre la que pueda apoyarse. Una a una se van rechazando todas las verdades que se van dando, y se rechazan porque siempre suponen otra más; porque se van convirtiendo en problemas. De este rechazar al final no queda sino el acto de rechazar. Lo último que queda es la vida: el rechazar, el aceptar, el actuar, el hacer algo. No se quiere decir con esto que antes no se haya caído en la vida. Todo hombre sabe que existe, sabe que vive; pero por lo mismo que vivir es actuar, el hombre sólo ha tenido atención para aquello sobre lo que actuaba o con lo que actuaba; sólo atendía a los objetos sobre los que actuaba, o a la conciencia que se daba cuenta de ellos. Al hombre le había preocupado lo que fuera de su vida, pero no lo que era su vida. La preocu-

pación de salvar su vida hacía que no se detuviese a preguntar qué era su vida. Es la filosofía actual la que se detiene ante esta primaria verdad, ha caído en la cuenta de que lo que el hombre hace es porque vive, y que lo hace para vivir. Las preguntas que anteriormente se hacia el hombre sobre lo bueno, lo santo, lo justo, etc., no eran en el fondo sino preguntas sobre lo que había de hacer, sobre cómo había de vivir. Vivir es eso, el tener que actuar, el tener que hacer algo con las cosas, con el mundo, con la circunstancia.

Se vive porque el mundo mueve al hombre a vivir, a actuar; el mundo es el término necesario de la acción del hombre. El hombre necesita de su mundo; el hombre es mundo porque el parte del mundo, y siendo parte de él, lo necesita. Pero lo que hace de un hombre *un hombre* es el no querer *ser* su mundo, sino *hacer* su mundo. El hombre no quiere ser algo hecho, sino algo que él mismo se haga. El hombre no acepta al mundo como *es*, sino que lo quiere *hacer*, se trata de un *desmundanizar* al mundo, a lo cual éste se resiste. Se entabla una lucha entre el hombre y el mundo. La existencia del hombre depende de esa lucha, porque si el mundo ofrece tal resistencia que el hombre ya no pueda actuar sobre él, entonces el hombre deja de existir como tal. La vida se ofrece como una continua inseguridad, como el hombre depende del mundo, su existencia no está segura, tiende entonces

a escapar del mundo, a *desmundanizarse*. Pero no por eso el hombre deja de ser mundo, no por eso deja de ser parte del mundo. Este *desmundanizarse* sigue siendo acción sobre el mundo, sigue siendo vida; la inseguridad continúa, el hombre necesita apoyarse sobre algo, y este apoyo sólo se lo puede dar el mundo, sigue dependiendo del mundo, sigue corriendo el peligro de ser mundo, de dejar de ser *hombre*. La filosofía actual ha caído en la cuenta de que el hombre es inseguridad, de que su vida, de que la posibilidad de vivir está precisamente en la inseguridad. Es la inseguridad la que mueve al hombre a actuar, es decir, a vivir. Si el hombre lograse escapar plenamente al mundo como lo desea para su salvación, entonces dejaría de vivir, perdería su vida; porque en un mundo seguro, en un mundo hecho por el hombre, conforme a sus deseos, la acción no era necesaria, no habría contra qué actuar, y al no haber acción no habría vida. Así se concluye que el mundo es necesario para el hombre, que es menester contar con él, que sólo con él y contra él puede el hombre existir.

Partiendo de este supuesto, la filosofía renuncia a construcciones ideales, trascendentes, y se enfrenta a la realidad que le es patente, a la realidad en que vive. Hay una especie de vuelta hacia el realismo ingenuo. Se quiere ver la realidad tal como se presenta, tal como se da inmediatamente al sujeto. Se atiende a los datos inmediatos de la

conciencia rechazando supuestos metafísicos; estos supuestos son examinados poniéndoseles en relación con la vida, persona y circunstancia de sus autores, y es en ellas donde encuentran su sentido original: surgen como trozos de vida de determinados sujetos y circunstancias. En este afán de realismo se busca una relación inmediata con la realidad, una relación directa, se la quiere tocar, sentir. La razón deja de ser el ente que imponía leyes a la realidad, volviendo a su primaria acepción de *hablar*, de decir. El hombre capta la realidad intuitivamente y la razón la aclara, la explica. Así, sin otro supuesto que el de la existencia humana, la filosofía examina la realidad, la expone, la describe, sin afirmar ni negar nada sobre ella. Sólo se va diciendo lo que se *ve*, lo que se da inmediatamente, lo que se da como fenómeno, sin juzgar sobre él. De esta manera se tiene la seguridad de que aquello que se da, cualquier cosa que sea, será algo real, algo qué se da al hombre y que no se puede negar. No importa que se trate de una fantasía, de una ilusión; la realidad es lo que se da al hombre inmediatamente, lo que el hombre vive en alguna forma.

Valiéndose de este método, la filosofía hace una descripción del supuesto en que se apoya: la vida humana. La vida aparece como un estar en el mundo, como un estar cercado por una multitud de objetos con los que el hombre está en continuo

intercambio. La vida aparece como una necesidad de obrar sobre el mundo que le circunda. La vida humana tiene un carácter que le es peculiar, el de no estar hecha sino el de tener que hacerse. El hombre tiene que ir haciéndose su vida, y se la hace con los medios que su circunstancia le da. El tener que hacerse su vida es lo que hace al hombre un ser libre. Cierto que es una libertad limitada, una libertad que depende de su circunstancia, que para hacer su vida tendrá el hombre que limitarse a lo que se le da. Pero el hombre es libre en cuanto puede escoger entre los escasos medios que su circunstancia le ofrece. Es libre en cuanto la circunstancia sólo le da los medios para hacer su vida, pero no se la hace. Esta escasez de medios y la tendencia a una plena libertad hace que el hombre trate de escapar de su mundo por medio de la imaginación, elaborando otras vidas, otros mundos ideales. Pero la filosofía de nuestro tiempo, que se ha dado cuenta de esta realidad humana, no acepta tales escapes. Y no los acepta porque sabe que sólo viendo la vida tal como es, enfrentándose a la realidad por dura que sea, es como se puede gozar de una verdadera libertad. Sabe que en un mundo donde no hubiese dificultades, la libertad no existiría, ya que todo se daría hecho. En un mundo donde no hubiese limitaciones nada habría que hacer, y no habiendo que hacer no habría libertad, no habría vida.

Pero hay otros caracteres más en la vida humana. Cuando el hombre se da cuenta de *su vida*, cuando sabe que ésta su vida tiene que hacérsela, cuando sabe que es el responsable de ella, sabe también que parte de su vida le ha sido hecha. El hombre empieza a hacer su vida cuando ya una parte de ella le ha sido hecha. El hombre se encuentra con un lenguaje, con unas costumbres, con una manera de comportarse, que no ha hecho él mismo sino que las encuentra hechas. Se encuentra con una cultura, perteneciendo y viviendo en ella, que ha sido hecha por otros, y sólo sobre la base de ésta puede hacer su vida. La base de su vida es vida ajena. Es este fondo de vida que le ha sido dado el que tiene que seguir modelando, al que tiene que dar una forma personal; con este fondo debe hacer su personalidad. Pero hasta el tener que hacer su vida es algo que ha aprendido, algo que todos los hombres hacen, algo que los demás le han enseñado. Esto lleva a la afirmación de que el hombre es un ser histórico. El hombre hace su vida con la vida de los demás; pero la hace conforme a su propia personalidad. Cada vida cambia al ser vivida por otro; por esto el hombre es un ser que está siempre cambiando. Son estos cambios los que forman la historia de la humanidad.

En el hombre se encuentra algo que le es propio y algo que le ha sido dado por sus semejantes. El hombre es *convivencia*, convive con otros indivi-

duos que le son semejantes. Lo que es propio del hombre, lo que forma su individualidad, *su propia vida*, es la forma como convive, la forma como aprovecha la vida de los demás, la forma como aprovecha las experiencias de la historia. En la forma como el hombre estima, escoge, hace su vida, está su personalidad. En esta relación del hombre con sus semejantes se da el discutido problema del *individuo* y la *sociedad*, problema que en nuestros días se agudiza, frente a las brutales consecuencias resultantes del no saberse qué es lo que el hombre tiene de sociedad y qué tiene de individuo.

El no haberse podido delimitar lo que en el hombre hay de individuo y lo que hay en él del mecanismo del grupo, de la sociedad, ha conducido a fatales extremismos cuyas consecuencias sufrimos en la actualidad. Por un lado, como sucedió en el siglo pasado, se extremó el *individualismo*. Cada hombre era ajeno a sus semejantes, no quería con éstos otra relación que la de protección a sus intereses, la que se resumía en el *Estado gendarme*, vigilando que nadie se metiera con nadie. Esta actitud individualista adquiría su carácter más extremoso en el anarquismo, un anhelo de destrucción de todo orden, por ser el orden un límite a la individualidad. Pero este querer una libertad absoluta llevaba a otros extremos, al del hombre que quería estar sobre todo, al de un hombre que para realizarse ante nada se detuviese, a la del *super-hombre*.

Es este tipo de individualismo, el de las grandes individualidades, el del super-hombre, el que tiene que sufrir nuestra época. Aquí el individuo trata de extender su individualidad a los demás hombres. Se quiere que todos los hombres actúen y piensen de acuerdo con un patrón que ha inventado un determinado sujeto. Se trata de sujetos que se creen salvadores de la humanidad, y piensan que esta salvación está en el acatamiento que se dé a las formas de vida por ellos inventadas. Estos tipos de individualidades que quieren imponer su vida a los demás los encontramos tanto en política como en religión o en filosofía. El político posee la fuerza material para imponer sus ideas cuando no bastan sus ideas. El religioso se vale de las otras vidas con las cuales amenaza o premia a quienes rechazan o acatan sus imposiciones. El filósofo, al carecer de la fuerza del político o el religioso, tiene que recurrir al convencimiento de los demás por medio del razonamiento. Estos tres tipos son en realidad uno solo, el del que quiere imponer su vida, dominar a los hombres, sólo que se sirven de distintos medios para lograrlo, aunque no es difícil encontrar en la historia individuos que reúnen las tres funciones.

El extremo contrario lo encontramos en los hombres que en vez de hacer su vida dejan la hechura de ésta en manos de otro. Estos tipos son los que forman la *masa*. Los dominadores encuentran su complemento en estos tipos. Existen unos

porque existen los otros. Estos "individuos" carecen de toda individualidad, viven vidas que les son dadas, que les son hechas. Hacen lo que los demás hacen. No innovan sino repiten. Son blando material dispuesto a dejarse modelar. Cuando surge alguien que se compromete a hacer sus vidas, inmediatamente se prestan a ello, se entregan incondicionalmente. Son masa porque como masa se dejan modelar por otras manos. Gracias a ellos los tipos dominadores adquieren su mayor fuerza. El dominador encuentra en ellos un poderoso instrumento para aplastar a los que no se quieren someter. Son instrumentos deshumanizados con los cuales los dominadores van cerrando, día a día, la circunstancia del hombre.

Estos diversos tipos los encontramos en todas las épocas, pero en nuestros días se ha llegado al máximo. La masa ha ido creciendo y crece día a día modelada por sus *dictadores*, por los que dictan lo que la vida debe ser, por los fabricantes de existencias. Estas masas han sido modeladas de acuerdo con la vida de sus forjadores y ahora forman parte de ellas. Las masas son ahora vida de sus dictadores, son como su carne y su sangre. El *dictador* tiene ahora un cuerpo monstruoso con el cual se ha lanzado a la "noble tarea de salvar a la humanidad", aplastando a los que quieren salvarse por su cuenta y riesgo. La libertad de escoger, la libertad de elegir, de hacer cada uno su propia vida, que es

lo que hace que un hombre sea hombre, es ahora amenazada por estos gigantescos salvadores. El *individualista*, el tipo que nada quiere tener que ver con los demás, el tipo que sólo se preocupa por sus intereses, creyendo que nada tienen que ver éstos con los de los demás, ha ido sacrificando a estos *demás* en las fauces del monstruo insaciable, con la esperanza de salvarse; pero cada uno de ellos va cayendo a su vez abandonado por los otros, por los que piensan igual que él.

La filosofía de nuestros días busca la salvación en un sentido de responsabilidad. Rechaza todo absolutismo del pensamiento, todo supuesto que no esté justificado en la vida humana, porque ve en ellos puros instrumentos de dominio de determinados sujetos. Ve en los supuestos metafísicos instrumentos para dominar al hombre. Se quiere que todo hombre sea responsable de sus actos, porque sólo en la responsabilidad se puede encontrar la verdadera libertad. No se acepta ningún escudo a la responsabilidad del hombre, porque tal cosa significa limitar la libertad, que es lo mismo que limitar la vida, la acción propia del individuo. Aceptar un fin ajeno al hombre, tener un destino predeterminado, un futuro hecho, es anular al hombre como tal. La salvación del hombre está en su individualidad, en lo que le es propio, y al hombre sólo le es propio el hacer su vida. Sólo al ser cada hombre responsable de sus actos es como se

evita caer en los extremos que hemos señalado; porque tanto la *masa* como el *dictador* y el *individualista* son irresponsables. La *masa* es tal porque no quiere responder ante nadie, por eso busca un responsable. El *dictador* no responde ante nadie, es a su vez un instrumento, el instrumento de una *idea fija*. El *individualista* rehúye toda responsabilidad, no quiere dar cuenta de sus actos, ni que se la den de los actos de los otros.

El *individuo*, el hombre que es tal, tiene que responder de sus actos ante sí y ante los demás. El hombre hace su vida frente a determinados valores, de acuerdo con ellos tiene libertad para realizarlos o no, o al menos para elegirlos. De la realización o no de estos valores, que podemos llamar *personales*, tendrá que responder ante sí. Pero al mismo tiempo tiene que realizar otros valores que podremos llamar *sociales*. Es la sociedad la que le impone la realización de tales valores, de su realización o no, tendrá que responder ante ella, con la diferencia de que aquí sufrirá sanciones. La realización de unos valores limita la de los otros. Los valores *personales* tienen sus límites en los *sociales* y éstos a su vez en aquéllos. El hombre se tiene que mover con sumo cuidado entre estos límites, cuidando de no salirse de ellos, pues de ellos tendrá que responder ante sí o ante la sociedad.

Los absolutismos en filosofía, las construcciones metafísicas, son observados a la luz de la nue-

va filosofía para ser colocados en el lugar que les corresponde, y este lugar es el de la vida humana. Se ve en tales construcciones la vida de determinados individuos y con ello la vida de determinadas épocas. Se ven en ellas construcciones de ciertos sujetos con vida propia, de cuya vida han tomado los elementos para sus construcciones. Se ve que tales construcciones han sido hechas de acuerdo con los medios encontrados, de acuerdo con determinadas circunstancias en las que el constructor se ha encontrado. Por esto estas construcciones no pueden tener un carácter absoluto o trascendente, que la única trascendencia será la de que a su vez sean vividas por otros sujetos, la de que se hagan objeto de vida de otros sujetos. Por eso tales construcciones dejan de ser absolutas y se convierten en puntos de vista, en visiones que sobre el mundo han tenido determinados sujetos.

Este construir sistemas, este fabricar supuestos metafísicos sobre los que el hombre busca su salvación, es algo que está en su naturaleza. El hombre es un *animal metafísico*. Es un *ser* que quiere ser más allá de la realidad y para esto lucha contra un *no ser* a que está condenado. Para salvar este su ser el hombre imagina vidas donde su ser continúa existiendo. Se plantea el problema de la muerte, porque la muerte se aparece al hombre como su fin. El hombre deja de ser en su muerte. La muerte es el fin de la existencia humana. Toda

vida está destinada a su muerte, es un *ser para la muerte*. El hombre ha visto cómo mueren los demás hombres, y sabe que mueren por ser hombres. El ser hombres sabe que la causa de la muerte de los hombres. Sabe que a su vez tiene que morir por ser también un hombre. El hombre se defiende contra lo que ha causado la muerte de sus semejantes, es decir, se defiende contra la naturaleza humana. El hombre encuentra en su propia naturaleza la causa de su muerte, y contra ella se opone, trata de *deshumanizarse*, trata de no ser hombre. Sabe que sólo dejando de ser nombre es como puede escapar a su muerte. Este actuar, este defenderse contra su muerte luchando contra su propia naturaleza, es lo que se llama vivir. El hombre vive para no morir. El hombre busca su salvación imaginando otras vidas desvitalizadas, es decir, deshumanizadas. Es en estos mundos, en estas vidas deshumanizadas, eternas, donde el hombre trata de resolver el problema de su muerte. La vida humana, la vida real, la vida en este mundo resulta inaceptable, se quiere escapar a ella, se la desprecia, se la teme.

Pero esta solución ya no es aceptada en nuestros días. Ya hemos visto cómo el hombre actual, y con ello su filosofía, trata de enfrentarse a la realidad tal como se le da, tal como se le presenta por dura que ésta sea. Al hombre actual no le queda otra solución que plantearse el problema tal como en la realidad se le presenta, o no pensar en él, olvi-

darlo. El hombre que trata de olvidar su muerte, el hombre que no quiere pensar en ella porque ya no puede darle una solución fuera de su humanidad, es el perteneciente al tipo del que llamamos anteriormente *masa*. El hombre masa no quiere pensar en su muerte y frente a este problema se conforma diciendo que todos tienen que morir. Como su vida es la vida de los demás, es la vida común, su muerte tendrá que ser la muerte de los demás. Como carece de personalidad, su muerte no es más que cuestión de número. Se trata de *uno menos* que se repone con *otro más*. No existe el problema de la muerte porque no existe el individuo. El hombre masa no muere porque no tiene vida propia, su vida es la vida del gigantesco monstruo colectivo al cual pertenece. Viviendo el monstruo, el que era individuo vive en él aunque haya muerto como persona, puesto que aquí no cuenta el individuo, su falta no es falta, el grupo existe de cualquier manera.

Pero el hombre que tiene su propia vida ve la muerte de otra manera. La ve como el fin de su vida, no piensa que todos tengan que morir, sino que cada uno tiene que morir. Y que en esta su muerte ya nada tendrá que ver con los demás. Sabe que en la muerte se está en absoluta soledad, en una absoluta falta de comunicación con los demás, por esto no puede supervivir en los demás. Este hombre sabe que la vida es convivencia y que

la muerte pone fin a esta convivencia. Su soledad en la muerte consiste en ya no tener nada de común con los demás, en no recordar nada, en no saber nada del mundo, en un cerrarse al mundo, y por lo tanto en un cerrarse a sí mismo. La muerte es la *nada*, es el fin de ser, de su ser. El hombre que ha caído en la cuenta de esto, el hombre que es responsable de su vida tendrá que serlo también de su muerte. A diferencia del hombre *masa*, que así como dejó su vida a los demás, deja también su muerte, este hombre en un acto consciente y responsable puede decidir su propia muerte. En un último acto de libertad puede decidir su muerte para salvar la libertad de otros individuos. Se enfrentan así en nuestros días, el hombre que ha decidido su muerte realizando su doble misión vital humana de hacer su vida y cooperar a realizar la de los demás, es decir, su misión *personal* y *social*, y el hombre a quien se ha ordenado morir en una misión en la cual él nada representa, salvo el papel de instrumento, en un fin ajeno a su propia vida.

*

Dentro de esta visión de la filosofía actual, que conduce hacia una responsabilidad de la vida humana, al filósofo se le da la misión de hacer patente tal responsabilidad a los hombres empezando por ser él mismo responsable de su tarea. La tarea que

al filósofo se ofrece en nuestros días es la de enfrentarse sin temor alguno a los problemas de su circunstancia, la de planteárselos y tratar de buscarles soluciones adecuadas. El filósofo debe de ser una especie de ojos de la sociedad. Como los ojos, debe adelantarse al cuerpo y prevenir a éste. Debe plantearse los problemas de sociedad, de su época, de la vida de los que con él conviven y buscarles soluciones para que esos otros las adapten o busquen otras si no son suficientes. Al filósofo corresponde una tarea pedagógica, una tarea de enseñanza. Mientras el resto de los hombres se agita en múltiples quehaceres, al filósofo corresponde la tarea de escombrar, de eliminar obstáculos, señalando el lugar que a cada cosa corresponde en la circunstancia donde se encuentra. Ya que el hombre necesariamente tiene que vivir, y vivir en el mundo por malo que éste sea, ya que fuera de él no hay vida posible, no hay vida real, al filósofo corresponde la tarea de enseñar a vivir, la tarea de enseñar a comportarse ante la realidad.

Spinoza*

La excelente *Biblioteca Filosófica* que bajo la dirección del doctor Francisco Romero publica la editorial Losada en Argentina, continúa la obra de divulgación filosófica en lengua hispana que parecía inconclusa una vez desaparecida la *Revista de Occidente* en España. Ahora se nos ofrece la traducción del Spinoza de Carl Gebhardt. Gebhardt no es un desconocido en nuestra lengua, ya la *Revista de Occidente* nos había ofrecido dos bellos estudios: "Rembrandt y Spinoza y León Hebreo; su vida y su obra". El trabajo que ahora se nos ofrece aquí es el resultado de una amorosa investigación que no se ha conformado con reunir los materiales que configuran al pensador holandés, sino que además ha tejido con dichos materiales lo que fuera el mundo y persona de Spinoza. El resultado es un

* Publicado en *Tierra Nueva. Revista de Letras Universitarias*, año I, núms. 4 y 5, UNAM, julio-octubre de 1940, pp. 278-281.

Spinoza que adquiere vida al chocar los ojos del lector con los signos del libro. Por sus páginas se siente el aire cálido de la respiración de un hombre que se agita en un mundo para nosotros lejano por el tiempo, pero cercano por sus consecuencias.

Carl Gebhardt ha encontrado que la óptica con que se ha visto a Spinoza es una óptica parcial, incompleta, mutilada, pues pensadores como Lotze y Windelband no ven en Spinoza sino al autor de una especie de matemática metafísica, olvidando al hombre, al ambiente, a la época. Gebhardt no se conforma con las ideas, con los filosofemas del biografiado, sino que reconstruye lo que pudo haber sido el mundo de éste, y en ese tejido encaja los filosofemas, las ideas cristalizadas de Spinoza. Por entre este mundo, al parecer lejano, y por entre estas ideas al parecer estratificadas, separadas de su autor, empieza a correr la caliente sangre del reconstructor. El cristal se ablanda, se torna en carne, en la carne de un hombre que se mueve extrañado entre un mundo, el mundo que le ha sido dado, al cual se siente ajeno. Spinoza se mueve entre contrarios, se mueve no en un mundo sino en varios. Spinoza no se encuentra como la mayoría de los pensadores, en un mundo al cual encarnan. No tiene una religión ni una nación. El destino de Spinoza, nos dice Gebhardt, está determinado por el hecho de que su nación —como su religión— no fue para él una realidad, sino un problema. Spinoza

pertenece al grupo de hombres que se encuentran en épocas de transición como la nuestra, en las cuales se cabalga entre mundos distintos y opuestos. Pertenece a épocas cuyas categorías de vida humana son inconjugables, épocas contradictorias, inadecuadas, que mantienen al hombre en el vacío. Estos hombres sufren un desdoblamiento de la conciencia, peligran sus vidas y su seguridad interior. A estos hombres se les da en la época de Spinoza el nombre de "marranos". Spinoza es uno de ellos. *Son católicos sin fe y judíos sin doctrina*. Hay conflicto entre el mundo heredado envuelto en la religión judía, y el mundo del Renacimiento que se alza ante ellos lleno de vida, de actualidad. A los judíos sin ghetto que viven ahora en palacios y se sienten cómodos en el humanismo se les presenta una religión del ghetto. Y no tardó en verse que los judíos de Ámsterdam no encontrarían su propia forma religiosa sin profundos conflictos.

No es extraño que Gebhardt, un hombre de nuestra época, haya puesto sus ojos en Spinoza, y le haya seguido con tanto afecto, pues les une la afinidad de problemas. El hombre de nuestra época que es consciente de su circunstancia se da inmediata cuenta de la gravedad de su problema a resolver. Se da cuenta de que su realidad histórica adquiere perfiles amenazantes, y se convierten en problema de urgencia vital. El hombre de ahora se halla perdido, sin categorías, desencajado, sal-

tando entre mundos desunidos. Entre el hombre de ahora y el marrano del siglo XVII hay una gran afinidad. Para el marrano no había categorías, se hallaba entre varios mundos. De esta afinidad de destino le nace al hombre actual una esperanza de salvación, la de encontrar la tabla salvadora en que alguno de esos marranos se haya salvado, y uno de éstos es Spinoza.

La solución dada por Spinoza es una solución heroica. Precisamente la más inesperada, la de renunciar a toda tabla de salvación que no sea la propia. Renunciar a una tabla que no se haya hecho él mismo. La salvación es buscada no en tablas ajenas sino en sí mismo. Spinoza, como vivía en medio de un mundo en el que las tendencias más variadas se entrecruzaban, tuvo que buscarse una solución propia. Valientemente Spinoza se deja caer en el mar de la soledad, y luchando bravamente saca a flote las categorías que le son necesarias para salvarse. De sí mismo, de su vida, de su propia inseguridad, saca los elementos para construir su seguridad. Spinoza nos dice en su autoconfesión, refiriéndose a este paso dado: "a primera vista, parecía, en efecto, insensato renunciar a algo 'seguro' por algo aun 'inseguro'". Spinoza da valientemente este, en apariencia, insensato paso, "porque me di cuenta, en primer lugar, de que si para entregarme a un nuevo propósito renunciaba a un bien seguro para mí, por su naturaleza [Spinoza considera lo

que posee como inseguro por su naturaleza] por otro también inseguro ya no por su naturaleza sino por la dificultad de alcanzarlo". Entre dos inseguridades: la del mundo que vive, falto de categorías, y la inseguridad de crear por sí mismo las categorías que necesita, se decide por esto último. Spinoza se lanza a la aventura, en busca afanosa de algo firme y eterno que no cause infelicidad. Por otros caminos busca a Dios, al Dios que ha perdido, al Dios que no ha podido encontrar en la religión judía. Spinoza hace su religión, la religión que le permita encontrar a su perdido Dios. Gebhardt nos dice que la filosofía de Spinoza, antes que científica, es una forma religiosa, es el resultado de su posición en el mundo, es el resultado de haber sido "marrano".

El hombre que ha tenido que hacerse su religión, que encontrar su Dios, tiene a su vez que hacerse su patria. Se hace su patria como se hizo su Dios. La amistad de Spinoza con Juan de Witt es el segundo gran acontecimiento para la vida y obra del pensador que nos ocupa. Spinoza escribe su *Tratado teológico-político* para librar a la filosofía de la teología, y esto lo hace cuando su protector y amigo Juan de Witt ha emitido un decreto prohibiendo la confusión de teología y filosofía. Entre los motivos que le mueven a escribir este trabajo está el de defender la libertad de pensamiento contra el fanatismo de los predicadores. Se alía

con De Witt al defender el derecho del Estado a no permitir que las autoridades eclesiásticas intervengan en los asuntos temporales. Spinoza se pone "junto al estadista poderoso que toma bajo su protección la libertad de pensamiento contra el fanatismo y la superstición". Spinoza hace la defensa de un Estado que sostiene la libertad y con ella la personalidad. Para Spinoza

> El fin del Estado no consiste en transformar a los hombres de seres racionales en animales o autómatas, sino más bien en hacer que su espíritu y su cuerpo puedan desarrollar sus fuerzas sin trabas, para que usen libremente de su razón y para que no se combatan con cólera, odio o astucia ni se sientan enemigos entre sí. El fin del Estado es en realidad la libertad.

El Estado es para Spinoza el proveedor de la seguridad, la base donde con toda firmeza puede situarse el hombre y realizar su personalidad. El Estado aparece defendiendo al hombre contra los fanatismos, contra las violencias que tratan de someterlo, convertirlo en autómata. Estas pocas líneas que cita Gebhardt de la obra de Spinoza nos indican su actualidad. Son frases que parecen criticar a la concepción de Estado de nuestro tiempo. Parece como si estas frases se arrojasen contra los

fanatismos que nos oprimen, que amenazan con aplastarnos o han aplastado a muchos pueblos.

Gebhardt nos presenta en esta forma la obra ligada a la circunstancia. Spinoza ha ido creando lo que su vida le ha solicitado, lo que su vida ha necesitado. La obra de Spinoza es un valiente esfuerzo, un ejemplo de cómo un hombre es capaz de hacerse lo que no tiene. Un hombre sin religión y sin patria se hace su religión y su patria. Spinoza construye su Dios, y construye su patria, construye el Estado que le garantice su personalidad. Spinoza, en vez de permanecer cobardemente al borde del precipicio que amenaza constantemente con tragarlo, se arroja a él, y de él saca la base donde apoyarse, donde fundamentar su vida. De su origen "marrano", de su inseguridad, saca los elementos de su seguridad.

La filosofía en Aristóteles*

La filosofía, o sea el amor a la filosofía o el afán de sabiduría nace —según Aristóteles— de la admiración. Y ésta es una admiración que a su vez nace frente a las dificultades inmediatas con que los hombres se encontraron. Y el no hallar salida a estas dificultades y admirarse de ello produce un sentimiento de ignorancia. Aristóteles concluye que cuando los hombres filosofan lo hacen precisamente para huir de la ignorancia, con lo cual resulta evidente que persiguen la ciencia por el conocimiento, y no por ninguna utilidad. Así pues, Aristóteles al filosofar no persigue ninguna finalidad útil, sólo el conocimiento por el conocimiento.

* Publicado en *Tierra Nueva. Revista de Letras Universitarias*, año I, núm. 6, UNAM, noviembre-diciembre de 1940, pp. 302-307.

Ahora bien, cuando Aristóteles filosofa sobre la filosofía, cuando se afana por conocer cómo los hombres conocen, cómo es que en los hombres nace el afán de conocimiento, está demostrando su ignorancia. Aristóteles ignora por qué los hombres filosofan, por qué él mismo hace filosofía. Aristóteles se admira, se maravilla de que los hombres sientan afán de sabiduría, y esta admiración nace en Aristóteles en su tropezar con una serie de dificultades a las que no encuentra salida. Aristóteles hace filosofía y no sabe por qué la hace, lo ignora; es un ignorante de su propio afán de sabiduría, no sabe por qué siente ese afán. Aristóteles se encara, se enfrenta a este problema, a esta dificultad, para escapar a esa ignorancia. ¿Pero, podemos decir que cuando Aristóteles se enfrenta a ese problema, al de la filosofía, lo hace únicamente por un puro afán de conocimiento? ¿No hay en el fondo algo más profundo, más íntimo, un elemento no intelectual que utiliza este conocimiento, que se sirve de él, que lo necesita?

Aristóteles al filosofar sobre la filosofía ignora qué sea la filosofía. Pero este ignorar no implica que no sepa nada de ella; todo lo contrario, implica que sabía algo de ella, y que este algo era falso, que la filosofía no era lo que se sabía de ella. Creía que la filosofía era una cosa, pero ahora resulta que no es eso, ha fallado, no es lo que esperaba que fuera. Se tropieza con una cosa que no sabe qué es, a pesar de que creía saberlo. Está ante una dificul-

tad, y esta dificultad le causa admiración. Se admira ante una cosa que resulta ser distinta de lo que creía que fuera, como se admiraría cualquier hombre ante el mago que hiciese brotar agua de unas rocas. Ahora Aristóteles sabe que ignora lo que la filosofía sea, pero también sabe lo que busca, lo que trata de encerrar en una definición teórica. Pero cuando Aristóteles trata de inquirir lo que la filosofía sea, cuando trata de conocer lo que ésta sea, no está animado de un puro afán teórico de conocimiento, porque su ignorancia ha brotado frente a una dificultad a la que no encuentra salida, dificultad que no esperaba y por no esperarla le ha admirado, le ha hecho preguntarse qué sea aquello con lo cual tropieza; porque este encontrarse con dificultades es un tropezar, y sólo tropieza el que camina, el que se mueve. El que camina, el que se mueve, camina y se mueve por algo y para algo. Y en los hombres, que es a quienes nos referimos en este caso, este caminar, como todos sus movimientos, tiene un sentido, tiene una intención, intención que resulta fallida ante una dificultad, ante un obstáculo. Este fallar produce la decepción. Lo que el hombre esperaba resulta fallido, y este fallar produce sorpresa, admiración. Esta sorpresa se convierte en inquietud, en inseguridad; ya no se sabe qué es eso que está ahí. Ahora bien, si toda intención implica una esperanza,

una expectativa, entonces el moverse, el caminar, el actuar de los hombres tiene como intención la seguridad. El hombre se mueve, actúa, vive, para encontrar seguridad; su esperanza, su expectativa es esta seguridad. Entre más firme es un terreno, mayor seguridad ofrece, mayor apoyo, y es en este terreno donde el hombre busca un abrigo seguro; cuando este terreno falla, cuando se hunde, se apodera del hombre un sentimiento de admiración, y más que de admiración, de terror, porque se hunde él, su propia persona, su vida. Es para ésta su vida que busca seguridad. Su vivir es una desesperada búsqueda de seguridad para su vida. En este su vivir. Los hombres tropiezan con multitud de dificultades, el terreno sobre el que pisan les falla, y de aquí nace la filosofía, él afán de saber qué es eso sobre lo que pisan, el afán de saber por qué les falla el afán de conocer. Sólo conociendo la naturaleza del terreno sobre el que pisan pueden caminar con seguridad. En último término, la filosofía es un afán de seguridad, de seguridad vital. Se conoce para vivir y no por puro conocer. Se filosofa para huir de la ignorancia, es decir, de la inseguridad que ésta implica. El conocimiento es una especie de vanguardia de la vida humana; es una especie de explorador que tantea el terreno; metafóricamente se adelanta al hombre para decirle lo que este terreno es, y si puede apoyarse en él o no.

Nos dice Aristóteles que

> todos los hombres tienden por naturaleza al conocer. Señal, el gusto de las percepciones sensibles: también aparte de su utilidad son gustadas por ellas mismas, y más que las otras la percepción por los ojos. Los hombres tienden por naturaleza al conocer.[1]

Tomando esto en el sentido que el concepto conocer tiene para los griegos, podemos decir que los hombres tienden por naturaleza al *ver*, concibiéndose el saber como función óptica. El hombre conoce viendo las cosas, poniéndolas frente a sí, objetivándolas. Señal, el gusto por las percepciones sensibles: también aparte de su utilidad son gustadas por ellas mismas, y más que las otras la percepción por los ojos.[2]

Como demostración de que el hombre tiende por naturaleza al conocer, Aristóteles nos habla del gusto que el hombre siente por las percepciones sensibles y especialmente por la de los ojos, y esto independientemente de su utilidad. ¿Pero este gusto nace de la propia naturaleza del hombre? ¿Es el gusto una simple señal de que el hombre tiende a conocer por naturaleza? Se siente gusto

[1] *Metafísica*, libro I, cap. I.
[2] *Loc. cit.*

cuando se satisface algo, luego el hombre satisface algo cuando siente gusto por las percepciones sensibles, y especialmente la de los ojos. Procuremos encontrar por qué el hombre siente este gusto, qué es lo que queda satisfecho cuando conoce. Tomemos la percepción sensible que mayor gusto produce al hombre, la de los ojos. Con los ojos se abarca, se percibe una mayor extensión de nuestro contorno. El que ve se adelanta en alguna forma a sí mismo; por medio de la vista toma contacto con lo que está más lejos. Y este poder adelantarse a si mismo ya hemos visto que es algo que el hombre necesita para su seguridad. El hombre que ve se siente más seguro; por medio de la vista explora su contorno y pisa sobre terreno más seguro. Así pues, lo que el hombre satisface al ver es su afán de seguridad, y es por esto que siente el mayor gusto en las percepciones de los ojos.

Sin embargo, este ver suele producir engaños, ilusiones, espejismos, fantasmas. Se ve una cosa y resulta que es otra, con lo que el hombre que ve se maravilla, se admira, se da cuenta de su ignorancia, y esta ignorancia, ya hemos visto, implica inseguridad. Para huir de esta ignorancia el hombre tiene que recurrir a una segunda forma de mirar, la forma teorética, que es un ver general o específico, eidético. Para el primer ver su objeto era lo particular, para éste, su objeto es lo general. Este ver asciende de lo particular a lo general, es un saber

que trata de llegar a las primeras causas y a los principios, se trata de conocer todo el Universo. Este querer conocer todo el Universo es un querer anticiparse a sí mismo para su propia seguridad. Cuanto mayor es el conocimiento, mayor seguridad se ofrece. Es un hacerse su futuro. Este querer anticiparse a sí mismo nos está indicando falta de tiempo. Al hombre le falta tiempo y lo gana anticipando, previendo el futuro. Por medio de juicios universales se ahorra multitud de experiencias particulares. Para Aristóteles es más digno de honores el sabio que el obrero manual, porque conoce la causa de los hechos, es decir, porque el que conoce las causas puede prever los hechos. Este adelantarse a los hechos, este ganar tiempo, produce seguridad, pero no toda la seguridad; para obtener la máxima seguridad hay que anticiparse a todo, conocer todo el universo. Y para esto hay que desligarse en alguna forma de lo que ha motivado la sabiduría, es decir, hay que desligarse de la vida. Una necesidad vital ha dado nacimiento al afán de saber, pero para que este saber se logre plenamente, es necesario hacer a un lado la causa que lo motiva, y buscar fríamente, sin emoción, aquello que se necesita para satisfacer esta necesidad. Hay que resolver con serenidad los problemas, las dificultades que surgen en la vida de los hombres. Por esta razón, resueltos los más inmediatos, se va pasando a los más difíciles, que,

según Aristóteles, son los más universales. La solución de los problemas inmediatos va dando apoyo para la solución de los mediatos. Los problemas inmediatos en la vida del hombre son los que se refieren a la satisfacción de sus necesidades físicas, biológicas; satisfechas éstas se puede pasar a buscar lo que Aristóteles llama la *peculiar inteligencia de las cosas*. Por esto es que la filosofía aparece como una forma de vida ociosa, inútil. Aristóteles hace hincapié en este carácter de inutilidad, de ociosidad, de la filosofía. Para conocer, el filósofo tiene que tomar esta actitud de ociosidad. Tiene que ver las cosas no pensando para qué sirven, sino viendo qué son. Se pregunta *qué son* no *para qué* sirven. Pero este despreocuparse de la utilidad de las cosas encierra en lo más hondo el intento de una máxima utilización. Conociendo lo que las cosas son, es como mejor sabrá utilizarlas. El filósofo necesita contemplar desinteresadamente, pero esto es sólo una necesidad, algo que forzosamente tiene que hacer para lograr el fin que se persigue, y este fin es la *principalidad*, los principios de las cosas, del universo, es decir, lo que manda en el universo. En último término a lo que aspira el filósofo es a mandar sobre el universo. El esclavo que es el hombre tiende a ser señor; en vez de obedecer, a mandar. Así pues, cuando el hombre se pregunta por algo, es que tiende a dominarlo, a mandar sobre lo que pregunta. Su ignorancia es su esclavitud, y de ella

trata de escapar haciéndose amo, trata de utilizar la cosa sobre la que se pregunta.

Cuando Aristóteles filosofa sobre la filosofía, lo hace en apariencia teóricamente, como si se tratara de un conocer por puro conocer; parece que sólo le interesa el puro saber de lo que la filosofía sea. Pero en la respuesta a la cuestión que se plantea surge aquel cariz tan hábilmente oculto, el impulso no intelectual que le mueve, un afán de mando, de dominio. En la respuesta que Aristóteles se da sobre lo que la filosofía sea, cuando dice que la filosofía es un afán de sabiduría, y que la sabiduría es un afán de poseer las primeras causas y los principios; o sea que la filosofía es un afán de poseer las primeras causas y los principios. Entonces nos damos cuenta de lo que Aristóteles ha buscado al preguntarse sobre la filosofía: Aristóteles se ha preguntado por el ser de la filosofía, y ésta ha resultado ser una ciencia divina, una ciencia que sólo Dios posee, y como consecuencia la filosofía es un afán de poseer esa ciencia, un afán de ser Dios.

Este afán lo justifica Aristóteles, considera que no se debe estimar otra ciencia, de más alto rango que ésta, que por ser la más divina es la más alta; es con esto que está justificando su afán de ser Dios. El aspecto desinteresado, inutilitario, de la filosofía, se ha perdido. El ser filósofo conduce a la divinidad, al dominio de todas las cosas, al dominio del Universo. Con este dominio surge la máxima segu-

ridad, aquella seguridad que todo hombre busca para su vida. Lo vital, lo vivo, es lo que se agitaba en el fondo de Aristóteles y le llevó a preguntarse sobre lo que la filosofía fuera. La respuesta a esta pregunta le mostró lo que de útil tenía la filosofía. Le mostró cómo ésta podía satisfacer sus impulsos de dominio, que no son otros que los de seguridad. La filosofía resultó ser un máximo instrumento de dominio, y por lo tanto de seguridad.

Aristóteles se ha hecho cuestión de su propia actividad, movido por un afán de seguridad. La filosofía era el punto de apoyo sobre el que descansaba; pero este apoyo se ha desvanecido, provocando la natural admiración del filósofo. Al hacerse cuestión de la filosofía, Aristóteles abriga en el fondo lo esperanza de que la filosofía sea aquello que parecía ser. Desde sus orígenes la filosofía aparecía unida a la política. Los primeros sabios eran al mismo tiempo los principales en la *Polis*, los que gobernaban la ciudad. Es este mando el que trata Aristóteles de justificar, esgrimiendo múltiples razones, que son las siguientes:

I. La *Universalidad* del saber que posee el filósofo. "El sabio —dice Aristóteles— posee hasta donde es posible la ciencia de todas las cosas".
II. *La dificultad* del saber del filósofo es lo que hace que no esté al alcance de cualquier

hombre… "quien puede conocer las cosas arduas y no fáciles de conocer para el hombre, es sabio".

III. y IV. La "rigurosidad y didacticidad" de este saber… "el más riguroso y el más capaz de enseñar es, en todas las ciencias, más sabio". El sabio posee un saber riguroso y al mismo tiempo puede enseñarlo a otros.

V. Se trata de un saber *preferible* a otros… "de las ciencias, la preferible por ella misma y en gracia al conocimiento es sabiduría en más alto grado que la preferible por sus consecuencias".

VI. Es un saber *principal*… "la principal es sabiduría con mayor propiedad que la subordinada". De donde se deduce la tesis principal, a la que quiere llegar Aristóteles: "no está bien que el sabio sea mandado, sino que mande, ni que obedezca a otro sino a él el menos sabio".[3]

Así pues, el filósofo es el que posee un saber universal, difícil de alcanzar por los demás hombres; se trata de un saber riguroso y principal, por lo cual debe ser preferible a otros. Ahora bien, este saber sólo puede enseñarlo el que lo posee, es de-

[3] *Ibíd.*, libro I., cap. II.

cir, el filósofo; así pues, hay que subordinarse al que posee tal saber, hay que obedecerle.

El afán que pone Aristóteles en defender el derecho a mandar del sabio nos indica que es lo que ha movido a nuestro filósofo a hacerse cuestión de su ciencia. El filósofo ha perdido el mando; el resto de los hombres no considera que sea el filósofo el que deba mandarlos. El sabio, que por su sabiduría mandaba en las ciudades, ha sido destituido. La aristocracia, directora de los *sophos*, ha sido expulsada y perseguida en las ciudades, como ha sucedido, entre otros, a los pitagóricos. Frente a las aristocracias se ha levantado la democracia, y con ella el mando de la mayoría, el mando del pueblo. Se le ha negado al filósofo el derecho a mandar; ahora manda la mayoría. Es esto lo que ha admirado el filósofo Aristóteles, haciendo que se pregunte por la esencia de su saber, y la respuesta ha sido la de que el saber del filósofo es un saber principal, divino, y que por lo tanto los hombres deben volver a someterse a quien posee tal saber.

Pero contra esta justificación se ha alzado un grupo de hombres surgidos de la democracia, los sofistas. Los sofistas atacan el saber del filósofo como un saber principal. El saber del filósofo envuelto en el velo de la dificultad, la divinidad, etc., es desnudado por los sofistas. Los sofistas le arrancan el velo exhibiéndole en el mercado, en la vía pública, poniéndole al alcance de quien lo desee,

a la venta. Es más, los sofistas sacan a relucir el resorte político que tan hábilmente ocultaban los filósofos; y es en la captura y utilidad de este resorte donde el sofista pone toda su atención. El sofista rechaza la ficción de la filosofía como teoría desinteresada, mostrando el oculto resorte de mando que pone al servicio de los jóvenes atenienses. La sabiduría de que se jactaba el filósofo es puesta abiertamente al servicio del afán de mando de quien lo desee. Es esto lo que ha fallado al filósofo; de repente se ha visto despojado del mando y de su ciencia. Los filósofos salen a su propia defensa, a la defensa de su seguridad, y Aristóteles es uno de ellos. Se desencadena una sorda guerra entre la aristocracia representada por el filósofo, y la democracia representada por el sofista. En esta guerra salen vencedores los sofistas; pero en la historia de la filosofía, en la historia que de sí mismos hacen los filósofos, los sofistas son aniquilados, no queda de ellos sino la visión que nos presentan sus enemigos, los que hacen la historia.

Hacia un nuevo humanismo*

En este su último libro, Samuel Ramos se hace problema de la doble circunstancia que oprime al hombre contemporáneo, a nuestro hombre, a nosotros mismos. Se hace problema del hombre en crisis, de lo que él llama *crisis del humanismo*. Como todo hombre que tiene conciencia de nuestros días, Ramos siente el doblez de vida a que hemos sido conducidos desde el humanismo, que alcanza su apogeo en el Renacimiento. Es este humanismo el que ahora está en crisis por no haber sabido alcanzar las categorías que entraña la vida humana. Dejando escapar estas categorías, el humanismo, ahora en crisis, abrió una zanja en la vida huma-

*Publicado en *Tierra Nueva. Revista de Letras Universitarias*, año I, núm. 6, UNAM, noviembre-diciembre de 1940, pp. 374-378.

na que es toda unidad, zanja que se ahondó día a día hasta establecer el abismo casi infranqueable en que el hombre de nuestros días está a punto de precipitarse presa del vértigo. Ramos nos dice cómo se ha establecido un dualismo en la valuación de la vida: *espiritual* y *material*. El hombre, un ser compuesto de materia y espíritu, se ve obligado, forzado, a mutilarse. Debe optar por una de estas dos partes suyas, sacrificar una parte en un supuesto provecho de la otra. Durante algunos siglos se creyó haber sometido la vida natural, instintiva, en provecho de la vida espiritual. Pero esto sólo ha sido una ilusión; lo que verdaderamente se ha hecho ha sido acumular una fuerza —la más grande— que ahora hace explosión. "La vida instintiva, que representa a la naturaleza dentro del hombre, adquiere conciencia de sus derechos y se sobrepone al espíritu con aire de venganza por la humillante servidumbre en que éste la había mantenido por largo tiempo". La rebelión de los instintos se deja sentir en todos los campos, ciencia, arte, religión, política, etc. La cultura, el cultivo espiritual del hombre, cede su campo a la civilización, a la realización de instrumentos de confort del cuerpo.

Pero, a su vez, esta rebelión del cuerpo viene a ser otra mutilación de lo que es el hombre. Ahora todo se pone al servicio del confort corporal. El fin último de la civilización es el instrumento. Los

instrumentos, es decir, los medios, se transforman en fines. La técnica, que es un medio, un instrumento de realización del hombre, se convierte en fin del hombre. El hombre se transforma de señor en siervo, se convierte en uno más de los engranajes de la maquinaria que debía de servirle. La especialización se hace uno de los fines del hombre. El hombre anhela ser el mejor especialista en algo. Se pierde el sentido estructural del mundo. El hombre se mutila y mutila a su mundo. Estas mutilaciones no vienen a ser en último grado sino mutilaciones de la libertad, de la libertad que el hombre posee, de lo que le caracteriza en su relación con el mundo que le circunda.

Pero el hombre que es consciente de su realidad, no se conforma a ella, pues es característica de lo humano el enfrentarse a su realidad para no perderse en ella. La realidad es la que da al hombre conciencia de su ser. Al tropezar el hombre con su realidad se da cuenta de que algo tropieza, y de que este algo es él mismo. Si el encuentro es doloroso, la reacción es defensiva, y los pasos subsecuentes se darán con cuidado. Con el cuidado que es menester para no tropezar más; preocupándose de qué sea lo que tropieza y con lo que se tropieza. Preocupándose de lo que sea el hombre y lo que sea su mundo. Diferenciando, no confundiendo uno con lo otro. Samuel Ramos, al igual que otros, pensadores de nuestra época, que tienen concien-

cia de su realidad, de su circunstancia, intenta en este libro una revalorización de lo humano. Se pregunta por lo que sea lo verdaderamente humano. Frente al doloroso fracaso del humanismo ahora en crisis, frente a la fracasada concepción del hombre, se pregunta: ¿cómo *debe ser* el hombre?

El título del libro, *Hacia un nuevo humanismo*, indica lo que la obra es en sí, un itinerario, un camino que conduce hacia el humanismo que empieza a perfilarse en el nebuloso horizonte de nuestros días. Ramos es el delicado guía que conduce al lector por un camino al cual ha quitado previamente los obstáculos. Con claridad y sencillez se va mostrando la ruta que han ido abriendo un grupo de pensadores contemporáneos que, como Ramos, se han hecho problema de nuestros temas, de los temas que están pidiendo con toda urgencia ser resueltos. Samuel Ramos nos conduce hasta las últimas metas alcanzadas. Metas que a su vez se presentan como puntos de partida hacia la meta final que es el hombre. En esta época de despreocupación, Ramos aparece como un preocupado, como un preocupado de la despreocupación que le rodea. Y su preocupación invita a eso, a preocuparse, a situarse firmemente en algún punto, y aferrarse a él para no ser víctima de la marejada que lo confunde todo.

La preocupación de Samuel Ramos es la de cómo debe ser el hombre. Y en torno a esta preocupación va mostrando y valorando las soluciones

que se nos ofrecen, descartando unas y quedándose con las que le son más afines. La búsqueda del hombre implica la revisión de una serie de categorías, la conversión de muchas de ellas, o el rechazo cuando no se amoldan al ente buscado. El cristal con el que se va a observar ahora lo existente es el de la vida humana, la existencia del ente llamado hombre. Y este nuevo punto de vista implica una honda transformación en lo que ya parecían firmes categorías del conocimiento. Desde este nuevo punto de vista se sitúa nuestro pensador, analizando y sacando conclusiones sobre las categorías que la antropología filosófica de nuestros días ofrece.

Al referirse al problema del conocimiento, rechaza Samuel Ramos la solución dada por el idealismo, que pretende suprimir la realidad en sí, considerándola como una hipótesis indemostrable e inútil. Suprime de hecho la verdad, pues no puede haber ni verdad ni error ahí donde no puede haber una coincidencia con un objeto fuera de la conciencia; suprimiéndose la realidad en sí, toda verdad carece de sentido, pues le falta el objeto del cual pretende ser verdad el concepto de que se trate. Ramos rechaza tal concepción, pues va contra la experiencia de la vida humana, la contradice; pues la experiencia que como hombres tenemos es la de que hay una realidad fuera de nosotros, de la cual necesitamos. Y este necesitar nos hace sentir la realidad como indócil, como no dispues-

ta a someterse a nuestras necesidades. Hay una realidad en la cual estamos insertos, y con la cual estamos en relaciones de necesidad y conocimiento. Pero de esta realidad sólo conoce el hombre lo que le es más próximo, la parte de realidad que le ha conformado, que le conforma. "Estas cosas las conoce desde dentro, por decirlo así, porque son la mitad de sí mismo, está vitalmente fundido en ellas". Las categorías, los apriori, no son innatos en la conciencia humana, son adquiridos, los ha dado la realidad en la cual se encuentra. "Si hay un ajuste perfecto entre las categorías y la realidad, es que nuestra inteligencia devuelve lo que ha tomado de ella". Las categorías de conocimiento nos las da el mundo en el cual vivimos. Por esto es que este campo de categorías es un campo abierto. Cada aspecto del mundo presupone una serie de categorías que le son propias. Es a partir de la experiencia inmediata de la realidad por medio de la intuición como Ramos propone se haga la reforma de la inteligencia, vitalizándose la razón, haciéndola "reformarse cuantas veces así lo requieran los cambios de las circunstancias en que tiene que actuar".

Frente a las teorías que aspiran a reducir la multiplicidad de lo existente a una unidad conceptual, nos dice Ramos que la realidad, lejos de someterse a este intento de reducción, se opone. Por esto es que todo intento de reducción a una

sola unidad de concepto conduce a los "ismos", a prejuicios lógicos sin fundamento alguno. La realidad es otra, y es situándonos ante ella, sin prejuicio alguno, como nos damos cuenta de los diversos territorios ontológicos que la componen.

> Entre los territorios que componen la realidad están los que hasta ahora la investigación ha descubierto, y que son: 1. El de los objetos reales, que comprende a su vez tres capas: *a)* hechos físico-químicos; *b)* hechos biológicos; *c)* hechos psicológicos. 2. Objetos ideales, que a su vez se dividen en *a)* relaciones; *b)* objetos matemáticos; *c)* esencias. 3. El mundo de valores. 4. La existencia humana.

Cada uno de estos objetos requiere una lógica propia con sus categorías y métodos propios. Samuel Ramos nos dice que él se va a ocupar de la cuarta región, la de la existencia humana. Pero como esta existencia comprende al hombre y su mundo, y en este su mundo están incluidos los objetos reales, los ideales y los valores, de hecho se referirá a todas ellas. En esta forma se supera la antítesis que existía entre el idealismo y el realismo, pues en la vida humana se unen sujeto y objeto. El hombre deja de ser el mutilado que hasta nuestros días había venido siendo.

A continuación se expone lo que el autor llama un "Programa de antropología filosófica". En

ella se va dibujando la existencia humana por los caracteres que le son propios. La vida, la existencia humana, se diferencia de la existencia de los demás entes porque se trata de una existencia que sabe que existe. Es el hombre el único ser que sabe que existe. Y este saber, este tener conciencia de su existencia, se presenta como una coexistencia, como un existir con otros seres. La existencia humana se presenta como un "estar en el mundo", como un estar con el mundo. Pero además la existencia humana se presenta como un algo movible, que constantemente está fluyendo. Todo lo que el hombre hace, lo hace persiguiendo una esperanza, una expectativa, la que forma su futuro; y lo que ha hecho en pos de esta expectativa se convierte en un recuerdo, en una experiencia, se convierte en pasado. "Llamo conciencia —nos dice Ramos—, precisamente a esa capacidad de retener imágenes de lo pasado y de proyectar mi imaginación hacia lo porvenir". La existencia humana se va deslizando por una línea que va de un pasado compuesto por experiencias de éxitos o fracasos hasta un futuro de esperanzas y anhelos.

Ese futuro está formado por las posibilidades de vida. El hombre lleva en sí lo que puede ser su vida. Este poder hacer su vida implica que no puede dejar de hacerla, porque deja de ser. Por esto es que "La vida se le presenta como un problema imperioso que debe resolver". La vida es algo que

el hombre tiene constantemente que hacerse, si no corre el peligro de perderla. En sí mismo lleva la posibilidad de su muerte, de donde deriva la angustia. Pero de esta incertidumbre que es la vida, de esta continua tensión que el hombre mantiene para sostenerse a sí mismo, deduce Ramos la libertad. Hay un margen de libertad, y es este margen el que hace que un hombre sea tal hombre y se diferencie de las demás especies animadas.

El hombre hace su vida dentro de los límites circunstanciales en que se encuentra. Pero dentro de estos límites escoge libremente los elementos, los medios, con los cuales hará ésta su vida. De aquí surge el conflicto entre lo que el hombre quiere ser y lo que su circunstancia le ofrece. El hombre tiene que limitar la hechura de su ser a las posibilidades de su medio. El medio dentro del cual el hombre se realiza y se limita se reduce a dos elementos fundamentales: la naturaleza y la sociedad. El hombre debe circunscribirse a los límites de estos elementos; debe armonizar su vida individual con la naturaleza y la cultura. Este *deber* indica que el hombre no es sólo un *ser*, sino también un *deber ser*. Este *deber* ser apunta hacia un mundo que está sobre el ser del hombre, apunta hacia el mundo de los valores. Mundo objetivo puesto sobre una realidad deficiente. Este mundo de los valores tiene una realidad que recuerda la realidad de las ideas de Platón. Es un mundo más

real que la deficiente realidad en la cual nos hallamos, y hacia el cual tiende ésta nuestra deficiente realidad. El puente que enlaza nuestro deficiente ser y el mundo perfecto de los valores es el *deber*. El hombre es un ser irrealizado que busca su realización en los valores. Pero se trata de una realización irrealizable. A medida que el hombre avanza en su realización va encontrando nuevos valores que le son inherentes y que debe realizar.

El hombre es el responsable de su propia vida, el responsable de su propia realización. Por lo tanto, es también el responsable de su fracaso. El libro de Samuel Ramos viene en último término a hacer patente la responsabilidad del hombre en el caos del cual es autor. Si el mundo de los valores, tan firme y seguro, parece derrumbarse, es porque el hombre ha perdido el sentido del *deber ser*, y sólo trata de *ser*, de ser una cosa entre las cosas. La libertad, origen de la personalidad, se ha mutilado dando origen a esa cosa llamada masa. La lectura de este libro, del cual sólo se ha hecho una breve reseña, hará ver al lector sus posibilidades como hombre, y su responsabilidad en el descuido y sacrificio de estas posibilidades.

Rescate de Vitoria*

Hace algunos años, ante la impaciencia de América por tomar su lugar en la historia universal, decía Ortega:

> ¡Jóvenes, todavía no! Aún tenéis mucho que esperar, y mucho, mucho más que hacer. El dominio del mundo no se regala ni se hereda. Vosotros habéis hecho por él muy poco aún. En rigor, por el dominio y para el dominio no habéis hecho aún nada. América no ha empezado aún su historia universal.

¿Qué ha hecho entonces América? Hasta nuestros días ha *vivido* la historia universal de Europa. La historia que ha hecho la cultura europea. Pero

*Publicado en *Tierra Nueva. Revista de Letras Universitarias*, año II, núms. 9 y 10, UNAM, mayo-agosto de 1941, pp. 186-189.

la ha *vivido*, es decir, la ha hecho vida suya. Ahora el hombre de América siente esa cultura como siente la sangre de sus progenitores, como cosa suya, como cosa propia. La siente más suya y más propia que si la hubiese hecho. La siente más suya que el europeo —el cual ahora la destruye en menos tiempo que el que tardó en construirla—. Por esto ahora se alzan voces de América reclamando valores que amenazan perderse, como reclamaría el que le cortasen la sangre. Voces angustiadas, con una angustia que no tiene el constructor —que al fin y al cabo, puede construir otra cosa mejor o peor—, sino con la angustia del que siente perder su vida, su propio ser, el fundamento de su existencia, reclaman estos valores para América.

Antonio Gómez Robledo es una de esas voces, su *Política de Vitoria* es un reclamar para América un valor que sólo a ella pertenece. Con pasión que sólo es capaz de sentir quien defiende algo que le es entrañable, rescata para América a uno de sus progenitores, a Francisco de Vitoria, fundador de nuestra nacionalidad. Vitoria es el hombre que, rompiendo el molde estrecho de su circunstancia, extendió el ideal de la libertad hasta nuestro continente, hasta *hacer que los límites de la justicia fueran los de la ecúmene*. Vitoria planta en el hombre de América la primera semilla de la libertad; y es ahora un hombre libre de esta América que reclama a Vitoria rescatándole de un mundo en el que

"todo lo que pensó y amó, todo lo que fue alma de su vida y su obra, se debate angustiosamente en este torbellino demoniaco, negador de todo lo que es y ha sido el espíritu de occidente". Vitoria es un apasionado por la libertad, pasión que le hace sentir lo estrecho de su circunstancia nacional, y al igual que los Colón, Cortés, Pizarro y otros, que no caben en el mundo conocido, se lanza en pos de otros mundos donde su ideal dé frutos. La empresa no fue vana, este ideal ha encontrado carne donde encarnar. Y ahora nos encontramos con el espectáculo de una Europa creadora de un derecho, el derecho a la libertad de todos los pueblos, que puede vivir sin este derecho. No tan sólo puede vivir sin la libertad de otros pueblos, sino también sin libertad propia. El derecho a la libertad es *obra* de Europa, pero no es su *vida*; este valor, como otros muchos, son vida de los hombres que con ellos fueron hechos, de los americanos. América se ha mostrado siempre como Mundo Nuevo, y ésta su novedad a través de los siglos está en su falta de pasado, en su falta de historia, como dice Ortega, "no ha empezado aún su historia universal". América ha vivido siempre hacia el futuro, mejor dicho, en el futuro, en la utopía. La circunstancia americana es una circunstancia ideal, es decir, futura; pero no se trata de un futuro nuestro, sino de un futuro que ha puesto en nosotros el europeo. América ha representado siempre el futuro de

Europa, y en esto está su eterna novedad, su ser siempre tierra nueva, tierra de proyectos, de ideales. El americano se ha creado, en esta proyección, futura obra de Europa, y ahora que ésta cambia de rumbo destrozando sus ideales, la encarnación de éstos se alza a lo lejos, dispuestos a luchar por su defensa. Una vez más la creación se alza contra el creador. América, en nombre de los ideales que creara Europa, se enfrenta a ella y la fustiga.

Gómez Robledo es uno de los jóvenes americanos que encarna este sentir de América. Valientemente dice su verdad, la verdad que le ha dado la cultura europea, y en nombre de esta verdad fustiga la barbarie de esa Europa que ha roto con sus ideales. En este libro defiende apasionadamente los ideales de la cultura occidental. Defiende el ideal político de Vitoria contra la misma patria de éste, rescatándole de ésta, por no corresponder a dicho ideal: "La circunstancia de que la España actual, patria de Vitoria, está hoy muy lejos de corresponder al esquema ideal de la sociedad política que trazó el maestro de Salamanca, es pábulo para nuestra angustia, pero no ha de ser consigna para nuestro silencio". Vitoria es más que su circunstancia nacional. Vitoria pertenece a América, como América pertenece a Vitoria. *Vitoria es, pues, ininteligible sin América, como América lo es sin Vitoria*. Al llevar su ideal de justicia al Nuevo Mundo, de hecho adopta a este mundo como hijo de la

Cultura de Occidente, considerándolo como igual al hombre europeo, considerándolo como Hombre dentro de la Humanidad que está más allá de toda frontera. A nombre de esta Humanidad, la humanista América adopta a Vitoria, y lo adopta en el momento en que lo que fuera su patria lo expulsa al expulsar sus ideales. Si la *Relectio posterior de Indis* es la carta de adopción de América, el libro que comentamos es la adopción que un americano a nombre de nuestro continente hace De Vitoria. La carta de Vitoria hace del americano un europeo, insertándolo en sus ideales culturales, en tanto que la "Política de Vitoria" hace del maestro de Salamanca un americano.

En esta América nuestra, Vitoria vuelve a la vida, surge en serena figura oponiéndose, como antaño, a la violencia, a la injusticia, a todo lo que encadena la libertad que tanto amó. Al igual que en su corta vida terrenal se opuso al déspota Carlos V, se opone ahora a los déspotas de nuevo cuño, los Hitler, Mussolini, Franco. Su recia figura desenmascara el hispanismo

> que no ve en la hispanidad una provincia cultural de un círculo de valores más amplio, sino uno como habitáculo espiritual cerrado y suficiente, con un sentido de autarquía que en sus heraldos llega a ser por lo menos conmovedor. Y como consecuencia de todo ello, asoma el mito imperial y la pretensión de

hacer de nuevo de España, de esta España, la metrópoli (¿política, económica, cultural?, esto queda en una nebulosidad intencionada) del mundo de habla española.

Frente a este hispanismo se alza el hispanismo de Vitoria, el único hispanismo que América debe aceptar, el hispanismo que antepuso *al mismo honor nacional las exigencias de una justicia impersonal y objetiva, no circunscrita a razas ni a fronteras determinadas*.

Este es un libro duro, con la dureza que es menester lleven las ideas cuando tienen que luchar contra granito, contra hombres que han vuelto a la Edad de Piedra, que sólo entienden a mazazos. Es un libro que inquieta y molesta a quienes se refocilan desde la barrera de América en la destrucción de la cultura europea, justificando crímenes y violencias a nombre de palabras huecas, sin sentido, ajenas a nuestros propios fines. Nada justifica los crímenes, ni tan siquiera los propios crímenes. Contra esto se contesta con esta frase lapidaria: *El crimen es el crimen en sí mismo y sin atención a los crímenes cometidos por otros. Franco es un régimen, y si ese régimen es criminal, lo es independientemente de las fechorías de sus precursores*. La Ley del Talión es una ley de bárbaros, el Cristianismo la superó hace muchos siglos. Cuando tal ley vuelve a imperar en lo que fuera la cuna de la cultura, en América sigue vigente la ley que Vitoria extendió a estas tierras,

ley que se basa en la igualdad entre los hombres y las naciones, el principio de la legalidad, la idea de derecho coordinando la vida de relación de los Estados. Vitoria y su ideal de justicia son de América y como tales han sido rescatados para ésta, pero como ideales que son no se pueden circunscribir a un continente, no caben en él, alimentados por la sangre americana volverán al continente de origen, así como alimentados por la sangre europea vinieron al nuestro. El libro de Gómez Robledo es uno de estos intentos; va contra la abolición de la ley que salvaguarda la dignidad humana, abogando al mismo tiempo por su retorno: "Contra su abolición y por su retorno está este anatema, es decir, este monumento que es la política de Vitoria, y a fuer de tal, dura".

En busca de una ciencia política*

Nuestra época se ha caracterizado y se caracteriza por ser época de crisis. Ciencia, arte, sociedad, todo lo que el hombre ha hecho se encuentra en plena crisis. Se pierde la fe en todo lo hecho y a cambio de esta pérdida no se perfila en el horizonte de la esperanza humana ninguna sustitutiva. El hombre de nuestro tiempo se siente en el vacío, de ahí que sus obras, lo que el hombre hace en estos trágicos días, estén ensombrecidas por este sentimiento de un no saber qué hacer. Múltiples son los libros que describen esta situación, múltiples los pensadores que describen este estado de crisis y desorientación: Huizinga, Jaspers, Ortega y otros

* Publicado en *Tierra Nueva. Revista de Letras Universitarias*, año II, núms. 11 y 12, UNAM, septiembre-diciembre de 1941, pp. 269-272.

más. La filosofía en su sentido más abstracto, al tratar de fundamentar una ontología, toma entre sus ingredientes esenciales el de la *nada* y la *angustia*. Entre estas obras que espejan la crisis que vivimos está la de Karl Mannheim, *Ideología y utopía*, cuya versión al castellano debemos a la ya rica editorial en obras de primera categoría, el Fondo de Cultura Económica.

Este libro parte de la crisis —y de los problemas que ésta plantea— de la verdad en su relación con la sociedad. Uno de los caracteres esenciales al hombre es el de su sociabilidad, el de su convivencia. Se ha dicho que ser hombre es convivir. El hombre no se concibe fuera de la sociedad. Se ha definido al hombre por la razón, y la razón es eso: palabra, es decir, convivencia. La razón es el órgano de la convivencia humana. Los hombres se entienden entre sí por la palabra, gracias a ésta los hombres se sienten como semejantes. De aquí que hayan puesto toda su fe en la palabra. La palabra une a los hombres. Cuanto más general es la palabra, más hombres se unen por ella. La universalidad de la palabra es la universalidad de la unidad humana. Una palabra, una razón, es más verdad cuando más hombres creen en ella, mejor dicho, cuando más hombres la comprenden. La verdad estaba ligada —hasta nuestros días— a la comprensión de la mayoría. Pero he aquí que esta verdad unificadora de los hombres está en cri-

sis. La verdad pierde su universalidad y deja de ser verdad para todos, deja de ser palabra pues se hace incomunicable. La verdad empieza a reducirse, pasa a ser verdad de clase, de grupo, de individuo. La verdad viene a ser verdad de cada uno, y como tal incomunicable. Los hombres empiezan a sentirse extraños entre sí. Empiezan a no sentirse como semejantes, como prójimos, es decir, como próximos. Perdida la convivencia por la palabra, por la razón, por lo que hace del hombre un hombre, se busca la unión por otros caminos. Los hombres se sentían en comunión por la razón, la razón les hacía comunes; perdida esta comunidad, se buscará lo común por lo opuesto a la razón, por la animalidad. Los hombres son comunes por la razón y por su naturaleza animal, perdida una comunidad se va a la otra. De aquí que veamos el espectáculo de hombres que buscan la unidad por la raza, la sangre, etc. El hombre pasa de conviviente a manada.

La crisis de la verdad implica la crisis de la sociedad y con ella la de la forma objetiva de ésta, la política. Mannheim, como otros muchos pensadores de nuestra época, se ha hecho cuestión de este problema, el de cómo organizar la convivencia humana, perdido el apoyo de una verdad universal y eterna. Los hombres necesitan organizar sus formas de convivencia, pero faltando el criterio de verdad válida no para uno sino para todos los que

han de convivir de acuerdo con sus reglas, esta convivencia se hace imposible. Los hombres necesitan de una política, es decir, de un conjunto de reglas, de leyes que rijan sus relaciones, pero estas leyes deben ser válidas para todos los hombres que vivan en esa sociedad, pues si no valen para todos, tal sociedad será imposible. Es menester una forma de política válida para toda la sociedad. Ahora bien, nuestra época presenta un espectáculo desolador. En vez de una forma política, se presentan múltiples formas: contradictorias unas con otras, incongruentes. En vez de una forma política surgen muchas pretendiendo tener cada una la verdad, ser la verdad. Y en este pretender ser las únicas, las verdaderas, luchan entre sí, se atacan y se desenmascaran, mostrándose como mentiras, como mitos. De aquí que el hombre pierda la confianza en toda forma política y caiga en una especie de nihilismo, en un no querer nada, en un no hacer nada por no saber qué hacer.

Es, frente a este espectáculo, cuando se ha preguntado Mannheim: "¿Por qué no existe una ciencia de la política?" Es decir, ¿por qué no existe un conjunto de normas políticas válidas para cualquier hombre, en cualquier lugar y tiempo, en vez de la contradictoria multiplicidad de éstas? ¿Por qué no existe una ciencia de la política, como existe una ciencia de la naturaleza? ¿O es que lo humano es el límite de todo conocimiento? En lo huma-

no está todo el problema, porque lo humano es lo opuesto a lo natural, lo humano es lo que no es natural aunque se encuentre inmerso en ello. De aquí que una ciencia política tenga que ser una ciencia humana, es decir, una ciencia distinta a la natural, pero tan precisa como ésta. ¿Es esto posible? Aquí tropieza Mannheim con la historia. La historia es lo irreductible a la precisión de la que se ufanan las ciencias naturales. El hombre es historia, luego se presenta como imposible una ciencia de lo humano como existe una ciencia de la naturaleza.

El error que se ha cometido hasta nuestros días ha sido el de aplicar a problemas humanos el método de las ciencias naturales. La sociedad y el Estado son concebidos como *cosas hechas*, razón por la cual a cada problema que presenta la sociedad se le quiere aplicar una serie de fórmulas con carácter de solución, tomadas de lo *hecho*, como si la sociedad fuese cosa hecha. La sociedad no es algo hecho sino algo que se va haciendo. No es un *ser* sino un *siendo*, de aquí que los problemas que plantee no puedan ser resueltos con soluciones sacadas de lo hecho, es menester que tales soluciones tengan su origen en lo que va siendo, es decir, en la historia, en su movimiento. En la historia como tal, no en lo historiado. Lo humano se presenta como conjunto irrepetible de situaciones únicas, siempre fluyente; para hacer una ciencia humana como la política, hay que sacar lo duradero, sus categorías,

las premisas en que se apoye este fluir. ¿Es esto posible? "¿Existe una ciencia del fluir de las cosas?", se pregunta Mannheim.

La realidad nos presenta algo hecho que se repite, y algo que va siendo, produciendo situaciones únicas. Algo *racional* y algo *irracional*. Lo irracional es el fluir mismo de la vida, lo racional es el instrumento con que se capta ésta, con que se opera sobre ella. La teoría es el instrumento por medio del cual se utiliza la realidad. De aquí que toda teoría esté ligada con la práctica. La teoría es un instrumento de la práctica, está al servicio de ella. Sin embargo, esta relación entre teoría y práctica se rompe cuando la teoría trata de detener la realidad, se desliga de la práctica. La práctica es un contar con la realidad, dirigir, conducir sus fuerzas, pero sin oponerse a ella. Cuando la teoría trata de oponerse a la realidad, entonces deja de ser práctica y con ello real. Mannheim se da cuenta de que ninguna teoría puede detener la vida en su marcha. A la vida se la puede conducir, pero no detener. Ninguna teoría puede detener el fluir de la vida, todo lo contrario, la teoría es arrastrada por este fluir y se convierte en histórica. En vez de ser una teoría válida para toda la vida, resulta ser teoría de un aquí y un ahora. Toda teoría está inmersa en el caudal de la vida, en la corriente de la historia, y pertenece a esta historia, porque es teoría de alguien y para alguien. Es decir, es teoría

de un hombre y para un hombre; y el hombre, se ha dicho, es la historia misma. Así, lo que se ha supuesto una objetivación válida para todo lugar y tiempo, resulta ser algo personal, válido tan sólo para el autor de la teoría y para el grupo del cual es expresión. Así, resulta que cada hombre tiene su verdad, su verdad propia, la verdad de su grupo. Llevando esto a sus extremos, la convivencia humana resulta imposible, pues cada individuo hablará desde su punto de vista, desde esa individualidad irrepetible que es lo histórico. Sin embargo, a pesar de que esto es cierto, a pesar de que el hombre es un ser histórico, ha convivido hasta la fecha. Su ser histórico no le ha impedido entenderse con sus semejantes. A pesar de no existir una verdad eterna, ha existido una verdad válida para el hombre en cada momento de su historia. No existe una verdad válida para el hombre en cada momento de su historia. No existe una verdad para toda la historia, pero ha existido una verdad para cada momento de la historia, y es de acuerdo con esta verdad como los hombres han convivido, considerándola como absoluta, como eterna, aun cuando no lo haya sido para otros hombres que a su vez han tenido su verdad absoluta y eterna. De aquí que Mannheim proponga como ciencia política, una ciencia práctica. Es decir, una ciencia siempre ligada a la realidad, a la vida en su movimiento incontenible. Una ciencia que corra

con la historia, como montada sobre ella, tomando de este movimiento las soluciones que necesite en la medida que se vayan presentando los problemas. Mannheim propone continuas revisiones de la historia, tratando de descubrir en cada revisión las fuerzas históricas que obran desde el pasado en las diversas situaciones del presente de que se trata. Y cada una de estas síntesis no podrá tener más valor que el que le den las circunstancias para las cuales ha sido hecha. No se trata de buscar soluciones eternas, sino soluciones para aquí y ahora. La ciencia de la política será un estarse adaptando a las diversas circunstancias que se presenten. En vez de que la teoría trate de adaptar la realidad a sus formas, será la realidad la que adapte la teoría a sus contenidos.

El sentido judío de la muerte*

El hombre de nuestra época se ha caracterizado por su preocupación por la muerte. Filósofos y poetas encuentran en la muerte sus principales temas. El descristianizado hombre de nuestro siglo ha perdido con el cristianismo varias de sus soluciones, siendo una de éstas la de la muerte. Para el cristiano, la muerte había dejado de ser un problema; la muerte no era sino el puente, el pasaje, por el que se pasaba de una vida efímera a la vida eterna. Pero esta solución pierde su vigencia, encontrándose el hombre con una muerte como *fin*. Con el cristianismo se ha perdido la *otra vida*; ahora no queda al hombre sino una vida, la vida terrestre. El hombre no es ya *un ser para la vida*, sino *un ser*

*Publicado en *Tierra Nueva. Revista de Letras Universitarias*, año III, núm. 15, UNAM, diciembre, 1942, pp. 131-137.

para la muerte. Ahora no queda sino la resignación; careciendo de otra vida no queda al hombre otro consuelo que el de vivir intensamente esta vida, viviéndola como propia, es decir, haciéndola, formándola; formación que debe alcanzar su plenitud en la muerte, es decir, en su fin.

Semejante a esta vida sin esperanza es la vida del judío antecesor del cristianismo. El cristianismo es el que vino a solucionar al judío el problema de una vida finita. El judío, como el hombre contemporáneo, ve en la muerte el fin de su vida; para el judío tampoco hay otra vida, la única vida es la de la tierra, por lo cual se pregunta angustiado: "Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir?" (*Job*, 14, 13.) "El hombre morirá y será cortado; y perecerá el hombre, ¿y dónde estará él? Las aguas del mar se fueron, y agotóse el río, secóse. Así el hombre yace y no se tornará a levantar" (*Job*, 14, 10 a 14).

El judío se sabe hecho de tierra, lodo, polvo. Sabe que necesariamente tiene que volver al polvo, recuerda la maldición: "polvo eres y al polvo serás tornado" (*Génesis*, 5, 19.) El hombre nada puede contra esta realidad. La tierra es la realidad del hombre contra la cual todo intento de superación es inútil. Todo lo que el hombre hace sobre la tierra se pierde, lo único que permanece es la tierra misma. El hombre como hombre, como ser animado, viviente, tampoco permanece; lo úni-

co que permanece es la tierra de que está hecho. "Generación va y generación viene, mas la tierra siempre permanece" (*Eclesiastés*, 1, 4.) El hombre debe aceptar la realidad tal como se le presenta, tal como le es dada, porque nada puede hacer contra ella. La innovación sobre la realidad es algo imposible. "¿Hay algo de que se pueda decir: He aquí esto es nuevo? Ya fue en los siglos que nos han precedido" (*Eclesiastés*, 1, 10.) La naturaleza se mueve, pero siempre es la misma: el sol, los vientos, los ríos, por más que vayan de un lado a otro, siempre serán los mismos. "¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará: y nada hay nuevo debajo del sol" (*Eclesiastés*, 1, 9).

"Todo va a un lugar: todo es hecho de polvo, y todo se tornará en el mismo polvo" (*Eclesiastés*, 3, 20). En el polvo todo se une, nada es más ni nada es menos. En el polvo el hombre no se diferencia en nada del animal, ambos tienen el mismo suceso, ambos mueren, y muriendo se acaba la diferencia: "como mueren los unos así mueren los otros, y el suceso del animal el mismo suceso es, y una misma respiración tienen todos, ni tiene más el hombre que la bestia" (*Eclesiastés*, 3, 19). El hombre y el animal no son sino formas de la tierra. La forma es lo que no permanece; perdida la forma, no queda sino la tierra. La tierra es lo firme, lo que permanece; al hombre no le queda sino conformarse. "El

que es, ya su nombre ha sido nombrado, y se sabe que es hombre, y que no podrá contender con el que es más fuerte que él" (*Eclesiastés*, 6, 10.) Dios, el que habla con obras, ha hecho al hombre de tierra; éste es el ser perfecto del hombre, porque en la obra de Dios todo es perfecto, nada falta en ella ni sobra, por eso "todo lo que Dios hace será perpetuo: sobre ello no se añadirá, ni de ello se disminuirá" (*Eclesiastés*, 2, 14). En consecuencia, todo lo que intente el hombre para ser algo más que tierra será vano, inútil, se perderá.

La vida para el judío no es sino un *soplo*. El hombre no es sino un montón de tierra animado por un soplo; por eso la vida es vana, se desvanece como soplo. No es en este soplo vital donde se encuentra el ser del hombre; el ser del hombre está en la tierra; la vida no es sino un accidente. Con la muerte, el hombre adquiere plenamente su ser: morir es volver a lo que se es. Sin embargo, este soplo vital debe tener algún sentido en la existencia del hombre; no puede estar de más en una obra que por ser de Dios nada falta ni sobra. La vida tiene un sentido, el de *misión*. El hombre, como montón de tierra animada, tiene la misión de animar la tierra, es decir, hacer que el soplo que posee anime la tierra que por culpa suya ha sido convertida en estéril, en "espinas y cardos" (*Génesis*, 3, 18). La misión del hombre es la de vitalizar la tierra, es decir, sacarle frutos. El hombre mismo

como tierra debe dar frutos. Los frutos son sus hijos y sus obras.

Esta es la razón por la cual Job protesta cuando le es arrancada de golpe toda su obra. Destruir la obra del hombre es destruir su razón de ser. El hombre sin obra es hombre sin fin. El judío se sabe polvo y lodo; pero también sabe que así ha sido hecho, que así lo ha hecho Dios, que nada puede contra esta hechura suya; por esto es injusta la intervención del creador tratando de probarle. "Tus manos me formaron y me compusieron todo en contorno: ¿y así me deshaces? — dice Job —. Acuérdate ahora que como a lodo me diste forma. Y en polvo me has de tornar" (*Job*, 8, 9 y 10). Un Dios que ha hecho al hombre de lodo para después convertirlo en polvo no tiene derecho a intervenir en la vida humana. El Dios del cristianismo sí tiene derecho a intervenir en la vida humana, puesto que ha prometido una nueva vida. En el cristianismo la tentación, la prueba, tiene el sentido que tiene toda prueba: la de saber si el hombre es digno de la vida eterna. Faltando esto al judío, sabiendo que su fin es el polvo, toda intervención divina es un acto de crueldad, algo innecesario. El judío no tiene más obligación que cumplir con su misión. Ya sabemos cuál es esa misión: tener hijos y hacienda.

Para el hebreo el vivir en paz consiste en no ser agitado por preocupación alguna, como vivía Job antes de la prueba. El hebreo cumplirá con

sus obligaciones para con su creador, a cambio de que éste le cuide en sus obras, a condición de que se le recompense con una larga vida, una larga prole y una rica hacienda. Logrado esto, el judío considera terminada su misión, al igual que el trigo cuando está listo para ser segado. La más grande aspiración del judío es la de *morir a su tiempo*. Es decir, la de morir justamente cuando haya terminado su misión. Es ésta la imagen que se da cuando se dice a Job: "asimismo echarás de ver que tu simiente es mucha, y tu prole como la hierba de la tierra. Y vendrás a la vejez, a la sepultura como el montón de trigo que se coge a su tiempo" (*Job*, 5, 25 y ss.). Cumplida la misión en la tierra, no importa la muerte.

El judío no tiene esperanza de otra vida, la única vida es la que se vive en la tierra. Es esto lo que desespera a Job cuando se le destruye lo que era motivo de su vida, lo que era fin y misión: sus bienes y sus hijos. Si entonces le sobreviniese la muerte, su vida habría sido inútil, sin fin. Por esto Job se pregunta con angustia: "¿Si el hombre muriese volverá a vivir?" (*Job*, 14, 13). "Mas el hombre morirá y será cortado, y perecerá el hombre, ¿y dónde estará él? Las aguas del mar se fueron, y agotóse el río, secóse. Así el hombre yace y no se tornará a levantar" (*Job*, 14, 10 a 12). No se concibe entonces cómo es posible que se haga sufrir al hombre en esta su carne tan débil. El ju-

día se sabe hecho de carne corruptible, carne que se acaba, carne que duele. Todo lo que sea contra esta carne es cruel. De la carne tan débil no se puede esperar más de lo que es capaz de dar: larga prole y rica hacienda.

La paz no se puede lograr en otro mundo, la paz se tiene que encontrar aquí; es el premio del trabajo, el premio a las buenas obras. El que obra bien tiene derecho a "largura de días y años de vida y paz" (*Proverbios*, 3, 2). Y "riquezas y honra" (*Proverbios*, 3, 16). Aquí en la tierra se paga todo: las buenas y las malas obras. "Ciertamente —se dice en los *Proverbios*— el justo será pagado en la tierra: ¡cuánto más el impío y el pecador!", (*Proverbios*, 11, 31). Aquí en la tierra debe el hombre recibir el fruto de sus obras. Si son buenas, tiene derecho a la honra y las riquezas; si son malas, a la vergüenza y miseria. Honra y riquezas son el fruto de las buenas obras; logradas éstas, no le queda al hombre sino el descanso, la paz, y después la muerte. Cuando el judío alcanza suficientes riquezas e hijos, alcanza con ello la mayor honra. Por esto, después de la prueba, Job alcanza esta honra. "No se hallaron mujeres tan hermosas como sus hijas —se dice refiriéndose a Job— [...] dióles su padre herencia entre sus hermanos. Vivió Job ciento cuarenta años y vio a sus hijos y a los hijos de sus hijos hasta la cuarta generación. Murió pues Job, viejo y lleno de días" (*Job*, 42, 15 a 17).

Al faltar el premio del otro mundo, reduciéndose todo a la vida terrenal, la relación de Dios con el hombre es la relación del guía, del que cuida de la criatura. Dios es el fuerte, el que sabe todo; el hombre debe fiarse, confiarse a Dios. Dios da al hombre sus leyes, dice al hombre lo que le conviene, le indica cómo debe obrar, cómo debe vivir. Cuando el hombre se sale de estas leyes, de estos caminos, Dios le corrige, le somete al camino recto. La voz de Dios se hace sentir en la carne del hombre, se hace oír como dolor, como sufrimiento. Cuando el hombre pierde la paz, cuando siente el dolor, es porque va por mal camino. Por esto dice otro proverbio: "No deseches, hijo mío, el castigo de Jehová, ni te fatigues de su corrección: porque el que ama castiga como el padre al hijo a quien quiere" (*Proverbios*, 3, 11 y 12). Toda corrección impuesta al hombre tiene su sentido en la vida, en esta vida. La vida se sostiene gracias a estas correcciones. Por esta razón las obras del justo y las del impío son para esta vida, a ellas aprovecha o castiga. Las obras no son para Dios sino para los hombres. El hombre labra su dicha o su desgracia en este mundo y para este mundo. "La obra del justo es para esta vida" (*Proverbios*, 10, 16). El justo cristaliza en su obra. La honra es su premio. El justo muere al igual que el impío, pero vive en sus descendientes, vive en sus obras. En cambio, el impío *se pierde* en sus obras; es una obra que todos

evitan porque es para el pecado, para la perdición, para la muerte prematura, para la muerte sin fruto. "El fruto del impío es para el pecado" (*Proverbios*, 10, 16). Es una obra que va contra la vida, contra la supervivencia. No se la puede recordar, no se la puede honrar, se la tiene que olvidar; y al olvidarse se pierde.

La muerte a su tiempo no es muerte, como no lo es la del trigo que es segado a su tiempo. El hombre vive en sus obras, y las obras viven por su bondad. Cuando las obras son malas, mueren, y con ellas muere su autor. "El hombre que se extravíe del camino de la sabiduría, vendrá a parar en la compañía de los muertos" (*Proverbios*, 21, 16). Los muertos son los olvidados, aquellos cuyas obras no merecen el recuerdo. El hebreo sobrevive en sus obras, si cumple su misión como hombre, cumple con las obras que le están encomendadas, al igual que el trigo que alcanza su madurez. En este cumplir con su misión, en este dar frutos, está la supervivencia. El hombre no muere, vive en sus obras, si estas obras son buenas. La muerte no es el fin de la vida del hebreo: morir a su tiempo, morir después de dar fruto, no es morir. La muerte es otra cosa; la muerte es la obra estéril, la obra que no da fruto. La muerte se presenta como un truncarse, como un quebrarse antes de tiempo. Es lo que sucede al trigo cuando es arrasado antes de que alcance su madurez. Es lo que sucede al árbol

cuando se le corta antes que dé frutos. El hombre impío, el malvado, el que no coge el camino recto, es arrancado de sus raíces. Contra el impío no cabe sino la violencia, la misma violencia que se aplica a los malos frutos, a la mala hierba. "Los impíos serán cortados de la tierra y los prevaricadores serán de ella desarraigados". El impío es *cortado, desarraigado, arrancado de la tierra*. Esto es la muerte: la vida sin frutos. La muerte es no tener prole, hacienda, honra. La muerte es la violencia hecha a lo que debe ser natural transcurso de la vida. La vida tiene un principio y un fin. Se nace y se muere, se es semilla y se es fruto. Llegar al fin que es propio del hombre, regresar a la tierra, no es considerado como muerte, si se ha cumplido la misión. Lo malo es interrumpir este desarrollo natural, desviarse de su misión, irse por otro camino, extraviarse buscando lo que es ajeno al hombre. Hacer esto es arrancar, cortar, quebrar la vida; lo que es propio al hombre, esto es la muerte. La vida es camino recto, es estar dentro del sendero propio del hombre; la muerte es la ruptura del camino recto, es salirse de la vida. El hombre es polvo y no puede ser más que polvo; querer otra cosa es salirse de lo que es propio al hombre. Este es el pecado de la soberbia, el querer ser más que hombre, el querer ser más que polvo. Este es el más falso de los caminos, el camino de la muerte. Este camino abate y destruye al hombre: "La soberbia del

hombre le abate" (*Proverbios*, 29, 23). El soberbio no tiene derecho a la vida, a los frutos del hombre, puesto que no quiere ser hombre; por esta razón "Jehová asolará la casa de los soberbios" (*Proverbios*, 15, 25). Es decir, lo arrancará de flor de tierra, será devuelto al polvo estéril. No dará frutos, no prolongará su vida en sus obras.

Como se ve, el judío concibe la muerte como algo propio, como algo personal, como obra del hombre. La muerte no es término físico, la destrucción biológica. Esta no es la muerte, esto no es sino regresar a lo que es propio al hombre, al ser del hombre, al seno materno de la tierra. Esto no es sino devolver al creador el soplo vital. La verdadera muerte depende del hombre, de sus obras. Del hombre depende el que su vida dé frutos o que sea estéril. De este modo de vivir, de este modo de obrar, depende la muerte del hombre. Si se obra bien, la muerte será fruto maduro, muerte a su tiempo, "trigo que se coge a su tiempo". Si se obra mal, la muerte será como la de la cizaña: se le cortará, se le arrancará, será desarraigado. Todo hombre vuelve a la tierra de donde ha sido hecho, pero sobrevive o muere en sus obras.

El hombre es como la semilla hecha para dar buenos frutos; debe crecer y madurar fecundando la tierra con nuevas semillas que a su vez serán frutos maduros. El orgullo del judío se pone por esta razón en sus obras: larga prole, rica hacienda.

El tener hijos e hijos de los hijos es motivo de orgullo, así como el fecundar la simiente de la tierra y el tener una rica hacienda. Esto es madurar y dar frutos; esto es cumplir el hombre con su misión en la tierra. Para el que vive así, la muerte física no es sino madurez, cumplimiento, fruto que cae a tierra para fecundarla con nuevas semillas. Esto es conservar el soplo de vida que el creador ha encomendado al hombre. Con sus obras el hombre conserva el soplo vital. Es así como el hombre se presenta como el guardián de la vida, el soplo vital que le ha encomendado el Creador y ante el cual tiene que responder con sus obras.

El impío viene a ser, dentro de esta concepción, el hombre que no cumple con su misión, que roba y malgasta el bien que le ha sido encomendado. El impío es el hombre que se niega a fecundar la tierra con la vida de la cual no es sino el guardián; es el que, al olvidar su misión, hace suyo lo que no le pertenece; es el que se sirve de la vida para fines ajenos a su misión como hombre. El impío es el que se sirve de la vida para su propia satisfacción, para su propio goce, olvidando que su misión es la de dar frutos, la de hacer que esa vida que le ha sido encomendada debe fructificar en obras, debe permanecer, debe perpetuarse. El impío detiene la vida al no hacerla fecunda; por esta razón muere al igual que la semilla que no da fruto.

La historia en el siglo XIX*

Nuestra época se ha caracterizado por su preocupación por la historia. Así como ha habido épocas en que tal preocupación ha sido en torno a la religión o la física, la nuestra lo es en torno a la historia. Unas veces el hombre ha querido salvar se efímera existencia en Dios dando lugar a la religión: otras se ha querido salvar en la naturaleza, poniéndola a su servicio, dando así lugar a la física; en esta nuestra época, decepcionado de Dios y de la naturaleza, trata de salvarse en sus propias obras, en lo que el hombre ha hecho por sí mismo, en su cultura, en una palabra: en su historia. El hombre siempre trata de anticipar su vida, de saber su futuro; en la antigüedad eran los oráculos;

* Publicado en *Tierra Nueva. Revista de Letras Universitarias*, año III, núm. 15, UNAM, diciembre, 1942, pp. 183-185.

en la Edad Media, sus obras justadas por Dios; en la Edad Moderna, el plano de la física; en nuestros días se pretende sea la historia. La historia como previsión del futuro es una utopía más de este afán de salvación del hombre. El pensador hispano José Ortega y Gasset es uno de los hombres contemporáneos que más ha creído en la historia como previsión del futuro: ha creído que la historia puede ser para el hombre actual lo que la física fue para el moderno. Sin embargo, esta previsión del futuro por la historia no pasa de ser un ideal, una utopía más. Lo cierto es que independientemente de tal utopía el hombre actual está hondamente preocupado por la historia. La literatura en torno a este tema es cada vez más crecida. La historia ha dejado de ser la simple "maestra de la vida", como la llamaba Cicerón, y se ha convertido en un problema. En el mismo problema que plantea la existencia humana. La historia se presenta en nuestros días como el modo de ser esencial a la vida humana. El hombre se diferencia de otros seres del Universo por ser un ente que hace historia. La historia es un quehacer propio del hombre.

El Fondo de Cultura Económica, prestigiosa editorial mexicana, no ha descuidado en su obra cultural esta piedra de toque de la cultura contemporánea. Su colección de obras históricas va ofreciendo al lector de habla española aquellas de estas obras que por su maestría han llegado a ser clási-

cas. Entre estas obras están las que se preocupan no sólo por los hechos históricos, sino también de aquellas que han hecho de la historia un motivo de preocupación, o bien esas otras obras que enfocan a la propia historia e historiadores desde un punto de vista también histórico. Es decir, aquellas obras que hacen historia de la historia. La primera de estas obras que publicó dicha editorial fue la de James T. Shotwell, *Historia de la historia, en el mundo antiguo*. Ahora se nos ofrece *Historia e historiadores en el siglo XIX*, de G. P. Gooch.

Es a partir del siglo XIX cuando el hombre moderno empieza a preocuparse seriamente con la historia, deja de considerarla como una de las bellas artes y trata de convertirla en ciencia, en una ciencia como es la física. En este tratar el hombre de someter la historia a una ciencia va a tropezarse con la realidad radical que ésta encierra, la existencia humana. En el siglo XVIII Juan Bautista Vico había iniciado la batalla por una ciencia nueva, la de la historia, como ciencia al alcance del hombre por ser su propia obra, en oposición a la ciencia física que no estaba al alcance del hombre por ser la naturaleza obra divina. A partir del Renacimiento el hombre moderno trató por todos los medios a su alcance de borrar todo su pasado en su reacción contra la cultura de la Edad Media. El hombre moderno intentó empezar de nuevo sin ningún pasado a sus espaldas, y renegando de

toda tradición, quiso hacer de nuevo su historia, una historia planeada. El hombre moderno quiso hacer su propia historia sin recibir nada que no hubiese hecho por sí mismo. El Racionalismo fue en sus principios un gran intento de negación de toda obra que no fuese su propia obra.

Con la Revolución francesa el Racionalismo alcanza su expresión histórica. La Revolución francesa viene a ser la realización de los ideales o de los planes del Racionalismo. La Revolución quiso convertirse en revolución europea, y de hecho lo fue, pero no podía serlo siendo francesa. La Revolución tuvo que ser la de cada país, de cada nación. La revolución de Alemania no podía ser la de Francia. Los hombres de Alemania, Inglaterra, Italia, admiraban los ideales de la Revolución francesa, pero no podían admitir que fuese Francia la que les hiciese su revolución. Cuando Francia pretendió hacer la revolución de toda Europa, se encontró con que Europa se resistía a ello. Ni Francia ni ninguna otra nación tenía derecho a hacer la revolución en otras naciones, éste era un derecho que correspondía a los nacionales de cada país.

Una Europa sin pasado como la había querido el Racionalismo era necesariamente una Europa sin derechos nacionales. No se podía hablar de nación sin una tradición en que se apoyase. Para que Europa pudiera defenderse de la Revolución fran-

cesa era menester fortificar el sentido nacional. Esto es lo que en primer lugar intentó Alemania. Había que demostrar que la Revolución francesa no era sino una revolución nacional sin derecho a intervenir en otras naciones como lo era Alemania. Alemania era una nación distinta de la francesa, y Francia no tenía ningún derecho a intervenir pretendiendo que su revolución era europea y no nacional.

Lo que necesitaba Alemania para esta defensa era una tradición, una historia. Tenía que demostrar que tenía su propio destino, su propia historia. Esta fue la labor de los historiadores alemanes en sus principios. Niebuhr fue uno de los primeros historiadores alemanes. La historia se ofreció como estímulo patriótico. Se iba hacia el pasado para encontrar las bases de la nacionalidad alemana. La historia se presentó en Alemania como un instrumento de defensa contra la Revolución y contra Napoleón que pretendía encarnar la Revolución. En la historia encontró Alemania las bases de su nacionalidad. Pero al mismo tiempo que encontraba estas bases nacionales daba nacimiento a un nuevo tipo de historiador, al historiador con pretensiones de objetividad; al historiador que pretendía hacer historia y nada más. Los instrumentos que usó el historiador para defender la causa nacional se fueron convirtiendo en instrumentos cada vez más finos al servicio de una actividad no

interesada, la del historiador objetivo. La filología como instrumento al servicio de la nación alemana se fue convirtiendo en un instrumento al servicio de la cultura en general. Al historiador ya no le importaba tanto saber qué había de alemán en la historia, como saber qué era la historia, qué era el pasado con independencia de lo alemán. Entre estos historiadores se encuentra Ranke, el cual trata de hacer una historia objetiva. Hace de la historia un fin en sí misma, no un instrumento al servicio de una causa. Su *Historia de los Papas* es una de sus obras maestras en la que el protestante hace justicia al catolicismo, exponiendo lo que éste tenía de grandioso en las humanas cabezas de sus jefes.

Francia se ve también obligada, para defender su Revolución, a buscar en la historia las bases de su defensa. Era menester que se defendiese del pasado régimen el cual se apoyaba en la tradición, por lo cual había también que buscar una tradición en que se apoyase la Revolución. Thierry y Michelet son los historiadores franceses de la Escuela Romántica que buscan en la historia la justificación de los derechos del pueblo. Thierry es un simpatizante de las masas; el Pueblo es el protagonista de la historia. En cuanto a Michelet, hace una historia de símbolos. Los hombres desaparecen dejando su lugar a símbolos. La historia es la lucha entre símbolos de los cuales el héroe es el Pueblo. Frente a estos historiadores surgen los de la Escuela Políti-

ca: Guizot, Mignet y Thiers, opuestos a toda violencia. Aman el progreso, pero temen la violencia; quieren un progreso sin violencia. En la historia buscarán la justificación de esta tesis.

Como se ve, la historia surge en el siglo XIX como justificación de lo que hace el hombre. El hombre moderno que ha negado su historia al tener que volver a tomarla, no verá en ella una maestra, sino una justificación de lo que hace. En realidad no quiere prever su futuro sino justificar su presente. Cada nación buscará en su historia la justificación de su nacionalidad; cada religión, la de su credo. Si se quiere el orden no se verá en la historia otra cosa que orden, como sucede en Comte.

Gooch nos muestra en su libro las múltiples manifestaciones de la historia en este rico siglo XIX con sus influencias religiosas, nacionales, raciales y políticas. Es un libro rico en enseñanzas útiles tanto para el historiador, el literato, el científico, el político y el filósofo. La historia desfila en sus múltiples aspectos justificando o no, pero siempre afirmando, un sentido de la vida, una forma de existencia humana.

El logicismo autónomo*

ALBERTO T. ARAI, *El logicismo autónomo*,
México, Ediciones Letras de México, 1941.

En las ediciones de *Letras de México* se publica un estudio filosófico de Alberto T. Arai titulado "El logicismo autónomo". Este ensayo parte de la preocupación que en América se ha suscitado con respecto al futuro de la cultura occidental. Dado que parece seguro el derrumbe de la cultura en Europa, América puede ser llamada a continuar la cultura en la cual se ha formado. Entre los diversos aspectos de la cultura está el de la filosofía que América tiene el deber de continuar dándole un matiz personal, americano. Arai ensaya, propone, un punto de vista filosófico para América, después

* Publicado en *Letras de México*, año V, vol. III, núm. 6, 15 de junio, 1941, p. 6.

de criticar la última posición de la filosofía europea: el existencialismo de Heidegger.

La crítica está hecha con toda la inteligencia y capacidad de que ha dado pruebas en otros ensayos. Su crítica parte de las diversas posiciones que ha tomado la fenomenología a través de Husserl, Scheler y Heidegger. Hace ver cómo, lo que parece una cadena de superaciones que va del primero al último no es tal, pues el último, Heidegger, en vez de incluir a sus antecesores, los excluye. Arai parte de la distinción entre sujeto y objeto que Husserl establece entre el *sujeto cognoscente* y el *objeto conocido* o *conocimiento*. Scheler continúa esta separación en la relación *sujeto que valora y objeto valioso* o *valor*, relación que supera a la de Husserl, haciendo de ella una parte de la teoría de los valores. La tesis de Husserl hace referencia a un solo valor, al de la verdad, al valor científico. Scheler incluye esta relación dentro de una mayor relación que es la del sujeto que valora y los valores: verdad, bien, belleza, etc. Para superar esta relación, es decir, para incluir a su vez la relación sujeto que valora y valor en otra relación más amplia, Heidegger debía haber establecido una relación en la cual la teoría de los valores fuese parte de esta relación, pero la relación que establece excluye dicha teoría. Heidegger ha establecido la relación *sujeto-mundo*, relación que se da en la *existencia*. En el mundo se incluyen los valores; pero el sujeto y el mundo que-

dan a su vez incluidos en la existencia humana. En el hombre, en su vida, se une lo absoluto, intemporal, que son los valores. Arai no puede concebir la unión entre un objeto de tal naturaleza y un sujeto como el hombre, limitado, finito, temporal. ¿Cómo es posible, partiendo de esa definición temporalista de la realidad fundamental que es la existencia humana, llegar alguna vez a la definición de los valores que se caracterizan por poseer una validez objetiva, es decir, independiente de la mutabilidad histórica, si no queremos admitir desde el primer momento que nos enfrentamos con la realidad total, la división entre lo subjetivo y lo objetivo, que no es la aparente entre el hombre y sus cosas, sino la profunda entre lo real (hombres y cosas) y lo ideal (valores)? ¿Cómo es posible además que, siendo la existencia temporal y los valores intemporales pero reducibles a esa existencia temporal, que es la única realidad fundamental, a la postre no se caiga en la innegable contradicción?

El pivote de toda la argumentación está en la supuesta separación que Husserl y Scheler establecen entre el sujeto y el objeto, separación que no se da en Heidegger. Arai lleva al extremo esta tesis atribuyéndola a dichos pensadores, y para apoyarla se ha servido de un artículo del doctor Xirau sobre "La fenomenología". El punto de partida es bueno para tener una idea sobre determinada filosofía, pero no lo puede ser para hacer la

crítica de tal filosofía. Es como querer hacer la crítica de Kant a través de Morente, o la de Platón en el estudio de Natorp. El existencialismo es una filosofía en formación, y como tal nos ha venido a América, no hay aún últimas palabras; se le pueden hacer múltiples críticas, pero éstas deben ser directas, pues de otra manera la crítica no se haría a Kant, Platón o Heidegger, sino a Morente, Natorp o Xirau.

Toda la capacidad e inteligencia que Arai ha mostrado en otros trabajos, se pierde por esta ligereza; toda su argumentación se basa en una supuesta separación entre sujeto y objeto, que él convierte en un abismo. Partiendo de este abismo, es como rechaza la filosofía existencial, y con ella el *racio vitalismo* de Ortega.

La última filosofía europea no es aplicable a América, entonces hay que buscar una que le sea propia. Arai esboza en este ensayo un punto de vista filosófico que supere la cadena de Husserl-Scheler sin caer en la contradicción de Heidegger. La teoría de los valores y la teoría existencial se excluyen por la diversidad de las realidades que estudian: una se refiere a lo intemporal y otra a lo temporal, lo efímero. Heidegger trata de incluir lo eterno en lo temporal, lo cual es una contradicción. Hay que superar esta contradicción. Ahora bien, es cierto que toda ciencia es impenetrable desde un punto de vista específico, es decir, des-

de la realidad que estudia; pero no lo es desde su generalidad. Una ciencia estudia un ente absoluto (valor), otra un ente relativo (la existencia humana), pero ambas estudian el ser en general, se refieren a aspectos parciales del ser en general. Lo común no se encuentra en el plano de la realidad que es irreductible, sino en un plano superior, general, que los concibe como iguales en lo general y como distintos en lo particular. Lo que era irreconciliable desde el punto de vista de la materia del conocimiento no lo es desde la forma de este conocimiento, desde el punto de vista de la forma como la materia es conocida. Si se establece una forma suprema del conocer, una forma que abarque tanto el conocimiento de los valores como el conocimiento de la vida y el conocimiento natural (un conocimiento que abarque todas las zonas de lo existente: natural, cultural, ideal), entonces se habrá superado la cadena que no pudo superar el existencialismo. Se trata de una teoría de la teoría, a la que se llama *logicismo autónomo*, denominado así porque es la lógica o epistemología la ciencia que eleva a la filosofía a su punto de vista integral y supremo y autónomo porque el contenido de la filosofía se considera aislado de cualquier conocimiento particular (ético, estético, etc.), lo que hace que sus límites se extiendan a los del puro saber teorético. ¿Qué es esto?; lo que se propone como esbozo de pensamiento original para Amé-

rica no es sino un idealismo absoluto, en el cual no cuenta el hombre, pues éste no vale sino como instrumento de la teoría de la teoría que aquí se le llama *logicismo autónomo*. El hombre es la causa de la cultura, pero no el factor decisivo de su validez. ¿Se conformará Arai con ser instrumento de su logicismo autónomo? Las consecuencias de un radicalismo parecido las está sufriendo Europa. ¿Qué es lo que está sucediendo? Que el hombre está demostrando que es el factor decisivo de la cultura y de los valores de ésta, al borrarlos y al aplastarlos con la brutalidad de que somos testigos en Europa. Los valores valdrán en sí en un mundo que nos es ajeno, pero no valen para el europeo que se niega a concederles validez. ¿Qué es lo que se pide a América, qué es lo que quiere hacer el hombre americano? Salvar la cultura que se pierde en Europa. En otras palabras, hacer que los valores que amenazan perderse tengan vigencia en América. América, el hombre americano tan temporal y efímero como el europeo, será en último término quien decida de la validez de la cultura europea, y de su decisión dependerá que esta cultura siga existiendo o no. Arai mismo ha hecho este ensayo al decidir que un determinado aspecto de la cultura europea como lo es la filosofía existencial carece de validez, si no para América, al menos para el movimiento que es él.

Ortega y la historia*

Una de las mayores preocupaciones del filósofo español José Ortega y Gasset ha sido el problema de la historia. En torno a él han girado las múltiples interpretaciones que ha hecho sobre diversos aspectos de la cultura. Unas veces aborda directamente el problema de la historia como en "El tema de nuestro tiempo", "Interpretación bélica de la historia", "Las Atlántidas" y otros ensayos más; otras, surge la historia dando forma, determinando los temas abordados. De la riquísima veta de sus obras puede extraerse lo que podría ser su interpretación de la historia, su filosofía de la historia. Esta es una obra que el mismo Ortega anuncia en una futura y esperada publicación, a la que ha titulado *La aurora de la razón histórica*. Pero, en espera de la aparición de esta obra, se pueden anticipar

* Publicado en *Letras de México*, año V, vol. III, núm. 7, 15 de julio, 1941, pp. 9-10.

algunas de las ideas centrales de ésta su interpretación de la historia, tomándolas de su última publicación en castellano sobre este tema: "Historia como sistema",[1] donde se encuentra un sustancioso resumen de las ideas sobre la historia.

La historia se presenta como cambio de creencias en la vida humana, de lo que llama Ortega "suelo de nuestra vida". Este suelo está compuesto por las convicciones que sobre cosas, hombres y sobre sí mismo tiene el hombre, pero es el más inseguro. Falla, amenazando destruir a sus creyentes. Debido a este fallar, el hombre debe buscar nuevos suelos que a su vez resultan nuevas fallas. La historia se va presentando a la manera de las culturas de Spengler, como creencias que nacen en una determinada época, tienen su juventud, su madurez y su muerte. Las creencias se alimentan de la sangre y de la vida de sus creyentes; pero un día estas creencias dejan de ser alimentadas, convirtiéndose en estructuras huecas en las que el hombre se hunde. Lo que era suelo firme y seguro, se convierte en terreno falso e inseguro. Lo que era vida se convierte en muerte, hay un anquilosamiento de las creencias.

"Creemos en algo con fe viva cuando esa creencia nos basta para vivir, y creemos en algo con fe muerta, con fe inerte, cuando sin haberla

[1] *Revista de Occidente*, Madrid, 1941.

abandonado, *estando en ella todavía*, no actúa eficazmente en nuestra vida". Hay una fe viva y una fe muerta; entre estas dos clases de fe va realizándose toda la historia. Lo que era fe viva, tan viva que pertenece a la vida de sus creyentes, se va convirtiendo con el tiempo —es decir, con la historia—, en fe muerta, en cosa. La fe, la creencia, se cosifica, se convierte en cosa; en una de las múltiples cosas con las cuales se *tropieza* el hombre. "Podemos [nos dice Ortega] perseguir las vicisitudes de esta fe y asistir, casi generación tras generación, a su progresiva decadencia". Cuando el hombre se hace consciente de esta progresiva decadencia de sus creencias entra en crisis, de la cual sólo una nueva fe puede salvarlo. De su propia crisis, es decir, de su inseguridad, saca el hombre las nuevas bases, las nuevas creencias, sobre las cuales apoyará su vida. Su fallar, su inseguridad, se convierte en seguridad al historizarse, al convertirse en experiencia. El hombre se asegura al conocer lo inseguro.

"El hombre europeo ha sido demócrata, *liberal*, *absolutista*, *feudal*, pero ya no lo es. ¿Quiere esto decir, rigurosamente hablando, que no siga en algún modo siéndolo? Claro que no. El hombre europeo sigue siendo todas estas cosas, pero no lo es en la *forma de haberlo sido*...". El hombre saca así la seguridad de la inseguridad. La historia es el relato del fracaso de las ideas a las que prestó su fe, es el *haber sido* que le impide volver a ser lo *sido*. El

hombre se encuentra forzado a construir nuevas ideas evitando las ideas destruidas. De aquí que la historia sea irreversible. La historia no puede repetirse, el hombre no puede tener fe en aquello en que ha perdido la fe; no puede creer en aquello en que ha dejado de creer. Pensar lo contrario es pensar que el hombre es un suicida, pues sólo un suicida se arroja en un abismo sabiendo que es un abismo. No se puede volver a ser cristiano, racionalista, liberal, demócrata, etc., sino poniéndole un *neo* delante. Y en este *neo* está todo lo que no puede volver a ser el hombre. Se puede hablar de la reconstrucción de un sistema de ideas para volver a creer en ellas; pero no se puede hablar de la construcción del mismo sistema. En el *re* está todo lo que la construcción necesita para que vuelva a creerse en ella.

La historia se va presentando en Ortega como una serie de creencias en las que el hombre se apoya. La historia es el relato de cómo el hombre va saltando de creencia en creencia, a medida que éstas van fallando. La historia es la que va mostrando qué *suelos de nuestra vida* son suelos que no deben pisarse, sino que hay que saltar. La historia va mostrando diversos *repertorios* de ideas en las cuales el hombre ha creído en diversas épocas y que dan lugar a creencias básicas, fundamentales, radicales, de las cuales se derivan otras creencias menores, secundarias, pero siempre sustentadas

en las fundamentales. Todo esto forma una estructura, una determinada arquitectura en la que las ideas en que se cree se encuentran en una determinada jerarquía. A este tipo de estructura es a lo que se llama en la filosofía contemporánea: *cultura*. En resumen, la historia es un pasar de cultura en cultura, de creencia en creencia, sin descansar jamás; creyendo y dejando de creer, para creer siempre en otra cosa nueva. La historia es un estar siempre experimentando, un estar siempre haciendo algo; en una palabra: la historia es un vivir. La historia es vida, de aquí que no pueda apoyarse siempre en una creencia, porque las creencias con el tiempo se fosilizan, se endurecen, se cosifican, se mueren.

Pero, ¿por qué es la historia así y no de otra manera? Esta manera de ser de la historia que nos presenta Ortega tiene como base una ontología del ser humano. La filosofía de la historia del pensador español tiene su fundamento en el individuo, en la persona humana. El mecanismo y el resorte de la historia está en el hombre, en la vida humana. La historia ha dejado de ser el espíritu objetivo, del cual los hombres no son sino marionetas, instrumentos, para convertirse en algo que los hombres hacen dentro de su libertad circunstancial. La historia deja de ser un fin en sí, algo trascendental al hombre, para convertirse en su naturaleza. El hombre no vive para hacer historia, sino que hace historia porque vive.

La naturaleza humana es una naturaleza que el hombre mismo va haciéndose, a diferencia de la de las *cosas*, que es una naturaleza *hecha*. "Frente al ser suficiente de la sustancia o cosa, la vida es el ser indigente, el ente que lo único que tiene es, propiamente, menesteres". En este ser menesteroso, indigente, está la libertad del hombre, que es libre porque no tiene hecha su vida, su ser. Las cosas carecen de libertad en cuanto tienen hecho su ser. "Ser libre quiere decir carecer de identidad constitutiva, no estar adscrito a un ser determinado, poder ser otro del que se era y no poder instalarse de una vez para siempre en ningún ser determinado". De aquí que jamás el hombre pueda permanecer en un tipo de soluciones históricas y que con el tiempo las sienta como cosa muerta, como insuficientes para su vida, que es un forzoso cambio. La vida del hombre es actividad; en cuanto se detiene en algún punto se inmoviliza, deja de ser actividad, muere.

Dentro de su circunstancia, el hombre encuentra ante sí varias posibilidades de su "posible ser". En el presente está el hombre proyectando su posible ser, su futuro, porque estas posibilidades —nos dice Ortega— "tampoco me son regaladas sino que tengo que inventármelas". Lo único que encuentra el hombre es su circunstancia, razón por la cual "inventó proyectos de hacer y de ser, en vista de las circunstancias". Lo proyectado, el "ha-

cia", los ideales, deben ser creencias, pues el hombre tratará de realizar aquello en que cree. De aquí que en épocas como la que vivimos, en que el hombre no cree en nada, no sabe qué hacer. Ortega nos muestra cómo ha sido el hombre en su historia de creencia en creencia y de proyecto en proyecto, hasta nuestros días en que la última creencia, el último proyecto —la razón— ha alcanzado su máxima realización, con lo cual el hombre ha vuelto a quedarse sin quehacer, sin proyecto, sin creencia. "El hombre necesita una nueva revelación. Y hay revelación siempre que el hombre se siente en contacto con una realidad distinta de él". "Toda desilusión, al quitar al hombre la fe en una realidad, a la cual estaba puesto, hace que pase a primer plano y se descubra la realidad de lo que le queda y en la que no había reparado". "Ahora, perdida también —en la forma descrita— la fe en esa razón, se ve el hombre forzado a hacer pie en lo único que le queda, y que es su desilusionado vivir". Ortega *cree* que la revelación que puede salvar al hombre es la historia, esto es, su vida, porque el hombre es historia, la vida humana es historia.

Por lo pronto, Europa, ante la falta de tarea constructiva, se ha propuesto una tarea destructiva; lo que construyó en milenios lo está destruyendo en horas. Frente a esta actitud ha reaccionado América. Hasta ayer —pesa decirlo— había vivido de creencias ajenas, de *suelos* prestados; creía en

ciertas ideas porque Europa creía en ellas y no le venía mal: si cambiaban cambiaba, presentándose así el espectáculo de los *ὠμοι* criollos. Pero ahora América se ha quedado sin quién le fabrique sus creencias; ahora debe hacerlas y creer verdaderamente en ellas. Es una tarea vital para América, así lo ha comprendido y ha empezado empeñosamente su labor. Una de estas labores —la más importante— es la de expresar en logos, en razones, en palabras, nuestra circunstancia. De aquí que se hable de una filosofía americana, de una filosofía hispanoamericana. De una filosofía de la circunstancia de la América española.

Pero una tal filosofía no va a empezar por descubrirlo todo, sino contar con lo descubierto y seguir hacia adelante. Tampoco va a desechar el instrumental de ideas que ofrezca una filosofía contemporánea considerándola como simple novedad —como sería insensato desechar la filosofía griega por ser antigua—, pues había que demostrar antes que es tal novedad y no algo innato a nuestra época. Este es el caso de la obra de Ortega. Hay quienes consideran que su obra es un peligro para la realización de la filosofía hispanoamericana; pero también hay quienes han visto en Ortega la posibilidad de una filosofía hispanoamericana, propia, original, y esto —es lo más grave— lo han visto no sólo amigos de su obra, sino enemigos de ella.

En México ha sido Samuel Ramos uno de los primeros en ver y demostrar con hechos que en ciertas ideas fundamentales de Ortega se encontraban las bases para una filosofía de la América española.[2] Con *El perfil del hombre y la cultura en México*, Ramos ha iniciado una filosofía hispanoamericana, antes de que se hablase de esto, y algunas de las personas que ahora lo encuentran muy natural, lo encontraron entonces como un delito de lesa filosofía. Por lo que respecta a sus enemigos —en este caso políticos— de la obra de Ortega, he aquí cómo se expresa un periódico falangista de Buenos Aires, acusándolo de deshispanizante y de enemigo de la hispanización de la América Española:

> La revolución falangista triunfante quiere que hispanoamérica no viva alejada de la península europea como en los malos tiempos del liberalismo. Quiere una mayor comprensión. Pero nosotros creemos que esta comprensión exige también un cambio de ideas. Con intelectuales que entienden la historia como Ortega y Gasset no se podrá nunca formar una conciencia hispánica. Puesto que él mismo no reconoce a la gran España católica e imperial es imposible que haga nada por ella.

[2] Samuel Ramos, "Ortega y Gasset y la América Española", en *Revista Hoy*, México, 1938.

En otra parte dice:

> Durante su permanencia en Buenos Aires, Ortega ha desarrollado conferencias que comprueban su complacencia y su entusiasmo por la antigua historia liberal. ¿No hemos escuchado hacer el elogio de un falso Vives, erasmista y racionalista, de un Vives arbitrario creado por el liberalismo para su propaganda? ¿No le hemos oído decir que nuestros países de América son pueblos jóvenes, en formación; concepto en el que va implícita la negación de nuestra cultura milenaria hispánica y católica?[3]

El delito de Ortega es el de creer que los países de América pueden tener una cultura propia, escapando a la *cultura* de colonias, que es la única que les corresponde en la hispanidad imperial, es decir, de dominio. ¿No es esto lo que queremos? ¿O es que deseamos que nos sigan haciendo nuestras creencias? En cuanto al fondo, las ideas de Ortega hay que ponerlas a discusión, pero a legítima discusión, y con esto quiero decir sincera, y sinceramente, Ortega, independientemente de que él lo haya querido o no, tiene que ver con nuestro afán por una filosofía hispanoamericana.

Hablar de una filosofía hispanoamericana es ya un acto de sinceridad, porque lo hispanoameri-

[3] *Ofensiva*, Buenos Aires, 15 de marzo, 1941.

cano es el límite reconocido. Límite circunstancial que ninguna filosofía hasta ahora había reconocido: pues ningún gran filósofo pretende hacer filosofía para los griegos, para los franceses o para los alemanes, sino para toda la humanidad. La filosofía es griega, francesa, alemana, a pesar suyo; pero este límite no es tan estrecho que incomunique; por el contrario, todas las filosofías están comunicadas y la hispanoamericana lo deberá estar si es auténtica, por esa humanidad a la que todas tendieron. Así nuestra filosofía será auténtica en cuanto pretenda dar solución a problemas humanos, y sincera en cuanto reconozca la limitación de sus soluciones como obras humanas. De aquí que resulte inconsecuente querer hacer filosofía hispanoamericana para oponerla a la filosofía europea y negar los valores que ésta tenga. Este tipo de filosofía parece más bien bandera de resentimientos, con la que se quiere destruir todo sin construir nada. En vez de verse en lo hispanoamericano un límite de lo que era la filosofía, se ve una filosofía totalitaria, capaz de aplastar a la filosofía europea.

La filosofía hispanoamericana que será fructífera es la del tipo que realiza Samuel Ramos en México: callada, limitada de medios, pero segura en lo que va logrando; y la de Francisco Romero en Argentina, con todos los medios que ese rico país puede proporcionarle para la enojosa tarea preliminar de los datos de lo que puede ser un "logos" hispanoamericano.

América
y su posible filosofía*

La situación actual de Europa plantea al mundo un grave problema cultural: el de la muerte de la cultura occidental o el de su continuación en el continente creado por dicha cultura, el continente americano. De repente, el hombre americano que tan confiado había vivido durante lustros y lustros por espacio de varios siglos, apoyado en las creencias, en las ideas que sobre el mundo y la vida tenía el hombre europeo, se ha encontrado en el vacío. La cultura occidental que tan segura parecía se desploma de golpe. El hombre americano se encuentra con una serie de artefactos, de ideas muertas, carentes de valor para los que fueron sus autores. Ahora tiene que elegir entre seguir pres-

* Publicado en *Letras de México*, año V, vol. III, núm. 11, 15 de noviembre, 1941, pp. 1-2.

tándoles fe o entregarse al caos en que ha caído el europeo al perder la fe en sus obras, en su cultura.

América, que poco se había preocupado por averiguar el origen de su fe en la cultura europea, se encuentra de pronto con una serie de ideas muertas, extrañas, lejanas con el abismo que hay entre la vida y la muerte, entre una cultura que nace y una cultura que muere. Las ideas que eran familiares se convierten en siniestras, desconocidas, arcanas. Sobre este terreno no puede seguir apoyándose, tiene necesariamente que buscar tierra firme, tierra nueva. América, creación de Europa, tiene que recrearse a sí misma; tiene que conocerse, buscar en sí las bases sobre qué apoyarse. Este buscarse, este conocerse sólo lo puede realizar en toda su plenitud esa disciplina natural del hombre en situación problemática: la filosofía.

¿Es posible hablar de una filosofía americana? En principio la pregunta parece absurda, pues la filosofía siempre ha pretendido ser una disciplina de carácter universal. Sus verdades han pretendido ser válidas en todo tiempo y lugar. Sin embargo, estas verdades aparecen tan diversas, tan opuestas, tan contradictorias unas a otras, que ha sido menester buscar algo que justifique su diversidad, o negar a todas adhiriéndose dogmáticamente a una de ellas. Este algo que las justifique a todas se ha encontrado en la historia. Es la historia la que justifica todas las verdades, todas las creencias. Cada

una en su tiempo es justa y verdadera, fuera de él resulta injusta y falsa. La contradicción surge cuando se quiere hacer, de verdades temporales, verdades eternas. La cultura con la cual se pretende hacer esto se encuentra al cabo del tiempo con una multitud de ideas estorbándose unas a otras, cerrándose, estrangulándose a sí mismas. Esta es la situación que presenta la cultura europea: ideas contra ideas, y con ellas hombres contra hombres.

De lo dicho se cae en la cuenta de que la filosofía, lejos de ser una disciplina de carácter universal y valedera para todo tiempo y lugar, es una disciplina sólo justificable históricamente, es decir, en un determinado lugar y tiempo. Así resulta que la filosofía es, a pesar suyo: filosofía griega, filosofía latina, filosofía cristiana, filosofía alemana, francesa, inglesa, etc. Se comprende ahora cómo sí es posible una filosofía americana. Pero entonces surge otra pregunta: ¿cómo debe ser esta filosofía para que merezca el título de americana? ¿Cuál debe ser el contenido de sus especulaciones?

Si se sigue considerando a la filosofía como una disciplina cuyos temas tienen carácter universal, válidos en todo tiempo y lugar, es de suponerse que la tarea que tendría que realizar América en el terreno de la filosofía sería la de continuadora en la explicación, en la aclaración, exposición y configuración de los temas que dan el carácter de eterna a la filosofía. América debería continuar la elaboración en

torno a problemas abstractos, teóricos, como son los problemas del conocimiento, el problema del ser, el problema del tiempo, el problema de Dios, etc. Pero si entrara plenamente en estos temas, si en vez de repetir lo hecho, tratara de exponer el legítimo punto de vista que sobre estos temas tiene el hombre americano, el resultado sería una filosofía americana, de la misma manera como ha resultado una filosofía griega, alemana, francesa o inglesa, a pesar de laborar sobre los mismos temas.

¿Cuál es la causa por la cual temas de carácter abstracto con pretensión de universalidad han resultado a la postre particulares, propios de una determinada cultura? La causa es algo que olvidaron los pensadores de nuestros últimos tiempos. Y es la de que toda abstracción tiene como finalidad la solución de problemas concretos, de problemas particulares, los problemas del llamado "hombre de la calle". La teoría no es sino el fundamento de la práctica. La teoría no es sino un *ver* más profundo de lo que la práctica puede realizar. Esto es algo que parece haber olvidado el intelectual de nuestro tiempo. En vez de hacer ideas prácticas, es decir, ideas que fundamenten la práctica, ha hecho de éstas un hermoso mosaico de palabras, un divertido rompecabezas de cuyo conocimiento se ufana. El "hombre de la calle", que siempre se confiaba a las soluciones que le ofrecía el intelectual, se encuentra con que éste ya no

se las ofrece, sino que se divierte a costa de sus esperanzas. De aquí el descrédito en que ha caído dicho intelectual. De aquí también que el "hombre de la calle", convertido en "masa", busque por sí mismo la solución de sus problemas, utilizando lo único que le queda, descartado el intelectual, la *acción*. Y la acción sin cabeza que la guíe, la práctica sin la teoría, no es sino fuerza bruta.

Pero cuando la teoría tiene como mira final la práctica, no es de extrañar que sus temas, por abstractos que parezcan, resulten a la postre temas concretos, particulares pues su finalidad última no es otra que la de solucionar problemas que se presentan en un aquí y un ahora, en un determinado espacio y un determinado tiempo. Si no, recuérdese cómo toda la teoría platónica de las ideas remata en una política, termina en la república platónica. Piénsese también en *La Ciudad de Dios* de San Agustín, en la que culminan todas las abstracciones sobre la divinidad. Piénsese igualmente en el racionalismo moderno cuya culminación práctica es la técnica y la democracia.

Visto esto, ahora podemos contestar a nuestra pregunta sobre el contenido de una filosofía americana para que mereciese el nombre de tal, sobre sus temas, sobre los problemas a resolver. Estos temas no pueden ser otros que los que le presenta esta realidad llamada América. Los problemas no pueden ser otros que los problemas con los cuales

continuamente está tropezando el hombre llamado americano.

Entre estos temas hay uno que destaca por su principalidad: el de la convivencia, el tema de la sociedad. Pues uno de los problemas que más preocupan al hombre de cualquier especie racial o cultural es el problema del "otro", el problema de cómo situarse ante su semejante. El problema de cómo no ser estorbado por el "otro", de cómo no chocar con él. Este problema es el que encuentra su solución en dos disciplinas filosóficas, la ética y la política. Ya hemos visto anteriormente cómo la teoría termina en *La República* de Platón, en *La Ciudad de Dios* de San Agustín, en las utopías del Renacimiento y en la democracia del siglo XIX a nuestros días. Así como también se ve, como cuando la teoría no sirve a la práctica, sino que es la práctica la que se ve forzada a teorizar sobre sí misma, sus resultados son los de la política de violencia que amenaza destruir toda la cultura. Así podemos concluir que uno de los problemas a resolver por una posible filosofía americana deberá ser un problema de carácter político. El problema de cómo ordenar la convivencia del hombre americano. Y así lo que es un problema particular, un problema americano será, al resolverse solución parcialmente generalizada a toda la humanidad, y esta generalización estará en lo que de humano tiene el hombre de este continente.

La sociología como ciencia*

Al excelente *Panorama de sociología contemporánea* del doctor José Medina Echavarría, se agrega su libro *Sociología: teoría y técnica* (FCE). Si el primer libro nos familiarizaba con la sociología en los diversos aspectos que muestra en nuestros días, este último libro nos sitúa ante sus problemas tratando no sólo de exponerlos, sino también de enjuiciarlos y proponer soluciones. La sociología, como las demás ciencias y obras humanas, se presenta en nuestros días como obra en crisis. Medina Echavarría trata de dilucidar si se trata de una crisis de objeto, de método, o simplemente participa de la crisis de nuestra época en todos sus aspectos, en los cuales está incluida la misma ciencia.

* Publicado en *Letras de México*, año V, vol. III, núm. 12, 15 de diciembre, 1941, p. 4.

Medina no cree que se trate de una crisis de objeto, y en cuanto a que participe de la crisis de la cultura occidental, esto es innegable, pero el problema es ya en sí un problema sociológico. Lo importante aquí es que se trata de una crisis metodológica, una crisis del método sociológico. Una crisis de carácter científico, en cuanto que es la crisis que tiene que sufrir toda ciencia en su continuo desarrollo. La sociología nace en Comte como ciencia, y como tal ha ido de crisis en crisis hasta su desarrollo actual. Sin embargo, en este su desarrollo ha sufrido múltiples contaminaciones alejándose muchas veces de su verdadero método, tratando de aplicar métodos que no le corresponden. Nuestro autor intenta en este libro delimitar el método propio de las ciencias sociales.

Para el logro de esta tarea, Echevarría va reduciendo el terreno propio del método sociológico. Esta primera reducción la hace frente a la filosofía. Unas veces son los sociólogos que, no conformes con la tarea de la sociología, han tratado también de valorar y sacar conclusiones metafísicas de su análisis. Otras veces son los filósofos los que han exigido a la sociología una tarea filosófica, como es la de que indiquen cuál es la esencia de lo social. La sociología debe extenderse sobre la realidad y describir, exponer, lo que ésta sea. Es al filósofo a quien corresponde la tarea de juzgar sobre el valor de los datos ofrecidos y señalar la esencia de lo

social y valorar sobre esta esencia. La sociología como ciencia no está obligada a decir qué sea lo social, como el biólogo tampoco está obligado a decir qué sea la vida. La tarea de ambos es la de captar la realidad y exponerla, no la de decir cuál sea la esencia de estas realidades. Esta es una tarea filosófica.

Otros de los problemas planteados por el método sociológico es el de su materia, el de su objeto. La realidad sobre la cual tiene que trabajar se presenta bajo la forma de dos mundos: el mundo que Kant llamó de la *razón pura*, y el mundo de la *razón práctica*. Lo físico y lo humano. Esta división de la realidad en dos mundos opuestos ha obligado a la ciencia a escindirse en *ciencias naturales* y *ciencias culturales* o *humanas*. No sólo ha hecho esto sino que ha pretendido explicar estos mundos por separado. No ha podido explicarse al hombre en su conjunción con los dos mundos, sino que lo ha querido explicar, o como puro ser natural, o como puro ser espiritual. Del hombre no se puede hacer sino la abstracción física o la abstracción metafísica. El hombre o resulta un puro animal, o un puro espíritu. Y en ambas soluciones lo deshumaniza.

Medina Echavarría trata de eliminar esta dicotomía y hacer de las ciencias sociales una *ciencia*. No hay ciencias sociales y ciencias naturales, hay simplemente ciencia. Existe un mismo método para lo natural y lo social; lo que debe cambiar es la

forma como aplicar este método. La ciencia es un conjunto de símbolos por medio de los cuales el hombre se ahorra una serie de experiencias que tendría que repetir cada vez que actuase sobre la realidad. El científico ahorra al "hombre de la calle" multitud de experiencias sin cuyo ahorro el hombre estaría continuamente repitiéndose en la misma forma como lo hacen los animales. El hombre progresa gracias a este ahorro progresivo de las experiencias de su realidad circundante. El hombre aprende a reaccionar ante los símbolos ahorrándose la experiencia de lo simbolizado. "En esto el hombre se separa más radicalmente del animal, al tener el privilegio de una *circunstancia simbólica*, que aumenta considerablemente los estímulos del ambiente".

Por la palabra, que es el símbolo de una realidad experimentada, se ahorra el hombre la misma experiencia. Ahora bien, la ciencia es un refinamiento de la palabra vulgar. Es un conjunto de símbolos más refinados y precisos. Este refinamiento y esta precisión han sido un éxito en las ciencias naturales; pero no ha sido así en lo referente a las ciencias sociales. Mientras que en las ciencias naturales hay un acuerdo, en las ciencias sociales este acuerdo es prácticamente imposible. Esta su imposibilidad resulta de que los símbolos de que se forma esta ciencia son símbolos imprecisos, oscuros. Un mismo símbolo expresa distintas

realidades sociales. Cada hombre o grupo social interpreta un mismo símbolo en distintas formas, de acuerdo con sus intereses. En su interpretación no sólo interviene el hombre de ciencia, sino "cualquier hombre". Todos se creen con derecho a dar su interpretación, ofreciéndose el espectáculo de una polémica que llega hasta la lucha armada. Los hombres luchan entre sí por símbolos que tienen para cual un distinto significado. Este espectáculo no lo ofrecen las ciencias naturales.

En las ciencias naturales, gracias a su precisión, no cabe más intervención que la del especialista, el hombre de la calle no se cree con derecho a intervenir y abandona esta parte de su realidad al hombre de ciencia para que sea él quien solucione los problemas que tal realidad le presente. ¿Puede lograrse la misma precisión y el mismo desinterés del hombre vulgar sobre los problemas de la sociedad, a tal grado que la solución de dichos problemas pueda ser abandonada al hombre que se dedica a ello, al hombre de ciencia? Nuestra época, por el espectáculo que presenta, sería una respuesta afirmativa. En nuestros días hombres se muestran más que nunca dispuestos —y de hecho lo están— a dejar que también les sean resueltos los problemas de este otro aspecto de su realidad, como le son resueltos sus problemas naturales. El hombre se ha convertido en masa modelable para el que quiera modelarla. No importa que el mode-

lador sea un hombre de ciencia o un demente. Acaso por esto se explique el sordo rencor que tiene esta masa por el científico que se ha mostrado tímido ante la entrega que se le hacía. El hombre de ciencia se mostró a la masa como su más brillante seductor, sin embargo, cuando ésta se le entregó, resultó ser un impotente. Esta masa, decepcionada de la razón que tanto le prometió sin cumplir sus promesas, se entregó a lo irracional. Ahora el nombre de ciencia vuelve a la carga en tono de reconquista.

La producción filosófica mexicana en 1941*

1941 ha sido un año fructífero para la cada vez más creciente filosofía en México. La filosofía ha hecho su aparición en diversas formas: conferencias, centros de estudio, publicación de revistas especiales, o artículos en diversas revistas de cultura general, libros de ideas originales o de divulgación, textos de clásicos de la filosofía, o traducción de obras de pensadores contemporáneos.

El año se inauguró con los Cursos de Invierno de la Facultad de Filosofía y Letras, en los que el maestro Antonio Caso disertó sobre el tema "Positivismo, neopositivismo y fenomenología", curso en el que se hicieron patentes una vez más sus cualidades de expositor y originalidad sobre temas

* Publicado en *Letras de México*, año VI, vol. III, núm. 13, 15 de enero, 1942, p. 7.

actuales de filosofía. El doctor José Gaos dio unas conferencias a las que tituló "Nuestra vida", en las cuales fueron desfilando todos los fenómenos característicos al hombre contemporáneo —con su respectiva crítica—, descripción y crítica que alarmó a quienes esperaban que fenómenos concretos y vivos como son los de nuestra vida, fuesen abstraídos a tal grado que nadie reconociese en ellos fenómenos de su vida. Algunos meses más tarde, el maestro José Vasconcelos volvió a los temas filosóficos, después de una larga y lamentable ausencia; el tema tratado fue el "Realismo científico", en conferencias que también fueron escuchadas en el salón de actos de la misma Facultad.

El Centro de Estudios Filosóficos, bajo la dinámica dirección del licenciado Eduardo García Maynez, continuó la publicación del *Boletín Bibliográfico* de este centro, en el cual se hicieron las reseñas y la crítica de los últimos libros filosóficos, encargadas a los miembros del Centro. Al mismo tiempo se iniciaron las publicaciones de dos colecciones de libros filosóficos: la titulada *Monografías filosóficas*, en la cual aparecieron dos obras, *Positivismo, neopositivismo y fenomenología*, del doctor Antonio Caso, y *Lo fugaz y lo eterno*, del profesor español Joaquín Xirau. La otra fue la Colección de textos clásicos de filosofía, de la cual aparecieron: *Filosofía de la historia*, de Kant; *La ciencia nueva*, de Vico, y la *Teoría de los sentimientos morales*, de Adam

Smith. La edición de esta última colección fue encomendada a El Colegio de México.

Bajo la dirección del mismo licenciado Eduardo García Maynez, fue creada la revista de *Filosofía y Letras*, órgano de esta escuela, en cuyos tres primeros números aparecieron trabajos de Juan David García Bacca, Samuel Ramos, Eduardo Nicol, José Vasconcelos, Antonio Caso y Oswaldo Robles, así como notas y reseñas a cargo de profesores de la misma Facultad. Ahí mismo se preparó un grupo de ensayos en honor del desaparecido Henri Bergson, ensayos encargados a distinguidos maestros, tanto mexicanos como españoles.

Otras revistas también acogieron en sus páginas numerosos ensayos filosóficos, como son *Letras de México*, *Abside*, en la cual se destacó el trabajo del licenciado Antonio Gómez Robledo sobre Bergson; en *Tierra Nueva* se publicaron ensayos filosóficos de Juan David García Bacca, Antonio Gómez Robledo, Juan Manuel Terán y José Iturriaga. Y *Luminar*, que publicó ensayos tanto de mexicanos como de extranjeros.

El tema de la filosofía hispanoamericana fue abordado por un lado por Adolfo Menéndez Samará, en una conferencia en la cual expuso sus puntos de vista sobre la posibilidad y las dificultades para la realización de tal filosofía. Por otro lado, Alberto T. Arai publicó un ensayo titulado "Logicismo autónomo", en donde después de un

precipitado análisis sobre las últimas corrientes filosóficas europeas, proponía una no menos precipitada filosofía para Hispanoamérica. En torno a la filosofía mexicana en particular, se hicieron algunos ensayos entre los que se destacan los del maestro Caso, publicados en la *Revista de Literatura Mexicana*. El Colegio de México encomendó al profesor Samuel Ramos un seminario sobre "El Pensamiento en México en los Siglos XIX y XX", pero de hecho abarcó a la filosofía mexicana desde la Colonia. Por otro lado, el doctor Oswaldo Robles ha estado preparando una serie de monografías sobre pensadores mexicanos de la Colonia. La Biblioteca del Estudiante Universitario publicó dos selecciones: una, titulada "Humanistas del siglo XVIII", encomendada a Gabriel Méndez Plancarte; otra, sobre "Gabino Barreda", fue encomendada al joven estudiante de filosofía José Fuentes Mares.

El grupo de los neokantianos de México se mostró muy activo bajo la inteligente dirección del doctor Francisco Larroyo, los cuales publicaron *La Gaceta Filosófica*, en el grupo destacaron A. Díaz Mora y Juan Manuel Terán. El doctor Larroyo publicó varios libros de carácter polémico o de exposición de su doctrina. Entre los primeros está el titulado *Exposición y crítica del personalismo espiritualista de nuestro tiempo*, en el que se hace la crítica a la filosofía de la persona, del maestro argentino

Francisco Romero. El titulado *El romanticismo filosófico*, con observaciones a la concepción filosófica del profesor Joaquín Xirau. Entre los temas de exposición está el titulado *La teoría dinámica de las ciencias*, en el que se aplica a las llamadas ciencias sociales el criterio idealista. Otro libro fue el titulado *Los fundamentos filosóficos de la escuela unificada*, en el que se ofrece un sistema de educación pública. También nos dio la traducción del segundo tomo de la *Historia de la filosofía*, de W. Windelband.

El Colegio de México ofreció una serie de cursos en la Facultad de Filosofía y Letras, los cuales fueron encomendados a Juan Roura-Parella, Luis Recaséns Siches, José Gaos, Joaquín Xirau, Eugenio Imaz y Samuel Ramos. En cuanto a publicaciones, nos ofreció la primera serie —La filosofía griega—, de la *Antología filosófica*, del doctor José Gaos, en la cual es de hacerse notar la sugestiva introducción sobre la enseñanza de la filosofía. La tesis de doctorado del profesor Eduardo Nicol, *Psicología de las situaciones vitales*, en la que ensaya un nuevo tipo de psicología, partiendo de la tesis sustentada por la Escuela de Madrid, de la que era animador el pensador español José Ortega y Gasset.

Entre otras publicaciones tenemos el *Breviario de psicología*, del doctor Adolfo Menéndez Samará, muy sugestivo por lo que de personal se agita en varias de sus líneas, y al que, desgraciadamente, no se ha hecho justicia, pues las críticas que se le

hacen, tanto las negativas como las positivas, han estado animadas de lo que nuestro autor ha llamado "política filosófica". Otra publicación nos la ha ofrecido la Editorial Atlante, *El Diccionario de Filosofía*, de José Ferrater Mora, en mi concepto, excelente a pesar de los defectos que tenga en algunos de los temas tratados; a cambio de esto hay otros en los cuales su autor muestra sus conocimientos, los conocimientos de la escuela que le anima.

El Fondo de Cultura Económica ha sido la editorial que más brillantemente ha cumplido su cometido de ofrecer a la cultura mexicana y a la de todos los países de habla hispana un grupo de obras de primera línea en sus diversas colecciones. A esta editorial debemos, en primer lugar, dos obras de las más destacadas del pensamiento contemporáneo: *Ideología y utopía* de Karl Mannheim, obra en la cual se puede palpar el estado de ánimo de los intelectuales europeos que precedió a la catástrofe de la cultura europea. Otro ha sido el libro de Alfredo Weber, *Historia de la cultura como sociología de la cultura*, en el cual se presenta una tesis que viene a ser una réplica a la tesis de Spengler que, por seductora, dañó a varios de nuestros jóvenes estudiosos. En su colección de Clásicos del pensamiento político, nos fue ofrecido el *Leviatán*, de Hobbes, el *Ensayo sobre el gobierno civil*, de Locke, así como *Utopías del Renacimiento*, en el que se encuentran reunidos la *Utopía*, de Tomás Moro; *La*

Ciudad del Sol, de Campanella, y la *Nueva Atlántida*, de Bacon. En su colección de manuales introductorios tenemos la excelente colección de Clásicos del Pensamiento Político, que nos fue ofrecido el *Leviatán*, de Hobbes, obra en colaboración de varios pensadores europeos bajo la dirección de J. P. Mayer, en la cual se hace el resumen de todo el pensamiento político europeo y de la que Tawney ha dicho, con razón, que es una verdadera filosofía de la historia de la cultura europea.

Otro de los libros importantes para la cultura filosófica en México, ha sido el del doctor José Medina Echavarría, titulado *Sociología, teoría y técnica*, en el que se trata, entre otros muchos problemas, el problema de la ciencia; libro que ha originado una "Carta abierta" del maestro Gaos contra la tesis sustentada por dicho autor.

La Editorial América ha publicado, a su vez, una pequeña y bien presentada colección de monografías filosóficas traducidas —hasta ahora— del francés: *Descartes*, *Spinosa*, *Epicuro*, *Maquinismo y filosofía* y *Platón*.

Como se ve, la producción filosófica en México tanto en originales como en traducciones ha sido bastante nutrida. 1942 se perfila como más nutrido aún, empezando con los cursos de invierno correspondientes a este año. Un ejemplo que honra a nuestra cultura, pues esto se lleva a cabo

en momentos en que la cultura del mundo se bambolea amenazada por los nuevos bárbaros. ¿Podremos continuar esta labor?

Hacia una democracia responsable*

En *Ideología y utopía* —libro que la crítica ha considerado como uno de los más importantes de nuestro tiempo—, el pensador alemán Karl Mannheim, ahora en tierras de libertad, al igual que otros pensadores de nuestra época, se hacía cuestión de la crisis y desorientación de este nuestro tiempo. Entre otros muchos temas se planteaba el de la falta de correlación entre la teoría y la práctica. La teoría había dejado de ser un instrumento de la práctica, convirtiéndose en un artefacto inútil. En vez de ser un instrumento para obrar sobre la realidad, se ha transformado en enemigo de ésta pretendiendo detenerla en su marcha. La realidad se puede conducir, pero no detener; la teoría la trató de detener al

* Publicado en *Letras de México*, año VI, vol. III, núm. 18, 15 de junio, 1942, p. 5.

querer que se conformase a sus rígidos lineamientos. El resultado ha sido la falta de correlación entre la teoría y la práctica. La teoría ha quedado fuera de la corriente de la realidad, del tiempo y de la historia. De aquí que nuestra época esté acéfala, sin cabeza, abandonada a la pura realidad, sin orientación alguna. Nuestra época no tiene más guía que la vida misma, lo instintivo, lo irracional.

Ahora bien, el inmediato responsable de esta falta de responsabilidad es el autor de la teoría, el intelectual. Es el intelectual el que no ha sabido estar a la altura de su tiempo, el que ha pretendido estar fuera de su tiempo, idiotizado por un instrumento que creía infalible, todopoderoso: la inteligencia, la razón. La realidad debía subordinarse a esta poderosa razón, si no se subordinaba, "peor para la realidad"; sin embargo, la realidad siguió su marcha y la razón quedó en el pasado considerada como un instrumento inútil. Y con ella quedó el intelectual, sin actualidad ni prestigio alguno. Mannheim invita en este libro a la responsabilidad. La inteligencia debe volver por sus fueros, encarándose con la realidad y procurando dar soluciones a los problemas que presente; pero no soluciones eternas, de una vez y para siempre, sino soluciones que sean conformes con una realidad siempre en marcha. El intelectual debe marchar cabalgando sobre la realidad, guiándola hacia los fines propios del hombre.

Libertad y planificación —obra del mismo autor, cuya traducción al español, al igual que *Ideología y utopía*, nos es ofrecida por el Fondo de Cultura Económica— es un intento de solución a uno de los problemas más graves de nuestro tiempo, el problema de la libertad individual. Mannheim se pregunta si es posible la libertad del individuo dentro de los sistemas de ordenación social o planificación hacia los que se orienta nuestro tiempo. Es decir, ¿es posible la libertad en una sociedad planificada? ¿Es posible una dictadura democrática?

Mannheim nos muestra cómo ya no es posible seguir hablando de una democracia del tipo de la democracia liberal del siglo XIX. Este sistema democrático basado en un *laissez faire*, ha pasado a la historia, ha llegado a su fin. Hay un cambio en la estructura de la sociedad al cual deben adaptarse las democracias si quieren evitar caer en el totalitarismo. La estructura social ha sufrido grandes transformaciones y ha sido la incapacidad de adaptación a estas transformaciones de los gobiernos democráticos lo que ha originado el tipo de adaptación de las dictaduras totalitarias. Las democracias no han mostrado capacidad para ofrecer una solución racional a los problemas de la sociedad contemporánea. Falto de esta solución y necesitado con urgencia de ella, el hombre no ha tenido más remedio que adoptar las soluciones irracionales del totalitarismo, basadas en el

conformismo y la barbarie. De aquí que, si no se quiere que los últimos reductos de la democracia se pierdan, es menester transformarla adaptándola a las nuevas circunstancias y no continuar empeñándose en sostener un tipo de democracia fuera de nuestro tiempo y por lo mismo inútil. "Del naufragio del liberalismo —dice Mannheim—, sólo se pueden salvar sus valores, entre otros la creencia en una personalidad libre. Pero su técnica que está basada en el principio del *laissez faire*, ha pasado para siempre".

En las democracias los hombres siguen pensando con términos del liberalismo, pero el sentido de tales términos ha cambiado, al cambiar las circunstancias en las cuales se originaron. Las circunstancias actuales hacen imposible la adopción de términos cuya sentido sea el mismo que tenían en el liberalismo. Nuestra época no puede aceptar la libertad concediéndole el mismo significado que tenía para el liberal del siglo XIX. El término libertad, así como otros más, ha sido constantemente definido en la historia, y en cada una de sus definiciones se ha presentado como distinto. De aquí que no se pueda pretender que el sentido de la libertad sea el mismo para el hombre del siglo XIX que para el hombre de nuestros días. Tal pretensión ha conducido a su negación absoluta.

Ahora bien, es menester estudiar las causas por las cuales el hombre ha preferido en muchos

pueblos la negación absoluta de la libertad, sometiéndose a una dictadura en vez de continuar aceptando esta libertad en el sentido que le daba el liberal. Estas causas tienen su origen en la inadaptación de tal término con las circunstancias actuales, las cuales dan al mismo un sentido negativo. La libertad en sentido liberal es para el hombre de nuestros días un obstáculo en vez de una solución. La libertad en el sentido liberal permitía al hombre, al individuo, seguir el camino que quisiese sin tener que rendir cuentas a nadie, socialmente era un irresponsable. La responsabilidad era sólo personal, no respondía más que a sí mismo de lo que de sí mismo había hecho. La sociedad y el Estado no eran sino instrumentos de sus intereses. "Cada hombre miraba por sí mismo contra los demás, sin cuidarse de qué clase de sociedad saldría del caos de estas actividades en lucha y de estas responsabilidades personales limitadas".

Sin embargo, esta competencia basada en el logro del mayor provecho individual conduce a los individuos a una cada vez más constante desindividualización hasta llegar a nuestra época en que se van encontrando forzados a subordinar un conjunto de intereses particulares a unidades de intereses más amplios. "Por una parte —dice Mannheim—, la técnica de la gran industria obliga a los que poseen propiedad individual a renunciar a su actitud de competencia respecto a los de-

más, a unir sus capitales y a formar empresas y organizaciones industriales cada vez mayores". El individuo se da cuenta de que en la medida que va renunciando a intereses particulares en provecho del grupo se salva él mismo como miembro de ese grupo. El mismo principio individualista que llevó al hombre a la competencia le lleva ahora a preocuparse por la sociedad, a tomar un punto de vista más amplio, más allá de sus particulares intereses, al servicio de un interés más íntimo, el de la conservación. El hombre, como no se siente seguro abandonado a su propia responsabilidad, limita su libertad personal a cambio de una mayor seguridad, y se va adaptando a un número cada vez mayor de planeamientos sociales.

Esta transformación en las circunstancias sociales no ha querido ser vista por las democracias, las cuales se empeñan en muchos casos en mantener una situación que no corresponde a estas nuevas circunstancias. De aquí que crea Mannheim que sea menester que las democracias se adapten a estas nuevas circunstancias. La planificación social es inevitable, el hombre necesita de ella; pero hay que evitar que esta planificación se vuelva contra el hombre en vez de servirle. Para su seguridad necesita el hombre de un ordenamiento social; pero sin que quiera decir esto que el hombre ha de convertirse en instrumento de fines que le trascienden. Hay que ordenar la sociedad para sal-

var al hombre. En una palabra, hay que planificar para la libertad. Y esto es menester que lo hagan las democracias racionalmente, y no esperar a que fuerzas irracionales lo hagan aplastando al individuo que busca en ellas su salvación.

Mannheim invita a un nuevo racionalismo, quiere que la razón vuelva a ser utilizada para resolver los problemas del hombre. Pero esta vez se trata de un racionalismo responsable, que no abandone las circunstancias, sino que trabaje sobre ellas. Se trata de la aplicación de un racionalismo práctico, no de un racionalismo que abandone la realidad construyendo castillos en el aire. Es este tipo de racionalismo práctico el que debe utilizarse para resolver los nuevos problemas sociales. La planificación u ordenamiento de la sociedad debe hacerse conforme a este tipo de razón. Una planificación social que pretenda al mismo tiempo salvar la esencia del individuo, salvar al hombre, no puede ser una planificación rígida, sino el resultado de una continua experimentación, de continuas adaptaciones. No se puede pretender ordenar de una vez y para siempre, es menester ordenar sin detener la marcha de la realidad social. Se debe planificar en la misma forma que si se tuviese que componer la rueda de un carro estando éste en marcha.

Ahora bien, una de las primeras tareas a realizar para salvar al hombre es la de adaptar al hombre a las nuevas circunstancias. "Sólo rehaciendo

al hombre mismo será posible la reconstrucción de la sociedad". La historia nos muestra cómo, al cambiar las circunstancias, cambia el hombre; sin embargo, uno de los problemas más graves de nuestros días es el de la inadaptación del hombre con sus circunstancias, lo que le ha conducido a un estado de desorientación absoluta. Y es porque debido a su cada vez más perfecta técnica, las circunstancias se han modificado en una forma prodigiosa; sin embargo, la naturaleza humana se encuentra en un gran retraso respecto a este adelanto técnico. La técnica ha avanzado más que la moral; el hombre no se encuentra moralmente a la altura de su poder técnico. Hemos visto cómo debido al industrialismo se ha encontrado forzado a agruparse tratando de salvar intereses que le son particulares, aunque haya tenido que ir sacrificando poco a poco tales intereses. El fascismo es un claro ejemplo; ha sido apoyado y formado por individuos que pretendían salvar sus intereses particulares, los cuales consideraban amenazados por la cada vez más creciente organización obrera; sin embargo, tales intereses fueron a su vez absorbidos por el fascismo. El hombre sigue siendo moralmente un hombre del siglo XIX, que sigue concibiendo la libertad como un *dejar hacer*, es un irresponsable social, que aún sigue considerando la sociedad como un instrumento de sus intereses. Es este tipo de atrasado moral el que se encuentra

inserto en una circunstancia que no favorece tal individualismo. Mannheim considera que hay que adaptar al hombre a las nuevas circunstancias, que hay que ponerlo moralmente a la altura de ellas.

Para tal fin, hay que utilizar una serie de controles sociales que vayan adaptando al hombre a dichas circunstancias. De las dictaduras totalitarias se pueden adoptar muchos de sus sistemas, sólo que puestos al servicio de los fines propios del hombre y no al servicio de fines que le son ajenos. Las dictaduras totalitarias han puesto en juego una serie de mecanismos con los cuales han logrado guiar los instintos del hombre, de acuerdo con los intereses perseguidos. Por ejemplo, lograron, cuando así convino a los intereses de los dirigentes nazis, que los alemanes que odiaban a los polacos contuviesen este odio para despertarlo más adelante. O bien, después de una prolongada campaña anticomunista transformaron los ánimos del pueblo alemán en el sentido de una colaboración con los soviets, para luego volver a despertar el odio contra ellos. Mannheim se pregunta si con estas técnicas no se podría hacer que el hombre amase la paz y odiase la guerra.

Mannheim hace hincapié en que no debe confundirse una dictadura totalitaria con una sociedad planificada. Una dictadura no es ningún remedio, sino que equivale a querer curar a un niño prohibiéndole que llore. Las dictaduras suprimen toda

queja, toda crítica; callan los males de la sociedad pero no los curan. El hombre protesta porque se siente inseguro, la dictadura, lejos de ofrecer la seguridad anhelada, organiza la inseguridad conduciendo las fuerzas de la desesperación hacia los fines que convienen al dictador y sus secuaces: persecución contra los judíos, contra las organizaciones obreras, contra las distintas religiones, y finalmente la guerra. En una sociedad planificada no se acallará la crítica, lo único que se evitará es la crítica irresponsable. La crítica deberá ser hecha por los capacitados para ello: comisiones de especialistas en las materias criticadas.

Sin embargo, cabe una pregunta: ¿hasta dónde debe llegar esta planificación si se quiere que sea planificación para la libertad? ¿Cuáles son sus límites? Mannheim contesta que sólo se deben planificar "aquellas esferas del progreso de las cuales depende que la sociedad funcione sin dificultades, pero tratando al mismo tiempo de no reglamentar aquellas que ofrecen más oportunidades para la evolución e individualidad creadoras". Se propone un nuevo tipo de democracia, una *democracia responsable*, en la cual la libertad tenga un nuevo sentido, el de derecho a la responsabilidad. La libertad como responsabilidad no se agota en un régimen de masas, todo lo contrario, "la responsabilidad crece a cada avance del curso de la historia y nunca ha sido mayor que hoy".

Teoría de los sentimientos morales*

ADAM SMITH, *Teoría de los sentimientos morales*, introd. de Eduardo Nicol, trad. de Edmundo O' Gorman, México, El Colegio de México, 1942.

La Colección de Textos Clásicos de Filosofía que, bajo la dirección de Eduardo García Maynez, edita el Colegio de México, presenta al público interesado en los temas filosóficos un texto más. Esta vez se trata de una cuidadosa selección de la *Teoría de los sentimientos morales*, del autor de *La riqueza de las naciones*, Adam Smith. Es de hacerse notar que tanto la traducción como la introducción se hermanan por su claridad; la primera estuvo a car-

* Publicado en *Letras de México*, año VI, vol. III, núm. 19, 15 de julio, 1942, p. 5.

go de Edmundo O' Gorman y la segunda, al de Eduardo Nicol.

Adam Smith es la expresión más auténtica de la burguesía ascendente. La obra que le inmortalizó, *La riqueza de las naciones*, es la expresión de la lucha de esta burguesía contra uno de los últimos obstáculos con el cual tropezaba en su desarrollo; contra el obstáculo que era el Estado. El Estado trataba de intervenir en la vida económica de una burguesía cada vez más floreciente por medio de múltiples reglamentaciones. Se intentó reglamentar la industria en sus diversos aspectos: salarios, contratos, ganancias, precios, etc.; pero tales reglamentaciones resultaban a la postre inútiles, pues los pueblos en los cuales era más floreciente el comercio eran los que menos caso hacían de ellas. Para limitar esta inútil intromisión del Estado en lo que la burguesía consideraba como de su vida privada, era menester una teoría que demostrase tal cuestión. Adam Smith es el autor de esta teoría.

Smith trata de demostrar en *La riqueza de las naciones* cuáles son los principios adquisitivos de la riqueza. Estos principios se encuentran en el individuo. El individuo, al tratar de satisfacer su naturaleza, lo que le es propio, satisface indirectamente las necesidades de los otros, de la comunidad en que vive, la sociedad. Lo que el hombre hace por su propio bien, redunda en un bien social. "Una mano invisible —dice Smith—, le conduce a pro-

mover un fin que no era parte de su intención". En la medida en que el hombre obre con más libertad, mayor será el bien social que realice. Limitar al individuo es limitar el bien social. Es menester eliminar toda coerción en este libre hacer individual, hay que dejar hacer, *laissez faire*. Este *laissez faire* es el grito de guerra de la burguesía en el siglo XVIII.

De acuerdo con este *dejar hacer* proclamado por la burguesía en la época de Adam Smith, era menester reducir las funciones del Estado a sus más estrechos límites. El mejor gobierno será el que menos gobierne. Había que dar al Estado una tarea conforme con esta teoría del *dejar hacer*. Esta tarea no podía ser otra que la del vigilante, la del que cuida que nada ni nadie estorbe esta libertad de hacer. En una palabra, la tarea que corresponde a un Estado dentro de una concepción individualista, es la de *gendarme*; así surge el conocido Estado Gendarme. La misión de este Estado no puede ser otra que la de protegernos contra la injusticia y la violencia y sobre todo contra la violencia hecha contra la propiedad privada. Smith resume esta concepción del Estado en un párrafo de *Los sentimientos morales*. "La única causa de los efectos fatales que acarrea un mal gobierno, es que no imparte suficiente protección contra los daños a que da lugar la maldad de los hombres".

La *Teoría de los sentimientos morales* es el ineludible complemento de la teoría expuesta en *La ri-*

queza de las naciones. Era menester justificar dicha tesis mostrando cómo el hombre es el mejor dotado para juzgar de sus propias acciones; mostrando cómo no hay motivo suficiente para desconfiar de la acción individual. Había que mostrar cómo las acciones que libremente realiza el individuo redundaban en un bien social. Había que justificar el individualismo sin perjuicio de la sociedad. Esto es lo que se intenta en la obra que se comenta.

"Por más egoísta que quiera suponerse al hombre, evidentemente hay algunos elementos en su *naturaleza* que lo hacen interesarse en la suerte de los otros de tal modo que la felicidad de éstos le es necesaria, aunque de ello nada obtenga, a no ser el placer de presenciarla". Por *naturaleza* el hombre se interesa por *los otros*, es decir, por la sociedad, por sus convivientes. El hombre es feliz si los demás son felices, esta felicidad y esta desgracia no son como podría suponerse el resultante de un proyectarse en la felicidad o en la desgracia de los otros; sino de un sentir la felicidad o desgracia desde la circunstancia del que observa tales. El individuo no entra en la circunstancia de los otros hombres desde lo que sería su propia felicidad o desgracia de encontrarse en semejantes circunstancias. El hombre de Smith entra en la circunstancia de los otros, pero arrastrando consigo su propia circunstancia. Podemos decir que ve a los demás desde su circunstancia. El individuo no

está capacitado para comprender las *verdaderas* circunstancias de los demás; a lo más que puede llegar es a una simpatía, la cual no opera sino cuando ha dado el visto bueno a las acciones de los otros; y para que dé tal visto bueno es menester que estas acciones sean conformes a las que él realizaría en circunstancias parecidas. De hecho no importa el otro, lo que importa es que las acciones de este otro sean conformes a las acciones que hubiera realizado el simpatizante, de encontrarse en el mismo caso. El individuo es la medida de la sociedad, el *Yo* la medida de *los otros*. La convivencia es posible porque cada hombre puede entrar en las circunstancias de los otros por medio de la simpatía, pero sin abandonar su propio punto de vista, el conforme a sus intereses. "El hombre, si bien naturalmente inclinado a la simpatía, jamás logra concebir lo que a otro le acontece, con la misma viveza pasional que anima a la persona afectada".

Este juzgar a los otros por medio de una determinada pauta que el individuo impone a sus juicios conduce a la cuestión sobre el origen de esta tal pauta. El hombre juzga a sus semejantes por lo que él mismo haría en caso de encontrarse en circunstancias parecidas. Aprueba o desaprueba la conducta de los otros midiendo tal conducta por la propia suya. Ahora bien, esto conduce al origen de la aprobación de la conducta propia; al "princi-

pio de la aprobación y reprobación de sí mismo". A esta cuestión nos contesta Adam Smith:

> Aprobamos o reprobamos la conducta de otro, según que sintamos que, al hacer nuestro su caso, nos es posible o no simpatizar cabalmente con los sentimientos y motivos que la normaron. Y, del mismo modo, aprobamos o reprobamos nuestra propia conducta, según que sintamos que al ponernos en lugar de otro y como quien dice al mirar con sus ojos y desde su punto de vista, nos es posible o no simpatizar cabalmente con los sentimientos y motivos que la determinaron.

El individuo se juzga a sí mismo objetivándose, proyectándose, saliendo fuera de sí y considerándose a sí mismo como si fuera el otro, y con esta máscara del otro se juzga. Dice Smith que se pone en lugar del otro y desde este punto de vista se juzga a sí mismo; pero en realidad nunca logra ponerse en lugar de ese otro, lo único que hace es imaginarse como si fuera otro. Smith considera a la sociedad como espejo de la conducta del individuo al decirnos: "Incorporadlo a la sociedad e inmediatamente estará provisto del espejo de que antes carecía". Sin embargo, si analizamos mejor, observaremos que es lo contrario, que no es la sociedad el espejo del individuo, sino el individuo espejo de la sociedad.

El hombre de Smith no se juzga a sí mismo desde el punto de vista de la sociedad, sino que al juzgarse juzga a la sociedad, se imagina como si fuera otro, como si fuera uno de los otros que forman la sociedad. Se sitúa a sí mismo ante un espejo y juzga su propia imagen como si fuera otro distinto de él. Se contempla a sí mismo y se juzga como si fuera un desconocido, un miembro ajeno a sí; se sitúa como paciente de las acciones de su yo objetivado. Entonces juzga si sus acciones son buenas o malas, si ha obrado moral o inmoralmente. Y es de acuerdo con este juicio de sí mismo como se siente digno o no de la sociedad. "¿Qué mayor felicidad que la de ser amado y saber que merecemos el amor? ¿Qué mayor desdicha que la de ser odiado y saber que merecemos el odio?"

Aquí cabe aquel "No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti". En esta forma el individuo salva su individualidad, no penetrando en la individualidad de los otros ni permitiendo que los demás entren en la suya. De lo que no quiera que los demás le hagan sacará las reglas de lo que no debe hacer. Smith trata de concordar el individualismo con la convivencia, el individuo con la sociedad, y lo logra a cambio del sacrificio de la segunda. Entre individuo e individuo se pone un muro donde no hay más relación que la simpatía, es decir, el saber que concuerda con los otros en su respeto a tales muros. El hombre es libre para

hacer lo que quiera salvo invadir la libertad de los demás, porque esto permitiría a estos demás intervenir en su libertad. De aquí la antipatía por todo exceso y la prescripción de toda pasión. Al Estado corresponde la misión de limitar y castigar tales excesos, la misión de cuidar de que nadie salte la tapia del vecino. Es ésta la expresión de la moral del "buen burgués" del siglo XVIII.

La filosofía y su historia*

La bibliografía filosófica en español se enriquece día a día. Numerosas son las editoriales que se dedican en América española a la difusión de la literatura filosófica. Sin embargo, aún no se tenía una obra de conjunto de toda la filosofía, es decir, una historia de la filosofía. Cierto es que existían algunas, como la de Augusto Messer y la de Karl Vorlander, de las cuales los estudiosos sacaron gran provecho; lo mismo se puede decir de otras más concentradas, como lo de A. Weber y la de Ernst von Aster. Pero esta falta de una historia de la filosofía más amplia y completa se ha venido a llenar con la progresiva publicación de la *Historia de la filosofía*, de W. Windelband, de cuya traducción se ha encargado Francisco Larroyo. Ahora se ofrece a los estudiosos otra magnífica *Historia de la filosofía*, la

* Publicado en *Letras de México*, año VI, vol. III, núm. 20, 15 de agosto, 1942, p. 5.

del profesor francés Emile Bréhier, traducida por Demetrio Náñez y publicada por la Editorial Sudamericana, en Argentina.

Esta obra viene prologada por el pensador hispano José Ortega y Gasset. Prólogo al que ha titulado "Ideas para una historia de la filosofía". Ortega vuelve en este prólogo a su ya fija preocupación por la historia, pero esta vez ligada a las ideas filosóficas. El tema le sirve para arremeter contra los sistemas filosóficos que han hecho de la filosofía y de su historia un conjunto de ideas huecas, sin sentido, desligadas de la realidad. Una historia de la filosofía en la que las ideas filosóficas están abstraídas de los hombres que las crearon y de las circunstancias de estos hombres no puede ser una historia, porque de lo abstracto no puede haber historia, sólo hay historia de la vida humana. Abstraer las ideas de sus circunstancias es abstraer las ideas de su historia. "Una *historia de la filosofía*, como exposición cronológica de las doctrinas filosóficas ni es historia ni lo es de la filosofía. Es precisa y formalmente la abstracción de una efectiva historia de la filosofía". Recuérdese al respecto la operación realizada por Windelband: al hablar del periodo sistemático de la filosofía griega se refiere a tres grandes hombres o a "tres héroes del pensamiento griego", Demócrito, Platón y Aristóteles. Sin embargo, su historia se queda con el pensamiento y olvida a los héroes. Nada se dice

en ella de las circunstancias históricas de los pensadores que dieron origen a un modo de pensar. Las ideas siguen su curso, independientemente de sus creadores. Demócrito, Platón y Aristóteles se pierden, como se pierde Grecia y su historia, no quedando sino tres sistemas, el del materialismo, el del idealismo y el de la evolución. Las ideas quedan en el aire, en una eternidad ajena al hombre.

Ortega considera que no hay ideas eternas, que sólo hay ideas circunstanciales. Una idea es la forma de reacción de un determinado hombre frente a su circunstancia. El pensamiento no existe sino como diálogo con la circunstancia. El hombre se dirige a su circunstancia interrogándola, pidiéndole le diga en "humano" lo que es. El hombre entiende a la naturaleza, a su mundo, a su circunstancia, cuando logra simbolizarla, hacer de ella palabras, *razones*. Convertida la circunstancia en razones o palabras, puede reaccionar contra ella o aprovecharla contestando con otras razones transformadas en acción. Entre el hombre y la circunstancia se establece un diálogo, las ideas son la expresión de este diálogo. "La idea —dice Ortega— es una acción que el hombre realiza en vista de una determinada circunstancia y con una precisa finalidad". Abstraer las ideas de este diálogo, de la circunstancia y el hombre, es quitar a éstas su auténtica realidad, no dejando sino un perfil vago y sin sentido.

El "profesor de filosofía" olvida que las ideas son expresión de la lucha del hombre con su circunstancia, y se queda con las ideas abstraídas de esta lucha. La filosofía se anquilosa, se convierte en profesión, medio para ganar el pan o para presumir. El profano a la filosofía se encuentra con unos profesores de filosofía como se encuentra con profesores de matemáticas o cualquiera otra materia; se encuentra con libros, cátedras o facultades de filosofía, pero lo que no encuentra es la razón de ser de la filosofía. La filosofía se ha transformado en una institución pública, en un hecho social desligado de su realidad personal, la realidad de sus creadores. Se enseña y se aprende porque no queda otro remedio, porque así lo establece un plan de estudios. "El profesor de filosofía no tiene a lo mejor nada de auténtico filósofo: enseña filosofía para ganarse la vida o para sobresalir socialmente. El estudiante la estudia porque no tiene más remedio".

De aquí que Ortega considere que la historia de la filosofía necesita una reforma. No basta enseñar o aprender la filosofía porque así lo establezca un plan de estudios, o porque necesiten comer o presumir unos "profesores de filosofía", o porque haya libros que traten de la filosofía; hay que dar la razón de ser de toda auténtica filosofía. Hay que mostrar que antes que "profesores de filosofía", cátedras o libros de filosofía, hubo filósofos. Hay

que mostrar que antes de que la filosofía fuese una materia obligatoria en un plan de estudios aprobado por el Estado y la sociedad, fue labor personal, de unos pocos hombres, los que muchas veces tuvieron que luchar o ser sacrificados por ese Estado o sociedad. Hay que mostrar cómo la razón de ser de esta filosofía fue muchas veces opuesta a la razón de ser de un Estado o de una concepción social, y que hombres como Sócrates o Giordano Bruno fueron sacrificados a las razones del Estado o de la sociedad.

El filósofo no se encontró, como el profesor o el estudiante de filosofía, con algo hecho; sino todo lo contrario, se encontró que lo hecho, que lo que estaba ahí, no era lo que debía estar. De aquí que el filósofo, a diferencia del profesional de la filosofía, sea considerado como renegado social, como un hombre opuesto a la sociedad, como es el caso de los ejemplos puestos y los de todos los auténticos filósofos, aunque muchas veces no hayan tenido suficiente valor para descubrir su inconformidad y se enmascaren como Descartes. Cada filósofo trata de rehacer lo hecho, trata de construir un nuevo mundo. Los filósofos "partieron de la nada filosófica —de la pura necesidad de filosofar—, sin saber aún cómo ni con qué se podía hacer tal cosa". Cada filósofo parece ser que ha ido contra la tradición y la fe; pero no hay tal, es que cada filósofo se ha encontrado con un mundo en crisis, con un mundo

a punto de naufragar, y se ha resistido a naufragar. La filosofía es el braceo con que el filósofo trata de salvarse, y al salvarse salva a su mundo. Cuando el filósofo logra encontrar la respuesta al problema de su razón de ser como hombre, el mundo vuelve a afirmarse y a ser seguro para cualquier hombre. La historia de la filosofía es la historia del hombre tratando de "salvar las circunstancias", por esto no puede una historia de la filosofía, si es auténtica, olvidar las circunstancias. Ortega invita a ha hecho [*sic*]. Su invitación es la negativa al hombre de historias de las historias de la filosofía hasta ahora escritas, inclusive la misma obra que prologa.

Una interpretación sociológica de la historia*

Ferdinand Toennies, famoso sociólogo alemán autor de las ya conocidas categorías de comunidad y sociedad (asociación), ofrece en sus *Principios de sociología* (FCE), un amplio desarrollo de su sistema sociológico. Esta obra está formada por seis libros: en el primero se exponen los conceptos fundamentales de su sociología; en el segundo se desarrolla la tesis de las entidades o formas sociales. En el tercero se trata de los valores sociales, en el cuarto, de las normas sociales. En el quinto se desarrolla el tema de las estructuras de referencia. El sexto y último libro se refiere a la sociología aplicada y empírica. Toda la obra gira en torno a los conceptos de comunidad y sociedad.

* Publicado en *Letras de México*, año VI, vol. III, núm. 21, 15 de septiembre, 1942, p. 9.

La vida social es el resultado de una voluntad, de un *querer común* de los componentes de esta vida social. Dichos componentes o miembros de la vida social se encuentran unidos por entidades sociales o valores que han sido establecidos por ellos. La vida social se deriva de un querer común, de una afirmación positiva y recíproca de la existencia de todos. Mediante este querer común se dan determinadas entidades sociales en la convivencia de los hombres poseídos por tal querer, los cuales las establecen surgiendo con ello entidades objetivas como el Estado, la Iglesia, etcétera.

Toennies expone dos tipos de querer social o voluntad. Estos dos tipos de querer o voluntad sociales, son la *Voluntad esencial* y la *Voluntad de arbitrio*. La voluntad esencial surge como prolongación de la vida íntegra y natural del sujeto, surge de su naturaleza, por esto se le llama también *voluntad natural*. Esta se apoya primero en un querer actuar por mera gana, la cual se eleva a un querer con *intención*: de amistad o enemistad; segundo, en un querer actuar por *costumbre* o hábito que se eleva a un sentimiento de fidelidad a circunstancias usuales; tercero, un querer orientado hacia medios justos y elevados que puede elevarse a un plano en que se haga consciente la propia conducta como un obrar bien o mal, al imperativo categórico de Kant. Lo esencial de esta voluntad es que se trata de un obrar espontáneo de la personalidad. En la

voluntad esencial o natural el *fin* y el *medio* están unidos y se exigen en forma recíproca.

En cuanto a la *voluntad de arbitrio o libre*, el querer se encuentra determinado por la reflexión plenamente consciente de las relaciones establecidas entre medio y fin. El fin y el medio son sometidos a un cálculo intelectual en el que lo importante es el fin propuesto. Los medios son racionalizados, se busca en ellos la mayor eficacia para lograr el fin buscado, con esto se borran los lazos que la naturaleza, la costumbre y la moral habían impuesto en la relación causal medio-fin.

Estas dos formas de la voluntad dan lugar a dos tipos de vida social: comunidad y sociedad. La comunidad tiene su base en la voluntad esencial o natural y la sociedad en la voluntad de arbitrio. En la comunidad la vida social es producto de un espontáneo querer estar unidos de los hombres que la componen; aquí los hombres conviven por naturaleza, y la convivencia es el resultado de un querer natural, de una costumbre, de la bondad que tiene en sí la vida social. En la sociedad o asociación, la vida social es el producto de un cálculo, de una reflexión. El individuo calcula que la vida social puede producirle determinadas ventajas y es por la consecución de estas ventajas por lo que se asocia. La vida social no es aceptada por sí misma, sino por sus ventajas. En la sociedad o asociación lo que une es el egoísmo de los individuos, que saben que sólo unidos podrán

lograr ventajas que no lograrían por separado. En la sociedad la vida social no es sino un medio al servicio de fines individuales; en la comunidad el fin y el medio están unidos, y la unión de los individuos es el resultado de la comunidad de fines.

Siguiendo la tesis de estas dos formas de vida social, comunidad y sociedad; Toennies desarrolla su estudio sobre las entidades o formas sociales. Entidades sociales son aquellas formas de la vida social que aparecen ante sus propios miembros como personas equiparables a los individuos, las cuales no sólo son reconocidas por los individuos sino que influyen y determinan la voluntad de éstos y a veces les obligan y les fuerzan; un ejemplo de este tipo de entidad social es el Estado, el cual se objetiva como persona, como individuo capaz de imponer su voluntad a los individuos que lo forman y obligarlos si es necesario.

Toennies expone tres etapas conceptuales en torno a estas entidades: I. *Relaciones sociales*. II. *Unidades sociales*. III. *Cuerpos o agrupaciones sociales*. Las relaciones sociales son las que existen merced a la voluntad de dos o más personas de prestarse ayuda o favor, tolerar determinados actos o abstenerse de actos hostiles. Un tipo de esta forma de vida social la ofrece el *pacto* o el *contrato*. Estas formas se pueden apoyar tanto en la voluntad esencial como en la voluntad de arbitrio, aunque fundamentalmente se apoyan en la primera.

> Fundamentalmente [dice Toennies], se apoyan en las relaciones naturales —biológicas—, entre los hombres, en virtud de las cuales éstos se sienten impelidos a la ayuda mutua como si les ligara una promesa que en realidad no existe, lo cual ocurre unas veces por simple agrado recíproco (impulso y amor sexual, instintos de maternidad y paternidad, gusto por el juego común o simple goce de la convivencia), otras por hábito, o por sentimiento y pensamiento de la necesidad moral, del deber...

Aunque también pueden darse estas relaciones conscientes, dentro de lo que se ha denominado voluntad de arbitrio; ejemplo sería un pacto entre naciones, en el cual el fin perseguido es la paz o la defensa recíproca en caso de agresión, aunque no se tengan entre sí mucha simpatía tales naciones, pero se sabe que tal pacto es necesario para obtenerse el fin perseguido.

Otra forma es la Unidad Social cuyo tipo puede ser el *Partido*, que es un grupo social al cual se unen los individuos para lograr determinados fines, y que busca un determinado beneficio. Como se ve, se apoya en la voluntad de arbitrio. Otro tipo lo ofrece la *Nación* como unidad social que excluye y niega a otras, la cual pretende la unidad social de todos sus nacionales; sin embargo, este tipo se aproxima más a la vida social producto de la voluntad esencial, puesto que por lo común una

nación está unida por el amor a la raza, a la lengua, etcétera.

La tercera y última forma son los cuerpos o agrupaciones sociales, las cuales nacen por la voluntad concordante de varios individuos reunidos en asamblea con objeto de establecerla; sin embargo este esquema se pierde en la medida en que tales agrupaciones adquieren caracteres comunitarios. Un ejemplo puede ser una sociedad comercial, una asociación deportiva, una nueva Iglesia, etc. El Estado tiende a esta forma especialmente en la Edad Moderna, sin embargo, se aleja de ella por ser un cuerpo social que ha surgido antes que los individuos y sus fines, es el resultado de una voluntad orgánica esencial y no de la voluntad de arbitrio. En las asociaciones en la medida en que su carácter es más autoritario, se alejan más del tipo de cuerpo resultado de la voluntad de arbitrio.

Como se ve, cada una de las formas de la vida social se aproximan más o menos a los dos tipos principales de sociedad, la comunidad y la asociación, sin que se dé un tipo puro. En cada una de estas formas de vida social se pueden presentar aspectos formales que pueden ser encauzados dentro del tipo comunal o bien dentro del tipo de asociación. Comunidad y sociedad no se dan puras como formas sociales, puesto que expresan dos aspectos esenciales de la vida humana: la convivencia y la individualidad. Todo hombre se caracteriza por ser

un ente social a la vez que un ente capaz de decisiones propias, es un conviviente a la vez que un individuo, y la sociedad puede ser un fin a la vez que un medio. El hombre, en la medida que alcanza conciencia de su individualidad, va considerando la vida social como un medio al servicio de ésta su individualidad. La tesis de Toennies expresa este desarrollo de la individualidad, este pasar el hombre de la vida en comunidad a la vida como asociación. Comunidad y asociación son expresiones tipo del desarrollo histórico del hombre. La comunidad se presenta como la forma primitiva de la convivencia humana, el hombre se siente ligado por naturaleza a la comunidad; pero en la medida en que se va haciendo consciente de su individualidad, en la medida en que deja de ser un ente natural para convertirse en un ente racional, se va acercando al tipo de convivencia como asociación. El libro de Toennies es rico en ejemplos de esta transformación en diversos tipos de convivencia humana. En él se expone con gran riqueza el paso de la convivencia orgánica o natural a la convivencia racional.

La cultura moderna representa, dentro de esta interpretación de la historia a base de la sociología de Toennies, el paso de la vida como comunidad a la vida como sociedad. El Racionalismo —expresión máxima de la cultura moderna— desliga la relación causal medio-fin de la convivencia, haciendo de ella un medio más o menos adecuado a los fines

que cada individuo persigue. El Racionalismo subordina las entidades colectivas al tipo ideal de la asociación. Al concepto organicista del Estado medieval opone el concepto de Estado como producto de un contrato racional. El Estado moderno es concebido como una sociedad al servicio de los intereses de sus componentes. Los hombres se han reunido alguna vez y han establecido las bases para formar un Estado, en la misma forma como se han unido grupos de industriales o comerciantes, para establecer una sociedad industrial o comercial. Ver en el Estado una asociación no es sino producto del individualismo preconizado por la cultura moderna. El individualismo en que se basa esta cultura hace del Estado, como de las otras formas sociales, un instrumento al servicio de los individuos. La sociedad burguesa que alcanza su desarrollo en el siglo XVIII no podía concebir una entidad social que estuviese sobre sus personales intereses, de aquí que hiciese del Estado un instrumento que sirviera a dichos intereses. El Estado no podía seguir siendo el producto de la voluntad natural del hombre, sino el de una voluntad racional, una voluntad calculadora que supiese aprovecharlo. El Estado deja de ser un organismo ético y se transforma en un instrumento mecánico, en una máquina más, en una "maquinaria societaria". Es así como la tesis de Toennies se presenta como una interpretación de la historia.

Alfredo Coviello: el filósofo Hans Driesch*

Alfredo Coviello, *El filósofo Hans Driesch*, Tucumán, 1942.

En un pequeño pero sustancioso librito, el pensador argentino Alfredo Coviello, conocido en México entre otros trabajos por la dirección de la excelente revista *Sustancia*, publicada en Tucumán, nos da un resumen de la filosofía de Driesch, *El filósofo Hans Driesch*. Coviello nos ofrece una exposición de la filosofía del creador del vitalismo que se caracteriza por su claridad. Este trabajo recuerda en mucho a la excelente exposición que sobre los pensadores alemanes contemporáneos nos hiciera Gurvitch y que a muchos sirviera para entrar en la

* Publicado en *Letras de México*, año VI, vol. III, núm. 24, 15 de diciembre, 1942, p. 5.

filosofía contemporánea. Coviello analiza y explica la filosofía del pensador alemán al mismo tiempo que va desentrañando el sentido de los principales conceptos de dicho filósofo.

El punto de partida de la exposición que hace Coviello es el de la interrogante de si Driesch es un filósofo. Interrogante que surge de la crítica hecha por Ortega y Gasset al filósofo alemán al tratar de deslindar su propia filosofía en el ensayo titulado "Ni vitalismo ni racionalismo". Coviello considera que Ortega comete con Driesch la misma ligereza que otros críticos han cometido con el propio Ortega al negar el carácter o calidad filosófica de su obra. Para el pensador argentino no cabe duda alguna de que Hans Driesch es un filósofo, y el trabajo que publica es precisamente la exposición de la filosofía de dicho filósofo. Apoya su afirmación con la exposición de la metafísica del llamado vitalismo de Driesch.

Driesch, nos dice Coviello, ha hecho surgir su filosofía de una reacción contra el mecanicismo tan en boga en el pasado siglo. Driesch ha reaccionado en una forma original contra el naturalismo mecanicista del siglo XIX. Al mecanicismo opone el vitalismo. El mecanicismo no puede explicar otra cosa que los simples resortes exteriores de los seres vivientes; pero no la vida. El vitalismo, por el contrario, trata de explicar la vida en su conjunto, en sus diversas manifestaciones, una de las cuales

es la humana. Es este tratar de explicar la vida lo que lleva a Driesch de la biología a la metafísica; de la vida animal a la vida de la cultura. Driesch, al igual que muchos pensadores contemporáneos, rehabilita la metafísica al llegar a ella por un camino original. Es importante este hecho, porque muestra la insuficiencia de las ciencias para resolver todos los problemas que se plantean al hombre. Después de un exagerado optimismo puesto en las ciencias naturales, son los mismos científicos los que se dan cuenta de la insuficiencia de dichas ciencias, lo que da inicio a un nuevo periodo metafísico. La metafísica vuelve a dar sentido a lo que era puramente mecánico. Múltiples son los ejemplos de pensadores que, decepcionados o inconformes con las ciencias, han iniciado una nueva metafísica. Entre estos pensadores está Hans Driesch.

El pensador alemán tiene, entre otras, una interesante tesis sobre las relaciones entre la realidad y su conocimiento. Para este pensador el mundo llamado fenoménico o fenomenal no es, como han pensado la mayoría de los filósofos, el intermediario entre la realidad y lo subjetivo "sino lo real en la forma de lo que es para mí". A la realidad que se da inmediatamente al sujeto que conoce, al llamado fenómeno, puede dársele el nombre de velo; pero este velo pertenece a la esencia de la realidad, se da con la realidad misma, pertenece a ella, "es de esencia de la realidad el presentarse en tal

forma de velo". Por lo tanto, dice Driesch, no se puede hablar de una apariencia o ilusión. En el fenómeno se está dando la realidad misma bajo una determinada forma. Así, el fenómeno no es simple apariencia o ilusión sino la realidad misma tal como se presenta o se da al sujeto que conoce. Con esta tesis Driesch da un paso más que la fenomenología en el camino del conocimiento. La fenomenología duda de todo, pone todo entre paréntesis, de lo que no duda es del fenómeno tal como le es dado inmediatamente, sin prejuzgar que dicho fenómeno sea o no la realidad. Driesch hace más, afirma que dicho fenómeno es la realidad misma.

Driesch tiene también una interesante tesis sobre las diferencias existentes entre el mundo inorgánico y el mundo de la naturaleza viva. Distinciones que aunque expresadas en otros términos se encuentran en la filosofía contemporánea. Para Driesch, el mundo inorgánico se caracteriza por el hecho de que en él se pueden predecir sus leyes, es decir, el futuro; en cambio, en el mundo de la naturaleza viva tal cosa no se puede hacer, es un mundo cuyas leyes son impredecibles. De allí que el mecanicismo, la explicación mecanicista del universo, sea opuesta a la explicación vitalista. La primera encierra al universo en explicaciones necesarias, la segunda tiene como fundamento la libertad, la decisión de la vida a tomar el camino que quiera.

Sin embargo, Driesch, y en esto se asemeja mucho a Bergson, es aún demasiado hombre del siglo XIX. Aunque está en reacción contra las ideas de este siglo, no por esto deja de estar en ellas. Aunque sea un metafísico, no por esto deja de asomar el biólogo. El vitalismo se refiere a la vida, al mundo orgánico, al mundo que estudia la biología. En este mundo de la vida se encuentra el hombre, pero aunque se estudie al hombre y su cultura como el mejor ejemplo de este mundo animado, no por esto es el hombre el principal objeto de la filosofía de Driesch, como lo ha llegado a ser para filósofos contemporáneos como Heidegger y Ortega. En su metafísica Driesch ha tenido que llegar al hombre, pero no es el hombre el objeto principal de la filosofía de Driesch, sino la vida. Es esto mismo que ha sucedido a Bergson. Y esto se ve en Driesch cuando habla del problema de la muerte. Para Driesch la realidad existe en formas distintas, la vida como parte de esta realidad existe también en distintas formas, con lo cual se plantea la tesis de que la muerte no sea sino una etapa de transición entre una forma de realidad y otra, "el individuo vivo es un punto de transición de una corriente de devenir ultrapersonal". Hay así, la inmortalidad del yo en un yo al que Driesch llama humanidad. Todos los hombres del mundo mueren como individuos pero siguen viviendo como miembros de la humanidad; la vida individual y

propia se inmortaliza en una vida ultrapersonal y, por lo mismo, impropia.

Como se ve, la filosofía de Driesch se detiene en la vida en su aspecto general, no llega a la vida en el sentido de vida humana. La vida humana no viene a ser para Driesch sino una forma de vida. Pero no es Driesch el único pensador contemporáneo de importancia que se detenga aquí, ya se ha citado a Bergson; pero también se debe contar a Scheler, el cual, aunque se ha preocupado directamente por el hombre y su cultura, tampoco ha penetrado todo lo que debía penetrar en la vida humana como tal; pues también en él, el problema de la muerte que tanto ha preocupado al hombre, se resuelve en una ficticia inmortalidad. La historia es concebida por Scheler como un ir realizando al hombre plenario. Todos los hombres, los que Unamuno llama de carne y hueso, colaboran en la tarea de realizar al hombre pleno, al hombre completo. Todos los hombres mueren pero siguen viviendo en la cultura, en los valores realizados. Se trata también de una inmortalidad transpersonal.

Panorama de la filosofía mexicana contemporánea*

Quizá el hablar de una filosofía mexicana parezca signo de extremado nacionalismo o de pedantería criolla; pero si se analiza con cuidado lo que llamamos filosofía mexicana, nos encontraremos que ésta existe aun a pesar de sus autores. México, como cualquier país del mundo, ha tenido que resolver una serie de problemas que se le han ido planteando en su marcha histórica. Para la solución de estos problemas ha tenido necesidad de un instrumental ideológico. Este instrumental pudo haberlo inventado, pero no ha sido necesario, este instrumental lo ha tomado de la cultura europea de la cual es hijo. Pero no basta el instrumental para

* Publicado en *La Cultura en México. Boletín de la Comisión Mexicana de Cooperación Intelectual*, año 1, núm. 3, 1942, pp. 10-12.

caracterizar a una filosofía, como no basta la ropa para caracterizar a un hombre: un norteamericano se puede vestir de charro, pero no por esto es mexicano. Así, un filósofo mexicano puede utilizar el instrumental ideológico de la cultura europea sin que por esta razón las ideas expuestas en ese ropaje dejen de ser ideas de un filósofo mexicano. La filosofía mexicana es una realidad porque es un hecho que ha sido realizada por hombres que han vivido la circunstancia mexicana y con vistas a resolver los problemas que esta circunstancia les ha planteado; esto, con independencia de los ropajes que ha vestido: escolástica, cartesianismo, positivismo o marxismo.

La filosofía mexicana contemporánea es la más consciente de estos sus rasgos nacionales y continentales. Nacida con la Revolución mexicana, se ha desarrollado con ella hasta nuestros días. Surge al enfrentarse a la doctrina o filosofía oficial del porfirismo, el positivismo. El positivismo es una marca de fábrica europea, un instrumental hecho en Europa, pero aplicado en México por mexicanos y en vista de los intereses de un grupo de estos mexicanos. El positivismo mexicano no es el positivismo europeo, sino una ideología utilizada por un grupo nacional para justificar la detentación de ciertos privilegios en contra de los intereses de otros grupos nacionales. El positivismo mexicano se hizo sentir como una realidad nacional y no

como una ideología desarraigada, ajena a los intereses del todo nacional. No fue simple pasto de erudito, sino una realidad sentida por el que menos necesidad tenía de la erudición: el trabajador del campo y del taller. La filosofía que se enfrenta al positivismo, representada por José Vasconcelos y Antonio Caso, aunque tomando su instrumental ideológico de Europa como es el bergsonismo, le ataca no como a simples ideas, sino como a una realidad nacional. Se refutan las ideas con las ideas, pero siempre en vistas a los problemas sociales que van contenidos en esas ideas. Las que se enfrentan no son dos ideas puras, sino dos realidades sociales: el porfirismo y la Revolución mexicana.

Con Caso y Vasconcelos se inicia una filosofía consciente de la realidad. El primero en sus diversos trabajos y en especial en sus *Discursos a la nación mexicana* hace patente esta realidad nacional. El segundo va más lejos y no sólo trata de tomar en cuenta dicha realidad, sino que además realiza una filosofía propia de esta realidad, no se queda en lo nacional, sino que se extiende al continente hispanoamericano.

Samuel Ramos da un paso más en este camino de una filosofía consciente de su propia realidad. Con *El perfil del hombre y la cultura en México* se inicia una filosofía que busca conscientemente lo que sea la realidad mexicana. Un trozo de la vida mexicana, una parte el subconsciente de ésta es

sacado a flote, exhibido y analizado con rigor. Males presentes encuentran su raíz en ese trozo de la vida de México. La· filosofía es ahora instrumento consciente puesto al servicio de las necesidades del país.

La filosofía mexicana contemporánea es una filosofía consciente de su papel social, y es esta conciencia la que le ha llevado a tratar de solucionar sus problemas directamente, sin que por esto se quiera decir que desprecie el instrumental de la cultura europea. Todo lo contrario, conoce el valor de este instrumental y lo utiliza, pero consciente de que los problemas que va a resolver con tal instrumental son problemas nacionales o continentales, los del continente americano.

En la actualidad los hombres que se dedican a la filosofía en México forman una gran gama aumentada por los pensadores que han buscado refugio en nuestro país, escapando a la barbarie en que ha caído la que antes fuera la cuna de la cultura occidental. La multiplicidad de pensamientos filosóficos que en apariencia se presentan, tienen un fin que les es común a todos, la realidad que vivimos. Todos se enfrentan a esta realidad y tratan de resolverla de acuerdo con su manera de sentirla o de acuerdo con el método que utilizan. Una parte de estos pensadores se plantea el problema de la crisis contemporánea, como Antonio Caso en *La persona humana y el Estado totalitario* y *El peligro del*

hombre; Luis Recaséns Siches, que está dirigiendo un seminario sobre *La crisis contemporánea*; José Medina Echavarría, en cuyo libro *Teoría y técnica de la sociología* se plantea el problema de una metodología aplicable a la solución de los problemas sociales del hombre, preocupación que tiene su origen en la situación crítica de nuestro tiempo; Joaquín Xirau en sus dos libros: *Amor y mundo* y *Lo fugaz y lo eterno*, intenta, después de analizar la situación actual de la cultura, proponer una solución como es la del amor cristiano sin desprenderlo de la razón, puesto que su separación es la causa de la crisis actual. Samuel Ramos se ha planteado también el problema de la crisis contemporánea perfilando su posible solución en su libro *Hacia un nuevo humanismo*. José Gaos, en sus conferencias sobre *Nuestra vida* ha hecho patentes las raíces internas de la crisis vital contemporánea.

La filosofía mexicana contemporánea dirige también sus reflexiones por otro camino, por el que nos hemos planteado al iniciar este panorama: el de la posibilidad de una filosofía mexicana, o más ampliamente, el de la posibilidad de una filosofía continental, americana. Samuel Ramos ha contestado afirmativamente a esta cuestión al enfocar en su *Historia de la filosofía en México* la relación de las ideas, de los filosofemas, con la realidad o circunstancias mexicanas; su historia de las ideas mexicanas es como quiere Ortega; una historia de

las circunstancias en que han surgido estas ideas. Antonio Gómez Robledo ha mostrado en su *Política de Vitoria*, la imposibilidad de la existencia de las ideas del gran humanista español sin la existencia de esa realidad llamada continente americano. José Gaos en uno de sus seminarios trabaja en la busca de una idea de América frente a la idea de Europa, así como en dos trabajos publicados en la revista *Cima*. Adolfo Menéndez Samará se ha planteado en algunas conferencias el tema de una filosofía hispanoamericana, ligándola a la tradición española, y el problema de una filosofía autóctona mexicana, sin más relación con la cultura occidental que la técnica; al igual que la cultura asiática frente al mismo occidente. Joaquín Xirau en su artículo "Humanismo español" ha mostrado las relaciones de este pensamiento con las ideas de los libertadores de Hispanoamérica. Al lado de estos trabajos se debe también citar el que prepara Oswaldo Robles sobre el pensamiento escolástico en México. Por otro lado tenemos el Centro de Estudios Filosóficos que dirige Eduardo García Maynez, que coopera en la tarea de divulgación de las ideas de los filósofos mexicanos, así como ofrece instrumental para tal labor.

Aun en las corrientes más abstractas de la filosofía como es el neokantismo, cuyos expositores son Francisco Larroyo y Guillermo Héctor Rodríguez, el método es aplicado a los problemas mexi-

canos, como lo ha hecho Larroyo en su reciente libro *Fundamentos filosóficos de la escuela unificada*, al referirse a problemas educativos.

GRECIA Y EL HOMBRE*

En estos momentos en que la cultura occidental parece pasar por una de sus mayores crisis, acaso la mayor de todas ellas, nada es tan confortante como el conocimiento de las fuentes de esta cultura. Nada importa tanto como el clarificar, hacer translúcidas las enterradas raíces de la cultura de la cual América empieza a ser maduro fruto. Grecia es una de estas raíces; pero algo más que raíz, Grecia es la matriz, el arquetipo modelador de toda la cultura occidental. Cambian los hombres y con ellos sus costumbres, sus modos de vida, sus expresiones culturales, pero en medio de este cambio hay algo que permanece, algo que se sabe ser obra de otros hombres, de otra cultura, de la cultura griega. El hombre occidental puede

* Publicado en *La Cultura en México. Boletín de la Comisión Mexicana de Cooperación Intelectual*, año 1, núm. 4, julio-diciembre de 1942, pp. 7-11.

sentirse desconcertado, extraño, ajeno, a grandes culturas como lo son la china, la india o la egipcia; pero cuando se habla de Grecia no hay hombre occidental que no la comprenda, que no sienta al pronunciar este nombre una especie de nostalgia, la nostalgia que siente el hombre que se ha ido alejando de su tierra de origen. Porque la cultura griega es esto, la cultura de origen del hombre occidental. El hombre occidental en su escabrosa marcha histórica no ha dejado nunca de volver sus ojos a Grecia buscando en ella los modelos para renovar una cultura a la cual se va sintiendo ajeno. El hombre occidental ha hecho de Grecia la fuente de su eterna juventud. En los momentos más críticos de su historia, el hombre occidental ha buscado fuerzas culturales en Grecia, en la misma forma que Anteo buscaba fuerzas en la Tierra. Hay una Grecia para el hombre medieval, otra para el hombre del Renacimiento o moderno. Hay la Grecia de Miguel Ángel, la Grecia de Goethe y Winckelmann, la Grecia de Nietzsche y Burckhardt. En cada una de esas Grecias, el hombre occidental ha encontrado las bases para fortalecer su amenazada cultura.

En esta nuestra crisis contemporánea, no podía faltar este intento de fortalecimiento de la cultura. Esto es lo que intenta Werner Jaeger en su *Paideia*. Este libro, nos dice Jaeger en su prólogo a la primera edición alemana, "no se dirige sólo a un

público especializado, sino a todos aquellos que, en las luchas de nuestros tiempos, buscan en el contacto con lo griego la salvación y el mantenimiento de nuestra cultura milenaria". Y en su prólogo a la primera edición española[1] nos dice combinando la desesperación con la esperanza "Ya no existe el 'mundo' que pretendía ayudar a reconstruir. Pero la Acrópolis del espíritu griego se alza como un símbolo de fe sobre el valle de muerte y destrucción que por segunda vez en la misma generación atraviesa la humanidad doliente". Jaeger muestra en este primer libro —que será una serie en que se abordará la cultura griega en sus diversas formas, que van desde la forma aristocrática y heroica de la Grecia de Homero, hasta las formas alcanzadas en el Cristianismo— las raíces de la formación del hombre griego, que por ser hondamente humanas se han convertido en raíces del hombre en general. En este libro se ve cómo ha sido posible que una cultura que por el tiempo nos es tan lejana, está tan íntimamente ligada a nosotros.

Paideia quiere decir educación, formación. Grecia fue la gran maestra de la educación, la gran formadora. Sus modelos son por esta razón permanentes. "La educación —dice Jaeger— es el principio mediante el cual la comunidad humana

[1] Werner Jaeger, *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, trad. de Joaquín Xirau, México, FCE, 1942.

conserva y transmite su peculiaridad física y espiritual. Con el cambio de las cosas cambian los individuos. El tipo permanece idéntico". El hombre de la cultura occidental ha cambiado mucho en su historia, pero el tipo de su educación, los ideales de su cultura siguen siendo griegos, porque Grecia ha sabido encontrar ideales permanentes. Grecia se ha mostrado la gran educadora, la gran formadora de hombres y de culturas por su capacidad para establecer ideales culturales permanentes. "Por muy alto que estimemos las realizaciones artísticas —sigue diciendo Jaeger—, religiosas y políticas de los pueblos anteriores, la historia de aquello que, con plena conciencia, podemos denominar nosotros cultura, no comienza antes de los griegos". Nuestra historia, la historia del hombre occidental, no comienza sino con Grecia. "Sin la idea griega de cultura no hubiera existido la antigüedad" como unidad histórica ni el "mundo de la 'cultura occidental'".

Grecia ofrece como gran educadora un elemento que ha tomado y defendido siempre el hombre occidental, este elemento, permanente en medio de múltiples dificultades, es la libertad personal, el individualismo.

> Frente a la exaltación oriental de los Hombres-dioses, solitarios, sobre toda medida natural, en la cual se expresa una concepción metafísica totalmente

> extraña a nosotros, y la opresión de la masa de los hombres, sin la cual sería inconcebible la exaltación de los soberanos y su significación religiosa, aparece el comienzo de la historia griega como el principio de una nueva estimación del hombre que no se aleja mucho de la idea difundida por el Cristianismo sobre el valor infinito del alma individual humana a partir del Renacimiento.

Con Grecia se inicia el problema de la individualidad, el problema del desenvolvimiento de la persona. Roma, el Cristianismo y más tarde el Renacimiento, no harán otra cosa que llevar a sus extremos este problema ofreciendo las soluciones que caracterizan al hombre de Occidente.

Grecia ha concebido la educación en la misma forma que concebía su mundo, como forma a realizar, como arquetipo o idea. Al griego le entra el mundo por los ojos. Es un curioso, un hombre siempre afanoso de ver. Saber, conocer, es ver, mirar con cuidado. El griego sabe cuándo ve bien, cuando persiguiendo el perfil de una cosa logra agarrar con los ojos su figura completa. Definir para el griego quiere decir completar, cerrar, el perfil de una cosa. El griego no estará contento, satisfecho, si no puede encerrar las cosas en su perfil. Un hombre que no puede andar por el mundo sin acariciar las cosas con la vista, no puede concebir la vida sino como arte. El griego quiere encerrar

las cosas en su perfil; pero cuando éstas se rebelan escondiéndose, negándose a todo perfil, entonces el griego establece un mundo en el que sólo tienen existencia cosas con su perfil completo, sólo existen formas, arquetipos, modelos, ideas. En una palabra, cuando el mundo se niega a dejarse tomar sus perfiles, el hombre griego hace un mundo de idea. Este es el mundo de Platón, mundo del hombre griego. Se establece una lucha entre los dos mundos: un mundo que se niega a dar su razón de ser, su palabra, su logos, perfil o forma, y un mundo todo perfil, todo forma, todo idea. El griego tratará de hacer la realidad conforme al mundo ideal. El griego se convierte en su artista que modela su realidad siguiendo un modelo, una idea.

El hombre, mezcla de idea y realidad, participante del mundo de la realidad y del mundo de las ideas, se convierte en obra de arte. *Paideia* es esto, educación, es decir, formación del hombre. El griego toma su humanidad y ensaya en ella sus mejores modelos, sus mejores figuras. Se toma a sí mismo como hombres y se perfila, se define, se forma. Todos los conocimientos del griego son puestos al servicio de esa magna tarea de modelarse a sí mismos en lo que tienen de humanos.

> Poner estos conocimientos, —dice Jaeger— como fuerza formadora, al servicio de la educación y formar, mediante ellos, verdaderos hombres, del

mismo modo que el alfarero modela su arcilla y el escultor sus piedras, es una idea osada y creadora que sólo pedía madurar en el espíritu de aquel pueblo artista y pensador. Las más alta obra de arte que se propuesto su afán fue la creación del Hombre viviente.

La vida del hombre es vista como obra de formar, a esta formación contribuía toda la cultura de Grecia. Toda Grecia estaba al servicio de la formación del hombre. Toda metafísica no era sino preparación a la política, es decir, a la intervención de la sociedad en la formación del hombre griego. Grecia logró guardar el equilibrio que sólo el artista logra, el de la sociedad y el individuo. Así como el artista sabe guardar el equilibrio entre lo oscuro y lo claro, así Grecia supo guardar el equilibrio entre lo que es el hombre como individuo y lo que es como ente social o político. "Sobre el hombre como ser gregario o como supuesto yo autónomo, —dice Jaeger— se levanta el hombre como idea. A ella aspiraron los educadores griegos, así como los poetas, artistas y filósofos".

Es este sentido de lo humano lo que hace de la cultura griega una cultura permanente a través de los tiempos. Es este alto sentido del hombre el que hace que se busque en Grecia las fuerzas para sostener a una vacilante cultura. No es que se quiera ver en Grecia a la creadora de valores o ideales

intemporales, eternos, sino que se ve en Grecia a la creadora de valores humanos, y que por mucho que cambien no por esto pueden dejar de ser humanos, y por lo tanto cercanos a nosotros, hombres de otra época, pero siempre hombres.

> Cuando en la actualidad [nos dice Werner Jaeger] frente al peligro inverso de un historicismo sin límite ni fin, en esta noche donde todos los gatos son pardos, volvemos a los valores permanentes de la antigüedad, no es posible que los consideremos de nuevo como ídolos intemporales. Su forma reguladora y su energía educadora, que experimentamos todavía sobre nosotros, sólo pueden manifestarse como fuerzas que actúan en la vida histórica, como lo fueron en el tiempo en que fueron creadas.

No se pretende hacer de Grecia un modelo permanente para todos los tiempos, pero lo que sí se puede mostrar en ella son tipos de experiencia a los cuales no es ajeno el hombre por diversas que sean sus circunstancias. Una de estas experiencias del hombre griego es la de la política. El griego no ha podido desligar su cultura a este problema de la *polis*, es decir, de la relación del hombre con el Estado. La educación griega ha tenido como meta la solución de este problema. Y este problema que se planteó al griego, se plantea a todo ser humano.

Todo futuro humanismo [dice Jaeger] debe estar esencialmente orientado en el hecho fundamental de toda la educación griega, es decir, en el hecho de que la humanidad, el ser del hombre, se hallaba esencialmente vinculado a las características del hombre considerado como un ser político.

Sobre la posibilidad de una filosofía americana[*]

A Francisco Romero, cordial amigo,
y en agradecimiento a sus sugestiones.

I. El problema cultural de América

Nuestro tema, el de la posibilidad de una filosofía americana, tiene su origen en *nuestro tiempo*. Es decir, en nuestra situación de hombres en un determinado lugar y época histórica. Es ahora y no antes cuando el hombre americano, el hombre inserto en la situación llamada América, se ha hecho esta pregunta. ¿Existe una cultura americana? y, si existe ¿qué clase de cultura es ésta? y, de no existir, ¿por qué?, o ¿es posible que llegue

[*] Publicado en *Universidad de La Habana*, núm. 40-42, La Habana, 1942.

a existir? Esto no quiere decir que antes de ahora otros hombres no se hayan planteado los mismos problemas en nuestro continente; lo que se quiere decir es que antes de ahora, éstos no eran problemas del hombre americano, sino tan sólo de algunos americanos. Ciertamente, antes de ahora existieron pensadores que se preocuparon por los problemas de una posible cultura americana; pero estas sus preocupaciones fueron intrascendentes: incomprendidos casi siempre, el interés que se les prestó no fue más allá de la cátedra o el cenáculo. Esto ha cambiado en nuestros días, es el tema el que se impone al pensador. Existe una especie de atmósfera que obliga a cualquier pensador consciente a detenerse en tal tema. Ya no es ahora el pensador el que propone los temas, son los temas que se imponen al pensador. No se trata de que algún pensador o grupo de pensadores americanos se hayan planteado tal tema, sino que es la propia América como entidad cultural la que plantea al hombre americano el tema invitándole a una urgente solución.

Así, el que había sido tema de algunos americanos se ha convertido en el tema del hombre americano; ¿por qué tal cambio? Se ha anticipado que el tema ha sido impuesto por nuestro tiempo. En efecto, el tiempo histórico en que vivimos, la situación vital en que nos encontramos —es decir, la circunstancia de que existimos aquí, en Amé-

rica y en esta época histórica— han planteado al americano el problema de la existencia o la posible existencia de una cultura propia. Antes de ahora el hombre americano no había tenido necesidad de una cultura que le fuese propia, cómodamente había vivido a la sombra y de la sombra de la cultura europea. Tan sólo algunos americanos se habían hecho problema de esta falsa situación, de la necesidad de que América tuviese una cultura propia, ya que tenía problemas que sólo el hombre americano podía resolver en la misma forma como los europeos resolvían sus problemas; pero tal manera de pensar fue intrascendente. El americano se sentía seguro al abrigo de una cultura que se le presentaba con el carácter de universal validez.

Nuestro tiempo ha sido el encargado de mostrar al americano su error. Un buen día este hombre se ha encontrado con que la cultura en la cual había puesto su seguridad se desmorona destruyéndose a sí misma. El hombre de América que había confiadamente vivido, durante varios siglos, apoyado en las ideas y creencias del hombre de Europa, se encuentra de golpe frente a un abismo: la cultura occidental que tan segura parecía, se conmueve y agita, amenazando desplomarse; las ideas en las cuales había puesto su fe transfórmanse en inútiles artefactos, carentes de todo valor y sentido. El americano había vivido cómodamente cobijado por la sombra del árbol de la cultura eu-

ropea, pero en este que hemos llamado un buen día, el hombre europeo —el cultivador del árbol abrigador— lo corta y arroja al fuego por inútil, con lo cual el americano se ha encontrado de golpe expuesto a la intemperie, amenazado por todos los elementos; se encuentra de golpe con la historia, con la necesidad de hacerla, es decir, con la necesidad de hacer una cultura cultivando ideas y creencias propias.

El pensador hispano José Ortega y Gasset decía en uno de sus libros, refiriéndose a la impaciencia de América por ocupar un puesto en la cultura universal: "El dominio del mundo no se regala ni se hereda. Vosotros habéis hecho por él muy poco aún. En rigor, por el dominio y para el dominio no habéis hecho aún nada. América no ha empezado aún su historia universal".[1] Aunque duela aceptarlo, esta es una realidad, América no ha hecho aún su propia historia, sino que ha pretendido vivir la historia de la cultura europea. Ha vivido como eco y sombra de Europa; pero una vez que la cultura de este continente, la cultura de Europa, ha llegado a la encrucijada en que amenaza derrumbarse completamente ¿qué puede hacer América? ¿Derrumbarse también, cayendo en el caos en que ha caído la cultura de la cual era eco y sombra? ¿Acaso

[1] José Ortega y Gasset, "El espectador VIII. Revés de almanaque", en *Obras completas*, Madrid, Espasa Calpe, 1936.

no se acaban eco y sombra cuando se pierde la voz y el cuerpo? ¿No habrá que concluir que perdida la voz y el cuerpo de los cuales era eco y sombra la cultura de América, ésta tendrá que derrumbarse necesariamente? Sin embargo, no será así, América no ha sido eco y sombra de la cultura europea, aunque así lo parezca: América, simbólica expresión de un grupo de hombres, ha tenido, como todo hombre, cualesquiera que sea el continente en que se encuentre, que resolver los problemas que le ha presentado la circunstancia. Ahora bien, la solución de los problemas de una circunstancia depende de los medios de solución que la misma circunstancia ofrezca. El americano, al igual que cualquier otro hombre, ha tenido que resolver los problemas de su circunstancia, con los medios que esta su circunstancia le ha ofrecido; dentro de su circunstancia está la cultura europea, de aquí que haya tomado esta cultura como un instrumento para resolver sus problemas. Una de las formas de resolver los problemas de su circunstancia ha sido la adopción de las soluciones que para resolver problemas semejantes ha utilizado el hombre de Europa. Acaso este tipo de solución haya sido, o sea en nuestros días, una falsa solución, pero lo cierto es que gracias a esta solución el americano ha podido subsistir durante varios siglos. Hasta ahora no había tenido necesidad de buscarse otro tipo de solución, le bastaron las de la

cultura europea. Si América no ha hecho una cultura propia es porque no la ha necesitado; si ha vivido como eco y sombra de una cultura ajena, ha sido porque en esta forma resolvía los problemas de su circunstancia, acaso mejor de lo que los hubiera resuelto si en vez de tal cosa hubiese decidido buscar soluciones propias a los problemas que se le planteaban sin atender a las soluciones que otra cultura le ofrecía.

El hombre americano tenía que resolver sus problemas con urgencia, una de las soluciones se las ofrecía la cultura de Europa, de aquí que se apropiase de este tipo de soluciones. Pero ahora que la cultura europea ha dejado de ser una solución y se ha convertido en un problema; ahora que ha dejado de ser un apoyo para convertirse en una carga; ahora que las ideas que tan familiares nos eran a los americanos se transforman en objetos siniestros, desconocidos, oscuros, y por lo tanto peligrosos; ahora, repito, es cuando América necesita de una cultura propia; ahora es cuando tiene que resolver sus problemas en otra forma bien distinta a la forma como hasta hoy los había resuelto. Esta otra forma no puede ser ya la imitación sino la creación personal, propia. He dicho que al desaparecer la voz y el cuerpo desaparecen el eco y la sombra, y así es, al desaparecer la cultura de la cual éramos eco y sombra desaparece este eco y esta sombra, es decir, desaparece la imitación, desaparece la

solución como imitación, pero no el hombre elector de esta forma de vida. El hombre americano no desaparece como tampoco desaparece el hombre europeo aunque destruya su cultura. Lo que sucederá es que tanto el americano como el europeo se encontrarán en una situación semejante, ambos se encontrarán ante un mismo problema: el de resolver qué nuevas formas de vida deberán adoptar frente a las nuevas circunstancias las cuales se han presentado como problemas insolubles a las soluciones dadas por la cultura que desaparece. Ambos, el europeo y el americano, se encuentran sin *suelo* en qué apoyarse, en una situación de plena problematicidad; ambos tienen necesidad de continuar elaborando una cultura, pero ahora, el americano no puede permanecer al abrigo de la cultura europea, de lo que haga el hombre de Europa, porque ahora no existe tal abrigo, no hay otra cosa que problemas, vacío, y sobre el vacío no se puede existir. Europa no tiene en nuestros días nada que ofrecer a nuestra América, por ahora no tiene más que problemas. De aquí que el americano no pueda seguir apoyándose en la cultura europea, sino que, al igual que el europeo, tendrá que buscar nueva soluciones, nuevos puntos de apoyo, y esto tendrá que hacerlo por sí mismo. América, hasta ayer eco y sombra de la cultura europea, tiene que procurarse tierra firme, que resolver por cuenta propia los problemas de su circunstancia. Ahora

bien, este procurarse tierra firme, este buscar soluciones a problemas circunstanciales, da origen a una disciplina natural al hombre en situación problemática, la filosofía. América necesita de una filosofía, de una original meditación y solución de sus problemas. La posibilidad de esta filosofía es el tema que trataré de desarrollar en este trabajo.

II. La filosofía en la cultura de América

El maestro y pensador argentino, Francisco Romero, en un ensayo titulado "Sobre la filosofía en Iberoamérica"[2] expone cómo existe un interés cada vez más creciente en los países iberoamericanos por los temas filosóficos. Dan prueba de este interés las crecientes publicaciones de índole filosófica: libros, artículos en revistas especiales de filosofía o revistas de cultura general; así como la organización y formación de instituciones donde se estudia y practica la filosofía. Estos focos de cultura filosófica se encuentran repartidos en toda la América española. Este interés por la filosofía ofrece un gran contraste con otras épocas, en las cuales la filosofía no pasaba de ser labor de unos

[2] Francisco Romero, "Sobre la filosofía en Iberoamérica", en *La Nación*, Buenos Aires, 24 de diciembre, 1940.

cuantos e incomprendidos hombres; labor que no trascendía la cátedra o el pequeño cenáculo. En nuestros días tal cosa ha cambiado: los dedicados a la filosofía se agrupan, establecen correspondencia con los grupos de otros países intercambiando ideas y preocupaciones. Pero esto va más lejos, los trabajos realizados no quedan limitados al conocimiento de los especializados en la labor filosófica, sino que trascienden al gran público; éste solicita tales trabajos, se preocupa por ellos y sigue estimulando con ello a quienes a tales temas se dedican. Se ha llegado a lo que el maestro argentino llama "etapa de normalidad filosófica",[3] es decir, a una etapa en la cual el ejercicio de la filosofía es considerado como una función ordinaria de la cultura, al igual que otras actividades culturales. La filosofía deja de ser labor de solitarios, de extravagantes; el filósofo deja de ser un *genio incomprendido* y se transforma en un miembro activo de la cultura de un país, al igual que los profesionales que practican otro tipo de actividades culturales. Se establece lo que Romero llama un "clima filosófico", una especie de opinión pública sobre la labor de los dedicados a la filosofía; con lo cual éstos se encuentran forzados a tomar en consideración temas de interés público. Desaparece el *loco con su tema*, y surge el pensador preocupado por los temas de los

[3] *Loc. cit.*

demás, tratando de resolver sus problemas, estimulado por el interés que se muestra por su trabajo.

Ahora bien, este interés cada vez más creciente por la filosofía es índice de su necesidad. Si el hombre americano se interesa por la filosofía en una forma que antes no le había necesitado, quiere decir que siente alguna necesidad de ella. No se puede pensar en la simple curiosidad, porque nuestro tiempo no es propicio para perderse en curiosidades. Antes de ahora, el americano no había sentido tal necesidad, de aquí su poco o ningún interés por la filosofía; de aquí también la indiferencia con que había visto a los hombres que se dedicaban a tal actividad. Vuelvo a repetir que si América se interesa por la filosofía es porque la necesita.

Al plantearse el problema de una posible filosofía americana, quizá no falten escépticos que consideren esta cuestión como un absurdo, y aleguen que es imposible que exista tal filosofía, que nuestra filosofía ha sido y será siempre un eco de la filosofía europea; que este no tener una filosofía que nos sea propia se debe a una incapacidad de nuestra parte para filosofar. Nunca hemos tenido filosofía propia, en consecuencia, nunca la tendremos. A esto contesta Francisco Romero, "como si en alguna parte hubiera habido plena y compacta filosofía... antes de hacerla".[4] En efecto, la filoso-

[4] *Loc. cit.*

fía no es algo dado por naturaleza a determinados hombres o pueblos, no es algo que se herede, sino algo que se hace, y se hace cuando se necesita. Los hombres o pueblos que han hecho filosofía la han hecho porque la han necesitado; si no la han hecho es porque no han necesitado de ella. Es este el caso de América, la cual no tiene una filosofía propia porque no ha necesitado de ella, como tampoco ha necesitado de una cultura; pero sin que esto quiera decir que no las tenga si necesita de ellas. América tendrá una filosofía como tendrá una cultura cuando las necesite, al igual que otros pueblos que las han necesitado. Si hasta ahora se ha fracasado en tal intento, no se puede decir que sea por falta de capacidad sino porque han sido innecesarias.

No han faltado intentos cuya finalidad haya sido la creación de una filosofía americana, hispanoamericana o mexicana o propia de cualquier otro país americano, pero en tales intentos pocas veces se ha intentado hacer filosofía, es decir, no han sido intentos para resolver problemas como lo es la auténtica filosofía, sino tan sólo intentos para demostrar que podemos, como cualquier otro continente, hacer filosofía. No se ha hecho filosofía por necesidad sino para demostrar que no somos inferiores. La filosofía no debe ser el resultado de un *poder hacerla*, sino de un *tener necesidad de hacerla*. La filosofía no puede ser considerada como un juego deportivo en el que haya de hacer gala de

capacidades, sino como una necesidad de resolver problemas, los problemas urgentes de nuestra vida. Quizá es ahora cuando América pueda tener una filosofía propia, porque es ahora cuando tiene frente a sí graves problemas que resolver, y la urgencia de resolverlos por sí misma. Y digo que tal caso es posible en nuestros días, porque son los problemas y la necesidad de resolverlos los que han originado el tema de la posibilidad de una filosofía americana. Ya no se trata de demostrar que somos capaces de hacer una filosofía, sino de demostrar que somos capaces de resolver nuestros problemas.

III. La filosofía como verdad eterna

Uno de los primeros problemas que se nos presentan al hablar de una posible filosofía americana es el de la existencia de una filosofía particular, en este caso, la americana. Y cabe plantearse este primer problema porque la filosofía se ha presentado casi siempre con la pretensión de que sus verdades, sus soluciones, son eternas. Se habla de la Filosofía con mayúscula y no de una filosofía. La filosofía pretende que sus verdades son verdades universales, válidas para todo espacio y tiempo. Cada filósofo pretende que las verdades de su sistema son verdades fuera de todo tiempo y espacio;

pretende que sus soluciones son eternas. Cada filósofo ha pretendido tener la *verdad*, no una verdad de momento sino la verdad eterna e inmutable. Cualquiera que eche una ojeada a la historia de la filosofía se encontrará con que cada sistema tiene tales pretensiones. Cada filósofo pretende haber alcanzado el *principio* de todo cuanto existe y cuanto pueda existir.

Dios, naturaleza, espíritu positivo, etc. son los diversos nombres que se dan al principio de los principios. El filósofo se encuentra siempre ligado en alguna forma con este principio de los principios, lo posee en alguna forma: colabora con él, participa de él, lo afirma o lo niega, se hace su esclavo o la hace su instrumento, o bien le llama a cuentas, le hace comparecer para que se justifique. El filósofo y la filosofía se consideran siempre ligados a tal principio pretendiendo ser sus poseedores. Tal pretensión hace de la filosofía un instrumento para alcanzar verdades eternas, fuera de todo tiempo y lugar.

Pero también, quien quiera que vaya a la historia de la filosofía se encontrará que la pretensión de universalidad de las verdades alcanzadas por la filosofía son sólo válidas para cada autor o descubridor de esas verdades. El filósofo pretende que *su* verdad es eterna, pero sólo *su* verdad. Sólo la verdad propia, la personal del filósofo es considerada como eterna. No así las verdades de los otros

filósofos, las que son consideradas como errores, como falsas. La pretensión de universalidad de la verdad particular de cada filósofo no puede admitir que existan otras verdades con la misma pretensión. Verdad eterna sólo puede haber una, y esta una sólo puede ser la del que la afirma. La verdad para tener ese su carácter de universalidad, de validez eterna, tiene que ser necesariamente *una*; no puede aceptar otras verdades, de aceptarlas caería en contradicciones. De existir verdades parciales, éstas carecerán de veracidad si no están justificadas por la verdad única, la que cada filósofo pretende poseer.

De acuerdo con dicha tesis no puede haber una filosofía americana, no puede existir sino filosofía a secas, sin adjetivo. Sin embargo, no se puede dejar de ver que a pesar de que cada filosofía pretende ser la filosofía, pretende ser poseedora de verdades eternas e inmutables, de hecho ninguna ha demostrado esta capacidad. Cada sistema filosófico ha pretendido alcanzar la verdad eterna, el principio de los principios; pero ninguna ha logrado tal propósito. No han alcanzado *la verdad*, sino *unas verdades*; la historia de la filosofía nos muestra que no se ha alcanzado una verdad eterna, sino tan sólo la verdad de un filósofo y de una época. La filosofía hecha hasta el presente se unifica por el afán de alcanzar la verdad de las verdades; pero se diferencia en lo alcanzado; se ha alcanzado un

determinado número de verdades; pero no la verdad única.

Pero esta pretensión de cada filosofía por ser la verdad, o por poseer la verdad eterna, ha hecho de la historia de la filosofía una historia de las contradicciones filosóficas. La historia de la filosofía se nos presenta como carente de unidad, cada sistema aparece como contradicción del sistema anterior. En vez de encontrarse unidad, sólo se encuentra una contradictoria pluralidad. Cada filosofía, al pretender ser poseedora de la verdad única, tiene necesariamente que negar a las otras, pues de aceptarlas se negaría a sí misma. ¿Qué filosofía tiene la verdad? es la pregunta que se hace necesariamente quién quiera que busque en la historia de la filosofía la verdad. El hombre busca anhelante la verdad; pero lo que se le ofrece no es esta verdad, sino unas verdades, pretendiendo ser cada una de ellas la verdad anhelada. Entonces, cómo es posible que este ente llamado hombre, que tanto necesita de la verdad, haya podido existir con *unas verdades*.

IV. La filosofía como verdad histórica

Ha sido en nuestros días cuando la filosofía, consciente del carácter contradictorio de sus solucio-

nes, de sus verdades, ha pretendido justificarse justificando este su carácter contradictorio. La conclusión a que ha llegado es que no existen tales contradicciones, que no hay contradicción en las soluciones que ha ofrecido la filosofía en el transcurso de su historia. Tal justificación, la de dicha tesis, se encuentra en la historia. La filosofía es obra de hombres y para hombres; de aquí que tenga, como toda obra humana, que participar del carácter esencial de lo humano. La esencia de lo humano, aquello por lo cual un hombre es hombre, es la historia. El hombre es un ente histórico; es decir, un ente cuya esencia es el cambio. El hombre de hoy no es el mismo de ayer, ni será el de mañana.[5] El hombre se encuentra siempre situado en una determinada circunstancia. Esta circunstancia se le presenta siempre como problema. El hombre tiene que decidir cómo resolver dicho problema; como vivir su circunstancia. Para vivir, para existir, tiene que modificar su circunstancia y su vida; tiene que adaptar dicha circunstancia a su vida y adaptar esta su vida a su circunstancia. La circunstancia se presenta como obstáculo; pero ella misma ofrece los medios para salvar tal obstáculo. Es a la vez problema y solución. Este ir el hombre adaptándose y adaptando la circunstancia

[5] Véase a José Ortega y Gasset, "Historia como sistema", en *Revista de Occidente*, Madrid, 1941.

se plasma en cultura. La historia de la cultura es la historia del hombre en lucha con su circunstancia.

Ahora bien, lo que en unas determinadas circunstancias es considerado como solución, en otras es obstáculo. Lo que para un grupo de hombres, para una cultura, es solución, para otros es problema. Lo que para una generación de hombres es el máximo de la perfección cultural, para otra será el máximo de lo imperfecto. Pocas generaciones se adaptan a lo hecho por otras. Debido a esta incapacidad del hombre para adaptarse a las circunstancias de los otros, existe la *personalidad*. Cada hombre tiene su punto de vista, su circunstancia, su personalidad, y de acuerdo con este punto de vista, circunstancia o personalidad, resolverá los problemas de su vida.

No es ahora nada extraño el que cada hombre o cada generación humana tenga su verdad; la verdad única, la que dé las soluciones buscadas. La verdad de cada hombre o generación no viene a ser sino la expresión de una determinada concepción del mundo y de la vida. Esto hace que las verdades de la filosofía como intentos de solución sean circunstanciales, dependiendo cada una del hombre que las ha expresado y éste, a su vez, dependiendo de una sociedad determinada, de una determinada época histórica, en una palabra, de una circunstancia. Quién no pueda captar la relación existente entre las ideas y la circunstancia

histórica no podrá ver sino contradicciones en la historia de la filosofía. Sin embargo, quién capte esta relación, se encontrará con que no hay contradicción en dicha historia de la filosofía. La filosofía no es sino un afán por solucionar problemas concretos; es un tratar de contestar a los interrogantes que se hace el hombre frente a determinadas dificultades, de aquí que sus soluciones no puedan ser sino circunstanciales.[6]

Aunque en apariencia los problemas que el hombre se plantea son los mismos, tal semejanza no pasa de ser nominal; los problemas son siempre distintos, de aquí que las soluciones también sean distintas. Si los problemas que se plantean son personales, válidos para un hombre o una generación, necesariamente, las soluciones, la verdad alcanzada, tendrá que ser también personal, válida tan sólo para este hombre o generación. El no haberse visto esto ha dado lugar a que la filosofía aparezca en su historia como contradictoria. Ha sido el querer hacer de verdades circunstanciales, verdades eternas, lo que ha dado lugar a las contradicciones y a las inadaptaciones históricas. Es esta inadaptación de las ideas con la circunstancia histórica lo que ha originado la crisis actual.[7]

[6] Véase el tema de la relación de las ideas con la circunstancia histórica en Karl Mannheim, *Ideología y utopía*, México, FCE, 1941.

[7] Véase Karl Mannheim, *Libertad y planificación social*, México, FCE, 1942.

Las soluciones que un hombre, una generación, un pueblo o una cultura han dado a sus problemas no pueden ser siempre soluciones para los problemas de otro hombre, generación, pueblo o cultura. Este ha sido uno de los errores de nuestra América. Hemos visto cómo América no ha hecho otra cosa, hasta nuestros días, que querer adaptarse a las soluciones de la cultura europea. Esto ha hecho de los americanos hombres inadaptados: las ideas de la cultura europea no se adaptan a las circunstancias americanas.

Acaso exista una verdad eterna e inmutable, desgraciadamente para los hombres tal verdad no está a su alcance. Tal verdad, de existir, no es obra de hombres ni para los hombres. Acaso la fe sea una forma de alcanzar tal verdad; pero lo cierto es que en nuestros días no podemos hablar de fe. La situación problemática en que vivimos tiene su origen en esta falta de fe; el hombre actual ha perdido la fe en todo. Esta falta de fe ha hecho que sea nuestro tiempo el que haya caído en la cuenta de que no existen verdades eternas, inmutables, válidas para todo tiempo y lugar, sino tan sólo verdades circunstanciales, válidas tan sólo para un determinado tiempo y lugar. Es aquí también que se considere que las verdades aportadas por la filosofía sólo encuentren justificación históricamente.

Este saber el hombre que no puede atenerse a soluciones ajenas, sino que en cada época y en

cada lugar tiene que buscar soluciones propias, ha dado lugar a que se hable de la posibilidad de una filosofía americana. Se ha visto que la filosofía, lejos de tener o alcanzar verdades universales, sólo alcanza verdades parciales, circunstanciales, las cuales dan a tal filosofía un carácter peculiar, el carácter local y temporal de la circunstancia en que se encuentra. De donde ha resultado una filosofía griega, francesa, alemana o inglesa; y de donde puede resultar una filosofía americana.

V. La filosofía como verdad circunstancial absoluta

Como se ha visto, se puede hablar de una filosofía americana, de una filosofía que sea la expresión de la circunstancia americana, de una filosofía que trate de solucionar los problemas de esta circunstancia. Sin embargo, tal filosofía no podrá ser legítima filosofía si de intento se quiere hacer filosofía americana. La filosofía es a pesar suyo griega, francesa, alemana o inglesa; como es a pesar suyo filosofía antigua, medieval, moderna o contemporánea. Es a pesar suyo filosofía de un determinado lugar y tiempo. El hombre ha pretendido resolver sus problemas de una vez y para siempre; pero está en la esencia del hombre mismo el no poder lograr tal fin. He dicho que las soluciones

de hoy son problemas de mañana; el hombre no puede nunca conformarse a un tipo de circunstancia, siempre sentirá la necesidad de transformarla; en la naturaleza humana está este querer siempre transformarla. Cuando se presentan épocas como la nuestra, en que los hombres tratan de conformarse a circunstancias que les son dadas, hechas, en que parece que el hombre abandona su individualidad acomodándose a diversos moldes: sociales, políticos, religiosos, etc.; en estas épocas parece que el hombre desaparece al desaparecer esa su esencia, la de una continua transformación de la circunstancia que le es dada.

Cada hombre o generación de hombres pretende modificar siempre su mundo, de acuerdo con una nueva concepción de la vida que considera como propia. Son las nuevas concepciones de la vida las que le plantean nuevos problemas y le urgen a nuevas soluciones. Esta concepción que sobre el mundo y la vida tienen el hombre y las generaciones matiza, da color, a los intentos de soluciones que se ofrecen a los problemas que se le plantean. De acuerdo con dicha concepción, un hombre o una generación no verán de la realidad sino aquella parte que se encuentre teñida por el color de dicha concepción. De aquí que, donde una generación había visto soluciones, otra vea problemas. Cada hombre o generación tendrán sus propios puntos de vista, sus ideales y sus ideas;

y será conforme a estas ideas como tratará de realizar, de modelar, su circunstancia.

Pero las verdades desde las cuales una generación vive su vida, no puede considerarlas como relativas a su vida, como parciales: válidas en el lugar y tiempo de dicha generación; sino como verdades absolutas: válidas para todo lugar y tiempo. Y este su sentir las verdades de su circunstancia como absolutas le viene de que la realidad que vive es una realidad absoluta. Su punto de vista, su concepción del mundo, son absolutos: todo cuanto existe será visto, vivido, desde este punto de vista y desde esta concepción del mundo. Su verdad será verdad absoluta porque absoluta es la realidad desde la cual y para la cual tiene valor dicha verdad. Si todos los hombres desde un mismo punto de vista tuviesen que enfrentarse con la misma realidad, la verdad sería igualmente absoluta para todos. No habría sino una verdad, la verdad que todos captarían al encontrarse situados en el mismo lugar circunstancial. La verdad de cada hombre o generación es absoluta, lo que no es igualmente absoluto es el lugar que cada hombre o generación ocupan en la realidad. Hay una y absoluta realidad, lo que no es absoluto ni único son los puntos de vista desde los cuales esta realidad puede ser captada. El que un hombre no pueda captar el punto de vista que sobre la realidad tenga otro no invalida tal punto de vista, siempre se tratará de realidades abso-

lutas, y sus expresiones serán siempre verdades absolutas.

En esta forma nos encontramos con que cada hombre tiene su verdad plena y absoluta, válida para él y para quienes se encuentren en idénticas circunstancias, en el mismo punto de vista; de no ser así no existiría la sociabilidad, los hombres no podrían nunca entenderse entre sí. Existen verdades personales, intransmisibles, pero también existen verdades que permiten ser comunicadas: verdades de grupo, de generación, de pueblos y culturas. Así como existen verdades válidas para un grupo de hombres que permiten la convivencia, la comprensión, así también existen verdades que pueden valer para toda la humanidad, para todos los hombres; se trata de verdades que por su generalidad pueden estar al alcance de todo hombre. Esto puede entenderse fácilmente si no se olvida que la verdad expresa una forma de la realidad, la cual es siempre circunstancial: los hombres participan de una circunstancia personal —un punto de vista que les es propio—; pero esta circunstancia personal participa a su vez de otra más amplia, por medio de la cual todos los hombres, cualesquiera que sea su circunstancia personal o social, se identifiquen como hombres, como género hombre; ésta es la que podemos llamar circunstancia humana. Todos los hombres para ser hombres participan de una circunstancia que les es propia, la humanidad.

VI. El hombre como valor universal

La filosofía en último término trata de resolver los problemas de la circunstancia que he llamado humanidad. No se conforma con resolver los problemas de un hombre o grupo de hombres, sino que trata de resolver los problemas de todos los hombres, sin importarle cuál sea la circunstancia local o temporal de éstos. Es esta la razón por la cual pretende que sus verdades son verdades absolutas, válidas para cualquier hombre. La filosofía no se conforma con alcanzar una verdad circunstancial, sino que trata de alcanzar una verdad universal. Sin embargo, tal empeño tropieza con la esencia de los autores de esta faena, con los hombres, con el hombre. Quien trata de alcanzar una verdad que salve a la humanidad de sus circunstancias es el hombre; el hombre que no sólo participa de la circunstancia llamada humanidad, sino además de otras circunstancias más limitadas como son las sociales y las personales; las circunstancias de lugar y tiempo. Son estas circunstancias, las mismas que hacen del hombre una persona —las que le dan su individualidad o personalidad— las que se presentan como límite en este su afán por alcanzar verdades universales; son estas circunstancias las que hacen que el hombre no logre alcanzar la verdad que salve a toda la humanidad.

El valor universal a realizar, al que todos los hombres tienden cualesquiera que sea su lugar especial o local, es el hombre. Todo hombre trata de ser cada vez más hombre, es decir, trata de realizar sus potencias, alcanzar la plenitud de su ser, eliminando los obstáculos que se oponen a esta plenitud. El ser del hombre es un ser nunca pleno, siempre trata de alcanzar estadios más amplios, lo hecho por él se le presentará siempre como obstáculo; de aquí ese no conformarse nunca con su circunstancia y tratar de rebasar ésta en una circunstancia más amplia, en el hombre pleno. De aquí también ese encontrar siempre obstáculos y este tratar de salvarlos de un salto. Este salto es el que intenta dar por medio de la filosofía. Por medio de la filosofía quiere resolver de una vez y para siempre el problema de la plenitud de su ser. Sin embargo, ya se ha visto cómo la filosofía no logra dar tal salto y se queda incada [*sic*] en la circunstancia del hombre que la expresó. La filosofía es, a pesar de los filósofos, una filosofía circunstancial. El fin último de la filosofía es la realización plena del hombre, pero sus límites están en la misma esencia del hombre. Lo griego, lo francés, lo alemán o lo inglés de una filosofía son la expresión de los límites de esta filosofía. Sin embargo, tanto el filósofo griego como el francés, el inglés o alemán han pretendido hacer filosofía para todos los hombres y no simplemente para los griegos, franceses,

ingleses o alemanes. La filosofía no se justifica por lo local de sus resultados, sino por la amplitud de sus anhelos. Así, una filosofía americana no se justificará como tal por lo americano, sino por la amplitud del intento de sus soluciones. Es menester que se haga Filosofía, con mayúscula, y no simplemente filosofía de una determinado país; hay que resolver los problemas circunstanciales, pero con miras a la solución de los problemas de todo hombre. En nuestro caso, los límites, lo americano, nos serán dados a pesar nuestro.

VII. América como valor humano

La pregunta inicial de este trabajo ha sido en torno a la posibilidad de una filosofía americana. La respuesta a tal pregunta puede contestarse afirmativamente después de haberse expuesto todo lo anterior. Es posible la existencia de una filosofía americana por ser la filosofía una tarea humana que se realiza cuando se considera necesaria. Si no había existido dicha filosofía se debía a que no se había tenido necesidad de ella; una filosofía americana no podía ser el resultado de un simple querer hacerla, como no lo han sido filosofías anteriores: toda la filosofía occidental. Una filosofía americana tendrá que ser el resultado de un querer resolver problemas humanos, los problemas inherentes

a la humanidad, no bastará el querer los problemas propios de América. Si lo que nos proponemos es hacer pura y simplemente filosofía americana, dicha filosofía no resultará; por el contrario, si lo que nos proponemos es hacer pura y simplemente filosofía, es decir, tratar de resolver los problemas que todo hombre se plantea por el hecho de ser hombre, el resultado será una verdadera filosofía, y lo americano nos será dado a pesar de nuestro intento de absoluta validez. Lo humano marcará los límites de nuestra faena haciendo de ella una obra circunstancial. Dicha filosofía se encontrará matizada por lo que es inherente al hombre americano.

Dicho matiz, marca de fábrica, será dada por la circunstancia americana. No podremos escapar a nuestra circunstancia, tendremos que contar necesariamente con ella. Para resolver los problemas del hombre tendremos que partir de lo que como hombres se nos da inmediatamente: la realidad americana; y de esta realidad abstraemos hacia lo humano en todos los pueblos. El hacer filosofía americana será inevitable si los americanos nos ponemos a filosofar, pero lo que debemos evitar es limitarnos a lo americano. Esta nuestra filosofía, si es auténticamente filosofía, será por un lado filosofía americana por estar hecha por americanos y por otro lado alcanzará un cierto valor universal, el que le será dado por estar hecha por hombres; lo universal, lo válido para cualquier hombre, le será

dado por aquello que de común tengamos con los demás hombres.

Si resolvemos nuestros problemas con miras a la solución de los problemas del hombre y no simplemente del americano, las soluciones de nuestra filosofía serán también soluciones factibles para otros pueblos, y esta facticidad se encontrará en lo que de común tengamos con esos otros pueblos, en lo humano, en nuestra participación con esa circunstancia más amplia a la que hemos llamado humanidad.

Tendremos que partir de lo que nos es más próximo, de la circunstancia americana, poniendo en claro lo que como americanos somos, los problemas que como tales tenemos. Pero siempre conscientes de que éstos son los límites que nos impiden alcanzar la verdad válida para todos los hombres. Pero tampoco debemos olvidar que dichos límites son inherentes a todos los hombres, de donde podemos concluir que el límite de nuestras ambiciones y el conocimiento de tal límite será también el conocimiento de los límites de todo hombre. Necesitamos conocer nuestros límites, la circunstancia americana, para de ellos concluir cuál puede ser nuestra aportación a los problemas del hombre en general, a la cultura universal.

Una aventura en la metahistoria*

El llamado Mundo Moderno surge —como toda nueva época— de una crisis, de una *decepción*. El hombre que inicia este mundo es un decepcionado. Es un hombre que se ha encontrado con un mundo en el cual no encaja. Lo que le era entrañable se le ha convertido en extraño, lo claro en oscuro, la luz en tinieblas. De aquí que este hombre se haya propuesto hacer claridad donde sólo encontraba tinieblas; buscar "ideas claras y distintas". Claridad es orden y distinción. Ordenar y distinguir son las tareas que se propone el hombre moderno.

En este afán de hacer luz se tropezaba el hombre moderno con algo que se oponía a todo orden y definición; este algo era la historia. El desorden y

* Publicado en *Cuadernos Americanos*, vol. II, año I, núm. 2, marzo-abril de 1942, pp. 114-118.

la oscuridad con los cuales tropezaba tenían su origen en la historia. La historia era vista como *perdición*. Todos los hombres eran iguales por su origen; pero distintos por los caminos que tomaban. Ahora bien, los caminos eran distintos, porque distintos habían sido sus maestros, sus libros, sus viajes, en una palabra: su historia. Descartes, expresión de esta época, nos dice:

> [...] no existe tanta perfección en las obras compuestas de varias piezas y hechas por mano de diversos maestros, que en aquellas en que ha trabajado uno solo.
>
> [...] todos nosotros hemos sido niños antes de ser hombres, y que nos ha precisado largo tiempo estar gobernados por nuestros apetitos y nuestros preceptores, que a menudo eran contrarios los unos a los otros y que, ni unos ni otros, nos aconsejaban quizá siempre lo mejor, es casi imposible que nuestros juicios sean tan puros y sólidos como lo hubiesen sido si hubiésemos poseído el uso completo de nuestra razón desde el día de nuestro nacimiento, y que jamás hubiésemos sido guiados más que por ella.

El mal estaba en el pasado, en lo recibido por el hombre. Si el hombre se hubiese hecho a sí mismo desde un principio, de acuerdo con su razón, el resultado sería la claridad y con ella la seguridad.

No habría más que un camino, el único camino seguro, el que señalase, iluminase, la razón.

El hombre estaba perdido, falto de un apoyo sólido, a causa de la historia. La historia se presentaba como contradictoria, oscura, sin plan. El hombre moderno necesitaba para su seguridad que su vida fuese hecha de acuerdo con un plan, este plan se lo suministraba la razón. La razón daba el orden, todo lo que no entrase en este plan, en este orden, debía ser eliminado. Ahora bien, lo primero que tenía que ser eliminado era la historia. Descartes nos dice:

> por lo que toca a las opiniones, a que hasta entonces había dado mi crédito, no podía yo hacer nada mejor que emprender de una vez la labor de suprimirlas, para sustituirlas luego por otras mejores o por las mismas cuando las hubiese ajustado al nivel de la razón. Y tuve firmemente por cierto que, por este medio, conseguiría dirigir mi vida mucho mejor que si me contentase con edificar sobre cimientos viejos y me apoyase solamente en los principios que había aprendido siendo joven.

Sin embargo, este propósito resultaba de imposible cumplimiento. En vano se quería eliminar la Historia, ésta siempre aparecía en cuanto se trataba de apresar la esencia de lo humano, la naturaleza humana. La pretensión de hacer una ética o una

política *mode geométrico* tropezaba continuamente con la historia. El derecho natural que buscaba su apoyo en la esencia de lo humano, tenía que recurrir continuamente a las costumbres, a los hechos, del hombre en su historia. Los filósofos trataban inútilmente de captar la naturaleza humana por medio de una metafísica sin contar con la historia.

Frente a esta pretensión surge Juan Bautista Vico.[1] Vico se alza contra la pretensión de los filósofos de alcanzar la ciencia de la naturaleza, pues esta ciencia sólo pertenece a Dios, puesto que es éste el autor de ella. Al alcance del hombre sólo puede estar lo que sea obra de éste, y obra de éste es la *Ciencia de las naciones*. Sin embargo, a pesar de que esta ciencia estaba a su alcance, había sido descuidada. Vico es el primero en proponer que se haga una ciencia de la historia: la sistematización, el ordenamiento, de los hechos históricos conforme a un plan. "Y todas estas ciencias —dice Vico—, todas las disciplinas y las artes enderezadas vinieron a perfeccionar y regular las dificultades del Hombre; pero no la hay que medite sobre ciertos principios de la humanidad de las naciones, de la que sin duda manaron todas las ciencias, todas las disciplinas y las artes". Esta nueva ciencia, la que medite sobre los principios de las naciones,

[1] Giambatista Vico, *Ciencia nueva*, México, El Colegio de México, 1941.

es la que se propone buscar el pensador italiano. Vico se aventura en un mundo hasta ese momento desconocido, para plantar en él la bandera de la razón. Esta aventura en un mundo hasta entonces desconocido, es la que va a dar origen a las grandes expediciones por el mundo de la historia, que alcanzan su culminación en Hegel. Richard Peters nos ofrece una hermosa imagen de esta aventura cuando dice: "Vico es comparable, en la historia del pensamiento sobre la historia, a aquel descubridor, que partió en busca de una ruta marítima más cómoda para la India y, sin quererlo, descubrió América".

En esta aventura examina Vico las rutas y naves para hacer la travesía. Hace un examen de dos de los instrumentos utilizados para alcanzar lo que pueden ser los principios de la humanidad de las naciones: la filosofía y la filología. Pero ambos se muestran insuficientes. La filosofía estudia la naturaleza humana, pero nada sabe de sus orígenes. La filología conoce los hechos del hombre, pero tampoco sabe nada de los orígenes de estos hechos. Vico quiere una ciencia en la cual los hechos se ordenen conforme a una ley, conforme a una razón; quiere encontrar los principios conforme a los cuales se ordene la Historia. Estos principios no se encuentran ni en la filosofía como metafísica pura, ni en la filología como simple descripción de hechos, es decir, en la historiografía. Es menester

encontrar una ciencia que dé sentido a los hechos históricos. En busca de esta ciencia nueva parte a la manera del hombre moderno, quemando sus naves; es decir, negando todo lo hecho, todo lo dado.

> Y así nosotros al meditar los principios de esta ciencia debemos reducirnos por consiguiente a un estado de suma ignorancia de toda erudición humana y divina, como si para el cuidado de busca no hubieran existido jamás para nosotros filósofos ni filólogos.

El punto de partida de esta ciencia nueva se asemeja al punto de partida cartesiano. Descartes, una vez puesto en *entredicho* todo lo que le era dado, se queda con un Yo pensante. Vico hace algo semejante por lo que se refiere a la historia, y con lo que se queda, es con el autor de la Historia, al igual que Descartes que se queda con el autor del pensamiento. Vico dice así:

> Porque todas aquellas dudas, añadidas y juntas, no pueden en modo alguno poner en duda esta única verdad, que debe ser la primera de una ciencia de tal estilo, pues en tan larga y espesa noche de tinieblas, sólo una luz se vislumbra y es que el mundo de las naciones gentiles fue ciertamente hecho por los hombres, por lo cual ante tan inmenso océano

de dudas aparece sólo esta tierra pequeñita, en que se puede detener el pie.

Descartes saca de sus dudas el supuesto de todo el idealismo; Vico saca a su vez el supuesto para toda teoría de la historia. El método aplicable en esta su ciencia nueva será un método semejante el iniciado por Descartes; pero aplicado a lo humano en vez de ser aplicado a la naturaleza. Para Vico la pretensión de conocer la naturaleza por tal método es una soberbia, la naturaleza no es obra humana; el método debe aplicarse a lo hecho por el hombre, a la historia. Vico propone contra Descartes una ciencia de la historia en vez de una ciencia de la naturaleza. Una metahistoria en vez de una metafísica.

Así, como el físico establece una hipótesis partiendo de unos cuantos hechos, la que a su vez tendrá que ser justificada por *todos* los hechos; en la misma forma parte Vico de un grupo de hechos históricos con los cuales establece una especie de hipótesis histórica, un plan conforme al cual se mueve la historia; plan que a su vez ha de ser justificado por *todos* los hechos históricos. La primera redacción de la ciencia nueva que es la que aquí se comenta, da mejor idea del método aplicado. Pues a diferencia de lo que parece ser la redacción definitiva —en la cual la sistematización es más completa—, en esta primera redacción se puede

observar al pensador en plena actividad sistematizadora. Colocando la multitud abrumadora de hechos históricos en el lugar que les corresponde conforme al plan ideal de una historia universal. Así como en la Física los fenómenos se explican en la relación *causa-efecto*; en la Ciencia viquiana, la *causa* se encuentra en este plano ideal de la Historia, en lo que Vico llama filosofía de la humanidad; y el *efecto* se encuentra a su vez en los hechos históricos, en *todos* los hechos, en lo que llama historia universal de las naciones. En esta forma quedan combinadas las ciencias rechazadas en principio: la filosofía y la filología. La filosofía da sentido a la filología; la metafísica a la historiografía. La filosofía deja de ser meta-física y se convierte en metahistoria.

Vico ve en la historia una *caída*. El hombre en su afán de eternizarse se escapa de la divinidad y cae en la injusticia. La historia es un elevarse de lo caído hacia la divinidad perdida, hacia la justicia. Sin embargo, la Justicia no se pierde, como no se pierde a Dios, porque no hay hombres ni pueblos ateos; y no los puede haber porque todos tienen afán de eternizarse, de salvarse, y esta salvación sólo se alcanza en Dios. Lo que sucede es que el hombre no capta la plena justicia ni la divinidad sino por grados. Estos grados o etapas forman la Historia. En la etapa llamada de los Dioses, Dios es sentido como el más fuerte, su justicia como

fuerza. En la etapa de los Héroes, la justicia la impone el más fuerte. Y en la etapa llamada humana, la justicia es sentida como razón. No hay más justicia que la de la razón, la fuerza y con ella los héroes pierden su sentido. En esta etapa todos los hombres quedan nivelados dando origen a la plena realización de la Humanidad. Dios es también alcanzado por grados históricos. El hombre parte de un Dios personal —de un Dios creador como el bíblico—; pasando de aquí a un Dios familiar, a un Dios nacional, a un Dios de las naciones, y a un Dios universal. Se parte de un Dios antropomorfo y se culmina en un Dios metafísico.

Es en esta forma como Vico inicia una nueva etapa en la historia de la filosofía. En esta aventura descubre una nueva tierra en la cual la filosofía no había caído, quedando a partir de este momento como uno de los temas fundamentales de la filosofía, el de la historia.

En torno
a una filosofía americana[*]

1

Hace algunos años un joven maestro mexicano lanzaba al público un libro que causó expectación. Este joven maestro es Samuel Ramos y el libro es *El perfil del hombre y la cultura en México*. En este libro se hacía un primer ensayo de interpretación de la cultura en México. La cultura mexicana era motivo de una interpretación filosófica. La filosofía descendía del mundo de los entes ideales hacia un mundo de entes concretos como lo es México, símbolo de hombres que viven y mueren en sus ciudades y sus campos. Esta osadía fue calificada despectivamente de *literatura*. La filosofía no po-

[*] Publicado en *Cuadernos Americanos*, vol. III, año I, núm. 3, mayo-junio de 1942, pp. 63-78.

día ser otra cosa que un ingenioso juego de palabras tomadas de una cultura ajena, a las que por supuesto faltaba un sentido, el sentido que tenían para dicha cultura.

Años más tarde otro maestro, esta vez un argentino, Francisco Romero, hacía hincapié en la necesidad de que Iberoamérica se empezase a preocupar por los temas que le son propios, por la necesidad de ir a la historia de su cultura y sacar de ella los temas de una nueva preocupación filosófica. Sólo que esta vez su exhortación se apoyaba en una serie de fenómenos culturales que señala en un artículo titulado "Sobre la filosofía en Iberoamérica". En este artículo nos muestra cómo el interés por los temas filosóficos en Iberoamérica ha ido creciendo día a día. El gran público sigue y solicita con interés los trabajos de tipo o índole filosófica, de donde han surgido numerosas publicaciones: libros, revistas, artículos de periódico, etc.; así como la formación de institutos o centros de estudios filosóficos donde se practica tal actividad. Este interés por la filosofía aparece en contraste con otras épocas en las cuales dicha actividad era labor de unos cuantos e incomprendidos hombres. Labor que no trascendía el cenáculo o la cátedra. Ahora se ha llegado a lo que Romero llama una "etapa de normalidad filosófica", es decir, a una etapa en que el ejercicio de la filosofía es visto como función ordinaria de la cultura al igual que otras activida-

des de índole cultural. El filósofo deja de ser un extravagante que nadie pretende entender para convertirse en un miembro de la cultura de su país. Se establece una especie de "clima filosófico", es decir, una opinión pública que juzga sobre la creación filosófica, obligando a ésta a preocuparse por los temas que agitan a quienes forman la llamada "opinión pública".

Ahora bien, hay un tema que preocupa no sólo a unos cuantos hombres de nuestro continente, sino al hombre americano en general. Este tema es el de la posibilidad o imposibilidad de una cultura americana, y como aspecto parcial del mismo, el de la posibilidad o imposibilidad de una filosofía americana. Podrá existir una filosofía americana si existe una cultura americana de la cual dicha filosofía tome sus temas. De que exista o no una cultura americana, depende el que exista o no una filosofía americana. Pero el plantearse y tratar de resolver tal tema, independientemente de que la respuesta sea afirmativa o negativa, es ya hacer filosofía americana puesto que trata de contestar en forma afirmativa o negativa una cuestión americana. De ahí que trabajos como el de Ramos, Romero y otros que sobre tal tema se hagan, cualesquiera que sean sus conclusiones, son ya filosofía americana.

El tema de la posibilidad de una cultura americana es un tema impuesto por nuestro tiempo,

por la circunstancia histórica en que nos encontramos. Antes de ahora el hombre americano no se había hecho cuestión de tal tema porque no le preocupaba. Una cultura americana, una cultura propia del hombre americano, era un tema intrascendente; América vivía cómodamente a la sombra de la cultura europea. Sin embargo, esta cultura se estremece en nuestros días, parece haber desaparecido en todo el continente europeo. El hombre americano que tan confiado había vivido se encuentra con que la cultura en la cual se apoyaba le falla, se encuentra con un futuro vacío; las ideas a las cuales había prestado su fe se transforman en artefactos inútiles, sin sentido, carentes de valor para los autores de las mismas. Quien tan confiado había vivido a la sombra de un árbol que no había plantado, se encuentra en la intemperie cuando el plantador lo corta y echa al fuego por inútil. Ahora tiene que plantar su propio árbol cultural, hacer sus propias ideas; pero una cultura no surge de milagro, la semilla de tal cultura debe tomarse de alguna parte, debe ser de alguien. Ahora bien —y éste es el tema que preocupa al hombre americano— ¿de dónde va a tomar esta semilla? Es decir, ¿qué ideas va a desarrollar? ¿A qué ideas va a prestar su fe? ¿Continuará prestando su fe y desarrollando las ideas heredadas de Europa? o ¿existe un conjunto de ideas y temas a desarrollar propios de la circunstancia americana? O bien, ¿habrá que

inventar estas ideas? En una palabra, se plantea el problema de la existencia o inexistencia de ideas propias de América, así como el de la aceptación o no de las ideas de la cultura europea ahora en crisis. Más concretamente, el problema de las relaciones de América con la cultura europea y el de la posibilidad de una ideología propiamente americana.

2

Por lo anterior queda visto que uno de los primeros temas para una filosofía americana es el de las relaciones de América con la cultura europea. Ahora bien, lo primero que cabe preguntarse es el tipo de relación que tiene América respecto a dicha cultura. No ha faltado quien compare esta relación a la que tiene el Asia frente a la misma cultura europea. Se considera que América, como Asia, no ha asimilado de Europa más que la técnica. Pero de ser así ¿cuál sería lo propio de la cultura americana? Para el asiático lo que de la cultura europea ha adoptado es considerado como algo superpuesto, que ha tenido necesariamente que adoptar debido a la alteración de su circunstancia al intervenir en ella el europeo. Pero lo que de la cultura europea ha adoptado no es propiamente la cultura, es decir, un modo de vivir, una concepción del mundo, sino únicamente sus instrumen-

tos, su técnica. El asiático se sabe heredero de una cultura milenaria que ha ido pasando de padres a hijos, de donde se sabe dueño de una cultura propia. Su concepción del mundo es prácticamente opuesta a la del europeo. Del europeo no ha adoptado sino su técnica, y esto, obligado por el mismo europeo al intervenir con su técnica en lo que era circunstancia propiamente asiática. Nuestros días están mostrando lo que puede hacer un asiático con una concepción del mundo propia sirviéndose de una técnica europea. A tal hombre le tiene muy sin cuidado el porvenir de la cultura europea y sí tratará de destruirla si se interpone o sigue interviniendo en lo que considera su propia cultura.

Ahora bien, ¿podemos pensar nosotros los americanos lo mismo respecto a la cultura europea? Pensar tal cosa es considerar que somos poseedores de una cultura que nos es propia y que acaso no ha alcanzado expresión porque Europa nos ha estorbado. Entonces sí, cabría pensar que este es el momento oportuno para liberarnos culturalmente. De ser así la crisis de la cultura europea nos tendría sin cuidado. En vez de que tal crisis se nos presentase como problema se presentaría como solución. Pero no es así, la crisis de la cultura europea nos preocupa hondamente, la sentimos como crisis propia.

Y es que el tipo de relación que como americanos tenemos con la cultura europea es distinto

del que tiene el asiático con la misma. Nosotros no nos sentimos, como el asiático, herederos de una cultura propia autóctona. Existió, sí, una cultura indígena —azteca, maya, inca, etcétera—, pero esta cultura no representa para nosotros, americanos actuales, lo que representa la antigua cultura oriental para los actuales asiáticos. Mientras el asiático continúa sintiendo el mundo como lo sintieron sus antepasados, nosotros, americanos, no sentimos el mundo como lo sintió un azteca o un maya. De ser así, sentiríamos por las divinidades y templos de la cultura precolombina la misma devoción que siente el oriental por sus antiquísimos dioses y templos. Un templo maya nos es tan ajeno y sin sentido como un templo hindú.

Lo nuestro, lo propiamente americano, no está en la cultura precolombina. ¿Estará en lo europeo? Ahora bien, frente a la cultura europea nos sucede algo raro, nos servimos de ella pero no la consideramos nuestra, nos sentimos *imitadores de ella*. Nuestro modo de pensar, nuestra concepción del mundo, son semejantes a los del europeo. La cultura europea tiene para nosotros el sentido de que carece la cultura precolombina. Y sin embargo, no la sentimos nuestra. Nos sentimos como bastardos que usufructúan bienes a los que no tienen derecho. Nos sentimos igual al que se pone un traje que no es suyo, lo sentimos grande. Adaptamos sus ideas pero no podemos adaptarnos a ellas.

Sentimos que debíamos realizar los ideales de la cultura europea, pero nos sentimos incapaces de tal tarea; nos basta admirarlos pensando que no están hechos para nosotros. En esto está el nudo de nuestro problema: no nos sentimos herederos de una cultura autóctona, ésta carece de sentido para nosotros; y la que como la europea tiene para nosotros sentido, no la sentimos nuestra. Hay algo que nos inclina hacia la cultura europea, pero que al mismo tiempo se resiste a ser parte de esta cultura. Nuestra concepción del mundo es europea pero las realizaciones de esta cultura las sentimos ajenas, y al intentar realizar lo mismo en América, nos sentimos imitadores.

Lo que nos inclina hacia Europa y al mismo tiempo se resiste a ser Europa, es lo que propiamente es nuestro, lo americano. América se siente inclinada hacia Europa como el hijo hacia el padre; pero al mismo tiempo se resiste a ser su propio padre. Esta resistencia se nota en que a pesar de que se siente inclinada hacia la cultura europea al realizar lo que ella realiza se siente imitadora, no siente que realice lo que le es propio, sino lo que sólo puede realizar Europa. De aquí este sentirnos cohibidos, inferiores al europeo. El mal está en que sentimos lo americano, lo propio, como algo inferior. La resistencia de lo americano a ser europeo es sentido como incapacidad. Pensamos como europeos, pero no nos basta esto, queremos además

realizar lo mismo que realiza Europa. El mal está en que queremos adaptar la circunstancia americana a una concepción del mundo que heredamos de Europa, y no adaptar esta concepción del mundo a la circunstancia americana. De aquí que nunca se adapten las ideas y la realidad. Necesitamos de las ideas de la cultura europea pero cuando las ponemos en nuestra circunstancia las sentimos grandes porque no nos atrevemos a adaptarlas a esta circunstancia. Las sentimos grandes y no nos atrevemos a recortarlas, preferimos el ridículo de quien se pone un traje que no le acomoda. Y es que hasta hace muy poco el americano quería olvidar que lo era para sentirse un europeo más. Lo que equivale a que un hijo olvidase que es hijo y quisiese ser su propio padre, el resultado tenía que ser una burda imitación. Y esto es lo que siente el americano, que ha tratado de imitar y no de realizar su personalidad.

Alfonso Reyes nos dibuja con mucha gracia esta resistencia del americano a ser americano. El americano sentía "encima de las desgracias de ser humano y ser moderno, la muy específica de ser americano; es decir, nacido y arraigado en un suelo que no era el foco actual de la civilización, sino una sucursal del mundo".[1] Ser americano había

[1] Alfonso Reyes, "Notas sobre la inteligencia americana", en *Revista Sur*, núm. 24, Buenos Aires, septiembre de 1936.

sido hasta ayer una gran desgracia, porque no nos permitía ser europeos. Ahora es todo lo contrario, el no haber podido ser europeos a pesar de nuestro gran empeño permite que ahora tengamos una personalidad; permite que en este momento de crisis de la cultura europea sepamos que existe algo que nos es propio, y que por lo tanto puede servirnos de apoyo en esta hora de crisis. Qué sea este algo, es uno de los temas que debe plantearse una filosofía americana.

3

América es hija de la cultura europea, surge en una de sus grandes crisis. Su descubrimiento no es un simple azar, sino el resultado de una necesidad. Europa necesitaba de América; en la cabeza de todo europeo estaba la idea de América, la idea de una tierra de promisión. Una tierra en la cual el hombre europeo pudiese colocar sus ideales, una vez que no podía seguir colocándolos en lo alto. Ya no podía colocarlos en el cielo. Gracias a la nueva física, el cielo dejaba de ser alojamiento de ideales para convertirse en algo ilimitado, en un infinito mecánico y por lo tanto muerto. La idea de un mundo ideal descendió del cielo y se colocó en América. De aquí que el hombre europeo saliese en busca de la tierra ideal y la encontrase.

El europeo necesitaba desembarazarse de una concepción de la vida de la cual se sentía harto, necesitaba desembarazarse de su pasado, iniciar una vida nueva. Hacer una nueva historia, bien planeada y calculada, en la que nada faltase ni sobrase. Lo que el europeo no se atrevía a proponer abiertamente en su tierra, lo daba por hecho en esta tierra nueva llamada América. América era el pretexto para criticar a Europa. Lo que se quería que fuera Europa fue realizado imaginariamente en América. En estas tierras fueron imaginadas fantásticas ciudades y gobiernos que correspondían al ideal del hombre moderno. América fue presentada como la idea de lo que Europa debía de ser. América fue la utopía de Europa. El mundo ideal conforme al cual debía rehacerse el viejo mundo de Occidente. En una palabra: América fue la creación ideal de Europa.

América surge a la historia como una tierra de proyectos, como una tierra del futuro, pero de unos proyectos que no le son propios, y de un futuro que tampoco es suyo. Estos proyectos y este futuro son de Europa. El hombre europeo que puso sus pies en esta América —confundiéndose con la circunstancia americana y dando lugar al hombre americano— no supo ver lo propio de América, sólo tuvo ojos para lo que Europa había querido que fuera. Al no encontrar lo que la fantasía europea había puesto en el continente ameri-

cano, se sintió decepcionado; dando esto lugar al desarraigo del hombre americano frente a su circunstancia. El americano se siente europeo por su origen, pero inferior a éste por su circunstancia. Se transforma en un inadaptado, se considera superior a su circunstancia e inferior a la cultura de la cual es origen. Siente desprecio por lo americano y resentimiento contra lo europeo.

El americano, en vez de tratar de realizar lo propio de América, se ha empeñado en realizar la utopía europea, tropezando como es de suponer con la realidad americana que se resiste a ser otra cosa que lo que es: América. Esto ha dado lugar al sentimiento de inferioridad del que ya hemos hablado. La realidad circundante es considerada por el americano como algo inferior a lo que cree su destino. Este sentimiento se ha mostrado en la América sajona como un afán por realizar en grande lo que Europa ha proyectado para satisfacer necesidades que le son propias. Norteamérica se ha empeñado en ser una segunda Europa, una copia en grande. No importa la creación propia, lo que importa es realizar los modelos europeos en grande y con la máxima perfección. Todo se reduce a números: tantos dólares o tantos metros. En el fondo lo único que se quiere hacer con esto es ocultar un sentimiento de inferioridad. El norteamericano trata de demostrar que tiene tanta capacidad como el europeo, y la forma de demostrarlo

es haciendo, en grande y con mayor perfección técnica, lo mismo que ha hecho el europeo. Pero con esto no ha demostrado capacidad cultural, sino simplemente técnica, puesto que la capacidad cultural se demuestra en la solución que se da a los problemas que se plantean al hombre en su existencia, y no en la imitación mecánica de soluciones que otros hombres se han dado a sí mismos en problemas que les son propios.

En cuanto al hispanoamericano, se ha conformado con sentirse inferior no sólo al europeo, sino también al norteamericano. No sólo no trata de ocultar su sentimiento de inferioridad, sino que lo exhibe autodenigrándose. Lo único que ha tratado hasta hoy ha sido vivir lo más cómodamente a la sombra de ideas que sabe que no le son propias. Lo que ha importado no han sido las ideas sino la forma como vivir de ellas. De aquí que nuestra política se haya transformado en burocracia. La política deja de ser un fin y se convierte en un instrumento para alcanzar un determinado puesto burocrático. No importan las banderas ni los ideales, lo que importa es que estas banderas o ideales permitan alcanzar un determinado puesto. De aquí esos milagrosos y rápidos cambios de bandera y de ideales; de aquí también ese estar siempre proyectando, planeando, sin alcanzar nunca resultados definitivos. Continuamente se está ensayando y proyectando de acuerdo con ideologías siempre

cambiantes. No hay un plan a realizar por todos los nacionales, porque no hay sentido de nación. Y no hay sentido de nación por la misma razón por la cual no ha habido sentido de lo americano. Quien se siente inferior como americano se siente también inferior como nacional, como miembro de una de las naciones del continente americano. Y no se piense que tiene sentido de nación el nacionalista rabioso que habla de hacer una cultura mexicana, argentina, chilena o de cualquier otro país americano, excluyendo todo cuanto huela a extranjero. No, en el fondo no tratará sino de eliminar aquello frente a lo cual se siente inferior. Es el caso de quienes consideran que éste es el momento oportuno para eliminar de nuestra cultura todo lo europeo.

Esta sería una postura falsa. Queramos o no, somos hijos de la cultura europea. De Europa tenemos el cuerpo cultural, lo que podemos llamar el armazón: lengua, religión, costumbres, en una palabra, nuestra concepción del mundo y de la vida es europea. Desprendernos de ella sería desprendernos del meollo de nuestra personalidad. No podemos renegar de dicha cultura, como no podemos renegar de nuestros padres. Pero así como sin renegar de nuestros padres tenemos una personalidad que hace que ninguno nos confunda con ellos, así también tendremos una personalidad cultural sin renegar de la cultura de la cual somos hijos. El

ser conscientes de nuestras verdaderas relaciones con la cultura europea elimina todo sentimiento de inferioridad, dando lugar a un *sentimiento de responsabilidad*. Es éste el sentimiento que anima en nuestros días al hombre de América. El americano considera que ha llegado a su "mayoría de edad"; como todo hombre que ha llegado a su mayoría de edad, reconoce que tiene un pasado sin renegar de él, de la misma forma que ninguno de nosotros se avergüenza de haber tenido una infancia. El hombre americano se sabe heredero de la cultura occidental y reclama su puesto en ella. El puesto que reclama es el de colaborador. Hijo de tal cultura no quiere seguir viviendo de ella sino trabajando para ella. A nombre de esta América que se siente responsable, un americano, Alfonso Reyes, reclama a Europa "el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado" considerando que ya "hemos alcanzado la mayoría de edad".[2] América se encuentra en el momento histórico en que tiene que realizar su misión cultural. Cuál sea esta misión es otro tema más a desarrollar por lo que hemos llamado filosofía americana.

Conocidas nuestras relaciones culturales con Europa, una más de las tareas de esta posible filosofía americana sería la de continuar el desarrollo de los temas de la filosofía propios de esa cultura;

[2] *Ibid.*

pero en especial los temas que la filosofía europea considera como temas universales. Es decir, temas cuya abstracción hace que valgan para cualquier tiempo o lugar. Tales temas son los del ser, el conocimiento, el espacio, el tiempo, Dios, la vida, la muerte, etc. Una filosofía americana colaboraría en la cultura occidental tratando de resolver los problemas que tales temas planteasen y que no hubiesen sido resueltos por la filosofía europea, o cuya solución no fuese satisfactoria. Ahora bien, se podría pensar —aquellos a quienes interese hacer una filosofía con un sello americano— que esto no puede interesar a una filosofía que se preocupe por lo propiamente americano. Sin embargo, no sería así. Porque tanto los temas que hemos llamado universales como los temas propios de la circunstancia americana se encuentran estrechamente ligados. Al tratar unos tenemos necesidad de tratar los otros. Los temas abstractos tendrán que ser vistos desde la circunstancia propia del hombre americano. Cada hombre verá de estos temas aquello que más se amolde a su circunstancia. Estos temas los enfocará desde el punto de vista de su interés, y este interés estará determinado por su modo de vida, por su capacidad o incapacidad, en una palabra, por su circunstancia. En el caso de América, su aportación a la filosofía de dichos temas estará teñida por la circunstancia americana. De aquí que al proponernos temas abstractos,

los enfocaremos como temas propios. El ser, Dios, etc., aunque temas válidos para cualquier hombre, serán temas cuya solución se daría desde un punto de vista americano. De estos temas no podríamos decir lo que son para todo hombre, sino lo que son para nosotros hombres de América. El ser, Dios, la muerte, etc., serían lo que tales abstracciones representan para nosotros.

No se olvide que toda la filosofía europea ha trabajado en torno a los mismos temas pretendiendo ofrecer soluciones de carácter universal. Sin embargo, el resultado ha sido un conjunto de filosofías que se diferencian unas de otras. A pesar del afán de universalidad de todas ellas, ha resultado una filosofía griega, una filosofía cristiana, una filosofía francesa, una filosofía inglesa y una filosofía alemana. En la misma forma, independientemente de que intentásemos realizar una filosofía americana. A pesar de que tratásemos de dar soluciones de carácter universal, nuestras soluciones llevarían la marca de nuestra circunstancia.

Otro tipo de temas a tratar por nuestra posible filosofía serían los temas propios de nuestra circunstancia. Es decir, que esta nuestra posible filosofía debe tratar de resolver los problemas que nuestra circunstancia nos plantea. Este punto de vista es tan legítimo como el anterior y válido como tema filosófico. Como americanos tenemos una serie de problemas que sólo se dan en nuestra circunstancia y

que por lo tanto sólo nosotros podemos resolver. El planteamiento de tales problemas no amenguaría el carácter filosófico de nuestra filosofía; porque la filosofía trata de resolver los problemas que se plantean al hombre en su existencia. De donde los problemas que se plantean al hombre americano tendrán que ser propios de la circunstancia en donde existe.

Dentro de estos temas está el de nuestra historia. La historia forma parte de la circunstancia del hombre: le configura y le perfila, haciéndole capaz para unas determinadas tareas e incapaz para otras. De aquí que tengamos que contar con nuestra historia, pues en ella encontraremos la fuente de nuestras capacidades e incapacidades. No podemos continuar ignorando nuestro pasado, desconociendo nuestras experiencias, pues sin su conocimiento no podemos considerarnos maduros. Madurez, mayoría de edad, es experiencia. Quien ignora su historia carece de experiencia, y quien carece de experiencia no puede ser hombre maduro, hombre responsable.

Por lo que se refiere a la historia de nuestra filosofía, se pensará que en ella no podemos encontrar otra cosa que malas copias de los sistemas de la filosofía europea. En efecto, esto será lo que encuentre quien busque en ella sistemas filosóficos propios de esta nuestra América tan valiosos como los europeos. Pero esta sería una mala óptica, hay

que ir a la historia de nuestra filosofía desde otro punto de vista. Este otro punto de vista debe ser el de nuestras negaciones, el de nuestra incapacidad para no hacer otra cosa que malas copias de los modelos europeos. Cabe preguntarnos por qué no tenemos una filosofía propia, y la respuesta quizá sea una filosofía propia. Puesto que nos descubriría un modo de pensar que nos es propio que acaso no ha necesitado expresarse en las formas usadas por la filosofía europea.

También cabe preguntarnos por qué nuestra filosofía es una *mala copia* de la filosofía europea. Porque en este ser una mala copia acaso se encuentre también lo propio de una filosofía americana. Porque el ser mala copia no implica que sea necesariamente mala, sino simplemente distinta. Acaso nuestro sentimiento de inferioridad ha hecho que consideremos como malo lo que nos es propio, únicamente porque no se parece, porque no es igual a su modelo. Reconocer que no podemos realizar los mismos sistemas de la filosofía europea no es reconocer que somos inferiores a los autores de tal filosofía, es sólo reconocer que somos diferentes. Partiendo de este supuesto no veremos en lo hecho por nuestros filósofos un conjunto de malas copias de la filosofía europea, sino interpretaciones de esta filosofía hechas por americanos. Lo americano estará presente a pesar del intento de objetividad de nuestros filósofos. Lo americano estará presente

independientemente de los intentos de despersonalización de tales pensadores.

4

La filosofía en su carácter universal se ha preocupado por uno de los problemas que más han agitado al hombre en todos los tiempos: el de las relaciones del hombre con la sociedad. Este tema se ha planteado como política, preguntándose por la forma de organización de estas relaciones, la organización de la convivencia. El encargado de estas relaciones es el Estado, de aquí que la filosofía se haya preguntado por quién debe estar formado, quién debe gobernar. El Estado debe cuidar de que no se rompa el equilibrio que existe entre el individuo y la sociedad; debe cuidar de que no se caiga ni en la anarquía ni en el totalitarismo. Ahora bien, para poder obtenerse este equilibrio es menester una justificación moral. La filosofía trata de ofrecer esta justificación, de donde toda abstracción metafísica culmina en una ética y en una política. Toda idea metafísica sirve de base a un hecho concreto, de justificación a un tipo de organización política casi siempre propuesta.

Tenemos multitud de ejemplos filosóficos en los cuales la abstracción metafísica sirve de base a una construcción política. Un ejemplo lo tenemos en la

filosofía platónica cuya teoría de las ideas sirve de base y justificación a *La República*. En *La ciudad de Dios* de San Agustín tenemos un ejemplo más; la comunidad cristiana, la Iglesia, se apoya en un ente metafísico que en este caso es Dios. Las utopías del Renacimiento son otros ejemplos en los cuales el racionalismo justifica formas de gobierno de las cuales ha surgido nuestra actual democracia. Algún pensador ha dicho que la Revolución francesa encuentra su justificación en *El discurso del método* de Descartes. La dialéctica de Hegel invertida por el marxismo ha dado lugar a formas de gobierno como el comunismo. El mismo totalitarismo ha querido justificarse metafísicamente buscando tal justificación en las ideas de Nietzsche, Sorel o Pareto. Muchos otros ejemplos más se pueden encontrar en la historia de la filosofía, en los cuales la abstracción metafísica sirve de base a una práctica social o política.

Lo visto nos indica cómo la teoría y la práctica deben marchar juntas. Es menester que los actos materiales del hombre queden justificados por ideas, pues es esto que le hace ser distinto a los animales. Ahora bien, nuestra época se ha caracterizado por la ruptura entre las ideas y la realidad. La cultura europea se encuentra en crisis debido a tal ruptura. El hombre se encuentra falto de una teoría moral que justifique sus actos, de aquí que no haya podido resolver el problema de su con-

vivencia, y lo único que ha logrado es caer en los extremos, en la anarquía y en el totalitarismo.

Las diversas crisis de la cultura occidental han sido crisis por falta de ideas que justifiquen los actos humanos, la existencia del hombre. Cuando unas ideas han dejado de justificar dicha existencia, ha sido menester que el hombre busque otro conjunto de ideas. La historia de la cultura occidental es la historia de las crisis que el hombre ha sufrido al romperse la coordinación que existía entre las ideas y la realidad. La cultura occidental ha ido de crisis en crisis salvándose unas veces en las ideas, otras en Dios, otras en la razón, hasta nuestros días en que se ha quedado sin ideas, Dios y razón. La cultura está pidiendo nuevas bases sobre las cuales apoyarse. Ahora bien, esta petición parece desde nuestro punto de vista casi prácticamente imposible. Sin embargo, este punto de vista es el de hombres en crisis, y no podía ser de otra manera, porque si nos pareciese fácil resolver tal problema no seríamos hombres en crisis. Pero el hecho de que estemos en crisis y no tengamos la solución anhelada no quiere decir que no exista. Hombres que como nosotros se han encontrado en otras épocas de crisis han sentido el mismo pesimismo, sin embargo, la solución ha sido encontrada. No sabemos qué valores puedan sustituir a los que vemos hundirse, pero lo que sí es seguro es

que surgirán, y a nosotros los americanos corresponde colaborar en tal tarea.

De lo anterior podemos concluir sobre otro tipo de tarea más para una posible filosofía americana. La cultura occidental de la cual somos hijos y herederos necesita de nuevos valores sobre los cuales apoyarse. Ahora bien, estos valores tendrán que ser abstraídos de nuevas experiencias humanas, de las experiencias resultantes al encontrarse el hombre en nuevas circunstancias como son las que ahora se ofrecen. América, dada su particular posición, puede aportar a la cultura la novedad de sus experiencias todavía no explotadas. De aquí que sea menester que diga al mundo su verdad, pero una verdad sin pretensiones, una verdad sincera. Cuantas menos pretensiones tenga será más sincera y más propia. América no debe pretender erigirse en directora de la cultura de occidente, lo que debe pretender es hacer pura y simplemente cultura. Y esto se hace tratando de resolver los problemas que se le planteen desde su propio punto de vista, el americano.

América y Europa se encontrarán después de esta crisis en situaciones semejantes. Ambas tendrán que resolver el mismo problema: el de qué forma de vida deberán adoptar frente a las nuevas circunstancias que se presenten. Ambas tendrán que continuar la tarea de la cultura universal que ha sido interrumpida, pero con la diferencia de

que esta vez América no podrá seguir manteniéndose a la sombra de lo que Europa vaya realizando, porque ahora no hay sombra, no hay lugar donde apoyarse. Por el contrario, es América la que se encuentra en un momento privilegiado que acaso no dure mucho, pero que debe ser aprovechado para iniciar la tarea que le corresponde como miembro ya adulto de la cultura occidental.

Una filosofía americana deberá iniciar ésta su tarea que consiste en buscar los valores que sirvan de base a un futuro tipo de cultura. Y ésta su labor tendrá como finalidad la de salvaguardar la esencia humana, aquello por lo cual un hombre es un hombre. El hombre es por esencia individuo a la vez que conviviente; de aquí que sea menester guardar el equilibrio entre estos dos componentes de su esencia. Es este equilibrio el que ha sido alterado llevando al hombre hacia sus extremos: Individualismo hasta la anarquía y una sociabilidad tan estrecha que se ha transformado en masa. De aquí que sea menester encontrar valores que hagan posible la convivencia sin menoscabo de la individualidad.

Esta tarea de tipo universal y no simplemente americano tendrá que ser el supremo afán de esta nuestra posible filosofía. Esta nuestra filosofía no debe limitarse a los problemas propiamente americanos, a los de su circunstancia, sino a los de esa circunstancia más amplia, en la cual también esta-

mos insertos como hombres que somos, llamada humanidad. No basta querer alcanzar una verdad americana, sino tratar de alcanzar una verdad válida para todos los hombres, aunque de hecho no sea lograda. No hay que considerar lo americano como fin en sí, sino como límite de un fin más amplio. De aquí la razón por la cual todo intento de hacer filosofía americana con la sola pretensión de que sea americana, tendrá que fracasar. Hay que intentar hacer pura y simplemente filosofía, que lo americano se dará por añadidura. Bastará que sean americanos los que filosofen para que la filosofía sea americana a pesar del intento de despersonalización de los mismos. Si se intenta lo contrario, lo que menos se hará será filosofía.

Al intentar resolver los problemas del hombre, cualquiera que sea su situación en el espacio o en el tiempo, tendremos que partir necesariamente de nosotros mismos como hombres que somos; tendremos que partir de nuestras circunstancias, de nuestros límites, de nuestro ser americanos; al igual que el griego ha partido de una circunstancia llamada Grecia. Pero al igual que él, no podemos limitarnos a quedarnos en tal circunstancia, si nos quedamos será a pesar nuestro, y haremos filosofía americana como el griego ha hecho filosofía griega a pesar suyo.

Sólo partiendo de estos supuestos podemos cumplir nuestra misión en el conjunto de la cul-

tura universal, colaborando en ella conscientes de nuestras capacidades y de nuestras incapacidades. Conscientes de nuestro alcance como miembros de esa comunidad cultural llamada humanidad, y de nuestros límites como hijos de una circunstancia, que nos es propia y a la cual debemos nuestra personalidad, llamada América.

La filosofía como historicismo*

La filosofía y la historia son y han sido los dos grandes problemas del pensador italiano Benedetto Croce.[1] Heredero del pensamiento de Vico, al que ha incorporado a su filosofía, es también un discípulo de Hegel. Pero decir discípulo no es decir imitador o "copista". Es un discípulo en cuanto ha comprendido la importancia del pensamiento hegeliano en nuestro tiempo, y ha sabido asimilarlo y utilizarlo para resolver los problemas que actualmente se le presentan. Croce se queja en este libro de la poca importancia que se ha dado a Hegel, como si se hubiese o se quisiese ignorar su aporta-

* Publicado en *Cuadernos Americanos*, vol. V, año I, núm. 5, septiembre-octubre de 1942, pp. 107-110.

[1] Benedetto Croce, *Il Carattere della Filosofía Moderna*, Bari, Laterza, 1941.

ción a los problemas de la filosofía contemporánea. En Hegel están las bases de la concepción actual de la filosofía, la filosofía como historicismo absoluto. Croce se plantea el problema de la filosofía dentro de este marco, el del historicismo.

En su lógica, y en este libro vuelve a insistir, nos ha dicho Croce que la historia no es posible sin un elemento lógico, un concepto; como tampoco la filosofía es posible sin un elemento intuitivo. En otras palabras, la historia no es posible sin la filosofía, ni la filosofía sin la historia, ambas se complementan, no puede existir una sin la otra. Toda filosofía es obra de un hombre y como tal se realiza en un determinado tiempo y lugar, esta es la razón de su condicionalidad histórica. Toda filosofía tiene su piedra de toque, su verdad, en su adecuación histórica. No se puede saltar la barda de la historia. Cuando cambia la historia necesariamente tiene que cambiar la filosofía. Pero esto no puede conducir a una disgregación del pensamiento, porque nada se pierde. El pensamiento se va desarrollando en su historia, cada forma de pensar, aunque históricamente condicionada, influye sobre toda nueva forma de pensamiento. Existe una perpetua superación del pensamiento: siempre hay algo nuevo, pero apoyado en lo viejo, en lo que ha sido.

Los problemas de otros tiempos influyen en el presente en cuanto despiertan éstos, en cuanto

hacen luz con su perfil a los problemas de nuestro tiempo. La filosofía como teoría está ligada a la acción. La historicidad de la filosofía depende de este estar ligada a la acción. La filosofía es un instrumento de la acción. Croce está contra la concepción de la filosofía como ciencia desinteresada, la ciencia que ha pretendido ser la filosofía natural. La filosofía natural no está desligada de la historia, no está fuera de un querer. La filosofía moderna es lo que ha pretendido ser hasta Kant: un quehacer aparentemente preocupado por las leyes de la naturaleza. Kant ha sido el primero en ocuparse en deslindar estos campos, el teórico y el práctico, pero será Hegel el que salte las tapias del abuso cometido por la ciencia física, que quiso abstraer el intelecto de la realidad, poniendo en movimiento la abstracción intelectual, la idea. Croce propone se cambie el nombre de idealismo que se da a la filosofía de tipo hegeliano, por el de espiritualismo. En efecto, ahora la abstracción filosófica ha dejado de ser una idea para convertirse en un espíritu que actúa y se mueve en la historia. La verdad queda ahora relacionada con los hechos, con la acción. La verdad es ahora acción. Una continua e interminable acción, porque la voluntad del hombre no se detiene nunca, está siempre creando algo nuevo por actos de libertad. "La filosofía como Filosofía del Espíritu ha producido y produce los conceptos por medio de los cuales la humanidad en forma

más amplia, segura y comprensiva, juzga y conoce la vida y la realidad". La filosofía es un instrumento de la vida, un instrumento de la acción nunca satisfecha.

Croce, partiendo de este su concepto de la filosofía, está contra la vieja tesis de que la historia es maestra de la vida. La historia no puede enseñar a la vida, lo que la vida toma de la historia no es su enseñanza sino aquello que necesita para afirmar su verdad. Un hecho histórico tiende a ser renovado, rehecho, de acuerdo con un nuevo sentido, de acuerdo con una nueva acción. Un mismo hecho puede ser interpretado de múltiples formas, tantas que no puede sacarse de él una lección. El *terror* en la Revolución francesa ha sido tomado como lección de los males que puede causar el fanatismo ideológico, pero no por esto se puede decir que el *terror* haya desaparecido. El hombre no ha aprendido esta lección, porque no ha buscado lecciones en la historia, lo que ha buscado es la justificación de sus afirmaciones. Cuando se ha afirmado que el *terror* es un mal que se debe evitar, lo que se ha afirmado es una concepción histórica opuesta a la concepción de quienes han visto o ven en el *terror* un mal necesario. Esto es lo que han visto los que afirman que el *terror* era necesario para salvar a la Revolución de los peligros que la amenazaban. Y lo que se dice del *terror* se puede decir de muchos otros hechos históricos. El presente no puede

enfocar a la historia como un conjunto de hechos simplemente objetivos, sino que tiene que enfocarla como *su* historia, como la historia del presente que se vive y no de un pasado que ya fue vivido. El pasado es siempre visto con ojos de un presente vivo y no al contrario. El pasado como tal pasado es algo muerto, lo que de él se vive en el presente es algo que pertenece a este presente; de aquí que la historia sea siempre viva, de aquí también la eternidad de la verdad. La verdad es eterna en cuanto es vuelta a vivir; en cuanto es adaptada a la nueva realidad histórica; en cuanto puede ser siempre nueva. Se invierten los términos, ya no es el pasado el que ordena el presente, el que le da lecciones, sino el presente el que dice cómo debe ser el pasado para que tenga valor para el presente. El presente no buscará en la historia lecciones para lo que va a hacer, sino la justificación de lo que ha hecho. La historia será el relato de la violencia necesaria si lo que se quiere justificar es la violencia que se hace en el presente. O bien la historia será condena de la violencia si lo que se quiere justificar es la oposición a la violencia.

La historia es siempre justificación del presente, instrumento de la acción, de la voluntad. La historia será lo que el presente quiera que sea, es un acto libre de la voluntad. Con esto se está justificando la tesis de Croce, la idea de Croce, la de la libertad. Porque Croce es todo un liberal que quie-

re salvar su liberalismo en la historia. Este su libro se enlaza con otro, llamado *La historia como hazaña de la libertad*[2] en el que Croce buscará en la historia la justificación de su tesis, más aún, la justificación de su vida, la libertad. Todo lo que se haga, todo lo que se decida en la historia, será el resultado de un acto libre, de un acto de libre voluntad. Aun la esclavitud presente es un acto libre de voluntad. El hombre es esclavo porque quiere serlo y como tal no podrá ver de la historia sino la justificación de esta esclavitud.

Croce es el hombre que se ha visto obligado a vivir en una Europa esclavizada, pero que no por esta razón es un esclavo. Es el hombre que ha demostrado con su vida que el hombre es lo que libremente quiere ser; él ha afirmado su designio de ser un hombre libre, mientras otros hombres han afirmado su designio de ser esclavos. Croce ha mostrado cómo se puede ser libre o cómo se puede ser esclavo: el ser lo uno o lo otro depende del hombre mismo, de su voluntad. Los actos y todo aquello con que se quiere justificar estos actos son obra del hombre mismo; el hombre es el único responsable de sus actos. El totalitarismo no se puede justificar, como se pretende, por una serie de hechos históricos; estos hechos jamás serían

[2] Benedetto Croce, *La historia como hazaña de la libertad*, México, FCE, 1942.

suficientes para adoptarlo sin la explícita voluntad de los que lo sufren. Pretender esto es aceptar un burdo determinismo, un grosero materialismo, es la negación del espíritu. El hombre como espíritu libre se conforma o no se conforma, se adapta o no se adapta, todo lo demás no será sino el resultado de este acto de libertad.

Croce nos hace palpar la peligrosa aventura del historicismo. Peligrosa pero necesaria aventura del hombre contemporáneo. Aventura en la que sólo las almas fuertes pueden sobrevivir. El historicismo no conduce a ninguna meta, no tiene verdad salvadora; no es sino continua decisión, voluntad que se afirma a sí misma o se niega al decidirse por la libertad o la esclavitud, continua responsabilidad. La verdad en el historicismo no es sino afirmación continua; afirmación de la propia voluntad, de sí mismo, afirmación histórica. En cuanto el hombre deja de afirmar su verdad tiene que afirmar la verdad de otro. Se es dueño y señor de la propia verdad o esclavo de la verdad de otro. La verdad ha dejado de ser objetiva, válida para cualquier hombre, y se ha convertido en *mi verdad*. En este *mi* está la decisión del hombre: puede ser *mi verdad* como *mía*, como afirmación de la propia personalidad, o bien *mi verdad* como de *otro*, como afirmación de la ajena personalidad. Al hombre contemporáneo no le queda más remedio que afirmarse a sí mismo o afirmar a otros. No le queda más remedio que afirmar su

personalidad o convertirse en masa modelable por otro. Este es el peligro del historicismo, exige demasiado. Es siempre un aquí y un ahora, no cabe la previsión, no cabe una meta; porque una meta es descanso, suspensión de la acción. No hay descanso, hay que estar siempre afirmando aun cuando se niegue. El que se niega a afirmar su libertad está afirmando su esclavitud.

Pero aunque peligroso, el historicismo, muestra su aspecto salvador. La esperanza para nuestro tiempo, la de que el hombre contemporáneo, al igual que los hombres de otras épocas igualmente aciagas, cansado de su esclavitud, cansado de afirmar la verdad de otros, afirme su propia verdad. Es decir, la esperanza de que el hombre decida afirmar, una vez más en su historia, su derecho a la libertad. Los hombres pueden parecer dominados, pero este dominio es sólo aparente. Tal dominio no depende sino de la propia voluntad de los dominados; por lo tanto, de esta misma voluntad depende el que vuelvan a luchar por su libertad.

Hemerografía de Leopoldo Zea 1933-1942

1933

1. "No estorbéis el paso de la juventud", en *El Hombre Libre*, t. III, núm. 396, 8 de diciembre, 1933, pp. 1 y 4.
2. "México en el futuro", en *El Hombre Libre*, t. III, núm. 399, 15 de diciembre, 1933, pp. 1 y 2.
3. "Nuestro Abraham Lincoln", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 401, 20 de diciembre, 1933, pp. 1 y 4.

1934

4. "'Jefe máximo' no es sino fetiche al servicio de una oligarquía", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 406, 1o. de enero, 1934, pp. 1 y 4.

5. "Lázaro Cárdenas ante la juventud de México", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 409, 10 de enero, 1934, pp. 1 y 4.
6. "Nueva forma de estafar al público que simpatiza con la oposición", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 414, 22 de enero, 1934, pp. 1 y 4.
7. "¿No hay prácticamente imposición en México?", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 417, 29 de enero, 1934, pp. 1 y 4.
8. "El hombre nuevo", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 423, 12 de febrero, 1934, pp. 1 y 4.
9. "La oposición debe acercarse al pueblo para unificar su criterio", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 429, 26 de febrero, 1934, pp. 1 y 4.
10. "A los viejos luchadores de la Revolución", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 434, 7 de marzo, 1934, p. 1.
11. "El lastre de los pueblos", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 445, 4 de abril, 1934, pp. 1 y 4.
12. "El pueblo y las revoluciones", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 446, 6 de abril, 1934, pp. 1 y 4.
13. "El porqué del fracaso del sufragio", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 447, 9 de abril, 1934, pp. 1 y 4.
14. "La juventud por sus fueros", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 449, 13 de abril, 1934, pp. 1 y 4.

15. "Los tránsfugas de la juventud", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 453, 23 de abril, 1934, pp. 1.
16. "Renovación o esclavitud", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 468, 28 de mayo, 1934, pp. 1 y 4.
17. "Los senderos de la libertad. Democracia", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 470, 1o. de junio, 1934, pp. 1 y 4.
18. "La violencia sienta sus reales en los cementerios", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 473, 8 de junio, 1934, pp. 1 y 4.
19. "La juventud socialista frente al momento político", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 476, 15 de junio, 1934, pp. 1 y 4.
20. "Humorismo político", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 477, 18 de junio, 1934, pp. 1 y 4.
21. "Los tiranos como son y como los vemos", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 480, 25 de junio, 1934, pp. 1 y 4.
22. "La irreligiosidad y el pueblo", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 483, 2 de julio, 1934, pp. 1 y 4.
23. "La verdadera lucha ha dado principio después del fraude", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 486, 9 de julio, 1934, pp. 1 y 4.
24. "Libelos y oportunistas", en *El Hombre Libre*, t. IV, 487, 11 de julio, 1934, pp. 1 y 4.
25. "La dictadura sobre el espíritu", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 494, 27 de julio, 1934, pp. 1 y 4.

26. "La juventud de México lanza un reto al callismo", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 497, 3 de agosto, 1934, pp. 1 y 4.
27. "Los senderos de la libertad. Socialismo", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 498, 6 de agosto, 1934, pp. 1 y 4.
28. "Los camaleones de la política", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 499, 8 de agosto, 1934, pp. 1 y 4.
29. "México callista y Rusia soviética", en *El Hombre Libre*, t. IV, núm. 500, 10 de agosto, 1934, pp. 1 y 4.
30. "El fracaso del callismo", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 503, 17 de agosto de 1934, pp. 1 y 3.
31. "La desorientación educacional", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 507, 27 de agosto, 1934, pp. 1 y 4.
32. "Nuestro gobierno socialista trata de implantar sistemas fascistas", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 508, 29 de agosto, 1934, pp. 1 y 4.
33. "La oposición unificada. Pero sin personalismos y sin dogmas políticos", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 509, 31 de agosto, 1934, pp. 1 y 4.
34. "Socialismo aristocrático y feudal", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 512, 7 de septiembre, 1934, pp. 1 y 4.

35. "Un ejemplo de libertad humana", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 515, 14 de septiembre, 1934, pp. 1 y 4.
36. "Es urgente la formación de un nuevo partido de oposición", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 516, 17 de septiembre, 1934, pp. 1 y 4.
37. "Los nuevos redentores se gratifican", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 520, 26 de septiembre, 1934, pp. 1 y 4.
38. "Empleados fabriles son víctimas del negrerismo oficial", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 524, 5 de octubre, 1934, pp. 1 y 4.
39. "El último baluarte de la burguesía callista", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 528, 15 de octubre, 1934, pp. 1 y 4.
40. "A los obreros y campesinos de la República", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 532, 24 de octubre, 1934, pp. 1 y 4.
41. "Mientras el gobierno alardea de socialismo, en las fabriles son cesados más de doscientos obreros", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 534, 29 de octubre, 1934, pp. 1 y 4.
42. "La manifestación pro-educación socialista se convirtió en protesta contra el callismo", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 535, 31 de octubre, 1934, pp. 1 y 4.
43. "La educación socialista frente a la educación callista", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 537, 5 de noviembre, 1934, pp. 1 y 4.

44. "El terror sobrecoge al callismo", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 543, 19 de noviembre, 1934, pp. 1 y 4.
45. "Los hijos de la Revolución", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 545, 23 de noviembre, 1934, pp. 1 y 4.
46. "El nuevo maquiavelismo político", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 547, 28 de noviembre, 1934, pp. 1 y 4.
47. "La juventud mexicana, último baluarte de la libertad", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 548, 30 de noviembre, 1934, pp. 1 y 4.
48. "Plutarco Elías Calles debe abandonar el país", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 549, 3 de diciembre, 1934, pp. 1 y 4.
49. "El general Cárdenas debe romper a tiempo el círculo de hierro callista", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 550, 5 de diciembre, 1934, pp. 1 y 4.
50. "El Comité de Salud Pública debe desaparecer", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 555, 17 de diciembre, 1934, pp. 1 y 4.
51. "La violencia puede comprometer al gobierno del general Cárdenas", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 556, 19 de septiembre, 1934, pp. 1 y 4.
52. "El socialismo y la fobia antirreligiosa", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 561, 31 de diciembre, 1934, pp. 1 y 4.

53. "La juventud estudiantil se enfrenta al crimen", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 566, 14 de enero, 1935, pp. 1 y 4.
54. "La dictadura del proletariado por socialistas burgueses", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 572, 28 de enero, 1935, pp. 1 y 4.
55. "Los 'rojos' incitan a los gobernadores a una rebelión", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 577, 8 de febrero, 1935, pp. 1 y 3.
56. "Invitación a la juventud mexicana", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 578, 11 de febrero, 1935, pp. 1 y 4.
57. "Hombres lobos y hombres corderos", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 579, 13 de febrero, 1935, pp. 1 y 4.
58. "Urge organizarse contra la tiranía", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 585, 27 de febrero, 1935, pp. 1 y 4.
59. "Cultura y demagogia", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 590, 11 de marzo, 1935, pp. 1 y 4.
60. "El divisionismo está remachando nuestras cadenas", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 592, 15 de marzo, 1935, pp. 1 y 4.
61. "El concepto de autoridad en México", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 595, 22 de marzo, 1935, pp. 1 y 4.

62. "La Universidad y el gobierno", en *El Hombre Libre*, t. V, núm. 597, 27 de marzo, 1935, pp. 1 y 4.
63. "El llamamiento del PSDM a los intelectuales", en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 602, 8 de abril, 1935, pp. 1 y 4.
64. "El cardenismo reacciona", en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 607, 19 de abril, 1935, pp. 1 y 4.
65. "Quienes violan la ley", en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 609, 26 de abril, 1935, pp. 1 y 4.
66. "El general Cárdenas y la Universidad", en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 611, 1o. de mayo, 1935, pp. 1 y 4.
67. "El desprestigiado moronismo trata de rehacerse", en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 613, 6 de mayo, 1935, pp. 1 y 4.
68. "Que desaparezcan los 'encamisados'", en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 615, 10 de mayo, 1935, pp. 1 y 4.
69. "El soviet reconoce a la familia", en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 616, 13 de mayo, 1935, pp. 1 y 4.
70. "La enseñanza de la Suprema Corte", en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 621, 24 de mayo, 1935, pp. 1 y 4.
71. "El suicidio de nuestras instituciones", en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 623, 29 de mayo, 1935, pp. 1 y 4.

72. "Las fuerzas morales latentes en nuestro pueblo", en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 628, 10 de junio, 1935, pp. 1 y 4.
73. "Política y policastros", en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 637, 1o. de julio, 1935, pp. 1 y 4.
74. "Cultura y dogmatismo", en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 643, 15 de julio, 1935, pp. 1 y 3.
75. "El fin de la monstruosidad canibalista", en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 646, 22 de julio, 1935, pp. 1 y 4.
76. "La deficiencia en el servicio de correos y telégrafos", en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 658, 19 de agosto, 1935, pp. 1 y 4.
77. "Cómo se remedian las deficiencias en Telégrafos", en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 665, 4 de septiembre, 1935, pp. 1 y 4.
78. "Otro aspecto de las cuestiones en Correos y Telégrafos", en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 667, 9 de septiembre, 1935, pp. 1 y 4.
79. "El resentimiento contra la Universidad", en *El Hombre Libre*, t. VI, núm. 673, 23 de septiembre, 1935, pp. 1 y 4.
80. "Un hombre", en *El Hombre Libre*, t. VII, núm. 709, 16 de diciembre, 1935, pp. 1 y 4.
81. "Calles demócrata (?)", en *El Hombre Libre*, t. VII, núm. 712, 23 de diciembre, 1935, pp. 1 y 4.

82. "Heráclito", en *Tierra Nueva. Revista de Letras Universitarias*, año I, núm. 1, UNAM, enero-febrero de 1940, pp. 20-29.
83. "Meyerson y la física moderna", en *Tierra Nueva. Revista de Letras Universitarias*, año I, núm. 1, UNAM, enero-febrero de 1940, pp. 53 y 54.
84. "Ensimismamiento y alteración", en *Tierra Nueva. Revista de Letras Universitarias*, año I, núm. 2, UNAM, marzo-abril de 1940, pp. 118-120.
85. "El sentido de responsabilidad en la filosofía actual", en *Tierra Nueva. Revista de Letras Universitarias*, año I, núm. 3, UNAM, mayo-junio de 1940, pp. 136-146.
86. "Spinoza", en *Tierra Nueva. Revista de Letras Universitarias*, año I, núms. 4 y 5, UNAM, julio-octubre de 1940, pp. 278-281.
87. "La filosofía en Aristóteles", en *Tierra Nueva. Revista de Letras Universitarias*, año I, núm. 6, UNAM, noviembre-diciembre de 1940, pp. 302-307.
88. "Hacia un nuevo humanismo", en *Tierra Nueva. Revista de Letras Universitarias*, año I, núm. 6, UNAM, noviembre-diciembre de 1940, pp. 374-378.

1941

89. "Rescate de Vitoria", en *Tierra Nueva. Revista de Letras Universitarias*, año II, núm. 9 y 10, UNAM, mayo-agosto 1941, pp. 186-189.
90. "El logicismo autónomo, en *Letras de México*, año V, vol. III, núm. 6, 15 de junio, 1941, p. 6.
91. "Ortega y la historia", en *Letras de México*, año V, vol. III, núm. 7, 15 de julio, 1941, pp. 9-10.
92. "En busca de una ciencia política", en *Tierra Nueva. Revista de Letras Universitarias*, año II, núms. 11 y 12, UNAM, septiembre-diciembre de 1941, pp. 269-272.
93. "América y su posible filosofía", en *Letras de México*, año V, vol. III, núm. 11, 15 de noviembre, 1941, pp. 1-2.
94. "La sociología como ciencia", en *Letras de México*, año V, vol. III, núm. 12, 15 de diciembre, 1941, p. 4.

1942

95. "La producción filosófica mexicana en 1941", en *Letras de México*, año VI, vol. III, núm. 13, 15 de enero, 1942, p. 7.

96. "Una aventura en la metahistoria", en *Cuadernos Americanos*, año I, vol. II, núm. 2, marzo-abril de 1942, pp. 114-118.
97. "Sobre la posibilidad de una filosofía americana", en *Universidad de La Habana*, núms. 40-42, La Habana, enero-junio de 1942, pp. 100-120.
98. "En torno a una filosofía americana", en *Cuadernos Americanos*, año I, vol. III, núm. 3, mayo-junio de 1942, pp. 63-78.
99. "Panorama de la filosofía mexicana contemporánea", en *La cultura en México. Boletín de la Comisión Mexicana de Cooperación Intelectual*, año 1, núm. 3, México, mayo-junio de 1942, pp. 10-12.
100. "Hacia una democracia responsable", en *Letras de México*, año VI, vol. III, núm. 18, 15 de junio, 1942, p. 5.
101. "Teoría de los sentimientos morales", en *Letras de México*, año VI, vol. III, núm. 19, 15 de julio, 1942, p. 5.
102. "Grecia y el hombre", en *La cultura en México*. Boletín de la Comisión Mexicana de Cooperación Intelectual, año I, núm. 4, julio-diciembre de 1942, pp. 7-10.
103. "La filosofía y su historia", en *Letras de México*, año VI, vol. III, núm. 20, 15 de agosto, 1942, p. 5.

104. "Una interpretación sociológica de la historia", en *Letras de México*, año VI, vol. III, núm. 21, 15 de septiembre, 1942, p. 9.
105. "La filosofía como historicismo", en *Cuadernos Americanos*, año I, vol. V, núm. 5, septiembre-octubre de 1942, pp. 107-110.
106. "Meditaciones cartesianas (Reseña bibliográfica de Edmundo Husserl)", en *Filosofía y Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, tomo IV, núm. 8, octubre-diciembre de 1942, pp. 353-357.
107. "El sentido judío de la muerte", en *Tierra Nueva. Revista de Letras Universitarias*, año III, núm. 15, UNAM, diciembre de 1942, pp. 131-137.
108. "La historia en el siglo XIX", *Tierra Nueva. Revista de Letras Universitarias*, año III, núm. 15, UNAM, diciembre de 1942, pp. 183-185.
109. "Alfredo Coviello: el filósofo Hans Driesch", en *Letras de México*, año VI, vol. III, núm. 24, 15 de diciembre, 1942, p. 5.

Leopoldo Zea. Escritos de juventud: 1933-1942, editado por el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la UNAM, se terminó de imprimir en *offset* el 30 de diciembre de 2019 en Desarrollo Gráfico Editorial, Municipio Libre 175, Nave principal, Col. Portales, Benito Juárez, Ciudad de México, C.P. 03300. Se tiraron 500 ejemplares en papel bond ahuesado de 90 gramos. La formación tipográfica, en Cochin de 11/13 y 9/11 puntos, estuvo a cargo de Irma Martínez Hidalgo. La edición estuvo al cuidado de Claudia Araceli González Pérez.

EL PROPÓSITO DE ESTE LIBRO es recuperar al Zea de sus años mozos a través de sus publicaciones en periódicos y revistas de 1933 a 1942. El primer texto examinado fue publicado en diciembre de 1933, cuando apenas contaba con 21 años, y el último, en diciembre de 1942, cuando había alcanzado los 30 años de edad. Los artículos periodísticos de Zea son los escritos de un joven indignado por la descomposición moral del régimen, insatisfecho con los magros resultados sociales de la Revolución e inquieto por la ausencia de canales políticos para la oposición. Sus artículos filosóficos son los escritos de un joven pensador, original y vigoroso, que se planteaba cuestiones fundamentales de su tiempo, como el sentido de responsabilidad de la filosofía, la posibilidad de una filosofía genuinamente americana y la condición existencial del ser humano en un mundo en peligro de destrucción.

ISBN 978-607-30-2677-2

CIALC
Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe